



**AXEL TORRES**

**1**  
**CIUDADES**

---

**VIAJES  
DE UN  
PERIODISTA  
DEPORTIVO**

---

**CONTRA**



**Axel Torres Xirau** nació en Barcelona el 13 de marzo de 1983, pero vivió en Sabadell desde dos días después y hasta los veintisiete años. Empezó a dedicarse al periodismo antes incluso de entrar en la universidad. En sus comienzos alternó la narración de partidos de Segunda B y Tercera en Radio Salud con apariciones comentando fútbol internacional en la Cadena COPE. En 2006 fichó por Radio Marca, la emisora en la que dirigió *Marcador Internacional*, su programa más personal, durante ocho temporadas. Desde 2008, cuando lo fichó GolT, compagina la radio con la televisión. Actualmente presenta «El Club» en beIN Sports, es colaborador de la Cadena SER y dirige la web *marcadorint.com*. El fútbol le interesa como juego en sí mismo y como fenómeno social. Y aunque siempre se le ha asociado al seguimiento de campeonatos exóticos, el único club por el que sufre de verdad viste de arlequinado y jugó ante el Brujas en competición europea en 1969.

Dirección editorial: Didac Aparicio y Eduard Sancho

Diseño: Pablo Martín y Rafa Roses

Composición digital: Pablo Barrio

Primera edición en papel: Marzo de 2013

Primera edición digital: Febrero de 2017

© 2017, Contraediciones, S.L.

c/ Elisenda de Pinós, nº 22

08034 Barcelona

[contra@contraediciones.com](mailto:contra@contraediciones.com)

[www.editorialcontra.com](http://www.editorialcontra.com)

© 2013, Axel Torres

© 2013, Edu García, del prólogo

© 2013, Román Yñán, de las fotografías de cubierta, solapas e interior

Agradecimientos: al Centre d'Esports Sabadell F.C., por la camiseta que ilustra la cubierta; al Club Esportiu Europa, por cedernos amablemente sus instalaciones para la sesión de fotos con Axel Torres; a Pablo Pascual, por dejarnos fotografiar su camiseta del Swansea; a Román Yñán, por sus fotos; y al autor de este libro, por supuesto, por su trabajo, por su paciencia y por su talento.

ISBN: 978-84-946527-4-5

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

**PRÓLOGO**

1

**SABADELL**

2

**LONDRES**

3

**SEVILLA**

4

**LISBOA**

5

**MEDVODE**

6

**MÚNICH**

7

**SWANSEA**

8

**VIENA**

9

**ASUNCIÓN**

10  
**TOKIO**

11  
**EIBAR**

**APÉNDICE**

# PRÓLOGO

Quizá nadie me crea al leerlo, pero puedo asegurar que son contados los minutos que le he dedicado a hablar de fútbol con Axel Torres sin un micrófono enfrente de nuestras bocas. Hemos arreglado a nuestra manera la relación entre España y Catalunya, hemos establecido los límites de las relaciones personales y amorosas, y hasta qué punto resulta una opción sensata beberse la vida en solitario sin que haya una mano golpeando tu espalda cuando te atragantas. Hemos construido el Periodismo de verdad en infinidad de ocasiones, hemos puesto los cimientos reales de esta pasión que nos une para contar cosas y sin la que hoy no existiría ni este libro, ni estas letras, ni la propia amistad que sellamos en Barcelona cuando por primera vez vi el rostro de ese crío entregado a su labor que me sacaba un par de cabezas. Le hemos dedicado más de una charla a dirimir nuestras diferencias en lo literario, en lo cinematográfico, en lo musical. La de ocasiones en las que he alucinado con el móvil adosado a mi oreja por el tono con el que defendía no sé qué largometraje de no sé qué autor iraní. Yo siempre tan burlón y faltón. Él siempre tan cruel con su extenso silencio. Pero por encima de temáticas diversas —insisto, nada de fútbol se ha cocinado entre ambos—, me he pasado los años de mi relación con Axel Torres intentando demostrarle que del respeto hacia él pasé a la curiosidad, de la curiosidad al aprendizaje, del aprendizaje a la admiración y, de ahí, a ese estadio de fascinación que me produce su persona y su personaje. Admiro lo que es y lo que representa.

Envidio la intensidad con la que todo le llama. Aplaudo su lista interminable de principios, de sueños, de prioridades. Me gusta hasta cuando todo en él se me hace raro. Porque es una delicia notar que, con el paso de los años, un tipo al que has visto crecer te siga seduciendo como el primer día.

Lo que también quiero expresar en estas teloneras palabras es que su idiosincrasia necesita ser contada. Cuando somos público ambicionamos la lupa, el detalle, descubrir hasta dónde va la realidad y cuáles son las cláusulas que establece una relación. Este es el desnudo púdico de alguien con permanente exceso de ropa, es el alma al aire que canta Alejandro Sanz de un tipo obsesionado con el recelo y la intimidad. El Axel Torres periodista se despliega, se muestra, se explica y se explaya. Siempre ha sido natural cuando relata sus conquistas y cuando asume sus batallas perdidas. Pero el consumidor de vidas que sostiene este ejemplar quiere indagar un poco más. Y no movido por ese morbo malsano con el que tantas veces nos topamos en el trabajo, en la vecindad, en los medios; hay una curiosidad natural y necesaria que nos invita a enfocar nítidamente a un gurú que nos susurra cosas, y al que siempre creemos. Pensemos a cuánta gente solemos dar crédito, analicemos las anchuras de nuestra confianza. Vivimos rodando en un mundo que cada vez nos es menos reconocible, donde todo es apariencia, donde todo es difícil de verificar. Nos asomamos al periodismo con una coraza puesta sabedores de que las palabras ocultas tienen casi más sentido que las que nos lanzan. Escuchamos, vemos y leemos sentidos literales que son ambiguos. Lo asumimos. Nos resignamos. Pero este estado de alerta ante lo falso también nos sirve para señalar al que se sale de la manada.

Quizá muchos no quieran pararse a descubrir qué hay de anómalo en un ser que nunca miente, que no traiciona, que prefiere callar a pronunciar algo que no le pertenece, que no sabe ni quiere fabricar. Pero, algunos, quizá sí queramos. Insisto en esa curiosidad propia del ser humano que sigue limpia



de impurezas. Reitero que hemos asumido que los medios tienen intereses como los tienen sus prescriptores, pero que nuestro sentido de lo auténtico se activa, y es ahí donde podemos empezar a escarbar. No es habitual toparse con esta materia prima, un ser extraño que nos parece normal. ¿Y si encima nos detallan a qué se debe?, ¿y si la atracción se puede anclar a unos hechos vitales que de verdad la sostienen? Es magnífico el reto que afronta Axel Torres con «su» público, entonces. Es perfecta la ocasión para que el *striptease* sea total. La cabeza, el corazón, el olfato y el sentido de una vida de detalles en torno al balón, al paisaje y sus gentes. Vaya escenario que se nos abre ahora para poder pegarnos unos traguitos de ese elixir llamado vida.

Pero al autor de este libro no se le puede desposeer del deporte que le hace latir. Entender su realidad sin la pelota, sin los equipos, sin las grandes gestas que lo mueven, es como verlo de perfil, en una especie de ese 2D en desuso con el que la humanidad se ha venido malformando desde tiempos inmemoriales. De este libro espero relieve, color, alta definición. Por eso ahora manejo rápido el teclado del ordenador, porque deseo seguir descubriendo en las hojas venideras a ese ser cuya cara lunar siempre ha sido negra y desconocida para mí. A través de la radio apresé en el aire partes de su ideario futbolístico, quizá no sé concretar su ADN porque todo en el estudio lo paso por la máquina de la velocidad y el ritmo. Al hacer programas juntos, me pareció que empatizaba con los equipos pequeños, con los jugadores con causa, con las aficiones sufridas. Pero no me atrevo a ponerle bajo el palio de Bilardo o de Menotti. Desconozco si le tira más el *tiki taka* o esa doctrina directa «Premier» que es al fútbol lo que el saque y la volea a Wimbledon. Podría afirmar, eso sí, que es de acciones concretas, de lances que se recuerdan, de paradas con mística. De tardes de gloria clavadas en el calendario de un equipo especial. Su tono trascendente me saca de mi propio carril y atiende y escucho y contextualizo hasta que pasa su euforia. Pero la

radio, tan mágica para tantas cosas, no deja de ser una batida de olas continua acariciando con fiereza las palabras posadas en una orilla. Por eso necesito leer. Porque leerle es conocerle. Saber si, para él, fue natural dejar de ser jugador de fútbol aficionado con diecisiete años para entrar en el periodismo profesional. Cómo defendió a su Sabadell en el colegio, por encima de ese culé exultante acostumbrado a la mesa puesta con mantel de hilo. Por qué admiró a un portero de escasas ambiciones, por qué veneró a su primer profesor de inglés, el mismo que supo inocularle vía Leicester el virus del fútbol más longevo de Europa. Quiero descubrir a Rafa, el entrenador que le marcó, quiero imaginar la portería sin grada del Lepanto cuyas redes fueron a veces tan enemigas. Quiero entender cómo se destetó de su barrio y de qué forma se hizo más universal de lo que denotan siempre sus palabras cargadas de epítetos. Estas páginas son para eso. Para la sed, para el hambre, para la ansiedad.

Seguro que alguno espera con la lectura conocer más a la persona y así señalar dónde termina el personaje. No sé si la búsqueda tendrá premio. En las veinte primaveras que uno lleva haciendo camino en este gremio, me he topado con mucha gente: original, expresiva, ilusionante, estrambótica, con esas cualidades propias que brillan y que hacen girar cuellos y miradas a destellos. Pero en quilates de autenticidad, en masa de nobleza, en volumen de verdad, nadie ha logrado superar la pureza del autor de este libro. A la hora de ser y a la hora de ejercer. Por eso insisto en que no es tarea fácil desbrozar su profesionalidad para pulir su personalidad.

En definitiva, el recorrido que ahora empieza está plagado de curvas, de paisajes, de balones que surcan el cielo y de caras sin rostro que tendremos que imaginar como en la literatura más genuina. Este es el producto de un tipo genial que cumple etapas sin más pretensiones que las básicas: ser feliz

con los pequeños detalles. O, al menos, no dejar nunca de intentarlo. Buen provecho.

Edu García  
Madrid, enero de 2013



# **CAPÍTULO 1**

## **SABADELL**

---

**O CÓMO UN PROFESOR DE LEICESTER Y UN ENTRENADOR MENOR DE EDAD ME  
CAMBIARON LA VIDA**

*A Albert Burrull*

Mi panorámica favorita de Sabadell se descubre tras un túnel. Viajando con el S2 de los Ferrocarriles de la Generalitat, dejando atrás Badia del Vallès —el pueblo de Sergio Busquets—, aparece en toda su inmensidad la única ciudad que en esta vida podré sentir como propia en toda su plenitud. El tren avanza desde la Universitat Autònoma hasta Sant Quirze, elevado varios metros por encima de esa enorme llanura por la que se extiende, alargada y aparentemente inacabable, la urbe que me vio crecer. Descansa a los pies de La Mola, el monte que preside la comarca y que ejerce de límite geográfico, de barrera natural, con el Bages y la Catalunya interior. Desde el aeropuerto —un modesto aeródromo en el que, según cuentan, hicieron las paces Valdano y Mourinho antes de reencontrarse en el Real Madrid— hasta las torres del Eix Macià —el distrito financiero, dice la Wikipedia inglesa, presentándolo con una foto de su *skyline* como si fuera el Pudong de Shanghái—, el viajero puede apreciar que aquella es una localidad de cierta magnitud y diferenciarla de los pequeños núcleos residenciales, coquetos y algo exclusivos, que se ha ido encontrando en su trayecto de 42 minutos desde el corazón de Barcelona. No sé si ese *travelling* lo prefiero de día, cuando todos los contornos y los colores —grisáceos, tenues, sociales— aparecen más definidos, o de noche, cuando la colección de lucecitas —*lamparetes*, cantaría Antònia Font— esparcidas por el espacio identifica que, en ese lugar concreto, vive, sueña, ama y sufre una comunidad de gente. Cuando el trayecto era rutinario, era complicado que aquella visión me despertara las emociones que sí logra encender ahora. El regreso a Sabadell, después de unos días fuera, posee esa magia inherente a los sentimientos íntimos y provoca ese entrañable cosquilleo, ese escalofrío electrificante que recorre todo el cuerpo y que está tan conectado con el amor.

La cultura popular ha llegado a acordar que Sabadell es una ciudad fea. Lo asumen, sin ningún tipo de rubor, la mayoría de sus habitantes. La luminosa

Barcelona, con su arquitectura modernista, su salida al mar, sus barrios bohemios, sus callejuelas repletas de tradición e historia, está a veinte minutos en coche, y Sabadell no resiste la recurrente comparación. Sin embargo, pocas ciudades han logrado generar un sentimiento de pertenencia y orgullo como el que muestran, siempre que salen al mundo, muchos sabadellenses; aquellos que consideran Barcelona su «barrio marítimo», aquellos que presumen de su origen en todas partes, aunque el interlocutor no entienda exactamente cuál es el motivo de tanto regodeo. Yo pertenezco a esta segunda categoría de sabadellenses: la de los orgullosos. La de los que, desafiando cualquier lógica universal, un viernes por la noche se peleaban con los amigos que querían salir por Barcelona, llegando a argumentar que La República ofrecía mayor diversión que Razzmatazz. Y en realidad, repasando el historial de farras memorables, los entrañables locales del centro de Sabadell ganan por goleada en mis recuerdos: el Bemba, la Tete o, sobre todo, aquel Morrosko que sigue resistiendo el paso del tiempo con su decoración algo retro, el punto de encuentro de toda la juventud ya madura cuando los jueves por la noche sale de consumir en el Cineclub la única sesión semanal en versión original subtitulada que se ofrece en la ciudad.

Existía, en efecto, una división perceptible entre los sabadellenses de mi generación. Por un lado, los que no ocultaban su fascinación por la metrópoli cercana. Aquellos que, cuando salíamos a Europa, estaban deseando que les preguntaran «*Where are you from?*» para responder al instante, casi sin dejar un espacio de silencio, con un potente «Barcelona». Un «Barcelona» sin matices, sin titubeos, sin un ápice de duda interna. En el otro extremo, en un extremo de inferioridad numérica, estábamos los que queríamos reforzar con nuestros actos y nuestras elecciones una personalidad propia sustentada en rasgos ciertamente ambiguos, pero suficientes como para provocar en nuestras almas un arraigado sentimiento de pertenencia e identificación.

Cuando en el bar más guay de Berlín un alemán de Prenzlauerberg nos repetía esa misma cuestión, el «*Where are you from?*», nosotros necesitábamos un poco más de tiempo para responder: «*Sabadell, a city near Barcelona*». Nótese que decíamos *city*, y no *small city*, ni *town*, que es lo que probablemente habría sido más acertado. Y es que en nuestra contestación podían detectarse algunos conceptos claves para entender nuestro orgullo: también el *near*, como símbolo de cierta resistencia, de rebeldía ante la asimilación de los alrededores como parte de un todo metropolitano, de rotunda separación. Sabadell no sería ni área metropolitana ni Catalunya central. Y ese sería uno de sus rasgos distintivos más marcados: esa existencia intermedia, esa permanente ambivalencia. El mundo, sin embargo, ha cambiado en las últimas décadas. Y mientras en tiempos de nuestros padres la conexión con Granollers, Igualada o Manresa era más común, nuestra generación prácticamente no se relaciona con ellas y se acerca cada vez más a Barcelona.

Esa división se refleja también en lo futbolístico y acaba configurando una curiosa rivalidad que, fuera de la ciudad, resulta bastante difícil de entender, pero que dibuja el día a día de la mayoría de niños en las escuelas y en los institutos. Al menos, en la zona del centro. En mi clase nunca se percibió un ambiente de confrontación Barcelona-Real Madrid o Barcelona-Espanyol. Básicamente, porque no había niños del Madrid ni niños del Espanyol. Creo que ninguno en todo el curso. En cambio, sí podríamos hablar de una pelea constante, una pugna dura y a veces cruel, entre los que eran del Barça —la mayoría— y los que éramos del Sabadell. Contextualicemos: éramos chicos del 83 que crecimos en el llamado centro histórico de la ciudad y acudíamos a un colegio concertado frecuentado por niños de familias de clase media y de la pequeña burguesía local, establecidas allí desde hacía varias generaciones. No había un solo alumno en nuestra clase que no tuviera el



catalán como lengua materna. Nuestros padres habían vivido, en su infancia, los años más gloriosos del club de fútbol del lugar: los años de la cuarta posición en Primera División, de la eliminatoria de la Copa de Ferias ante el Brujas. Cuando nosotros nacimos se vivió un renacimiento de la esperanza: un doble ascenso, un regreso a la máxima categoría, un partido por la permanencia ante Osasuna que tuvo que repetirse por cuestiones federativas y que, con el campo lleno, acabó en una memorable victoria tras un gol del gran Barbarà que, sin haberlo vivido en directo, me emociona cada vez que lo reproduzco en YouTube. Había muchas razones para que algunas de esas familias, las nuestras, permanecieran fieles a unos colores, los sintieran suyos, propios, representativos a más no poder, íntimamente ligados a sus vidas. Lo que había ocurrido en Sabadell era único en Catalunya: un club de fuera de Barcelona había conseguido mantener una personalidad propia, una base de aficionados que solo lo amaba a él, que no compartía la simpatía con ninguna entidad gigantesca de la capital, que se había erigido en una alternativa válida en términos afectivos. Sin embargo, la amenaza estaba cerca y la fidelidad masiva peligraba. El doble descenso a Tercera División coincidió con el esplendor del Barça de Cruyff: Koeman, Stoichkov, Laudrup y Romario eran los ídolos de toda una generación de niños catalanes. Lo eran en Manresa, en Girona, en Igualada, en Terrassa y, por supuesto, también en Sabadell, donde la diferencia entre un club glorioso a escala mundial y otro perdedor, deprimido, casi herido de muerte y exiliado en las catacumbas del fútbol español provocó una interrupción en ese fervor de orgullo ciudadano que había mantenido a nuestro querido Sabadell en el fútbol profesional durante tanto tiempo. Era incluso comprensible: unos salían en la televisión a todas horas y contaban con dos periódicos deportivos que vendían a diario sus grandezas y los otros se tenían que conformar con la crónica del *Diari de Sabadell*, que no salía hasta el martes, y con el medio minuto de resumen

semanal que ofrecía la televisión autonómica. Y, sin embargo, algunos resistimos. Algunos, a falta de pósters regalados en los suplementos, recortábamos las fotos en blanco y negro que publicaba la prensa local y nos hacíamos nuestras láminas con nuestros ídolos, jugadores de Tercera y Segunda B, y nos decorábamos la habitación con sus rostros. No lo hacíamos para ser héroes ni numantinos guerreros galos en un pueblecito de Armórica defendiendo una causa perdida y bondadosa ante la amenaza del Imperio del Mal. Lo hacíamos únicamente por amor. Por amor a la camiseta que nos habían regalado nuestros padres. Por amor a las tardes de domingo que nuestros abuelos habían pasado en el estadio, según nos contaban. Porque entendíamos que, un poquito, nuestra propia existencia se había forjado en ese campo, con esos colores en la mente de nuestra gente, y que quizá el mismo día que nacimos, el Sabadell jugaba un partido y a ellos les importaba el resultado. Porque las calles que pisábamos habían celebrado grandes victorias. Porque la ciudad que nos acogía, que nos agrupaba en una comunidad de gente, había sentido —de forma común, grupal, social, colectiva— placer y dolor siguiendo a su equipo. Y ni la realidad presente de aquellos tiempos duros de nuestra adolescencia nos parecía razón suficiente para desistir. Nuestro gran aliciente del fin de semana era escuchar partidos por la radio que se jugaban en Gandía o en Ontinyent y en los que lo único que estaba en juego eran tres puntos para escalar dos o tres posiciones en una clasificación en la que casi siempre andábamos por la zona media.

En realidad, esa pelea diaria que se vivía en clase estaba bastante desequilibrada. Aunque conseguimos arrastrar al campo de manera habitual a algunos compañeros, los únicos que éramos del Sabadell y solo del Sabadell éramos Albert y yo. Nos entendíamos el uno al otro y combatíamos las burlas de los compañeros de clase, que se mofaban de nuestro equipo de Tercera, de nuestra filiación a un club perdedor. Si las rivalidades nacen en las escuelas,

si Jonathan Stevenson, el experiodista de la BBC, cuenta que en su Nottingham natal, en su más tierna infancia, los niños acudían a clase con las camisetas del Forest y del Notts County, en la Sabadell que yo conocí, la segregación escolar dividía a los hinchas del Sabadell y a los hinchas del Barça. Por desgracia, esa confrontación nos perjudicó más a nosotros que a ellos, porque alejó de la Creu Alta a gente que, pese a ser culé, podía sentir cierta simpatía por el club de su ciudad. Supongo que era el precio que había que pagar por el pasado glorioso, por haber sido lo suficientemente grandes como para que, aunque fuera una minoría, hubiera un grupo de personas que se sentían lo suficientemente representadas por su club local sin tener la necesidad de compartir ese amor con el vecino rico de al lado. Es muy difícil que un niño sea aperturista, y entonces aún no entendía que con los 2.000 fieles de siempre nunca regresaríamos a la élite, que había que abrir la puerta con una sonrisa a los más de 15.000 que, sin ser acérrimos seguidores, sin que su equilibrio emocional dependiera casi exclusivamente de nuestras victorias y derrotas, querían que el equipo ganara, consultaban el resultado en el periódico y preguntaban el lunes en el trabajo «*Què ha fet el Sabadell?*». Con el paso de los años, uno va forjando un temperamento más pactista, menos visceral, y las rivalidades se matizan y se difuminan. Si en la infancia deseaba que el Barça perdiera para devolverles el golpe a los que se mofaban de nuestras miserias, ahora he aprendido a sufrir, saborear y llorar solo nuestros resultados. Que el Barça gane, empate o pierda ha dejado de afectarme desde un punto de vista afectivo o emocional. Me deja indiferente.

El Sabadell, en cambio, se ha convertido en algo tan íntimo, tan relacionado con mis emociones y con mis seres queridos, que me cuesta mucho hablar de nuestros partidos en público, en Twitter, en los medios de comunicación en los que colaboro. Cuando ganamos, a los pocos minutos de terminar el encuentro, siento necesidad de llamar a mi padre, a mi hermano, a

Albert. A veces me parece que los partidos del Sabadell no tienen nada que ver con el resto de partidos que veo por televisión. Por mi club siento amor; por el fútbol mundial, deseo de conocimiento, curiosidad casi científica. Se diferencian ambos como razón y pasión, como sentidos e intelecto. El fútbol de mi equipo es el que me afecta; el del resto del mundo, me interesa. Y creo que me interesa, precisamente, por la particularidad de mi filiación local. Porque siendo del Sabadell me es más fácil entender que un Viktoria Plzen-Mladá Boleslav levanta pasiones, algunas pasiones, minoritarias pasiones, pero intensísimas pasiones desde un punto de vista individual. Creo que el fútbol no es solo espectáculo. No es solo el nivel, la jugada perfecta, la belleza de la combinación precisa a alta velocidad, la gambeta, el disparo a la escuadra, la parada a mano cambiada, el quite abajo en una entrada contundente y limpia. El fútbol es la emoción del himno y el escudo, de la gente con su gente, y esa emoción se siente igual en un campo de 120.000 espectadores, en un Barcelona-Madrid, que en un Shamrock Rovers-Bohemians de la liga irlandesa. Cuando veo nombres de equipos raros, pienso en sus niños con sus camisetas y con sus ídolos. Y sé que merecen ser tomados en serio.

Con Albert llegamos a pelearnos una vez, cuando éramos niños de doce o trece años, porque en clase fundamos una peña, la medio oficializamos, salimos en el periódico local, y ambos queríamos ser presidentes. Creo que me enfadé porque salió publicado que el presidente era él y le obligué a llamar para que rectificaran la noticia. Líamos algunas bastante gordas. La pancarta que llevamos al estadio la pintamos en una sábana blanca con pintura que cogí de la tienda de modelismo de mi padre durante la hora del recreo del colegio. Un día, en un Sabadell-Terrassa, organizamos el primer mosaico de la historia de la Nova Creu Alta: compramos globos azules y blancos, fuimos el sábado por la mañana a situarlos en los asientos de la

grada de preferente del campo, y debajo colocamos una notita, en un papelito escrito a mano —creo que hicimos más de cuatrocientos y nos ayudaron todos los compañeros, incluso algunas niñas a las que el fútbol les importaba más bien poco— que simplemente decía: «Hacemos un mosaico de globos. CRIT ARLEQUINAT». Creo que perdimos el partido.

Luego fuimos recogepletas. No sé cómo lo logramos, pero de repente nos dieron un chándal y un señor nos contó cómo teníamos que comportarnos, según si ganábamos o perdíamos. Un día que el equipo necesitaba marcar un gol, el árbitro pitó fuera de juego y el balón quedó cerca de la banda. No se me ocurrió otra cosa que entrar corriendo al campo y dársela al portero del otro equipo para que sacara rápido. El linier me pegó un broncazo, pero lo peor fue que el partido acabó en empate y me pasé toda la semana preocupado por si nos iban a quitar el punto porque yo había infringido alguna ley importantísima que conllevaba la derrota por decreto federativo.

Aunque lo mejor de ser recogepletas era estar detrás de Jordi. Tener a Jordi a pocos metros. Saludar a Jordi cuando llegaba del vestuario y medía los pasos. Darle el balón a Jordi. Jordi fue mi primer ídolo real, probablemente el único. Porque Barbarà me pilló demasiado niño y porque todos los que vinieron después venían después y ya no era lo mismo. Jordi González fue nuestro portero durante más de diez años, aunque a veces no era titular porque tenía un carácter muy fuerte y chocaba con los entrenadores. Jordi hizo algunas heroicidades, como inscribirse como directivo en una Junta provisional cuando el club estuvo cerca de desaparecer. La leyenda también contaba que lo quisieron el Sporting de Gijón y el Espanyol y no quiso ir a Primera porque era fiel al Sabadell. Yo estaba convencido de que Jordi era el mejor portero del mundo. Hubo una época en la que casi me obsesionaba: celebraba las lesiones de los guardametas que competían con él por la titularidad, y a veces hasta tenía la

sensación de que me alegraba de que fallaran, aunque esto último me hacía sentir mal, como si hubiera pecado.

En la temporada 2000-2001, llegó al Sabadell Manolo Almunia. Era un portero que venía rebotado de Osasuna; al parecer había estado cedido en el Cartagonova y no había jugado. Cuentan que su pretemporada fue horrorosa, lo cual me causó una gran alegría. Así que el entrenador Pere Valentí Mora no tuvo otro remedio que darle la titularidad a Jordi. Aquel año, teníamos un equipazo y empezamos goleando en Castellón 1-4 en un partido que fui a ver con mi padre, ya que había empezado a escribir las crónicas para la web oficial del club —en una época en la que realmente internet casi empezaba, y en la que la directiva no tenía ni idea de lo que era una web, así que dos socios con amplios conocimientos informáticos la crearon y consiguieron que el Sabadell la aprobara como web oficial—. Ganamos los primeros partidos, e increíblemente, más o menos en la jornada 13, después de una derrota en Premià, Mora se cargó a Jordi. Sentí rabia. Mucha rabia. Jugábamos en Tarragona ante el Nàstic y cada vez que Almunia hacía una parada yo no podía dejar de sentir cierta amargura. Aquel no era mi portero. Empatamos a cero, así que Almunia continuó jugando y acabó aquella temporada, en la que casi subimos, como portero menos goleado de la categoría. De hecho, fue su temporada en Sabadell la que empezó a cimentar su escalada hacia la élite, pero yo me pasé años diciendo que no había estado tan bien y que Jordi era mucho mejor portero. No sentí cariño por Almunia hasta la final de París. Entonces, cuando todo el mundo se burló de él, cuando se le responsabilizó —injustamente, para mí— de la derrota del Arsenal ante el Barça, nació en mi interior un gran aprecio por él. Solo entonces, con Jordi ya retirado, hice las paces con Manolo Almunia.

Sabadell fue, evidentemente, la ciudad en la que conocí a algunas de las personas que más influyeron en mi forma de entender el fútbol y el periodismo. Gente que me marcó. Individuos que en su momento me impresionaron hasta grados cercanos a la obsesión. Creía en ellos. Aprendí de ellos. Rafa era un joven que había crecido en un barrio llamado Poble Nou, al otro lado del río Ripoll, geográficamente aislado del núcleo principal de la ciudad, absolutamente opuesto, desde un punto de vista social, al centro. Había empezado a jugar a fútbol en el club de aquella zona, el Unió Salut, que recogía el nombre del santuario local, situado muy cerca de allí. Su padre había entrenado muchos años al equipo, y toda la familia era muy futbolera. Rafa era un central muy alto, fuerte, que pronto empezó a destacar y al que el Sabadell acabó fichando. También ahí parecía estar por encima de la media, así que, siguiendo el orden lógico y natural de los acontecimientos, acabó en el Barça, a pesar de que él era seguidor del Real Madrid. No tuvo mucha suerte, aunque su estancia en el club azulgrana le sirvió para coincidir con Xavi Hernández y compartir vestuario con él. Aún recuerdo el día en el que Xavi fue convocado por primera vez con el primer equipo del Barça y Rafa nos advirtió de que estábamos ante el nacimiento de una estrella. A los dieciséis años, unos problemas físicos amenazaban con interrumpir su prometedora carrera y, mientras intentaba recuperarse, empezó a entrenarnos a nosotros: al equipo *escolar* del infantil del Sabadell. *Escolar* es un matiz importante. No formábamos parte del fútbol base, donde solo podían jugar aquellos que habían sido seleccionados. Nosotros nos habíamos apuntado, pagando una cuota, y el Sabadell había creado un nuevo equipo para que pudiéramos jugar en una liga vistiendo los colores arlequinados. En un primer momento, solo contra las escuelas de la ciudad. Luego, al ver que nos lo tomábamos muy en serio y que en el equipo había más calidad de la que en un principio se podía haber pensado, nos federaron y empezamos a competir

de verdad. Los dos años que pasé con Rafa constituyeron mi mayor educación futbolística.

Rafa era un chico de barrio, directo. No era un gran estudiante, pero tenía una apreciable inteligencia práctica y hablaba claro. Sabía comunicar. Y, sobre todo, sabía en qué consistía el fútbol. Lo había mamado desde pequeño. Lo había sentido en primera persona en vestuarios tan distintos como el de sus colegas de la calle, el de los elegidos de la ciudad y el de esa especie de selección de excelencia que era el Barcelona. Rafa y yo no nos parecíamos en nada. Nuestras educaciones habían sido absolutamente distintas. Nuestros contextos sociales y familiares, nuestras lenguas maternas, nuestras motivaciones espirituales últimas... se encontraban en polos opuestos. Pero desde el primer minuto me impresionó. Desde el primer minuto me lo creí. Con él aprendí que el fútbol se siente, se sufre, se disfruta en los días de lluvia lanzándose a los charcos y al barro. Con él supe que el fútbol nos acompaña durante la semana, a todas horas, y que el resultado del sábado lo llevamos grabado los seis días siguientes. Con él entendí conceptos de compañerismo, de hambre, de sacrificio, de compromiso. Fue un máster acelerado de fútbol desde dentro. Rafa no me convirtió en un portero profesional, porque probablemente yo no tenía las habilidades necesarias para ello. Pero me proporcionó los conceptos, las sensaciones, las experiencias... que me permiten ahora intentar ponerme en la mente de los jugadores, hacer el esfuerzo de entender qué es la competición. Es curioso: él jamás tuvo ninguna relación con el periodismo, pero me hizo mejor periodista.

Lo que más me impresiona ahora, cuando echo la vista atrás, es darme cuenta de que Rafa tenía entre dieciséis y dieciocho años cuando nos entrenó. En aquel momento, su autoridad era indiscutible. Y quizá solo era un par de años mayor que nosotros. Pero era pura madurez, puro liderazgo, una personalidad monumental. A veces, en el primer entrenamiento de la semana



tras una derrota, la sesión consistía, únicamente, en una charla. Una charla más motivacional que técnica. Pero una charla interesantísima. Una charla absorbente. Una charla fascinante. Una hora y media de charla. Un entrenador de diecisiete años dirigiendo a un equipo escolar dedicaba una sesión entera a darle vueltas y vueltas a lo que habíamos hecho mal, a la actitud con la que habíamos afrontado el partido, a cómo debíamos sentirnos en aquel momento. Cuando el asunto se volvió más serio y nos federamos, todos los viernes nos sentaba en el vestuario y, al dar la convocatoria, razonaba, uno a uno, por qué nos había incluido o por qué no. Creo que esas charlas de Rafa me gustaban más que el propio entrenamiento.

Tengo un par de anécdotas de Rafa que definen su carácter, su forma de entender el fútbol, hasta qué punto tenía interiorizado que aquello era lo más importante de nuestras vidas. Un día nos reunió a todos en el vestuario, como de costumbre, y nos alertó sobre la relación entre las masturbaciones y el rendimiento. Nos comentó que un exceso en aquella práctica podía provocar, por ejemplo, que las rodillas estuvieran más cargadas, y nos pidió que intentáramos evitarlas los días anteriores a los partidos. Casi estableció un calendario de días en los que era más adecuado —o menos nocivo— masturbarse. Puede parecer una gilipollez, pero Rafa era capaz de detectar, viéndonos entrenar, quién se había masturbado recientemente y quién no. Sobra decir que yo le hacía caso, y que me sentía culpable, casi avergonzado, por haber pasado por alto una responsabilidad cada vez que no podía resistirme e incumplía la norma del entrenador. No sé cuánto había de psicológico o no, pero durante un verano jugué con un amigo a cronometrar nuestros tiempos de nado en la playa, cada día con el mismo recorrido, de la orilla a la boya. Los mejores tiempos los hacía siempre las mañanas siguientes a no haberme masturbado por la noche.

Rafa escandalizó a nuestras familias cuando, en las Navidades de nuestra temporada federada, programó sesiones de entrenamiento todos los días. Ya que no teníamos clases, había que aprovechar para entrenar por las mañanas, dijo, y nos mandaba al bosque de Can Deu o a otras instalaciones de la ciudad en las que tenía contactos para poder ejercitarnos incluso cuando nuestro campo de entrenamiento no estaba disponible. Creo recordar que se le ocurrió incluso poner un entrenamiento el día 25 de diciembre. Hubo mucho debate sobre aquello, y no recuerdo si es que al final no se acabó haciendo o si yo simplemente no fui.

Obviamente, algunos jugadores del equipo no soportaban a Rafa. Exigía un compromiso, algo parecido a la profesionalidad, en un contexto absolutamente *amateur*, de diversión, casi de actividad extraescolar. Muchos no lo entendían o, simplemente, se acercaban a aquello mucho más relajados, solo motivados por el placer de jugar a fútbol, de divertirse. A mí en cambio me potenció el acercamiento al juego. En nuestra segunda temporada, anoté en una libreta, después de cada partido, nuestras alineaciones, los cambios, los mejores jugadores, las descripciones de los goles, etc. A final de temporada tenía ahí todos los datos. Cuando el equipo se disolvió el verano siguiente, a Rafa le pidieron que seleccionara a los mejores para hacer la pretemporada con el Cadete A del fútbol base del Sabadell. Me incluyó en la lista, supongo que porque había detectado que era de los que me lo tomaba más en serio. Más por actitud que por aptitud, intuyo. Ninguno de nosotros se quedó en la plantilla —en la que estaba, por cierto, Xavi Muñoz, un medio centro que llegaría luego al primer equipo—, aunque el Sabadell decidió cedernos al Lepanto, un equipo de barrio en el que empezó a jugar Oleguer Presas.

El Lepanto era una de las entidades más modestas de la ciudad, y su equipo cadete era el único que no estaba en la categoría más baja. Nuestras cesiones

debían ayudar a mantener al equipo en esa penúltima división que representaba la gloria absoluta para el club. De hecho, nuestros resultados eran más importantes que los del juvenil o los del equipo *amateur*, porque deportivamente éramos los que estábamos más arriba y todo el mundo relacionado con la institución estaba pendiente de nosotros. Sonará extraño y sobredimensionado, pero en el Lepanto sentí presión. Mucha presión. Empecé mal, comiéndome goles ridículos en el primer partido, y en seguida me di cuenta de que los compañeros no me tenían ninguna confianza. Fue un año de sufrimiento. De sufrir en los partidos, de sufrir en los entrenamientos, de sufrir esperando los resultados de los rivales directos. No lo pasé bien, lloré mucho, y me planteé dejarlo varias veces. Me quedé hasta el final, y gracias a una carambola en la última jornada, salvamos la categoría. El año siguiente, a los pocos meses, cerca de cumplir los diecisiete años, dejé de jugar a fútbol definitivamente. Ahora, visto con perspectiva, sé que en el Lepanto aprendí mucho, y recuerdo con cariño aquel campo que ya no existe, lamentablemente reconvertido en aparcamiento. Era una cancha entrañable: la más humilde de la ciudad, con vestuarios antiguos, con la calle justo detrás de la portería, sin valla ni red protectora para detener los balones, con un pequeño y carismático bar en el que comprábamos los bocadillos tras los partidos. Esa pelea por la supervivencia en una penúltima división me ayudó a entender lo importantes que son las pequeñas batallas. Lo feliz que te pueden hacer los triunfos minúsculos. Hasta qué punto una permanencia en una categoría cadete puede llegar a ser tan importante como una final de una Copa de Europa. Aquella temporada parecía el trabajo de final de carrera que nos había encargado Rafa tras pasar por su universidad del compromiso. En muchos momentos, cuando estábamos abajo en la tabla, cuando el entrenador no se hacía con el equipo, nos acordamos de él. Los que veníamos del Sabadell nos llegamos a plantear llamarle y pedirle que viniera a ayudarnos.

Pero no ocurrió. No volví a verlo, y sigo sin haberlo visto desde el final de la temporada 1997-1998. No sé nada de él. Pero sé que, en lo futbolístico, le debo mucho de lo que sé.

Casi contemporáneamente a Rafa, conocí a Jonathan Dilks. Fue mi primer profesor de Inglés en la academia FIAC, la más conocida y afamada del centro de Sabadell. Hasta aquel momento, siempre había sentido curiosidad por el fútbol internacional —era un adicto al programa de Canal 33 que emitía resúmenes de ligas extranjeras—, pero no devoraba partidos íntegros en directo ni seguía diariamente la actualidad de la Premier League. Estaba más ocupado inventando jugadores y resultados para una liga de fantasía, casi un universo paralelo imaginario que se convirtió en la mayor distracción —y diversión— de toda mi infancia y de prácticamente toda mi adolescencia. Con Robert, con el que nos inscribimos juntos a aquel curso —y que también conoció a Rafa, porque jugó un año conmigo en el escolar del Sabadell, aunque él no lo apreciaba tanto, porque lo colocó de extremo derecho y no de delantero—, siempre comentamos que, en realidad, quien me cambió la vida fue Jonathan Dilks. Recuerdo el primer día que llegamos a clase y nos dijo que era de Leicester. La noche anterior, el Leicester había perdido con el Atlético de Madrid en la Copa de la UEFA, así que nos mofamos de él. No le gustó. Era un hincha acérrimo del club de su ciudad. Un ser, en este sentido, parecido a mí: amaba tanto a su equipo que sentía necesidad de explicar sus batallitas al resto del mundo, como creyendo que realmente a la gente podían interesarle. Y no, a la mayoría de la gente que no era de Leicester, la actualidad del Leicester City le importaba poco. Pero a mí sí.

No sé si fue por pura empatía, por afinidad de caracteres o por esa curiosidad que desde niño me hizo sentir interés y atracción por el fútbol de fuera, por el fútbol que se pronunciaba en otras lenguas, pero desde muy pronto me fascinaron aquellas historias de los *foxes*. Jonty me convenció de

que Leicester era una ciudad parecida a Sabadell: industrial, de similares dimensiones, ensombrecida por una metrópoli cercana —Birmingham—. Un lunes por la tarde en el que teníamos clase me dijo que aquella noche Canal Plus pasaba un Leicester-Tottenham, y que estaría bien que lo viera. Lo hice. A las nueve estaba pegado al televisor, esperando el partido. Había un ambiente especial en el campo. El Leeds se había quedado sin entrenador y Martin O’Neill, el respetadísimo *manager* del Leicester, era el gran candidato para ocupar el banquillo de Elland Road. Los aficionados llenaron Filbert Street, el coqueto estadio local, y mostraron carteles en los que se podía leer «*Martin Don’t Go!*». Fue una noche memorable. El Tottenham empezó ganando, pero el Leicester acabó dándole la vuelta al encuentro tras una magnífica segunda parte redondeada con un golazo de Muzzy Izzet. Me enamoré de aquel equipo, literalmente. De su centro del campo, con Neil Lennon y Robbie Savage. De la habilidad en la media punta de Izzet. De los centros desde la banda izquierda de Steve Guppy. Del liderazgo desde la posición de central de Matt Elliott. Y de la pareja de delanteros formada por Tony Cottee y el prometedor Emile Heskey, un joven local criado en la cantera y que era la gran esperanza del club. Martin O’Neill, emocionado por el apoyo de la gente y extasiado por lo especial de aquella remontada, dijo que se quedaba. Y yo, desde aquella noche, fui un aficionado más de los *foxes*.

De la noche a la mañana, me vi entrando en la web del Leicester a diario. Eran los inicios de internet, al menos en mi casa, y prácticamente solo sabía aquella dirección. Luego Jonty me recomendó Soccernet para seguir toda la actualidad de la Premier League, y se convirtió en mi página de referencia durante más de una década. Aprendí inglés gracias al fútbol. Leía a diario más prensa inglesa que española. Y me pasaba las clases y los descansos comentando con Jonty los partidos del Leicester. Hubo un momento en el que

el asunto alcanzó proporciones desmesuradas. A Jonty también le divertía más hablar de fútbol en clase que seguir el temario del curso, y convirtió las horas lectivas en animadas tertulias balompédicas. Recuerdo un día en el que se puso a dibujar el campo del Bolton Wanderers en la pizarra. A algunos de los alumnos aquello les parecía inadmisibile, y se quejaron al director de la Academia de que el profesor no nos enseñaba nada de gramática ni nos planteaba ejercicios: solo hablaba de fútbol. Así que tuvimos que continuar nuestras conversaciones casi a escondidas, quedándonos un rato después de las clases o aprovechando las pausas. Para poder seguirle el ritmo, empecé a tragarme, enteros, todos los partidos que Canal Satélite Digital daba de la Premier cada fin de semana. Incluso me grababa aquellos que no podía ver en directo porque estaba en el campo del Sabadell. Hubo un momento en el que incluso me preocupé, porque tenía la sensación de que me importaban más los partidos del Leicester que los del Sabadell. Pero lo cierto es que había enganchado la mejor época de los *foxes*. El equipo llegó dos años seguidos a la final de la Copa de la Liga, ganó una de ellas —aún tengo en VHS el resumen de aquella final en Wembley ante el Tranmere Rovers— y volvió a Europa. El romance con la gloria se empezó a apagar cuando Heskey se marchó al Liverpool por doce millones de libras, y cuando O'Neill fichó por el Celtic de Glasgow, lo que me convirtió en un seguidor *hoop*, hasta el punto de ir a Sevilla a ver su final de la UEFA en 2003 ante el Oporto de Mourinho.

Cuando en verano de 2000 José María García se marchó de la COPE y entró el equipo de Abellán y Edu García, yo, que era oyente fiel de los deportes de aquella emisora y sentía un deseo ardiente de empezar a hacer cosas en la radio —esa era mi gran preocupación en aquella época, más que cualquier asunto relacionado con chicas, el sexo o el amor—, quizá animado por el carácter abierto y moderno que parecía percibir en las nuevas voces que escuchaba a través de las ondas, mandé varios correos electrónicos

ofreciéndome para hablar de fútbol extranjero. Entre ellos, un informe detallado del Leeds United, rival aquella semana del Barcelona en la primera jornada de la Champions League 2000-2001. En una época en la que aún no proliferaba una afición tan extendida por el conocimiento al detalle de los equipos extranjeros, aquel documento impresionó a la gente de la COPE lo suficiente como para llamarme y meterme en antena. Al día siguiente estaba en la cabina de prensa del Camp Nou comentando un partido que acabó 4-0. Tenía diecisiete años y cursaba segundo de bachillerato. Me agarré a esa puerta abierta con la intensidad de los sueños juveniles, y a partir de aquella oportunidad me fui metiendo de lleno en el periodismo. Quizá lo habría conseguido de otro modo —o quizá no, quién sabe—, pero aquel informe del Leeds United jamás lo habría podido escribir si no hubiese conocido a Jonathan Dilks.

Jonty se marchó de Sabadell justo antes de aquello. Desde Inglaterra me mandó cintas de casete con entrevistas de Radio Leicester. Perdí su contacto, lo recuperé luego tras una búsqueda casi obsesiva por internet, nos intercambiamos algunos *mails* y luego lo volví a perder definitivamente. No recuerdo si llegué a comentarle que, gracias a él, había cumplido el sueño de empezar a hacer radio. Ahora, de vez en cuando, pongo su nombre en Twitter, en Facebook y en Google, pero no tengo suerte y sigo sin saber dónde está ni qué hace. Al igual que sucedió con Rafa, desapareció de mi vida tras haber ejercido una imborrable influencia sobre ella.

En aquella época, yo no podía entender cómo Jonty había sido capaz de abandonar su amada ciudad, cómo había podido sacrificar el poder ir al estadio a ver los partidos de su equipo. Una vez se lo pregunté y me dijo que el fútbol era muy importante, pero que también había una vida por vivir. Pensé que me costaría hacer lo mismo, pero al poco tiempo yo estaba dejando de acudir a la Nova Creu Alta para poder hacer realidad mi sueño de

convertirme en periodista, e incluso, algunos años después, en 2010, me mudé a Barcelona y dejé de vivir en Sabadell. Me fui a Gràcia, un barrio encantador y repleto de vida, con ambiente de pueblo independiente de la gran urbe durante el día, y con una oferta de bares, restaurantes y cafés comparable a las de las ciudades europeas más *cool*, por la noche. Fui a Gràcia porque ya conocía Gràcia: todos los viernes, desde hacía ya un buen tiempo, bajábamos en tren desde Sabadell con un par de amigos para ir a ver cine independiente al Verdi y para cenar y tomar unas copas por unas calles que parecían descubrirnos un nuevo mundo, repleto de luces y alegría. En Gràcia me siento como en casa porque, además, la gente de Gràcia de toda la vida dice que aquello no es Barcelona. Incluso los hinchas —quedan pocos— del club del barrio, el Europa, sienten el mismo tipo de distancia hacia el Barça que sentimos los del Sabadell. Allí vivo ahora, consciente de que nuestra existencia es irrepetible y que quizá mi inquietud, mi deseo de conocimiento, solo se va a saciar si consigo probar varios entornos, sentirme habitante de varios lugares, tener unos cuantos cafés repartidos por el mundo en los que me sepa cliente habitual. Sin embargo, cada semana vuelvo a Sabadell para ver a mi gente. Y al salir del tren, pocos minutos después de contemplar aquella panorámica que me hipnotiza, cuando subo las escaleras y llego a la Rambla, todo es tan familiar y reconocible que mi *yo* se abruma. A veces paseo cuando cae la tarde por las callejuelas cercanas a Sant Fèlix y me encanta saludar a gente, encontrarme a conocidos que forman parte de la comunidad humana que es más mía. Me acerco a la Tete, el bar en el que planeamos tantos InterRail y tantos viajes; el café puntual de cada tarde a las cinco, llenando nuestras horas muertas y vacías cuando éramos universitarios; el local de tantas noches en las que los amigos de unos se mezclaban con los amigos de otros, porque al fin y al cabo todos éramos gente de Sabadell, del centro de Sabadell, y esto nos unía. Me acerco a la



Tete y me alegro cuando me encuentro a Dolors, una de las personas que mejor representa y siente el *sabadellanquismo*, la organizadora en su día del famoso *Quinto de l'Indus*, un juego autóctono parecido al Bingo que hacía furor entre la sociedad local en las fiestas navideñas. Dolors es tan catalanista como antibarcelonista, una mezcla que a muchos les puede resultar extraña, pero que en Sabadell no lo es tanto. Ella tuerce el gesto cuando en La República, nuevo lugar de moda del centro, ponen el himno del Barça a todo volumen y la mayoría de los presentes lo canta con furor. Entonces siente que su ciudad está alienada y no entiende nada. Probablemente se acerque a la barra, pida otro ron con cola, y espere que llegue mañana para ir con su padre a la Creu Alta.



# CAPÍTULO 2

## LONDRES

---

**O CÓMO SONIC EL ERIZO ME HIZO DEL ARSENAL ANTES DE EMPEZAR A AMAR A  
HENRY, CESC Y WENGER**

*A Francesc Fàbregas*

Mi primer recuerdo de Inglaterra tiene que ver con el cielo. Lo observé desde un autocar, un autocar que había salido de Sabadell con destino a Londres, y me fascinó comprobar que el cielo inglés era igual que el nuestro. Uno podía mirarlo, abstrayéndose de su realidad, y pensar que estaba en casa. Y, sin embargo, estaba en Inglaterra. En la mitificada, esperada y soñada Inglaterra.

Era mi época de mayor fanatismo hacia la Premier League. Un tiempo en el que aún mantenía el contacto con Jonathan Dilks, en el que leía a diario el teletexto de Eurosport en inglés y en el que consultaba con frecuencia la guía de programación de Canal Satélite Digital para saber si ya habían anunciado qué partidos emitirían el fin de semana siguiente. Para mí, el viaje de fin de curso de primero de bachillerato, más que una primera aventura en el extranjero, representaba entrar en contacto con ese mundo que amaba. Los acantilados de Dover, divisados desde el *ferry* que nos llevó desde Calais, se presentaban ante mis ojos como la Tierra Prometida. Había poesía en ellos: en su pronunciada pendiente empinada, casi rectilínea; en la violencia de las olas agitadas por el viento golpeando las rocas y recordándome fragmentos de las novelas de Agatha Christie que amenizaron mi adolescencia. Por aquel entonces todo lo inglés me parecía más auténtico, absolutamente pionero. El fútbol, el periodismo, las novelas policíacas... todo nacía y moría en Inglaterra, y llegar a Inglaterra era como hacer realidad una utopía, como caminar por una tierra que creía inalcanzable, como cruzar una frontera entre los sueños y la vigilia. Me recuerdo nervioso, medio mareado, comiendo patatas Walkers —porque patrocinaban al Leicester y porque las anunciaba Gary Lineker— en medio de aquel *ferry* que no acababa de cruzar nunca el Canal de la Mancha. Francia quedaba atrás, sin proporcionar grandes imágenes para el recuerdo —solo estaciones de servicio, gasolineras con

máquinas de café, quioscos de carretera donde comprar *L'Équipe*—, totalmente oscurecida por la expectativa de la primera visita a Inglaterra.

Una vez alcanzada la costa, el autocar recorrió algunos kilómetros hasta llegar a Canterbury. Había una catedral muy importante, muy apreciada por su valor arquitectónico y declarada Patrimonio de la Humanidad, y sin embargo esa visita cultural me sobraba por completo. Quería llegar a Londres cuanto antes. Ver si era verdad todo lo que me habían contado, todo lo que mi imaginación había construido. Tras pasarme la media hora que dedicamos a contemplar aquella estructura religiosa remugando contra los profesores, que retardaban nuestro descubrimiento del lugar que daba sentido a todo el viaje, volvimos a montarnos en el vehículo y completamos lo que quedaba de trayecto. El recorrido por la ciudad, desde que nos introdujimos en sus barrios más periféricos hasta llegar al céntrico hotel en el que debíamos alojarnos, me lo tomé como una sesión de cine: con la mirada fija en la ventana, presenciaba el espectáculo de la cotidianidad en aquella urbe gigantesca en la que estaban las oficinas de los periódicos que leía por internet y los campos de fútbol que veía por la tele. Nos instalamos en un edificio bastante céntrico, mucho más elegante que el que nos había acogido en París y que he olvidado para siempre. Un hotel en el que la televisión de plasma del *hall* principal estaba dando, cuando llegamos, un partido que se jugaba en el Stadium of Light de Sunderland, y aunque yo lo estuviera viendo en la pequeña pantalla —exactamente como lo vería desde mi casa—, lo sentía más próximo. Porque estaba más cerca, y porque aquel encuentro no lo estaban dando por un canal de pago por satélite minoritario, sino que lo estaba viendo prácticamente todo el país en el que me encontraba. Cada pequeño acto mundano cobraba una trascendencia especial. Salir al balconcito de la habitación, por ejemplo, y mirar hacia la calle. Ver aceras de

Londres, rótulos y señales de Londres, gente de Londres, coches de Londres, autobuses, cabinas telefónicas, *traffic jams* de Londres.

Fue un viaje de primeras experiencias. El de la primera borrachera, cutre y patética, en la habitación de unos amigos, sin whisky, sin canciones pop de fondo, sin chicas a las que sacar a bailar, sin ninguna discoteca glamourosa a la que ir después. El de la primera sensación de estar perdido en medio del infinito al llegar a una ciudad inmensa y desconocida con un mapa en la mano y la necesidad de empezar a orientarme y a memorizar las líneas de metro que quedaban cerca y las estaciones de enlace. El de la primera vez en la que el inglés representaba realmente un vehículo de comunicación en el día a día y no una asignatura para la que había que hacer ejercicios de gramática, como cuando llegué a la tienda Sportsbooks, en Tottenham Court Road —me la había recomendado Jonty— y pedí a la dependienta si tenían algo parecido a un *Extra Liga* de *Don Balón* pero de la Premier League: me acabó vendiendo un *Yearbook* de OPTA en el que Kieron Dyer aparecía como una de las jóvenes promesas a seguir en la temporada siguiente. Y, por supuesto, fue el viaje en el que por primera vez asistí a un partido de la liga inglesa.

Fue un Chelsea-Coventry. El Coventry era un clásico de aquellos años en la Premier League, un equipo que siempre estaba abajo y siempre se salvaba —de hecho, cuando acabó descendiendo en 2001 puso fin a una impresionante serie de 34 temporadas consecutivas en la máxima categoría—. Recuerdo que Duncan Shaw, el comentarista del Plus, decía que eran «unas ratas» porque conseguían sobrevivir en las condiciones más adversas. El Coventry le caía definitivamente mal: repetía constantemente que la ciudad era feísima debido a que tuvo que ser reconstruida tras los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial. Yo, siempre que lo oía, me preguntaba si aquello no era un motivo para sentir compasión, más que odio, y nunca entendí esa animadversión hacia un equipo que, pese a ser un rival

regional del Leicester, me gustaba bastante —quizá por su camiseta azul celeste, quizá por algunos buenos jugadores como Huckerby o Robbie Keane, que tenía diecinueve años e impresionó tanto en aquella temporada 1999-2000, la de su debut en la Premier, que lo acabó fichando el Inter de Milán el siguiente verano—. En realidad, obviamente, fuimos a ver al Coventry porque era el equipo que jugaba en el Bridge el día que estábamos en Londres. La semana siguiente, aquel Chelsea de Flo y Zola, dirigido por Gianluca Vialli, se iba a enfrentar al Barcelona en el partido de vuelta de una famosa eliminatoria de cuartos de final de la Champions —aún hoy muy recordada cada vez que el conjunto azulgrana tiene que remontar un cruce europeo complicado—. Siete días antes, en ese mismo recinto que íbamos a visitar, los *blues* habían ganado en la ida por 3-1, y se podían ver por todas partes ofertas de viajes a Barcelona para acompañar al equipo en lo que ellos intuían que iba a ser una clasificación histórica. Luego, Rivaldo, Figo y Kluivert jugarían un partido asombroso y el sueño azul se evaporaría. Aquel era un Chelsea distinto al actual, previo a Abramovich. Generaba bastante admiración por sus ganas de jugar al toque y aún no era asociado a la imagen del nuevo rico que compra todo aquello que le resulta apetecible en el mercado. Y ni mucho menos se le consideraba el paradigma de un estilo físico, conservador y contragolpeador. Era, sí, el club de un barrio rico de Londres, pero, al no haber sido nunca demasiado exitoso, tampoco levantaba la antipatía que levanta hoy entre el resto de hinchadas de Inglaterra —su palmarés, en aquel momento, solo reflejaba como triunfos más destacados una liga, dos FA Cups y dos Recopas de Europa (la primera contra el Real Madrid, en Atenas (1971), en una final que necesitó la disputa de un partido de desempate y en la que el gran héroe fue el legendario Peter Osgood)—.

De hecho, aquel Chelsea de 2000, que acabaría ganando esa temporada su tercera FA Cup y en el que también jugaban Desailly, Deschamps, Poyet, Di

Matteo y Weah, era un equipo bastante elogiado. Creo recordar que incluso Julio Maldonado manifestaba públicamente en esa época que era hinchas del Chelsea porque era el equipo que estaba intentando hacer una revolución en el fútbol inglés, apostando más por lo asociativo que por lo directo. La temporada anterior, el Leicester, con un golazo de Guppy en el Bridge, dejó sin opciones de ganar el título de liga a los *blues*, y Maldini lo comentó apenado en *Fiebre de fútbol*, mostrando un periódico británico que titulaba con un juego de palabras —*Mind the gup*— relacionado con el clásico rótulo de advertencia en el metro, mientras yo celebraba tan histórico resultado desde el sofá de mi casa.

Habíamos comprado las entradas por teléfono, desde el piso de mi amigo Joan, que era el que mejor dominaba el inglés e iba unos cursos por delante de todos los demás en la FIAC. Sin embargo, al llegar a las taquillas, los empleados del Chelsea solo tenían constancia de un ticket adquirido mediante la mencionada transacción, y no cinco, como reclamábamos nosotros. Joan no había venido al partido —solo nos había hecho el favor de llamar—, así que me tocó discutir con un *general manager* en mi macarrónico inglés de entonces, bajo la tímida pero molesta lluvia de Londres y presentando como única prueba de compra una fotocopia en papel de la tarjeta de crédito de mi madre, arrugada, prácticamente empapada e ilegible. Ese señor gritó mucho. Cogió el papelito y me empezó a abroncar. Cómo se me ocurría llegar allí con semejante desecho. Que si me parecía normal. Que igual en España se hacía así, pero allí no. Mis amigos, detrás, no articulaban palabra. Yo tampoco, claro, solo tenía ganas de llorar. De repente, apareció un trabajador español del Chelsea, tan simpático como antipático era el *manager*, y la comunicación mejoró instantáneamente: acabamos comprando entradas nuevas —quedaban— y el problema quedó parcialmente solucionado —aunque mi madre se tuvo que pelear unas cuantas semanas después con la



entidad bancaria, que sí nos había cargado el importe de cinco tickets—. Entramos en el Bridge y nos dirigimos a la grada que estaba frente a la tribuna principal. Una grada que pronto sería reconstruida, pero que en aquel momento aún no estaba cubierta. Hice un repaso mental rápido y establecí que en aquel momento aquella debía de ser la única grada no cubierta de toda la Premier League. Así que nos tocó mojarnos. Entre la lluvia, la angustia inicial por la discusión de las entradas, y el perdernos el gol de Weah por demorarnos tras el descanso en el bar del estadio pidiendo un *tea* —yo no bebía té, no había bebido jamás, pero me pareció muy inglés pedir un té a las nueve de la noche—, creo que no disfruté demasiado de la experiencia. Iba con unas expectativas altísimas, y sin embargo aquel fue un atardecer de chubasqueros mojados, comunicaciones poco fluidas, colas y esperas en cafeterías en las que claramente desentonábamos y segundas partes que empezaban antes de tiempo. Cuando volvimos al hotel, me fui a dormir. No estaba el cuerpo como para salir.

Aquella primera vez en Londres, yo aún no era del Arsenal. En realidad, hice todo lo posible por escaparme a Leicester. Miré horarios de trenes y pensé en pedir permiso a los profesores para que me dejaran viajar solo a las Midlands. Obviamente, aquello era demasiado complicado, y desistí. Quería ir a Leicester porque era el único lugar donde se podía comprar la equipación de los *foxes* —o eso me habían dicho—. Al no poder hacerlo, cuando fuimos a la Nike Store —cerca de Oxford Circus—, tuve que elegir una camiseta de algún otro equipo de la Premier —porque había que comprar una camiseta de la Premier—. Dudé mucho. Todo el mundo quería irse, y yo aún no sabía cuál adquirir. Me acabé decantando por el Arsenal, en una decisión que, a posteriori, tendría mucha más trascendencia de lo que parecía. Realmente, en aquel momento de introspección, de discusión conmigo mismo, de pros y de contras, de debate interno, yo estaba eligiendo equipo. Y acabé cogiendo la

camiseta *gunner*, quizá por la publicidad de Dreamcast, quizá porque, ya que estábamos en Londres, tenía que elegir la de un equipo londinense, quizá porque por aquel entonces siempre quedaba segundo y yo siempre he sentido una gran simpatía por los que quedan segundos. En ese instante, no tenía ni idea de cómo hablaba Arsène Wenger, de su moralidad, de sus sentencias profundas y reflexivas, de la mística de su tiempo en Nagoya y la leyenda de su libro en japonés, del restaurante que sus padres regentaban en Alsacia, de su obsesión por el arte como expresión necesaria y como aspiración de cualquier actividad humana en la vida, de su convicción de que la victoria solo puede perseguirse a partir de la rectitud en el comportamiento y el respeto por algo parecido a una justicia poética universal que está presente en el aire, en el cielo, en la tierra. Obviamente, en aquel momento, en aquel sagrado momento en el que elegí la camiseta del Arsenal, tampoco sabía quién era Cesc Fàbregas, pese a que quizá alguna vez me lo había cruzado por las calles de Arenys de Mar al ir a visitar a mi tía. En aquel momento no sospechaba que la siguiente vez que entraría en aquella Nike Store, once años después, lo haría para encontrarme con el padre del capitán del Arsenal, con un coche con chófer privado esperándonos fuera para llevarnos a presenciar una final en Wembley.

De hecho, en aquel momento aún no idolatraba a Thierry Henry. Unos meses antes, estando de vacaciones en Mallorca, había visto una fotografía en un periódico deportivo de Davor Suker y de Henry, presentados juntos en Highbury para llenar el hueco que había dejado Nicolas Anelka, recientemente traspasado al Madrid. Fue una noticia que me dejó bastante frío, y de hecho me pareció que era mejor fichaje el del croata que el del francés. Si entonces estaba poco documentado sobre el presente, mi ignorancia sobre la historia del club era absoluta. Recordaba la final de la Recopa del 95 contra el Zaragoza, en la que incluso había celebrado el gol de

Nayim a Seaman, y en la que veía a Ian Wright como una amenaza. Y por descontado, jamás había oído hablar de Herbert Chapman, el mejor entrenador de la historia del Arsenal antes de Wenger. Un hombre que modernizó el fútbol británico dentro y fuera del campo, y que llevó a los *gunners*, que hasta su llegada no habían ganado ningún trofeo, a un título de la FA Cup y a dos campeonatos de liga. No solo eso: construyó la estructura del conjunto que dominaría la década de los treinta, incluso después de su muerte. Una muerte que lo convirtió, aún más, en una leyenda de la historia del fútbol. Era el día de Año Nuevo de 1934 y Chapman viajó al norte de Inglaterra a presenciar un partido entre el Bury y el Notts County. El día siguiente fue a analizar al Sheffield Wednesday, que era el próximo rival del Arsenal. Regresó a Londres con un serio resfriado, pero aun así asistió a un partido del juvenil contra el Guildford City. Cogió una neumonía y falleció el 6 de enero. Su equipo ganaría tres de las cinco ligas siguientes. Pero toda esta historia yo no la conocía entonces, cuando elegí la camiseta roja con las mangas blancas que anunciaba una videoconsola en la que Sonic buscaba las siete Esmeraldas del Caos.

Tardé en volver a Londres. No lo hice hasta el día de Año Nuevo de 2006. Habían cambiado muchas cosas. No en Londres, en mí. En Londres supongo que también. Tenía veintidós años, estaba dedicándome ya plenamente a lo que siempre había querido, y había descubierto que viajar era mi afición favorita. Planear viajes: quedar con amigos, mirar mapas, calendarios, precios en webs de aerolíneas baratas. Ir a visitar a aquellos que estudiaban fuera. Ir a ver partidos, torneos. Descubrir el mundo. Cualquier huequecito en la agenda, cualquier sucesión de tres o cuatro días libres, era una excusa perfecta para viajar. Ya habíamos estado en Londres, pero no habíamos estado en Highbury. Era la última temporada del mítico estadio que le daba al Arsenal aquel aroma de equipo de barrio, de club localísimo que sin embargo

competía con los gigantes universales que representaban a metrópolis. Convencí a Albert para hacer un viaje 100% futbolero. A ambos nos fascinaba que Londres fuera tan diversa en lo futbolístico. Que no hubiera un club que se llamara FC London. Que convivieran en la ciudad, en proporciones bastante equilibradas, varias entidades de élite. A mí me recordaba a todo aquello que me habían contado sobre los tiempos en los que jugaba mi abuelo vistiendo la camiseta del Atlètic Sabadell, un club que desapareció varias décadas atrás. Eran los inicios del siglo XX, la liga española aún no se había creado, y en una primera división catalana, los dos clubes de Sabadell pugnaban con muchos equipos de Barcelona. El Sants, el Júpiter, el Europa, el Horta... El Barça y el Espanyol también, claro, pero el panorama era distinto al actual: el fútbol era una competición entre equipos de barrio. El tiempo y la historia acabaron con esa realidad, y mientras alguno crecía hasta convertirse en referencia mundial, otros caían en el olvido del anonimato. Londres, pese a la vertiginosa tendencia a la globalidad que experimentó la Premier League en los noventa, seguía ofreciendo un mapa de colores casi infinitos, pura policromía. Había que ir a Londres, recorrer Londres y seguir itinerarios que nos llevaran de estadio en estadio, bajarse en estaciones con nombres de campos y equipos, ver partidos y comprar bufandas, identificar gorras del Leyton Orient en paradas de metro y camisetas del Charlton en autobuses.

Llegamos a Londres cuando el cielo ya se había oscurecido. Habíamos dormido poco la noche anterior: especialmente yo, que había ido a una fiesta de fin de año en una urbanización en el campo, cerca de Vilafranca, y luego me quedé frito cuando me tumbé en la cama en un apartamento de un amigo, cerca del aeropuerto de Reus, y casi pierdo el avión. Con el cansancio y la resaca aún presentes en nuestros cuerpos, recorrimos andando, con las maletas, las dos calles que separaban la estación de tren del albergue juvenil

que elegimos por internet y que aún a día de hoy sigue mandándome regularmente spam al correo electrónico. Era el típico *youth hostel* de ciudad grande: habitaciones diminutas con literas —un poco más caras que los dormitorios comunes—, un bar con el que tenían un acuerdo en el edificio de al lado y una *party room* para tomar algo, jugar a ping-pong y hacer amigos. En realidad, esta estancia recreativa solo la vimos en un primer recorrido de exploración. La prioridad del viaje era el fútbol, y la mañana siguiente nos esperaba un West Ham-Chelsea. Había conseguido acreditaciones de prensa para ese partido, tanto para Albert como para mí, pero no para el Arsenal-Manchester United del día siguiente. La realidad era que había planeado el viaje para conocer Highbury y llegué a Londres sin saber si podría ir a Highbury. Me denegaron la solicitud vía COPE —donde yo estaba trabajando— al no poseer derechos de emisión. Tampoco me funcionó una solución alternativa: pedir entradas al padre de Cesc Fàbregas, al que había llamado alguna vez por teléfono pero no conocía personalmente. Finalmente, me puse en contacto con Víctor Orta, que, tras varios años destacando en el periodismo sobre fútbol internacional, había aceptado una oferta del Valladolid para ser secretario técnico. Él le pidió entradas a Philippe Senderos, pero ya las había prometido a sus familiares. El último recurso fue que el Valladolid nos acreditara como *scouts*. Sonaba rarísimo: que un equipo de Segunda División —que era la categoría en la que entonces militaba el club pucelano— pidiera pases para un partido entre el Arsenal y el Manchester United para ir a ojear jugadores. Estuve tenso durante todo el día previo y, la misma mañana del partido, Víctor me llamó para informarme de que nos daban un asiento, pero no dos. Uno ya me parecía demasiado. El caso es que el Valladolid debía pasarme por fax la carta del Arsenal que me autorizaba para recoger la entrada. Y el lugar en el que nos hospedábamos no era precisamente un hotel para hombres de negocios. Costó lo suyo conseguir

que el recepcionista me diera el número de fax del albergue y que subiera hasta dos veces a un cuartito de otra planta a ver si había llegado el *very important document* que yo estaba esperando. Me puse tan pesado que al final incluso tuve que pedir disculpas. Pero conseguí el papelito. Luego estaba por ver qué hacíamos con Albert. Pero primero fuimos a Upton Park. Aquella tarde, la anterior a nuestra peregrinación a Highbury, él se hizo un poco del West Ham. A diferencia del Arsenal-Manchester United, el West Ham-Chelsea se jugaba con luz diurna, más o menos a la una y media. Así que nosotros, que manteníamos costumbres horarias españolas, fuimos hacia allí justo después de desayunar en el típico local que, solo por ser y parecer londinense, atrapa al visitante enamorado de la ciudad y sus estereotipos. Tenían, creo, el *Guardian*, y leímos un artículo sobre el retorno de Frank Lampard a Upton Park. Aquel texto hablaba de cómo le incomodaba a su padre, leyenda *hammer*, que su hijo fuera abucheado en el campo en el que él fue tan querido. El autor explicaba que el desencuentro con la hinchada había empezado incluso antes de marcharse. Por alguna extraña razón, Frankie Junior no gustaba a una afición que lo miraba con recelo, sospechando que había llegado al primer equipo por ser hijo de su padre y sobrino del entrenador de aquella época, Harry Redknapp. Por aquel entonces, yo ya admiraba a Lampard profundamente. Había crecido conociéndole como una promesa del club del East End, y lo había disfrutado en el primer título de la era Mourinho, cuando se convirtió en el jugador más decisivo del Chelsea y de la Premier. En aquel momento, Frankie estaba en la cúspide de su carrera. Venía de ser elegido segundo mejor jugador del mundo solo por detrás de Ronaldinho —yo estaba convencido de que había merecido ganar aquel Balón de Oro— y era el prototipo de centrocampista que, como lo definiría Wenger más tarde al compararlo con Cesc, estaba en el inicio y en el final de todas las jugadas. Nos subimos al metro, línea de Hammersmith & City, y

nos advirtieron de que debíamos bajar en Upton Park, y no en West Ham. Nos encontramos a unos aficionados *hammers* en el mismo *tube* y conversamos con ellos. No les gustaba Lampard. «Es una pena por su padre», decían, «pero era un chico perezoso cuando estaba aquí: iba un poco de estrellita, era demasiado fino y poco luchador, y no lo dejaba todo en el campo». Ataviados con sus bufandas, los dos señores de mediana edad nos recomendaron ir con ellos a un *pub* cercano, donde la entrada no estaba permitida a los *supporters* del equipo oponente para evitar peleas. No sé muy bien por qué rechazamos la invitación, quizá preocupados por recoger nuestras acreditaciones a tiempo. Los alrededores de Upton Park eran exactamente lo que uno podía esperar tras haber visto algunos capítulos de la mítica serie *EastEnders*, que se grababa en esa misma zona de Londres y que TV3 emitió durante mi niñez bajo el título *Gent del barri*. Observarlo de primera mano, como testigos directos, nos impresionó. Era un barrio de gente sencilla, mayoritariamente obrero, con construcciones sin estridencias ni ornamentos sofisticados, con tenderos que las habían visto de todos los colores y habían resistido abriendo su negocio día tras día, soportando los vaivenes del tiempo de Londres. No hubo problema para acceder al campo, y pronto nos encontramos ante la más agradable de las sorpresas: una sala de trabajo para periodistas con un cátering formidable: *fish and chips*, y hasta creo que sopa de un sabor que ya olvidé. Fue, presiento, el primer momento en el que sentí que quería ser periodista de fútbol en Londres. Alquilar un pisito, con espacio para un ordenador y un televisor con satélite, no más, y acudir a todos los partidos que se disputaran en la *city*, y conocer a los *football writers* de todos los periódicos, y acostumbrarme a que aquellas habitaciones espaciales y con tanto confort, las salas de espera pre-partidos para medios de comunicación, fueran lugares familiares en los que me sintiera como en casa. En Highbury, en el Bridge, en el Lane, en Upton Park,

en el Cottage, en The Valley, en Loftus Road, en Selhurst Park... Subimos, escaleras arriba, hacia nuestra localidad en la tribuna de prensa, un habitáculo reducidísimo y plegable, y allí nos instalamos, rodeados de periodistas orientales que confirmaban con su presencia el creciente interés del mercado asiático por el fútbol inglés. Desde esa posición elevada, se observaban edificios, bloques de pisos modestos y uniformes, anaranjados, sociales, *eastenders* totales.

Quedaba aún un poco para que empezara el encuentro, así que nos distrajimos observando la grada y ojeando el programa oficial del club. Se trataba de una revista de tamaño reducido pero muy extensa en cuanto a número de páginas que los aficionados compraban cada día de partido en Upton Park. La cantidad de información sobre su equipo era tremenda: entrevistas a los jugadores, análisis de los rivales, crónicas de los últimos choques, antecedentes, reportajes a las categorías inferiores y hasta columnas de opinión de periodistas muy conectados a la entidad. Albert y yo soñamos con, algún día, tener algo parecido en el Sabadell, y entendimos, una vez más, que estamos muy lejos de la cultura futbolística que se respira en Inglaterra y que a veces se manifiesta de manera tan tangible como en aquel *magazine* de papel con fotografías a todo color. Me hizo bastante gracia un artículo que había en las páginas centrales y en el que un cronista escribía, mes a mes, cómo le gustaría que fuera el año 2006 que acababa de empezar en clave *hammer*. En julio, apostaba por una Inglaterra campeona del mundo en Alemania, con el único tanto del último partido anotado por Nigel Reo-Coker «para preservar la tradición de que todos los goleadores de la selección en la historia de las finales de los Mundiales sean jugadores del West Ham». Y es que, en efecto, tanto Geoff Hurst como Martin Peters, los autores de los cuatro goles de la final del 66 contra Alemania, pertenecían en aquel momento al club del East End londinense, habiéndose formado además en



sus categorías inferiores —la llamada Academy of Football, de la que presumía el club con orgullo en un visible rótulo en la entrada principal del estadio—. Nigel Reo-Coker era en aquel momento la gran promesa de un West Ham que acababa de ascender a la Premier League —y que llegaría, ese mismo año, a la final de la FA Cup, resuelta de forma dramática a favor del Liverpool en la tanda de penaltis—. El texto, obviamente, estaba redactado con el mayor de los optimismos, ya que Reo-Coker era, a falta de solo seis meses para que se diera la lista del Mundial, internacional sub-21 y nunca había jugado con la absoluta. Sven-Goran Eriksson lo acabó seleccionando como reserva por si había alguna lesión, pero a última hora fue sustituido por Phil Neville debido a unos problemas en la espalda. Después de aquello, jamás llegó a debutar con Inglaterra.

Se acercaba la hora del comienzo y la megafonía dio las alineaciones. Estaba enumerando a los jugadores del Chelsea y, cuando llegó al número ocho, hizo una pausa y acompañó el dorsal y el nombre del futbolista con un mensaje repleto de solemnidad y cortesía: «*Please, welcome back number eight Frank Lampard*». La gente no hizo mucho caso, y pitó, pero a mí me pareció entrañable que el West Ham, como club, tuviera aquella deferencia; que lo tratara de forma especial, que hiciera una excepción con él. Luego Lampard, que marcaría de penalti, celebraría su gol de modo casi desafiante, dejando claro que el club de su vida era el Chelsea, que su único color era *blue* y que su escudo era aquel que se señalaba y besaba. El West Ham opuso cierta resistencia a partir de la garra, pero eran tiempos de dominio insultante del Chelsea, de superioridad incontestable, y el partido acabó 1-3. Bajamos a la sala de prensa y observamos en directo ese espectáculo que aún no había traspasado demasiadas fronteras: una rueda de prensa de José Mourinho. El portugués estaba convencido de que Sky, el canal de televisión de pago de moda en el Reino Unido, quería bajar al Chelsea de la primera posición,

repetiendo constantemente las imágenes de una entrada de Essien a Gerrard de un partido anterior ante el Liverpool y provocando que la sanción para el ghanés fuera mucho más dura que las que se habían impuesto por jugadas parecidas a futbolistas de otros equipos. Protagonizó un intercambio de pareceres con un periodista de Sky, y pidió que se tratara a todos los equipos por igual, independientemente de si eran ricos o pobres, buenos o malos. Antes de marcharse, tuvo la ocurrencia de bautizar a Eidur Gudjohnsen como «el Maradona rubio» para elogiar su fantástico partido. Años después, al ver cómo el islandés consumía sus últimos años de plenitud futbolística en el banquillo del Camp Nou, me acordé varias veces de aquel mote, y pensé que ningún seguidor del Barcelona entendería la comparación. Probablemente era ininteligible. Salimos al exterior y vimos a Joe Cole, que no pudo jugar el partido por lesión, subirse a un cuatro por cuatro. Antes, firmó algunos autógrafos a hinchas del West Ham. Él, como tantos otros jugadores importantes ingleses de la generación actual —Carrick, Rio Ferdinand, Defoe, Glen Johnson—, también se había formado allí. Se había ido, como Lampard, al Chelsea, pero parecían guardarle mucho menos rencor.

El día siguiente, el Arsenal-Manchester United se jugaba por la noche, así que, una vez confirmada mi acreditación como *scout*, salimos a dar una vuelta. La intención era caminar desde Stamford Bridge a Craven Cottage, para confirmar que, en efecto, como tantas veces habíamos escuchado, los campos del Chelsea y el Fulham estaban separados por una distancia que podía ser recorrida perfectamente a pie. De hecho, el partido de máxima rivalidad entre ambos suele llamarse «el derbi de Fulham», porque el Chelsea, pese a representar al barrio del mismo nombre, tiene el estadio en la zona de Fulham —concretamente, en Fulham Road—. Empezamos la ruta en el Bridge y visitamos algunos lugares que ya habíamos conocido en el lejano 1999. En la tienda oficial, Albert se compró el DVD del Chelsea 4 Barcelona

2 del año anterior, que el club *blue* vendía como «el partido de todos los tiempos» —el del 3-0 en veinte minutos, el del golazo imposible de Ronaldinho, el del polémico tanto decisivo de Terry—. Luego salimos a la calle y vimos a un chico negro caminando con muletas. Según se acercaba, nos preguntamos: «¿Es Essien?». Tenía sentido: se había lesionado el día anterior en el partido que habíamos presenciado en Upton Park. «¿Pero cómo puede Essien ir tan tranquilo por la calle, caminando solo, sin que nadie le interrumpa ni se le acerque, sin ningún trabajador del club que lo proteja?» Aquella escena nos enseñó aquello que repiten a menudo los jugadores españoles que están en la Premier: ese mayor respeto a la intimidad del futbolista que existe en la cultura inglesa. Fuimos a por él y nos hicimos unas fotos. Hasta le pregunté, buscando la noticia, si la lesión era grave o podría jugar la Copa África, que estaba a la vuelta de la esquina. Me dijo, sonriente y educado, que no lo sabía aún, pero que esperaba no perderse la cita. Tras dejarnos atrás, continuó su dificultoso camino, alejándose poco a poco, perdiéndose en el horizonte como si fuera un ciudadano más en la inmensidad de la urbe.

No sabría decir cuánto tardamos exactamente del Bridge al Cottage, porque nos paramos a comer en un restaurante hindú. El trayecto fue extraordinariamente agradable. No hacía demasiado frío y la zona era preciosa. Abundaban las tiendas de ropa cara y las pequeñas cafeterías. Todo parecía mucho más cuidado que en el East End, con más interés por las formas y por la elegancia. Supongo que, descontando el rato que estuvimos comiendo, el paseo nos ocupó poco más de media hora. Craven Cottage apareció tras un parque, a orillas del Támesis: de hecho, hay muy poquito espacio entre el agua y la pared del llamado *Riverside Stand* —donde suelen sentarse Mohamed Al-Fayed y los altos cargos de Harrods—. Era un campo coqueto, que había mantenido el espíritu de su primera construcción a finales

del siglo XIX pese a su última remodelación. No pudimos visitarlo por dentro, ya que ese día no se realizaban *tours*. Nos conformamos, pues, con rodearlo e imaginar cómo serían esas calles los días de partido. Un viejo panel, casi tan rústico como un marcador manual, anunciaba el siguiente encuentro que se iba a disputar en el recinto: un derbi londinense de la tercera ronda de la FA Cup contra el Leyton Orient. El choque resultaba tan atractivo que hasta me planteé alargar el viaje hasta el fin de semana, pero no era factible.

Salimos del Cottage cuando empezaba a anochecer —algo que en el invierno de Londres ocurre muy pronto—. Volvimos al albergue y partimos ya hacia Islington, el barrio del Arsenal. Nos detuvimos en Covent Garden para hacer tiempo tomando un café y contemplando las actuaciones musicales y artísticas que entretenían a los turistas en el patio central del mercado. Y con bastante antelación —porque los ojeadores acuden pronto a los sitios y porque había que intentar solucionar el tema de la entrada de Albert—, llegamos a los alrededores de Highbury. En teoría, yo tenía acceso a la sala VIP en la que se servía un pica-pica y unas bebidas antes del partido. Había que ir convenientemente vestido a esa zona, y solo disponía de la ropa arrugada e informal que forma parte de mi equipaje cuando viajo como un mochilero. Asumí, pues, que no podría conocer la *VIP room*, y centré todos mis esfuerzos en disfrutar de la previa en las calles cercanas al estadio. A esas alturas no necesitaba reforzar mi convencimiento, porque en el tiempo transcurrido entre la compra de aquella primera camiseta en la Nike Store y ese segundo viaje a Londres, mi *arsenalización* se había completado con éxito. Por aquel entonces, Henry era el mejor jugador que jamás había visto, la perfección pura en todas las facetas del juego: técnica, física y hasta táctica (comprensión de los tiempos del partido y de la situación en el campo). Leía todo lo que se publicaba sobre él y hasta conocía el nombre de sus gatos. En aquel momento idolatraba a Henry más que a Wenger, quizá porque Wenger

aún no estaba siendo tan discutido: no hacía ni dos años había ganado la Premier sin perder ni un solo partido, y aunque esa temporada el equipo estaba ya muy lejos de la cabeza, no se había convertido aún en un «perdedor» a ojos de aquellos que solo valoran los resultados sin analizar los contextos. Estaban aún Pirès y Ljungberg, los centrocampistas de banda que marcaban veinte goles por temporada y que, unos años más tarde, al marcharse, harían malos a todos los que llegarían para intentar sustituirlos: Hleb, Nasri, Rosicky... Era el momento de la eclosión de Fàbregas, justo cuando se empezaba a hablar de que la selección española lo haría debutar pronto, sus primeros pasos como titularísimo indiscutible en uno de los grandes equipos de Inglaterra. A mí me hacía especial ilusión: era de Arenys, el pueblo al que se había ido a vivir mi tía cuando yo era un crío, huyendo de una Sabadell que ya no la llenaba y buscando la tranquilidad del mar; el pueblo en el que empezaba a crecer mi única prima hermana, nacida dos semanas después de mi vigésimo cumpleaños; el pueblo al que se había mudado mi abuela al poco tiempo de aquel acontecimiento para disfrutar de los primeros años de su nieta y para ayudar a su hija en su nueva condición de madre soltera. Arenys era el lugar en el que vivía la otra parte de mi familia, la más cercana e importante fuera del núcleo de mis padres y mi hermano. A menudo, cuando necesitaba desconectar, cuando quería hablar con esa tía que, durante muchos años, ejerció casi de hermana mayor para nosotros pese a la diferencia de edad, me montaba en el tren, cambiaba de vía en Plaça Catalunya y recorría la costa del Maresme hasta bajarme en Arenys, con el tren prácticamente deslizándose por el agua, a escasos centímetros del mar. Y de repente Arenys, ese refugio idílico, se convertía en el hogar de la nueva gran promesa del Arsenal. El ciclo se iba cerrando. El club me había llamado la atención por atractivo y segundón; me había captado definitivamente por Henry, el delantero del momento en el fútbol mundial;

me fidelizaba ya de manera incondicional por Fàbregas, y me convertiría más tarde en un seguidor combativo de su doctrina ideológica por Wenger. En medio de todo aquello, allí estaba yo, recién salido de la parada de metro Arsenal, caminando hacia Highbury, deteniéndome en cada esquina, en cada paradita con bufandas y banderas, en cada signo que podía asociarse con un club que sentía casi como propio... y cuyas calles no había pisado jamás.

Llegamos a Avenell Road dos horas antes del partido, la calle en la que se encontraban la entrada principal y la histórica fachada con el nombre del club y el cañón. Recogimos la acreditación y Albert le preguntó al recepcionista que nos la entregó, con un exceso de inocencia y optimismo, si no tenía otra, y este contestó con una sentencia contundente que llevaba implícito todo el peso de la lógica: «*It's Arsenal against Manchester United*». En el pasillo en el que se bifurcaban la salida hacia el exterior y el acceso a la sala VIP, un empleado me barró el paso, pese a mostrarle yo mi invitación a la reunión de ejecutivos, asumiendo sin titubear que con semejante *casual look* no podía ni plantearse el dejarme pasar. Así que volvimos al exterior, deambulamos por donde pudimos —había ya una zona cortada porque estaba a punto de llegar el autocar del Manchester United—, recorrimos de arriba a abajo Avenell Road —desde la puerta del estadio hasta la estación de metro, desde la estación de metro hasta la puerta del estadio— y nos mezclamos entre multitudes de aficionados convenientemente uniformados que gritaban «Arsenal» comiéndose la e.. Me emocioné con las camisetas que llevaban el nombre de Henry, y me ilusioné un poco más al observar que algunos ya se habían decidido por la de Fàbregas, que aún llevaba el número 15. Aquello constituía un ambiente de fútbol que jamás había vivido. Aquello parecía el ambiente de fútbol *de verdad*, auténtico, cercano al origen de las cosas, a la esencia con la que había nacido el juego, una relación palpable entre la gente y el club de su barrio. Porque lo grande de aquel Arsenal de Highbury era que

se trataba de un club de barrio, un club de barrio de dimensión global, y uno percibía ese sentimiento en las calles, en ese trayecto, en esa extraña pero casi armónica mezcla de casitas victorianas y paraditas de *hot dogs* regentadas por inmigrantes de todas las procedencias. Todo aquello dibujaba un panorama tremendamente multicultural, entregándole a esa zona de Islington matices indudablemente cosmopolitas. Y allí se nos acercaron varios ofertantes de entradas de reventa. Albert, definitivamente, quería entrar. El haber husmeado el ambiente exterior le hizo aumentar el apetito por descubrir qué ocurriría en el interior, cómo era aquello por dentro, cómo se vivía un partido de primera magnitud. Y sobre todo, pisar Highbury, estar en Highbury antes de su demolición. El precio, alrededor de 250 euros, le hizo, obviamente, dudar. Pero estaba allí, y se arrepentiría mucho si decía que no. Así que aceptó, con temor a que la entrada que le entregó aquel señor de mediana edad, a escondidas, mientras recibía el fajo de billetes, fuera falsa, y al intentar acceder al estadio se descubriera la estafa. Pero todo salió bien, y aunque estuvimos separados en el campo, ambos pudimos presenciar el partido. No hubo demasiado espectáculo. Acabó 0-0, un resultado que dejaba casi sin opciones de título a los dos equipos, sobre todo al Arsenal, y los noventa minutos no proporcionaron imágenes para la historia. El ambiente, por lo que recuerdo, tampoco fue especialmente memorable. Algunos cánticos a favor de José Antonio Reyes y poco más. Me entusiasmaron más los prolegómenos que los noventa minutos. Fue más el llegar al sitio que vivir el acontecimiento. Pero había que estar, al menos una vez, antes de que Highbury desapareciera. Y ya había estado.

Lo mejor llegó tras el partido. Llamé al padre de Cesc, que me había dicho que iría al campo. Nos encontramos en Avenell Road. Sin saberlo, estábamos caminando a escasos metros de distancia y, mientras conversábamos, me di cuenta de que lo escuchaba tanto por el auricular del teléfono como de viva

voz, a mi lado. Nos presentamos y desde el primer momento mostró una tremenda amabilidad. Le conté que parte de mi familia vivía en Arenys y descubrimos que mi tía era prácticamente vecina suya. Con él estaban su hija Carlota, que por aquel entonces era una niña entusiasta con una camiseta de su hermano, y la novia de Cesc, Carla, que era de Canovelles, población del Vallès Oriental, cercana al Maresme. Hablamos con todos ellos, pero sobre todo con Francesc. Del partido, de la temporada, de su hijo... Esa conversación fue, probablemente, lo mejor que nos pasó en el viaje a Londres. Nació allí una buena amistad con el padre, que perduró durante todos los años que siguió su hijo en el Arsenal, y que se tradujo en varios cafés en Arenys de Mar cada vez que yo iba a visitar a mi tía, e incluso en alguna visita a su casa para ayudarle a instalar Canal Plus Francia para ver la Premier cuando en España solo se televisaban dos partidos por jornada. Empezamos a intercambiar mensajes y llamadas para comentar los encuentros de los *gunners*. Nunca quise preguntar demasiado. Nunca quise que pareciera que me había acercado a él para conseguir noticias. Pronto Cesc empezaría a sonar como posible refuerzo del Real Madrid y, posteriormente, del Barcelona. Siempre parecía que podía irse. Pero nunca llamé para preguntar si se iba o no, si se iba dónde. Charlábamos con su padre a menudo y pienso que se creó una relación de mucha confianza. Ese vínculo humano aumentó mi cercanía afectiva hacia el club. Aunque con Cesc realmente no tuve nunca mucha relación —solo algunos SMS, algún *mail*, poca cosa—, mi deseo de que el Arsenal ganara ya tenía incluso razones personales. Sentía afecto por su padre, quería que le fuera bien, me hacía ilusión que su carrera fuera exitosa. La ocasión de Johannesburgo, con 0-0 aún en la final del Mundial contra Holanda, en la que, tras una jugada personal, chuta y cruza demasiado, y el disparo se le va fuera por poco, la lamenté especialmente por lo que suponía para Cesc, o por lo que hubiera



supuesto meterla: ser el héroe, el autor del gol que le daba a España su primer Mundial, un protagonismo para la eternidad. Y todo aquello nació allí, en Avenell Road, en esa charla que se prolongó media hora, mientras esperábamos que Cesc se duchara y saliera, mientras algunos hinchas del Arsenal le cantaban al autocar del United, allí estacionado, que la Champions League la verían por televisión —les acababa de eliminar el Benfica en primera ronda—. Francesc me presentó a su hijo cuando finalmente apareció, ya montado en un taxi privado, con una bufanda en el cuello, muy a la moda londinense, mientras un fotógrafo le enfocaba y disparaba su *flash*. Le estreché la mano, me indicó que siguiera hablando, que aquel ruido mediático a su alrededor era normal, que ya se había acostumbrado, pese a sus dieciocho años, pese a que era un chico de Arenys, pese a la aparente sencillez de su origen y su historia. Le pregunté si podíamos quedar al día siguiente para hacer una entrevista. Me dijo que sí, que llamara a su padre. Nos despedimos de Francesc y su familia, que se marcharon en dos taxis a cenar con él, y volvimos en metro a nuestro *youth hostel*. Habíamos visto un partido que no merecía ser recordado. Pero habíamos conocido a Cesc Fàbregas.

El día siguiente fue un día de angustia. De tensión. De llamadas no respondidas, de llamadas que no llegaban. Me recuerdo en un Starbucks, cuando aún no sabía qué era un Starbucks, haciendo tiempo. Esperando. Con nerviosismo y ansiedad. No disfrutando del momento, del *being in London*. Por la mañana habíamos vuelto a la zona de Highbury. Nos habíamos acercado a lo que hoy es el Emirates Stadium, que se encontraba en la última fase de las obras de construcción. Algún cartel viejo recordaba que el campo iba a llamarse Ashburton Grove hasta que la aerolínea árabe compró los derechos del nombre. Uno aún no podía hacerse una imagen precisa de cómo sería una vez inaugurado, pero parecía evidente que el nuevo recinto no iba a

poseer el mismo encanto que el antiguo. También habíamos caminado, con la luz del día, ya sin muchedumbre, por una Avenell Road más tranquila, una Avenell Road de día después. Habíamos entrado en el Arsenal Megastore y lo habíamos devorado. En mi caso: un DVD de *Los invencibles*, un repaso con imágenes de todos los partidos de la temporada 2003-2004, la del título de liga immaculado, la del triunfo sin derrotas; un chándal de entrenamiento para mi hermano; un polo de vestir con los colores granate y azul a rayas verticales a lo Celtic; y, cómo no, una camiseta de Fàbregas, con el 15, con el diseño especial de aquella temporada que homenajeaba a Highbury, íntegramente de color morado. Compramos hasta un rotulador para que Cesc nos la firmara. Pero Cesc no llegó a firmarnos nada, porque no lo volvimos a ver. Conseguí hablar un par de veces más con su padre, pero una vez lo localicé en el banco, a punto de firmar el contrato de compra de una nueva casa, y luego ya de noche, cuando la entrevista era imposible. Se la acabé haciendo, semanas después, por teléfono. Pero volví pensando que a aquel viaje le había faltado el broche de una charla larga con la figura emergente de la Premier League.

Entonces no podía imaginar que volvería a Londres tan pronto, y que visitaría Highbury una vez más antes de la demolición. Ocurrió a los pocos meses. En abril. El Arsenal, pese a su mediocre temporada liguera, se había clasificado por primera vez en la historia para las semifinales de la Champions League después de eliminar en dos brillantes cruces al Real Madrid y a la Juventus. La popularidad de Cesc había aumentado notablemente después de su gran partido en el Bernabéu, que prácticamente lo dio a conocer al público español que no seguía la Premier, y de una actuación formidable, con gol incluido, ante el conjunto turinés en Highbury, en un encuentro que, probablemente, y visto ahora con perspectiva, pudo constituir una de sus cinco mejores apariciones de toda su etapa con la

camiseta *gunner*. El rival en esa semifinal era el Villarreal. Aparentemente, era una gran oportunidad para llegar a una final en la competición que, tanto al club como a Wenger, siempre se les había resistido. Yo ya había estado en Highbury, ya no había una necesidad brutal de estar ahí, ya no era un «ahora o nunca», pero, jugando ante un equipo español y sabiendo que podía tener muchas más facilidades para conseguir una acreditación, pensé que no debía desaprovechar aquella oportunidad. Era una época distinta a la actual: en los medios de comunicación no había las restricciones de ahora, no se miraba con lupa cada viaje y cada desplazamiento. Eran tiempos de abundancia en los que los programas deportivos daban una gran rentabilidad gracias a los ingresos publicitarios, y en la COPE aceptaron mandarme a comentar el partido *in situ* desde la tribuna de prensa de Highbury. Fue un viaje frenético. Volé con British Airways —todo un acontecimiento— de Barcelona a Londres el mismo día del partido. Me registré en el hotel y comí con Raúl Puchol, el entrañable compañero de Villarreal que había vivido en primera persona la ascensión desde el fútbol regional hasta las competiciones europeas del equipo de su pequeña ciudad. Nos fuimos al estadio con el autocar de prensa, el que trasladaba a todos los periodistas que cubrían la información del equipo castellanense. En ese trayecto sentí la importancia del acontecimiento. Al escuchar los comentarios de la gente ante una eliminatoria tan trascendente. Al irnos acercando a Islington, el barrio del Arsenal, más luminoso que en aquella primera noche de unos meses atrás. Al llegar a Avenell Road —esta vez motorizados, esta vez guiados por la policía y ante la mirada de los hinchas— y meternos por una puertecita en las entrañas de Highbury. No recuerdo ni la *press room*. Casi no estuvimos allí. Nos fuimos rápidamente a nuestra posición, montamos el equipo, y aguardamos el inicio de la transmisión. Viví en primera persona las dificultades ambientales, la incomodidad que supone a veces comentar desde el mismo campo, pese a

todas las indudables ventajas que conlleva. Repasaba ya en directo, uno a uno, los jugadores de aquel Arsenal, y no me escuchaba. Tenía que gritar más de la cuenta, porque el ruido era tremendo. Puchol se portó de maravilla conmigo. Era la eliminatoria de su vida, y sin embargo no censuró en ningún momento mi deseo de que ganara el Arsenal. Un deseo que, supongo, para él debía ser difícil de comprender. Incluso, en la vuelta, en la que también estuve presente, me invitó a una *arrossada popular* en un entrañable restaurante de la ciudad y luego nos pasamos toda la tarde recorriendo las calles de Villarreal montados encima de una carroza, generando ambiente pre-partido, animando a la gente a apoyar al equipo en el encuentro más importante de su historia. Después del penalti de Riquelme, vi en su cara la tristeza y el lamento de la oportunidad perdida, y me sentí mal. Entonces sí, cuando le dije que lo sentía, me medio recriminó que lo consolara, aunque de buen humor y sin ninguna maldad, porque sabía que yo estaba contento con el desenlace. Fue una noche de sentimientos cruzados. Wenger y Henry, Cesc Fàbregas, Robert Pirès, Freddie Ljungberg... habían alcanzado por fin la final soñada. Pero allí estaba gente a la que conocía y apreciaba, lamentando una derrota tan dura y tan cruel, y yo estaba más cerca, físicamente, de su lamento que de la alegría de los demás, a los que en realidad no conocía en persona. Una conversación con el padre de Cesc, delante del Madrigal, y tres frases con el propio Fàbregas, cuando acabó de besarse con su novia entre los barrotes de una pequeña ventanilla que separaba el interior del exterior del campo, me devolvieron a mi euforia *gunner*. Escenas memorables de un momento imborrable. De la semifinal de Champions que viví más de cerca en toda mi vida.

Pasaron los años, y aunque Londres siempre estuvo allí, en la primera línea de los viajes planeados y por planear, esperando una oportunidad, no volví hasta mucho tiempo después. No volví hasta el día en el que,

aparentemente, debía terminar la sequía de títulos del Arsenal. Si entre el primer viaje y el segundo la vida me había cambiado, también lo había hecho entre el tercero y el cuarto. Había pasado de ser comentarista en la COPE y de tener un blog minoritario en la época en la que internet empezaba a ser un vehículo potente de interacción a encontrarme más cerca de una centralidad mediática, en un universo 2.0 ya consolidado en el que uno puede saber muy bien qué piensa la gente de su periodismo, de su manera de ser e incluso de sus afinidades. Siempre había escrito con honestidad, defendiendo con vehemencia, si era necesario, aquello de lo que estaba absolutamente convencido. Sin quererlo, me había convertido en una especie de defensor oficial del *wengerismo*, hasta el punto que, cuando el Arsenal perdía, mucha gente venía a mí a pedirme responsabilidades, a saldar cuentas, a restregarme por la cara lo perdedor que era el alsaciano. Incluso se me acusó, desde algunos sectores, de haber difundido sin ninguna justificación el *arsenalismo* en España, de ser uno de los responsables de que proliferara la simpatía hacia el equipo londinense y de que muchos jóvenes abrieran en internet blogs para analizar la actualidad del equipo. Tuve algunas discusiones sobre ello vía Twitter. La situación me asombraba. Y me incomodaba, claro, porque jamás tuve ninguna pretensión de ese tipo. Incluso tenía la sensación de que se malinterpretaba el por qué de mis simpatías hacia ese club. «No vendas más motos con el Arsenal, son unos perdedores», me reprochaban, como si yo proclamara que eran los mejores del mundo, cuando en el origen de mi simpatía estaba, precisamente, su condición de equipo no dominador, ese estímulo casi romántico de apoyar al que no gana por considerar que, entonces, el día que gane, si algún día gana, la alegría será mayor. Bastante agotado por aquel debate, intenté apartarme de él. No quería convertirme en un militante de causas perdidas. No estaba mentalmente preparado para una guerra diaria, de cuerpo a cuerpo constante. Así que, después de escribir un

par de artículos extensos, repletos de datos, en los que argumenté por qué consideraba que un sector del periodismo era tremendamente injusto con Wenger —un sector del periodismo que no analizaba detalles contextuales y que se limitaba a enumerar títulos, sin considerar a quién se le puede pedir más y a quién menos—, me retiré, aparentemente para siempre, de aquel campo de batalla. Dejé de tuitear en los partidos y me limité a analizar su actualidad —sin abandonar, evidentemente, mis convicciones— solo cuando mis compromisos periodísticos lo requerían. Había ocurrido algo parecido a lo del Sabadell: me reservaba las emociones para mí y para mis amigos. Renuncié a continuar expresándolas en el blog, pese a estar convencido de que, algunas veces, aquel tipo de escritura más apasionada sacaba lo mejor de mí y se acababa traduciendo en algunas de mis mejores ideas. Pero tenía dificultades para hacerme comprender, para justificar de algún modo que, en el mismo soporte, a veces la voz periodística se expresara desde la distancia y a veces desde la cercanía.

Eran tiempos, pues, de mucha reflexión interna. Pero el Arsenal iba a jugar una final. Una final menor, sí, la de la Carling Cup ante el Birmingham, pero una final al fin y al cabo. Una oportunidad para volver a ganar, para que los críticos que solo contabilizan años en blanco tuvieran que poner el contador a cero. Me hacía ilusión estar allí. Sabía que ningún medio me iba a pagar el viaje, así que solo pedí a *Marca* —para la radio habría sido mucho más difícil por asuntos de derechos de emisión— que me consiguiera una acreditación. Yo ya me encargaría del resto. Volé un sábado por la tarde, justo después de terminar *Marcador Internacional*. Disfruté el viaje como pocas otras veces. Me dormí un rato, y desperté justo cuando sobrevolábamos Rennes. Me hizo una tremenda ilusión identificar, en medio del mar, las islas anglonormandas: Jersey y Guernsey, típicos lugares que descubres por la Wikipedia y te prometes visitarlos alguna vez. También reconocí Portsmouth y

Southampton. Las lucecitas de las ciudades, vistas desde el aire en la oscuridad, dibujaban mapas que constituían un caramelo para los enamorados de la geografía. Era puro placer no apartar la mirada de la ventanilla, y de pronto acercarse a la majestuosa, inacabable, eterna Londres. Londres de nuevo y el cosquilleo del regreso. Londres, cinco años después, y la emoción de uno de los lugares de mi vida. Londres de noche, el viaje en taxi desde el aeropuerto al hotel, una pensión que había encontrado en la zona norte, en el barrio de Camden, fronterizo con Islington. Lo había elegido porque estaba estratégicamente situado para desplazarme en transporte público con los hinchas del Arsenal desde Highbury a Wembley. La habitación era diminuta. Y vieja. Deprimente. En el televisor local, hasta la BBC llegaba con interferencias. Se perdía la emisión constantemente. Ni soñar con que llegara el *wifi*. Me había traído un libro, pero no iba a quedarme en aquel cuartito del fin del mundo teniendo la *city* a tocar. Salí a la calle, caminé por Camden Road, una carretera en medio de la nada, solo con algún supermercado abierto toda la noche, hasta llegar a Holloway Road, epicentro de la *nightlife*. No había cenado. Al lado de un *pub* al que no paraban de entrar chicas con ropa escasa pese al rigor de la noche de febrero en Inglaterra, triunfaba un tenderete de pizzas. Lo regentaba un turco que hablaba español. Le compré un par de porciones y me regaló la bebida. Me la comí, de pie, en medio de aquella intersección, cerca de la estación de metro, viendo cómo Londres salía de fiesta un sábado noche, deseando sumarme a aquel maravilloso acontecimiento de la cultura *urban* del mundo. Pero no conocía a nadie y no podía llamar a nadie. Caminé por las calles más repletas de gente, esperando encontrar algún lugar que me invitara a entrar, quizá alguna situación que me integrara repentinamente en medio del frenesí. Pero no pasó nada. Alguna chica me miró, incluso alguna me dijo algo, sonriendo con sus amigas mientras pasaba de largo, pero yo me sentía, pese a la empatía por aquellas

calles, algo *lost in translation*: perdido y solo en la ciudad que no es mía. A diferencia del film de Sofía Coppola, a mí no iba a salvarme nadie, así que regresé al hotel, Camden Road arriba esta vez, y procuré dormirme. El día siguiente se jugaba una final.

Amaneció en Londres, y me encontré desayunando un *English breakfast* total en una carpa en el jardincito de casa inglesa que tenía aquella pensión ubicada en una esquina de Camden Road. Café terrible, pero entrañablemente londinense, y una radio encendida que anunciaba el partido en Wembley. Yo había viajado para momentos como ese. Es en instantes así cuando me convengo de que debo intentar aprovechar todas las oportunidades para vivir situaciones nuevas en escenarios lejanos. Huir de la monotonía del día a día, no instalarme permanentemente en la comodidad de las paredes que conozco. Pagué una libra por conectarme a internet y me sonó el teléfono. Era Francesc Fàbregas. Su hijo, lesionado, iba a perderse la final, pero ya tenía el viaje previsto, con dos amigos de Arenys, e iba a estar en el estadio. Me citó en la Nike Store, en Oxford Circus. En el mismo lugar en el que, once años antes, elegí comprarme la camiseta del Arsenal, casi al azar, casi sin motivo aparente. Era como un círculo que se cerraba. Caminé de nuevo Camden Road, cogí el metro en Holloway Road, ya normalizada, ya *mañanizada*, y me perdí en el *tube*. Toda la habilidad que había tenido en mi última visita, llegando sin problemas, solo, sin titubear, de Highbury al hotel céntrico en el que me alojaba, la eché de menos esta vez, superado por la magnitud de un *underground* en el que hay líneas que se bifurcan, desvíos en medio de las rutas que creías que eran tuyas. Llegué tarde a la cita, pero la confusión me permitió leer en el periódico que leía frente a mí una señora con bufanda del West Ham —que jugaba ante el Liverpool en Upton Park un partido de liga antes de la final— un artículo que comparaba a Jack Wilshere con tres leyendas *gunners*: «*Wilshere has it all... The brain of Brady, the drive of*



*Vieira and the power of Petit*». Pensé que el titular gustaría a algunos amigos con los que discuto privadamente sobre la magnitud de Wilshere, y me lo apunté en el móvil. El vagón del metro definía la Londres multifutbolística de mis amores: coincidían hinchas de dos partidos distintos. También algunos del Birmingham, que ya se dejaban ver convenientemente uniformados. Llegué a la Nike Store y, tras esperar a que todas las camisetas que habían encargado Francesc y sus dos amigos estuvieran listas, emprendimos ya el viaje hacia Wembley. El Arsenal les había puesto un coche privado con chófer para que se desplazaran por Londres durante todo el día y tuvieron la amabilidad de dejarme ir con ellos al estadio. Era, obviamente, un vehículo tremendamente confortable, en el que los cuatro cabíamos ampliamente en la parte trasera, unos frente a otros, bastante separados del conductor. Mientras dejábamos atrás la Londres más céntrica y nos íbamos aproximando a la zona de Wembley, surgieron conversaciones varias, que saltaban de asunto en asunto. Francesc recordó, por un momento, el día en el que Messi entrenó por primera vez en el Barça. Su hijo llegó a casa y le dijo: «Ha venido un argentino nuevo que será un crack. No podíamos quitarle el balón. No podíamos. Tendrías que haberlo visto». Uno de los dos amigos de Arenys era el segundo entrenador del Llagostera, equipo de moda por aquel entonces en el fútbol regional catalán, ya que, de la mano de un técnico casado con la presidenta, había ascendido varias categorías de forma consecutiva, plantándose en Tercera División y liderando la tabla clasificatoria. Su míster, Oriol Alsina, llamó al amigo de Francesc, y de camino a Wembley conocimos los resultados de la jornada en el grupo quinto de Tercera División. Alsina, al parecer, estaba excitadísimo con unos marcadores que hacían pensar que el sueño del ascenso era posible —y lo era, ¡vaya si lo era!, el Llagostera acabó subiendo y el año siguiente se quedó muy cerca de disputar la promoción a Segunda A—. Tuvimos tiempo, también, de

descubrir si esos dos señores conocían a mi tía y a mi abuela, y creo recordar que concluimos que la hija de uno de ellos era amiga de mi prima. Una vez llegados a Wembley, nuestros caminos se separaron. Ellos buscaron la zona reservada para los familiares y amigos de los jugadores y yo me marché a la tribuna de prensa.

Si la *press box* de Upton Park había constituido, cinco años atrás, un hallazgo alimentador de sueños y fantasías, la de New Wembley superó todas las expectativas. Dos salas de trabajo modernas, con pequeños cubículos individuales para conectar el ordenador, y un extenso comedor con mesitas en una estancia presidida por una cristalera a través de la cual se veía, majestuosamente imponente, el interior del estadio nacional de Inglaterra. Pantallas de televisión para seguir el West Ham-Liverpool, y un catering extraordinario, cocinado allí mismo, aumentaban el confort de una zona de prensa de cinco estrellas. Fueron llegando periodistas, exjugadores —me crucé con Robbie Savage, miembro de aquel Leicester idolatrado que cambió mi vida—, y desde nuestro magnífico refugio contemplamos cómo Wembley se iba llenando: de azul la mitad de la derecha, de rojo la de la izquierda. Nuestras localidades estaban al otro lado de la pequeña puerta que separaba el interior del exterior, casi como si formaran parte de una terraza, de un anexo de aquel restaurante que se adentraba en el graderío de Wembley. Me senté entre un francés, que me ayudó a aprender a pronunciar *Koscielny*, y un japonés. Delante tenía a hinchas del Birmingham que me preguntaban, tras cada jugada polémica, si el árbitro había acertado o no. El partido fue emocionante y, convertido casi en una metáfora del infortunio reciente del Arsenal de Wenger, se resolvió hacia el otro lado en una jugada desgraciada. Koscielny y Szczesny, dos de mis jugadores favoritos, no se entendieron en un balón en el que tenían ventaja, y se lo entregaron a Obafemi Martins, un fichaje mediático que al Birmingham le estaba dando escaso rendimiento,

para que este decidiera la final casi en el tiempo de descuento. Se me cayó el mundo encima. Fue como un varapalo físico. Como si, en efecto, alguien me echara agua helada desde el cielo a chorro y yo tuviera que aguantar sin agachar la cabeza, con la mayor de las dignidades. Una fatalidad que se prolongó, encadenando consecuencias, hasta el amanecer siguiente. Me dirigí a la sala de prensa para escuchar la conferencia de Wenger, pero tuve que irme antes de que apareciera el alsaciano, frustrándose la ocasión en la que lo tendría más cerca —si exceptuamos, claro, aquel día mágico en el que, en el hotel de Castellón, nos cruzamos en el *hall*—. Francesc me estaba llamando. Tras la derrota, había que regresar a la ciudad. Y regresamos, y fue entonces cuando me enteré de que al Sabadell le había empatado el Gandia en el último minuto, poniendo en peligro las posibilidades de *play-off*. Aquella tarde me había casi olvidado de que el Sabadell jugaba, había logrado no estar pendiente de ello ni un solo minuto, centrarme únicamente en Wembley, en Wenger, en RVP. Francesc me ofreció alojarme aquella noche en su hotel, mucho más cercano al aeropuerto, ya que, por casualidad, volvíamos en el mismo vuelo la mañana siguiente. Le indicamos al chófer que parara en Camden Road, para que pudiera recoger mi equipaje. Había depresión pura en el ambiente, muy pocas ganas de hablar, y el arco iluminado de Wembley, casi observable desde cualquier rincón, nos recordaba constantemente el resultado por si se nos había olvidado. Se canceló la cena que Francesc y sus amigos tenían prevista con Cesc en caso de victoria, y a la que me habrían invitado —¡qué oportunidad perdida, otra vez, qué segundo Londres con la miel en los labios!—. Acabamos despidiendo el día en un bufet de *self-service*, sin demasiado entusiasmo, recordando el Mundial Sub-17 de Finlandia: el principio de todo en la carrera mediática de Fàbregas. Allí habían estado ya Francesc y sus dos amigos en el inicio de un periplo que, pocos meses después de aquella noche de depresión londinense, les exigiría

viajar menos. Subimos a la habitación. Era la noche de los Oscars, cita ineludible para un cinéfilo aficionado como yo, pero aquel año no los vería. Incómodo, con muy poco espacio para dormir, me costó terriblemente conciliar el sueño, y sin darme cuenta, al poco rato, ya sonaron los despertadores advirtiéndonos de que debíamos levantarnos. La tele celebraba el triunfo de *El discurso del rey*, otra derrota de mi fin de semana, ya que yo prefería *La red social*. Nos dirigimos al aeropuerto y allí nos encontramos con Carlota, la hermana de Cesc, que con su vitalidad juvenil le cambió la banda sonora a aquel melodrama. El avión despegó, Londres se fue alejando, aterrizamos en Barcelona y Francesc tuvo la enésima deferencia y me acompañó al trabajo tras dejar a su hija cerca de la universidad. Era el final de una época, con algunos meses de adelanto. El *Arsenal captain and legend* Cesc Fàbregas volvería a casa en verano. Y aunque Londres seguiría estando allí, al otro lado del Canal de la Mancha, superadas las islas anglonormandas y los acantilados de Dover, nada volvería a ser como en aquel periodo de simbiosis profunda, de conexión entre Arenys e Islington, de enamoramiento primerizo. Creía que había ido a ver el final de la sequía de títulos, pero en realidad había ido a algo mucho más importante: a despedir aquella etapa de mi vida en la que el Arsenal se había convertido en algo tan cercano, tan familiar, tan vinculado a gente a la que sentía cerca.



# **CAPÍTULO 3**

## **SEVILLA**

---

**O CÓMO LA CALLE ALEMANES SE CONVIRTIÓ EN CELTIC PARK ANTES DE QUE  
MOURINHO PRESUMIERA DE HABER FICHADO A DERLEI**

*A Toni Padilla*

La Sevilla que conocí duró veinticuatro horas. Treinta, quizá. Me pasé los siete años siguientes contando hasta qué punto me había gustado Sevilla sin reparar en que la Sevilla que me enamoró había sido una Sevilla efímera, excepcional, desnaturalizada, desprovista de su encanto original, casi alquilada como escenario de una fiesta de unos visitantes lejanos que la decoraron según sus tradiciones y su cultura, modificando su ADN. Solo bastante tiempo después conocí la Sevilla de verdad, una Sevilla que me despertó emocionantes *déjà-vus* por sus mismas calles, esta vez sí totalmente suyas, y me atrapó con el encanto auténtico de su noche repleta de hechizos.

Cuando Martin O'Neill se marchó del Leicester, descubrí al Celtic. Nunca me había acercado demasiado a él. Sabía que era el rival del Rangers, un Rangers mucho más presente en las competiciones internacionales durante mi niñez, un Rangers que se quedó tan cerca de la final de la Copa de Europa de 1993, con su Ali McCoist en plan estelar. El conjunto azul protestante de Glasgow era una potencia del fútbol europeo por aquel entonces, una potencia de verdad, una potencia de la Europa pre-Bosman, de la Europa previa a los cuatro equipos de las ligas grandes en la Champions League. Hasta ese punto de inflexión en que empecé a interesarme por aquel club a rayas horizontales verdiblanco que casi siempre quedaba segundo, me sorprendía que, de vez en cuando, cuando echaba al entrenador o en casos parecidos, SoccerNet le dedicara la portada e incluso la encuesta de la página principal —la mítica encuesta de la página principal— al Celtic. No era consciente de su magnitud, de su tremenda masa social, de su importancia para una comunidad tan extensa y tan repartida por el mundo, de sus connotaciones políticas, religiosas y sociales... Todo llegó con Martin. Su Leicester triunfal había tenido semejante impacto en mi vida que no pude abandonar al entrenador norirlandés en su nueva aventura. Empecé a seguir con interés las variaciones en su plantilla, sus fichajes, sus resultados, e

incluso a hacer todo lo posible por ver sus partidos o sus resúmenes. O'Neill se llevó pronto a Celtic Park a Neil Lennon, uno de mis jugadores favoritos del equipo de Filbert Street, uno de los más carismáticos de la plantilla, y los motivos para seguir a los *hoops* aumentaron. Aunque varios hinchas del Leicester empezaron a odiar a O'Neill por su fuga, yo, que obviamente no tenía tan arraigado como ellos el sentimiento hacia los *foxes*, sentía que aquellos eran héroes de mi adolescencia y que había que acompañarlos en su siguiente desafío. De hecho, fue marcharse O'Neill y decaer bastante mi apego hacia el Leicester. Pronto quedó claro que la época dorada se había agotado con la marcha del técnico del milagro, y que la magia se había perdido. Al menos para mí: el equipo ya no desafiaba a los grandes, su capataz se había ido, e incluso la comunicación con Jonathan, mi profesor de inglés, se había terminado —aparentemente para siempre—. En cambio, justo en ese momento empecé a establecer cierta relación con Toni Padilla, íntimo amigo de mi compañero en la COPE Carles Fité. Ambos eran de Sabadell, cinco años mayores que yo, y les había escuchado muchas tardes de domingo en el pasado durante aquel oscuro tiempo en el que nuestra ciudad no tenía radio municipal, y en el que ellos dos, siendo casi unos niños, consiguieron que les hicieran un espacio en la parrilla de la emisora local de Matadepera, un pequeño pueblo cercano, y retransmitieron, viajando por su cuenta con recursos limitadísimos, los partidos del Centre d'Esports en Segunda B. Toni fue un impacto inmediato para mí por sus profundos conocimientos históricos y sociopolíticos sobre el fútbol mundial. Él me introdujo en la cultura del Celtic, del que era acérrimo seguidor, y pronto mi simpatía por Martin O'Neill y Lennon se trasladó hacia la institución, hacia el club en general, hacia su idiosincrasia.

O'Neill se enfrentaba al reto de intentar acabar con el dominio aplastante de un Rangers que, antes de su llegada, había ganado once de los últimos



doce títulos de liga. Y en su primer *Old Firm*, en su primera puesta en escena ante el enemigo acérrimo, en su primera experiencia en uno de los derbis de mayor rivalidad del mundo, su Celtic ganó 6-2. Fue el anuncio al fútbol escocés de que había llegado para cambiar el orden establecido. Y lo logró. Ganó dos ligas en sus dos primeras temporadas y metió al equipo en su primer intento en la Champions League, competición que no había pisado desde su cambio de formato casi una década atrás. Aquella clasificación me permitió observar en directo sus partidos más trascendentes. La liga escocesa no se televisaba por entonces en España, y poder ver al Celtic en la Champions fue todo un acontecimiento. En sus históricas noches en Parkhead, observé el mismo espíritu —aunque ampliado, aumentado, multiplicado por la magnitud de su estadio y la mayor pasión de sus hinchas— que me había enamorado en el Leicester de Filbert Street. O'Neill no conseguía que sus equipos jugaran un fútbol bello en términos asociativos, pero dotaba a sus conjuntos de un entusiasmo, un convencimiento, una fuerza mental y un ritmo frenético que les permitían competir siempre contra enemigos claramente superiores. En aquella primera presencia en la Champions, el equipo quedó eliminado en la fase de grupos pese a ganar los tres partidos en casa, incluidos los meritorios triunfos ante la Juventus y el Oporto. Había ganas de volver a intentarlo, y el tropiezo y la desilusión fueron morrocotudos cuando, el verano siguiente, el equipo cayó ante un desconocido Basilea en la fase previa. En ese momento no sabíamos aún que aquel cuadro suizo, agarrado al talento de Hakan Yakin, dejaría fuera también al Liverpool y se quedaría a las puertas de los cuartos de final. Aquella derrota sonó a gran desilusión y, sin embargo, permitió acceder a una UEFA Cup que se convertiría en histórica. El Celtic fue pasando rondas, superando a enemigos cada vez más potentes: Suduva, Blackburn, Celta, Stuttgart, Liverpool (con un memorable 0-2 en la vuelta en Anfield tras haber empatado

a uno en la ida)... Y yo lo iba viviendo por mensajes de texto, por conexiones casi furtivas a internet cuando volvía de las sesiones de Cineclub y de las posteriores cervezas en el Morrosko los jueves por la noche. Era una época en la que la UEFA no se televisaba de manera centralizada, y la mayoría de partidos no se emitían. Recuerdo cómo, después de otro 1-1 en casa en la ida de la semifinal ante el Boavista, me fui al cine tras el descanso del partido de vuelta, desesperado porque la emisión por satélite se cortaba constantemente. Salí de casa sabiendo que solo quedaba la segunda parte... y que había que marcar para pasar. Recibí, en medio de la película —creo que pasaban un ciclo con los *Cuentos morales* de Éric Rohmer—, el mensaje del gol de Henrik Larsson en el minuto 79 en Do Bessa —fue uno de los pocos días en mi vida en los que no apagué el teléfono durante la proyección, norma sagrada que me autoimpongo para no perder la atención—. Un gol que evitaba lo que habría sido un entrañable derbi de Oporto en la finalísima. Lo celebré con rabia, con ilusión, con entusiasmo. La final era en Sevilla. Y había que ir.

Aunque llevaba colaborando con la COPE desde septiembre de 2000, no me hicieron un contrato hasta después del Mundial de Japón y Corea. Aquella era, realmente, mi primera temporada como «profesional» de los medios, y el viaje a Sevilla fue mi primer «capricho», mi primera petición especial. No hubo problema para satisfacerla. Volé a Sevilla desde Barcelona, y ya en el avión percibí ambiente de final europea. Seguidores del Celtic habían hecho escala allí en tránsito a la ciudad hispalense, y a mi lado se sentaron un par de representantes de Carlsberg, patrocinador del evento. La mayoría de los pasajeros íbamos al partido. No existía nada más que el partido. Pisé suelo andaluz a mediodía del martes. Pronto me fui dando cuenta de lo que sería la ciudad en las horas siguientes. Llegué al que se suponía que era mi hotel, pero nadie tenía constancia de mi reserva. Sevilla estaba sumida en un estado

de *overbooking* total. Llamé por teléfono a COPE, se hicieron gestiones, pero había que esperar. Esperar mucho. Esperar demasiado. Así que decidí acercarme al estadio, porque estaban previstos los entrenamientos de los dos equipos y las ruedas de prensa previas al partido. El campo estaba cerca de aquel primer hotel, situado también en la zona de la Cartuja. Fui caminando, y poco a poco fui descubriendo lo alejado que estaba todo aquello de la actividad ferviente del centro de la ciudad. Era la nada. La nada bajo un sol de justicia a principios de mayo. La nada a más de treinta grados. Casi cuarenta. Sin exagerar. La nada sin haber comido. La nada en la desesperación de no tener donde dormir en aquel momento. La nada. Llegué al estadio. Me acredité. Estaba entrenando el Oporto. Nos dejaron acercarnos al terreno de juego. Hélder Postiga, la gran promesa del club en aquel momento, estaba sentado en un pequeño banco con un empleado del club. No iba a jugar, estaba sancionado. Me di cuenta de que no había demasiada vigilancia ni delimitación de espacio, así que empecé a ascender por las gradas de la Cartuja, buscando la mejor ubicación para hacer una foto del recinto de mi primera final europea. Yo era la única persona en todo el graderío. El Oporto seguía entrenando. Los periodistas estaban junto al terreno de juego. Y yo tenía mucha hambre. De repente se me ocurrió que, quizá, habría algún bar en la parte interior del estadio. Me metí por una boca y, en efecto, había una paradita preparada para la gran final. Con sus bolsas de patatas fritas. Con sus chocolatinas. Con sus bebidas. Todo convenientemente oculto tras unos manteles. Obviamente el bar aún no estaba operativo. No había nadie. Nadie. Nunca me ha gustado hacer trampas. Me pongo muy nervioso cuando se me plantea cometer una ilegalidad. No soy capaz de hacer algo que está prohibido. Mi sistema nervioso no me lo permite. Pero hacía mucho calor, no había comido y no había nadie. Me descolgué la mochila, me situé detrás de la barra del bar y cogí unas cuantas

bolsas de patatas y de chocolatinas. Y una lata de refresco. Muy nervioso, temiendo que apareciera por algún lugar un vigilante UEFA que me expulsara del recinto, conseguí mi objetivo y me fui corriendo, asustado, sintiéndome tremendamente gamberro. Si hubiera habido un bar abierto, lo habría comprado, pero no había bares abiertos. Mientras volvía al exterior, al graderío, me di cuenta de un detalle que me había pasado inadvertido. Había cámaras. Cámaras de vídeo. Enfocando a los bares. Enfocando a la barra del bar que yo había asaltado. Estaba perdido. Perdido. Mi *yo* más paranoico empezó a elucubrar. Los señores de la UEFA revisarían aquella cinta, me identificarían y el día siguiente me impedirían el acceso al estadio. Todo mi sueño de ver la final europea del Celtic de O'Neill se iba a ir al traste por una bolsa de patatas fritas, una chocolatina y una Coca-Cola. ¡¡¡Nooooooo!!! Había que reaccionar de algún modo. Obviamente, mi pretexto de «no había comido, hacía mucho calor, no había ningún bar abierto» no convencería a los inspectores UEFA. Así que intenté rebobinar la cinta, dar marcha atrás. ¿Cómo podía hacerlo? Rehaciendo mi acción. Entonces volví al bar, mirando a cámara, y fui devolviendo, marcando mucho el gesto de que lo devolvía, todo lo que había robado. Con la cara, hacía gestos y muecas como explicándole al señor revisor del vídeo que estaba devolviendo lo que había cogido, que no me había quedado con nada, que esa acción debía deshacer la anterior, que en realidad no había pasado nada y que, por favor, no me quitaran la acreditación. Pensándolo fríamente y con la distancia, la escena es casi tan ridícula como el día en el que, en octavo de EGB, me olvidé el cuaderno de ejercicios de inglés en clase y no pude hacer los deberes en casa. Para que la profesora no pensara que era un vago y un mal alumno, cogí un manual de instrucciones de un contestador automático —lo primero que encontré en casa escrito en lengua inglesa— y lo traduje entero para que viera que le había dedicado tiempo al idioma y a la asignatura, intentando evitar así

una nota negativa o una penalización. Cuando le entregué el día siguiente el manual de instrucciones del contestador automático traducido, la profesora me miró con cara de encontrarse ante un loco, y despreció el documento. No me castigó, pero me tomó por gilipollas. La escenita del bar del estadio de la Isla de la Cartuja, muchos años después, puede representar el segundo paso, el *upgrade* al 2.0, de mis absurdas demostraciones de buena voluntad ante sentimientos de culpa.

Creo que, sin embargo, me quedé con un Kit Kat, y de este modo sacié mínimamente el hambre. Regresé al campo, no encontré la sala de prensa y recibí la llamada de COPE informándome de que el asunto del alojamiento ya estaba solucionado, aunque me habían cambiado el hotel por otro en el centro de la ciudad. Al final, acabó siendo una magnífica noticia. Me alejaba del escenario de la final, pero me acercaba al epicentro de las horas previas, al corazón de la Sevilla invadida por banderas irlandesas, a la mayor fiesta futbolística que jamás he experimentado. Me permitió vivir de cerca algo que pasó a representar para mí, ya para siempre, el prototipo de lo que debe ser una noche previa a una final. Una vez instalado, quedé con Silvia Verde, redactora de COPE Sevilla, que me mostró el centro de la ciudad y me llevó a cenar. Le pedí, al salir del restaurante, que me acercara a la calle Alemanes, donde se había instalado el cuartel general de los aficionados desplazados desde Escocia. Sevilla entera lo sabía: Sevilla entera estaba asombrada, casi asustada, por lo que estaba ocurriendo. Señoras mayores sin interés por el fútbol suplicaban que pasara rápido el partido y rumoreaban que los litros de cerveza que se estaban consumiendo en aquel lugar superaban todos los registros recordados. Yo tenía que ver aquello. Así que Silvia me dejó solo en Alemanes, y me encontré de repente, a mis veinte años y sin conocer a nadie, caminando entre borrachos exultantes cantándole al viento en la noche de Sevilla y esquivando a otros que se habían excedido y descansaban con la

cabeza recostada en el suelo de piedra o en las escaleras de los muros del Patio de los Naranjos de la Catedral. El acontecimiento desprendía, sin embargo, un cariz pacífico y alegre. No había nada que temer. Uno en seguida se sentía aceptado por aquella comunidad de gente. Bastó entrar en un bar, en uno de los muchos que recibió la final como un excelente regalo para su economía, y responder a una mirada cómplice con un guiño, con un intercambio de palabras, con una frase en inglés con mal acento para ser preguntado por tan extraña presencia allí y responder que uno, pese a no tener antecedentes irlandeses ni haber pisado jamás Glasgow, sentía simpatía por aquel club y no quería perderse el espectáculo. Es posible que ni pagara aquella ronda. A los pocos minutos me encontré rodeado por un grupo de aficionados, pintas en mano en medio de la calle, todos ellos alucinando con mi historia, deseosos de contarme lo grande que era el Celtic, mucho más de lo que yo podía imaginar. Y para convencerme, ahí estaban sus testimonios personales: habían viajado en coche desde la ciudad más grande de Escocia, cruzando Gran Bretaña, el canal de la Mancha, Francia y España. No tenían ni hotel ni entrada. Pasarían la noche en la calle, en Alemanes, arropados por tantos compatriotas, disfrutando de su regreso a un partido que le interesaba a toda Europa. La final la verían probablemente en ese mismo bar, o en uno más cercano al estadio, para juntarse luego con los afortunados que sí habrían podido vivirla dentro. ¿Por qué tanto sacrificio, por qué tantos kilómetros, por qué tantas horas de coche para acabar viéndola por la televisión? Mi pregunta acababa de ser pronunciada y las últimas sílabas casi quedaron apagadas. Las silenció el volumen creciente de un cántico tradicional que se escuchaba cada semana en Celtic Park y al que poco a poco se fueron sumando más voces, reproduciendo el ambiente de su santuario particular en aquel local de tapeo del corazón de Sevilla. Aquella era la respuesta. Mis interlocutores señalaron a nuestro alrededor: «No podíamos perdernos esto».

Viajar solo por estar allí, por disfrutar en comunidad del momento. En Sevilla aprendí que aquello de que las finales no se juegan, solo se ganan, no era verdad del todo. Las finales se viven. Las finales se disfrutan y, muchas veces, cuando el partido empieza, ya se han disfrutado tanto que los esfuerzos compensan incluso en caso de derrota. Cuando regresé al hotel, contento por mi triunfo, por mi vivencia, por mi conexión con esa gente, supe que incluso un 0-4 el día siguiente en la Cartuja no borraría lo memorable de aquella previa. Caminé desde Alemanes, me fui alejando de la Catedral, de la Sevilla más céntrica que aquel día no dormiría, y me metí en la cama rebotando de felicidad. Sabiendo, por fin, qué era una final europea.

La movilización de la hinchada del Celtic era, en realidad, absolutamente comprensible. Acostumbrada a que su equipo estuviera claramente por debajo de la magnitud de su masa social, a que no hubiera correlación entre la cantidad de apoyo que el club recibía y los resultados, volver a disputar un partido de ese calibre debía ser celebrado como correspondía. Era la primera vez que el conjunto católico de Glasgow disputaba una final internacional desde la de la Copa de Europa de 1970, cuando perdió en la prórroga ante el Feyenoord en San Siro. Ganarle al Oporto supondría llevarse su segundo título continental, aunque sin duda menos importante que el logrado en Lisboa en 1967, cuando, dirigido por el mítico Jock Stein, se proclamó campeón de Europa derrotando al Inter de Milán de Helenio Herrera con un equipo compuesto íntegramente por futbolistas nacidos en Glasgow o en sus alrededores. Pero representaría el regreso del club a la dimensión global: sacarlo de su contexto de batallas ante el Motherwell y el Kilmarnock para reclamar de nuevo la atención de los focos planetarios.

El día del partido me levanté para ir a desayunar cerca de Alemanes. Con el sol y el calor, el volumen de la fiesta se había apagado. Algunos dormían la

resaca y otros se refugiaban en los bares para intentar soportar el bochorno casi inhumano del mediodía andaluz. Los quioscos vendían prensa británica y las previas dibujaban las alineaciones previstas de aquella final para la historia. Vendedores ambulantes ofrecían camisetas conmemorativas, y yo caí, tan deslumbrado por la grandeza del momento, y me compré la más fea de todas las que se fabricaron para aquel partido: una de color gris, con letras estampadas de manera irregular, con los escudos de los dos equipos desproporcionados. Creo que todavía la conservo, y de vez en cuando me la pongo como pijama o para ir a la playa. Era una época en la que la poesía de las letras de Manolo García, junto a sus sonidos, que mezclaban aromas de varias culturas, me tenía atrapado por completo, así que aproveché la hora de comer para cumplir un pequeño deseo. Me dirigí caminando hacia el puente de Triana y lo crucé escuchando en un reproductor de MP3 «Alegre como una mosca ante un pastel de bodas». Me paré a comer en el primer restaurante al otro lado de la orilla, uno que me aseguraba una bonita panorámica de toda la construcción. Se sentaron a mi lado dos seguidores del Celtic. Leí la prensa local. Y de regreso, quizá afectado por la clásica copa de vino a esa hora del día, se cruzó una idea en mi cabeza. Una idea que aún no había contemplado. Algo en lo que realmente aún no había pensado: el Celtic podía perder. Todo estaba siendo tan fantástico, tan pleno, que no había invertido ni un minuto en reflexionar propiamente sobre el partido. De hecho, al regresar al hotel y leer el programa oficial de la UEFA que me habían regalado con la acreditación el día antes, supe por primera vez quién era Maniche, un centrocampista al que José Mourinho, el antiguo ayudante de Bobby Robson, había rescatado de su ostracismo en el Benfica. Me tumbé un rato y creo que desde aquel día lo hago siempre antes de los partidos importantes: las horas previas son tan largas, la espera es tan proclive al hastío, que uno solo encuentra forma de llenarla con el sueño.



Me desperté al poco rato. No sé si llegué a dormir del todo. La tensión previa y el calor suelen mezclarse en esa época del año en la que se juegan las finales y resulta complicado encontrar la pausa y la comodidad necesarias para echar una siesta. Decidí irme hacia el estadio. Quería llegar pronto. Observar el espectáculo desde su inicio: ver la llegada de las dos hinchadas, cómo cada fondo iba coloreándose, asistir al calentamiento de los dos equipos, entablar, a poder ser, alguna conversación con el periodista que me tocara al lado —si era del Celtic, mejor, claro—. Pronto me di cuenta de que conseguir un taxi sería misión imposible. Los miles de hinchas escoceses que se habían establecido en el centro perseguían el mismo objetivo que yo: recorrer los cinco kilómetros que los separaban del escenario de la final. Así que me sumé a la marea humana y caminé, durante más de una hora y bajo un sol de justicia, cruzando el Guadalquivir, creo que por el Puente de la Barqueta, hasta llegar a La Cartuja. Fue entonces cuando empecé a ver a los primeros hinchas del Oporto, en clara inferioridad numérica, pero ya presentes —ellos, aprovechando la mayor proximidad geográfica, llegaron el mismo día del partido—. Mi codiciada acreditación me permitió entrar, entre miradas de envidia, en el recinto. Los chicos con los que había compartido las cervezas la noche anterior habían bromeado, tras preguntarme por mi hotel, sobre la posibilidad de asaltar mi habitación para conseguir el ticket que ellos no tenían y yo sí poseía. Me sentí algo mal: ellos, aficionados del Celtic de toda la vida, que habían hecho grandes sacrificios para asistir al partido, acabarían viéndolo por televisión, mientras yo sería testigo directo, desde una de las mejores posiciones del estadio, del espectáculo futbolístico y ambiental. Llegué a mi asiento y, al poco rato, se sentó a mi lado un hincha del Celtic ataviado con una camiseta *hoop*, un atuendo poco común en una tribuna de prensa. Le pregunté si era periodista y me contestó que no, que le había comprado la localidad a un cronista acreditado por cerca de quinientos

euros. Aunque su presencia en aquel lugar suponía que se había cometido algo parecido a una ilegalidad —y que conllevaba, por lo tanto, un comportamiento de dudosa catadura moral—, fue una gran experiencia vivir el partido junto a él: que me contara por qué a la gente no le gustaba Lennon —pasaba demasiado hacia atrás—, en qué posición iba a jugar McNamara cuando ingresó, y hasta festejar los goles juntos o compartir el silencio y la resignación de los mazazos. Silvia Verde, que estaba a mi derecha, alucinaba: la ignoré casi por completo y me pasé el partido hablando en inglés con aquel señor, idolatrando a Henrik Larsson, sufriendo cada vez que Deco controlaba y pasaba, temiendo los desmarques al espacio de Derlei. El partido fue tremendamente emocionante, repleto de alternativas, con respuestas siempre instantáneas del equipo de Martin O’Neil cada vez que se adelantaba el de Mourinho. Lo acabó ganando el Oporto por 2-3, con una jugada que se desarrolló justo delante de nuestra posición. La salida tardía de Douglas la tengo grabada en la memoria. Porque pensé que llegaba, porque pensé que el ataque rival estaba controlado, porque en cuestión de segundos pasé de sentir que no había peligro a entender que la final se había perdido. Saltó Mourinho al campo, como el resto del banquillo, convencido el cuadro luso —cuenta la leyenda— de que el partido había terminado, pero era el Gol de Plata lo que definía al campeón, y no el Gol de Oro, por lo que quedaban aún por jugarse cinco minutos de la prórroga. Los típicos cinco minutos en los que sabes que no vas a marcar. Que aunque tengas a Larsson, que hizo un partido monumental, aunque te piten una falta peligrosa a favor en el minuto 120, el destino del partido ya está escrito. El joven Maloney —en el avión había aprendido que se pronuncia *Malúny*— la tiró arriba. Y justo en ese momento, cuando el partido iba a terminar, cuando realmente todo el estadio supo que el Celtic había perdido, la hinchada escocesa, que ocupaba un 75% de los asientos —había conseguido todas las teóricas entradas neutrales—, se

levantó en masa y empezó a cantar el «You'll Never Walk Alone», silenciando el pitido final, opacando por completo el festejo portugués, como gritándole al mundo que sí, que habían perdido, pero que al menos ellos eran el Celtic, y que eso no iba a cambiar nunca, y que con eso bastaba.

Bajé, esta vez sí, a la sala de prensa. Salió primero Martin O'Neill. Al fin lo tenía allí delante. A él, al culpable, junto a Jonty, de haberme enganchado a la Premier League, casi de haberme enganchado al fútbol internacional como actividad de seguimiento diario. Habló, se marchó, y los periodistas escoceses lo aplaudieron, reconociéndole el honor de la derrota, la tremenda dignidad de un equipo inferior que había peleado hasta la prórroga. Entonces apareció Mourinho. Lo recuerdo muy bien. Han pasado algunos años, y el estratega de Setúbal ha ido escalando hasta probablemente convertirse en el entrenador más famoso del mundo. Y muy a menudo rememoro esa sala en un sótano de la Cartuja, rescato esa primera rueda de prensa suya a la que asistí. Y en aquel Mourinho ya se podían observar algunos de los rasgos que más tarde lo harían mediático, para bien y para mal. Me impresionó. Me impresionó porque no tenía ningún tipo de imagen formada sobre su carácter. Porque aparentemente era un técnico de perfil bajo, o eso podíamos pensar en España, cuando aún no nos llegaban sus frases elocuentes ni sus actitudes desafiantes. Mourinho salió con Derlei, el héroe de la final, y reclamó para sí mismo el mérito de haberlo traído al Oporto. «No era nada fácil pensar que un jugador del União Leiria podía dar este rendimiento en una final europea. Y yo aposté por él y lo traje al Oporto», dijo sobre su delantero bigoleador, al que en efecto había dirigido en su anterior equipo, antes de dar el salto a Das Antas. Después le preguntaron por la Champions del año siguiente. Y habló de barquitos y transatlánticos. Citó a los gigantes de Europa, y vino a decir que aquello era otro nivel, pero que con mucha ilusión irían a intentar pelear con ellos. Casi descartó que fuera posible ganarla. Y, sin embargo, doce

meses después, prácticamente con el mismo equipo, estaba festejando la Copa de Europa en Gelsenkirchen. Creo que en aquella noche sevillana me di cuenta de que aquel no era un tipo normal, aunque difícilmente podía imaginar que crecería tantísimo. Desde entonces, empecé a seguirlo con el interés con el que se observa a los que se intuye que son muy especiales.

Sin embargo, mi corazón aquel día solo tenía ojos para la comprensión y la admiración por el derrotado. Me recuerdo, yo solo, justo delante del autocar del Celtic, que esperaba a los últimos miembros de la expedición para partir hacia el aeropuerto. Martin O'Neill, sentado en primera fila, tenía la mirada perdida. Yo, claro, lo observaba detenidamente, y creo que en algún instante nuestros ojos se cruzaron. Habría querido consolarlo, explicarle en ese momento hasta qué punto él había marcado mi relación con el fútbol y el periodismo, devolverle, en la peor derrota de su vida, tanta felicidad y tantas oportunidades. Fue uno de aquellos momentos en los que, en el fondo del espíritu, la derrota se disfruta. Porque refuerza los sentimientos de fidelidad y lealtad, porque proyecta un amor más puro, menos interesado, menos *exitista*, que el de la victoria. Volví caminando al hotel, tras otra hora de trayecto a pie por una Sevilla ya desértica a excepción de algún escocés bebido cruzando el puente, ya con la marabunta de pasión evaporada. Antes de emprender el camino de regreso, me situé en el fondo del Estadio Olímpico en el que Derlei había marcado el 3-2 definitivo, el gol que separó la euforia y la tristeza y las mandó hacia públicos distintos. Aquel campo, a menudo criticado porque el terreno de juego está tan lejos de las gradas, olvidado y solo utilizado para eventos muy concretos, pasaba a ser un lugar, ya desde aquel momento, privilegiado en mi memoria. Allí había sentido. Había perdido, pero había sentido. Allí había conocido a una afición monumental, una afición sin límites en su pasión, una afición fiel en el antes, el durante y el después de los partidos. Así que, desde aquella noche, siempre que se

habla de La Cartuja como posible sede de una final, deseo que sea el escenario elegido. Porque sé que allí las finales son especiales. Quizá me tocó vivir la más especial de todas. Quizá no sería igual con otros equipos u otras hinchadas. Pero, para mí, separar el escenario del acontecimiento ya era imposible. La Cartuja como epicentro de mi enamoramiento con el Celtic. La Cartuja, la Catedral, Alemanes.

Los amaneceres posteriores a las derrotas suelen parecerme novelas de ciencia ficción: como el día después del Apocalipsis, cuando aparentemente el mundo debería haber terminado, pero sin embargo allí están algunas criaturas moviéndose y siguiendo con su vida como si nada hubiera ocurrido. Paseé entonces por una Sevilla más tranquila, y hasta visité lugares turísticos que habían quedado olvidados los dos días anteriores, sacudidos por la importancia de la final. Compré la prensa británica, y sobre una foto de Henrik Larsson, «*King of all kings*», leí el titular que no se me olvidaría jamás: «*Never mind the score... You are immortals too...*». Regresé con tres camisetas conmemorativas, con un montón de periódicos y con una inacabable retahíla de imágenes y vivencias. Aquella experiencia tuvo tantísima influencia que originó un par de viajes más. Primero, a Glasgow, para conocer el santuario de Celtic Park. Toni Padilla, que me había introducido en la cultura del club, tampoco había visitado jamás el estadio, y aprovechamos la eliminatoria entre el Barcelona de Rijkaard y el equipo de Martin O'Neill la temporada siguiente, en los octavos de final de la UEFA Cup, para acreditarnos para el partido de ida en Escocia. El viaje y el hotel, sin embargo, lo pagamos nosotros. Coincidimos con varios compañeros que iban a cubrir el encuentro, pero nosotros asistíamos en calidad de simples aficionados. De ahí que partiéramos desde el aeropuerto de Girona y nos hospedáramos en un modesto albergue juvenil con las paredes de color rosa y literas antiguas, con un bufé cutre a modo de desayuno en un comedor común

y con una clientela formada básicamente por un grupo de estudiantes aparentemente en un viaje de fin de curso de último año de instituto. En ese contexto conocimos, el 11 de marzo de 2004, a través de un televisor lejano en el que estaba puesta la BBC mostrando imágenes de dolor y por algunos mensajes que nos empezaron a llegar al móvil, el espantoso atentado de Atocha. Lo vivimos desde la distancia, pendientes de las noticias que llegaban de España mientras paseábamos por Edimburgo, en medio de una tremenda confusión. El viento del mar del Norte soplabá con una violencia trágica, el cementerio que había querido ir a visitar Toni acentuaba lo fúnebre de nuestros pensamientos, y el partido, que no se sabía si se jugaría, dejó de tener importancia. Finalmente se disputó, y aunque nuestros anfitriones hicieron todo lo posible para que disfrutáramos del acontecimiento llevándonos a los bares más emblemáticos en los que los hinchas del Celtic se reúnen en las previas de los encuentros, de camino a Parkhead, todo estuvo marcado por un ambiente lógicamente enrarecido en el que la fiesta del fútbol no podía vivirse con plenitud. Ganó el Celtic con gol de Alan Thompson y los periódicos del día siguiente en el Reino Unido abrían apuntando a Al Qaeda como autor de la masacre y advirtiendo de que Londres era el siguiente objetivo en la lista del terror. El Celtic no pudo repetir su hazaña del año anterior, y aunque aguantó su ventaja con una heroica resistencia defensiva en Barcelona, acabó cayendo ante el Villarreal en la ronda siguiente.

Lo aprendido en Sevilla y en Glasgow motivó que en verano de 2005 me animara a emprender mi primer viaje en solitario: doce días visitando Irlanda. Al aficionado extranjero que no conozca la idiosincrasia del Celtic, lo primero que le llama la atención es la gran cantidad de banderas irlandesas — y no escocesas— que se ven en sus partidos. El hincha del Celtic es siempre descendiente de irlandeses, y de hecho el club se fundó en Glasgow para

ayudar a las familias que habían cruzado el Mar de Irlanda y se habían asentado en la ciudad más poblada de Escocia a finales del siglo XIX. Aunque es conocida la rivalidad religiosa que les enfrenta a los del Rangers, probablemente más vigente sea su enemistad política, focalizada principalmente en Irlanda del Norte. El aficionado del Celtic quiere una Irlanda unida, y recuperar por lo tanto el Ulster, mientras que el del Rangers cree en el Reino Unido como patria. Donde más se percibe ese conflicto es, pues, en la isla. El fútbol irlandés no tiene prácticamente aficionados a nivel de clubes en la liga local, pero vive con pasión lo que ocurre en Escocia. Elegí cuatro ciudades como destinos de mi viaje: Dublín, Cork, Belfast y Derry. En la capital de la República observé cómo el gobierno estaba realizando un esfuerzo para intentar recuperar la lengua gaélica, la que se había hablado en el pasado en su territorio, pero reducida actualmente a un papel casi folclórico salvo en la parte más occidental y en las Islas Aran, de las que la cultura popular cuenta que sus habitantes no son capaces de pronunciar ni una simple palabra en inglés. Suele ocurrir que, cuando uno vuelve de un viaje, se ha quedado con las ganas de haber visitado un lugar del que le han hablado durante su estancia. Las *Aran Islands* pasaron a engordar este listado y permanecen como uno de los destinos pendientes. En Dublín me hospedé en casa de una amiga de mi prima, y su hermano me mostró la ciudad. Sin embargo, a mí me apetecía descubrirla solo, y una tarde me monté en el DART, una especie de tren metropolitano que avanza por la costa y se aleja de la urbe, y llegué al histórico Lansdowne Road, aún no reconstruido. Me bajé en la estación, ubicada justo debajo de una de las tribunas principales. Di la vuelta al recinto y llegué a una pequeña plaza interior rodeada de pequeñas casitas viejas. Algunas de ellas compartían pared con la grada más antigua del campo, aquella que en las transmisiones televisivas quedaba en el lado izquierdo y que sorprendía por su escasa altura.

Los vecinos llevaban habitando el lugar desde hacía varias décadas y se oponían a la reforma de aquel fondo, que habría supuesto la demolición de sus viviendas. Me arrepentí de no haberme llevado una cámara fotográfica y sentí en cada rincón de aquellas paredes de cemento el aroma de un fútbol antiguo y casi perdido. Pocos estadios en el mundo conservaban tanto romanticismo. Me volví a montar en el DART, esta vez en dirección opuesta, y me sorprendió la aparición inesperada de un estadio ultramoderno, gigantesco, descomunal, varios siglos por delante de lo que me acababa de maravillar. Era Croke Park. Un recinto cinco estrellas, con más de ochenta mil plazas, algo que yo no podía ni imaginar que existiera en Dublín. ¿Cómo es que nunca había oído hablar de él? ¿Por qué, teniendo semejante coloso, Irlanda seguía jugando siempre en Lansdowne Road? Por la noche me contaron que era el campo en el que se disputaban las finales de los deportes autóctonos: el *hurling* y el fútbol gaélico. El estadio había sido remodelado recientemente, pero tenía una historia antigua y también sangrienta. Durante un partido de fútbol gaélico en 1920, en el contexto de la Guerra de la Independencia de Irlanda, catorce personas murieron por un ataque de la policía y el ejército británico. Desde entonces, el misticismo de Croke Park como lugar de culto del deporte gaélico es casi sagrado, y durante muchos años no se permitió que se disputaran allí partidos de fútbol o rugby, deportes importados por los británicos. En 2005, sin embargo, se votó a favor de levantar excepcionalmente la prohibición durante la reconstrucción de Lansdowne Road. Dos años después, Irlanda jugó en Croke Park el Seis Naciones de rugby —incluso contra Inglaterra, con el «God Save the Queen» sonando por megafonía— y en la fase de clasificación para la Eurocopa de fútbol de 2008. Con Lansdowne Road completamente renovado e incluso renombrado —ahora llamado AVIVA Stadium—, Croke Park ha vuelto ahora a su normalidad exclusivamente gaélica.



Pero fue en Irlanda del Norte donde sentí el conflicto, afortunadamente ya más tenue, que aún forma parte del decorado de los barrios y las calles. Belfast tiene fama de ciudad fea, pero pocas urbes en el mundo me han parecido tan interesantes por el puro peso de su historia, por sus particularidades y su idiosincrasia. Me recuerdo, en un Burger King cerca del City Hall, la noche de mi llegada. Largas avenidas vacías, un viento frío desagradable y muy poca presencia humana. La mañana siguiente, hicimos un tour a bordo de un *black taxi*, y el conductor nos mostró las pintadas y murales que cubrían las paredes con consignas políticas, recuerdos de víctimas y alabanzas a héroes de guerra. El taxista dijo que Belfast era un lugar dividido geográficamente, casi sectariamente. A un lado vivían los católicos, y al otro los protestantes. El centro era meramente comercial, y en los restaurantes y establecimientos trabajaba gente de ambas comunidades... que no revelaba a sus compañeros dónde residía para no quedar etiquetada como perteneciente a un bando o al otro. Caminé solo hacia Windsor Park, el estadio de la selección de Irlanda del Norte, en un barrio claramente protestante, con los colores blancos, rojos y azules en los adoquines de las aceras que formaban banderas británicas en el suelo. Allí juega el Linfield, el equipo dominador del fútbol de Irlanda del Norte y el gran enemigo del Belfast Celtic, incluso con escenas de cruel violencia sectaria, hasta la disolución de este en 1949. Por si me quedaba alguna duda, pude comprobar cómo la hinchada de la selección de Irlanda del Norte es claramente unionista (o sea, pro-Reino Unido). Un norirlandés católico apoya a la República de Irlanda, y generalmente desea la derrota de Irlanda del Norte, aunque haya nacido en Belfast. El norirlandés protestante apoya a su selección, y aunque siente cierta simpatía por Inglaterra en un Mundial o una Eurocopa, desea con todas sus fuerzas ganarla si se miden en una fase de clasificación, ya que entiende que, en los últimos años, Londres no ha recompensado

suficientemente a su comunidad ante la amenaza siempre presente de Dublín. Tras el capítulo en el que Neil Lennon fue abucheado y amenazado de muerte por los propios hinchas de su selección, es muy extraño ver a un jugador católico representando a Irlanda del Norte. Reflexionando sobre todo ello, crucé un puente repleto de grafitis de seguidores de la selección y del Linfield y accedí al estadio. Era más pequeño y vetusto de lo que podía parecer por la televisión. Aquel día se jugaba allí un Francia-Noruega del Europeo Sub-19. Delante de mí se sentaron dos ojeadores del Barça: uno de ellos era el padre de Bojan Krkic, sin que yo lo supiera en aquel momento. Hugo Lloris se comió un gol desde el centro del campo y Yoan Gourcuff marcó un *hat-trick* para los galos, que ganaron 1-3. En realidad, esa Eurocopa juvenil era la excusa que me di para viajar a Irlanda, pero fue el único partido al que asistí.

La última estación del viaje —la última estación con parada, porque luego había que volver a Dublín para tomar el vuelo de vuelta— era Derry. La ciudad del famoso *Bloody Sunday*, la más católica de Irlanda del Norte, casi fronteriza con el condado de Donegal, ya en la República de Irlanda. Allí, el conflicto es evidente a cada paso: en los rótulos con el nombre oficial del lugar (Londonderry) con el prefijo *London* oscurecido por pintura negra, manchado e ilegible; en la zona de casitas del Bogside, todas ellas adornadas con murales pro-católicos, que la resistencia local liberó en una calle a la que aún se accede pasando al lado de una vivienda pintada de blanco, con letras contundentes lanzando el mensaje de «*You are now entering Free Derry...*». La minoría protestante vive al otro lado del río Foyle, en lo que se puede considerar las afueras de la ciudad. Derry ha sido el bastión pro-irlandés del Ulster, y el fútbol también lo puede atestiguar. Siendo geográficamente Irlanda del Norte, el Derry City jugó varios años la liga que le correspondía por su ubicación en el territorio. Pero cada partido de fútbol, ante los rivales protestantes y unionistas que abundan en la primera división, se convertía en

una manifestación política repleta de altercados. Ni los contrarios querían ir a su estadio de Brandywell, ni ellos se sentían seguros cuando jugaban fuera de casa. Así que, en 1972, el Derry City abandonó la liga de Irlanda del Norte y se inscribió en la Federación Irlandesa. A día de hoy es el único club del territorio del Reino Unido que juega en la liga de la República de Irlanda. Muchos futbolistas nacidos en Derry, como Darron Gibson o James McClean, juegan con Irlanda, después de que en 2010 la FIFA, tras muchos conflictos sobre este asunto, declarara que cualquier futbolista nacido en la Isla de Irlanda puede elegir a qué selección de las dos quiere representar, independientemente de su lugar de nacimiento o residencia. En el pasado, debían remitirse a la cuestión puramente geográfica, y católicos como el propio Martin O'Neill, nacido en Kilrea, muy cerca de Derry, vistieron la camiseta de Irlanda del Norte —él fue el capitán del equipo en el Mundial de 1982—. Me di una vuelta por Brandywell, otro estadio con aroma de fútbol antiguo, protagonista de muchas batallas —y no solo en el campo—. Sin embargo, tomando cervezas con Bastian, un joven muniqués que también viajaba solo y con el que estuvimos discutiendo sobre todo lo que estábamos aprendiendo en la isla, no me percaté de que el Derry City jugaba aquel viernes en casa, y perdí la oportunidad de asistir a un partido de la Liga de la República de Irlanda.

La final de Sevilla, pues, me había abierto las puertas de Irlanda y de sus conflictos identitarios. Pero había que volver a Sevilla en otro contexto. Ocurrió en la previa del Mundial 2010, cuando Miapuesta, para la que colaboré durante aquel certamen, organizó una fiesta promocional para presentar sus ofertas de cara a la cita de Sudáfrica en una terraza del Parque de María Luisa. Cruzamos España en tren con José Sanchis, adentrándonos en Andalucía cuando el día moría y el color del cielo decorando paisajes proyectados por la velocidad del AVE y los espíritus del vino tinto ofrecía a

la escena destellos de una belleza poética sin igual. Nos costó encontrar el hotel en el Casco Antiguo, en el barrio de Santa Cruz, en un laberinto de callejuelas con tremendo encanto. Caminamos, casi corrimos, porque llegábamos tarde, para montarnos en un taxi, y pasamos por Alemanes, por la Catedral, y sentí un escalofrío en todo el cuerpo, un *déjà-vu* emocionante, el reencuentro con un lugar que había marcado mi vida. No había esta vez hinchas del Celtic, ni banderas de Irlanda, pero el lugar era exactamente el mismo y casi me puse a llorar. Llegamos al lugar y disfrutamos de la noche a orillas del Guadalquivir. Estaban Antonio Álvarez y Víctor Fernández, entrenadores del Sevilla y el Betis. La velada se fue animando, y cuando la terraza en cuestión decidió cerrar, nos unimos a un grupo de gente que quería prolongar la aventura. Un señor alto, rubio, se presentó como «el Noruego», pese a su evidente acento andaluz, y nos metió de repente en un taxi, al que ordenó que avanzara dos calles y girara a la derecha. En menos de un minuto y medio ya habíamos llegado a nuestro destino. Desde aquel momento, todo lo que ocurrió me pareció una mezcla de *24 Hour Party People* de Winterbottom y *Volver* de Almodóvar. Entramos en un recinto enorme, una discoteca con varios patios interiores y un pabellón decorado como una antigua casa señorial, donde se estaba celebrando, a la tres de la madrugada, un espectacular concierto de flamenco. Sentí entonces que no podía existir más hechizo, y todo me recordó a aquella escena del surrealista film de Jim Jarmusch *The Limits of Control*, en la que un americano sin nombre y que prácticamente no habla en toda la película acaba entrando en un pequeño local de una escondida calle de Sevilla y asiste, él solo, a un impresionante recital de un guitarrista flamenco. Sin embargo, en el nuestro sí había mucha más gente, y uno podía pasar del arte y la música en vivo a la pachanga más comercial y al bailoteo y al ligoteo que se vivían en el jardín exterior. Aquello fue el punto culminante de una noche que parecía escrita en un

guion, pero que en cambio tuvo el encanto de lo improvisado. El Noruego, tras mostrar un gran dominio del entorno y sus protagonistas, se despidió cuando ya tuvo suficiente, y ante nuestra sorpresa, apuntilló que era el director de informativos de Canal Sur. Salimos del local cuando ya casi era de día, y discutimos con unos chicos muy simpáticos en una churrería sobre Jong Tae-Se, la figura de Corea del Norte en el Mundial que estaba a punto de empezar. Solo pudimos dormir unas horitas en el glamouroso hotel de la calle Abades, aunque la mañana siguiente, mientras esperaba a José, desayuné en una taberna cercana un bocadillo de jamón exquisito. Sevilla había dejado de ser mi puerta de entrada a Irlanda para presentarse, en un viaje relámpago de quince horas, auténtica, poderosa, hechizante.



# **CAPÍTULO 4**

## **LISBOA**

---

**O CÓMO CHARISTEAS FUE GIGGHIA PARA QUE UN EXSUPLENTE DEL LEICESTER  
HICIERA LLORAR A CRISTIANO**

*A Edu García*

Lisboa era el sueño. El estadio Da Luz se pasó varios meses como fondo de escritorio de mi ordenador: como objetivo y como recordatorio. El partido más importante de tres años de fútbol (de 2003 a 2005) se jugaba en ese escenario y yo, que ya había pasado de ser un colaborador esporádico que entraba a hablar en la radio como hobby, medio jugando a dedicarme profesionalmente al periodismo, deseaba con todas mis fuerzas estar allí. Estar allí el domingo 4 de julio de 2004. Quizá por ello, cuando Lisboa apareció inmensa al otro lado del estuario, cuando divisé Lisboa por primera vez cruzando el puente Vasco da Gama, sentí uno de los cosquilleos más especiales de mi vida. Ahí empezaba la aventura: en esa imagen, en ese panorama casi de película, se concretaba —se hacía ciudad— todo el carrusel de deseos, de vivencias utópicas que se habían proyectado anticipadamente en mi cabeza, esperando que el deseo se convirtiera en realidad. Allí, en una furgoneta blanca, mientras sonaba El Canto del Loco, rodeado de compañeros de la Cadena COPE a los que conocía más por teléfono que en persona, con el aire entrando a toda velocidad por la ventana para mitigar el efecto de un caluroso verano que se hacía más duro según Lisboa se acercaba, se confirmaba aquello que me había sido anunciado unos meses antes con una impersonal llamada de una secretaria que no era consciente de la magnitud de la noticia que me estaba dando: me pedía el pasaporte porque me iba a la Eurocopa. Recuerdo dónde estaba en aquel momento: comiendo, comiendo solo, una ensalada griega —una ensalada *griega*— en el Suripanta, un fabuloso y coqueto restaurante en la calle Sant Pere de Sabadell que ofrecía platos exóticos de distintas tradiciones culinarias y que desgraciadamente ya no existe. No sé cómo pude terminar de comer, no sé si pagué y me marché a digerir el sobresalto —el dulce sobresalto—, no recuerdo exactamente cómo reaccioné —porque normalmente, cuando me pasan cosas así, necesito levantarme, caminar sin rumbo fijo, beber agua y



esperar a que mi organismo regrese a la normalidad—. Sé a quién llamé —a mis padres, a mis mejores amigos— y sé que los meses siguientes consistieron únicamente en contar los días que quedaban para que llegara el momento. Y en esa furgoneta llegó, y fue tan real, tan nítido... Recuerdo incluso algunas de las conversaciones que mantuvimos en aquel viaje. Rubén Uría nos contó que el jugador al que tenía ganas de ver en esa Eurocopa era Cristiano Ronaldo, que de ningún modo era la figura mediática global que es hoy. Aquella Euro la ganó Grecia, pero los que estuvimos en Lisboa siempre la asociaremos a la eclosión, a la ascensión a un Olimpo nacional luso, del niño que había dejado de ser un malabarista jugueteón para robarles a Figo y Rui Costa el protagonismo central de un campeonato que, durante muchos años, pensaron que iba a ser el suyo. Recuerdo también con exactitud el momento en el que cruzamos la frontera y un arco con los colores del certamen y el dibujo de la mascota, junto al eslogan oficial «*Vive o 2004!*», nos dio la bienvenida. Portugal era Eurocopa, únicamente Eurocopa. Los cinco minutos que tardamos en cruzar el puente fueron cinco minutos de placer. De placer contradictorio: deseaba que acabaran, para llegar finalmente y que empezara de una vez por todas el acontecimiento de mi vida, pero al mismo tiempo soñaba con un Vasco da Gama infinito, inacabable, que me permitiera instalarme en la contemplación de Lisboa al otro lado del estuario, cruzando el Tajo, relamiéndome en la poesía de aquel momento, de aquella visión, de aquella postal que elevaba al infinito mis delirios existencialistas.

La primera vez todo es nuevo, no sabes cómo funciona nada, qué te vas a encontrar, cómo van a ser las dinámicas, en qué va a consistir todo aquello. Había escuchado, por supuesto, el Mundial de Francia, la Eurocopa de Holanda y Bélgica y la cita de Corea y Japón por la radio. Me había familiarizado con oír hablar del IBC, sin poder imaginarme mucho cómo era. Por los comentarios de los periodistas desplazados, sonaba a habitáculo

reducido en el que uno pasaba muchas horas y acababa matando el tiempo jugando a cartas o conversando sobre cualquier cuestión intrascendente. En Lisboa, concretamente, el IBC (International Broadcasting Center) estaba ubicado en el Pavilhão Atlântico, en el Parque das Nações, un complejo construido para la celebración de la Exposición Universal de 1998. Estaba muy alejado del centro de la ciudad, pero tenía cierta vida propia. Se habían edificado varios bloques de apartamentos modernos junto al mar y la actividad diaria giraba alrededor del centro comercial Vasco da Gama, un macro recinto donde el calor era casi insoportable —el cristal del techo provocaba una especie de efecto invernadero— y en el que se concentraban tiendas de ropa, quioscos, cines y restaurantes de pasta y de comida rápida. Estaba justo delante del IBC: se llegaba a él cruzando la calle. Y hacia allí nos dirigíamos todas las tardes, una vez finalizado el programa de la hora de la sobremesa, para ir a comer. Una gran cita como esa te abona a la comida basura, en parte porque no hay mucho tiempo entre actividad y actividad, porque sueles estar alejado de restaurantes más saludables que implicarían coger el coche y perder más de una hora, y también porque muchos enviados especiales ahorran de este modo en dietas. Pongamos, por ejemplo, que la empresa te da unos setenta euros al día para cubrir tus gastos mientras trabajas desplazado: si comes en el Burger King y cenas en el Kentucky, puedes sacar perfectamente un beneficio de cincuenta euros diarios. En este sentido, lo de algunos compañeros era extremo: su gran obsesión durante la Eurocopa era acumular el máximo dinero posible. Su estrategia estaba perfectamente diseñada: abundante desayuno en el bufet gratuito del hotel y una *whopper* al sol a la hora de comer. La cena, sin embargo, solía ser más decente, y acostumbábamos a saborearla en grupo en alguno de los restaurantes del paseo marítimo que habían construido al lado del pabellón. Era el mejor momento del día. Habíamos terminado la parte más dura del

trabajo, teníamos dos horas antes de entrar en *El tirachinas* y el clima era más agradable. La luz del sol no se apagaba hasta más allá de las diez — beneficios de la *occidentalidad* extrema de Lisboa de la que presumía Pessoa —, pero era más tenue, menos dañina, más disfrutable. Entraba por el estuario una brisa que acariciaba la piel y relajaba el ambiente. Estuve un mes en Lisboa y no pude hacer demasiado turismo, así que, si algo se me quedó grabado como un elemento característico de la ciudad, fue la levedad de sus atardeceres suaves, lánguidos, prolongados.

El pabellón era el clásico recinto multiusos capaz de albergar acontecimientos deportivos, conciertos masivos y ferias de todo tipo. Presidido por una cubierta ovalada que lo hacía identificable desde la lejanía, estaba medio soterrado y obligaba a descender por unas escaleras una vez pasados los numerosos controles de seguridad —con detector de metales, con una revisión que consistía en comprobar que la fotografía de la acreditación se correspondía con el rostro de su portador, con un escrupuloso chequeo de las zonas a las que se tenía acceso...—. A diferencia de lo que me encontraría en eventos posteriores, no había ningún restaurante en el interior: solo una cafetería improvisada que me sirvió para aprender que un «cortado» en portugués es un *pingado* y que «gracias», por supuesto, es *obrigado*. En la base del pabellón, la pista de juego, se habían instalado pequeños compartimentos de madera donde cada emisora de radio o televisión montaba su estudio o su set. El despliegue de la COPE era tremendo: la estancia se dividía en tres partes. Una venía a ser la redacción, donde se preparaban los programas y se visionaban los partidos que no se emitían en directo —donde se hacía vida, realmente, porque además era donde estaban los dos ordenadores portátiles, que propiciaban auténticas batallas—. Aquello acabó siendo claustrofóbico, porque pasábamos muchas horas en menos de diez metros cuadrados y mucha gente necesitaba escribir y no había suficientes

máquinas, con lo que al final uno buscaba su espacio acudiendo a la cafetería, jugando al fútbol haciendo ronditos en una pequeña explanada en la entrada (especialmente prestigiosos cuando Kiko Narváez estuvo con nosotros) o subiendo a la planta para utilizar los ordenadores públicos en los pupitres del *hall*, en la zona en la que acostumbraban a agolparse los compañeros de la prensa escrita que no tenían acceso a los módulos de transmisiones. Las otras dos parcelas de nuestro habitáculo eran un estudio de radio preparado para que pudieran compartir antena hasta cinco personas distintas y el control técnico, absolutamente sofisticado, que permitía cargar la publicidad desde allí mismo y dirigir el programa desde Lisboa sin prácticamente necesitar asistencia desde Madrid. Ese fue mi hogar durante cuatro semanas. Yo, que cuando supe que cubriría la Eurocopa me aprendí todas las sedes e investigué cómo era cada ciudad —leí que en Coimbra se estudiaba, en Braga se rezaba, en Oporto se trabajaba, en Faro/Loulé se iba a la playa, etc.—, pronto acabé resignándome a una realidad que permanecería inmutable durante los posteriores eventos que viví en directo: como decía un compañero refunfuñón, «mucho ir a la Eurocopa, pero al final la vemos en un cuartito y por la televisión». Aún puedo dar las gracias a que en aquella edición me escapé dos veces a Da Luz a ver partidos en el estadio: el Francia-Inglaterra de la primera fase y la final entre Portugal y Grecia. Luego, ni en Alemania 2006, ni en Austria-Suiza 2008 ni en Polonia-Ucrania 2012 pisaría ningún campo. Esta circunstancia, que puede extrañar al que no conoce el funcionamiento interno de las coberturas mediáticas de estos torneos, se debía básicamente a que la UEFA restringe muchísimo las posiciones de comentaristas en los estadios, y mi tarea podía hacerse perfectamente desde el estudio, mientras que un reportero o un narrador tiene más sentido que se desplace al lugar donde se está produciendo la noticia. Con el paso del tiempo, y cuando se ha seguido esa rutina ya varias veces, uno se acaba

preguntando si compensa o no compensa ir a una Eurocopa para terminar viviéndola así. Y sí, compensa, porque se observa el ambiente de las calles, se comparte el entusiasmo de los hinchas locales, se convive con las aficiones desplazadas, se trabaja al lado de compañeros del resto de países y, al fin y al cabo, se vive veinticuatro horas al día pensando en el campeonato. En 2004, sin embargo, y con veintiún años, uno no se hace estas preguntas: uno se siente en la gloria e incluso el hecho de estar metido en un cuartito de madera parece un sueño, porque sales a pedir un *pingado* y te cruzas con estrellas de la radio de otras emisoras a las que cuatro años antes idolatrabas, y las buscas con la mirada deseando que te saluden y que sepan quién eres. Así que, asumiendo que siempre hay inevitables momentos de bajón, la Eurocopa de Portugal sigue siendo mi favorita. Mi primera vez. Aquella en la que todo es tan nuevo que hasta lo monótono parece un parque de atracciones.

Y es que, además, de todos los torneos a los que he ido, fue de largo aquel en el que más me moví. Edu García, mi gran valedor, no quería que yo acudiera a la Eurocopa «como un comentarista *vedette*». En realidad, yo en la radio ejercía mayoritariamente de comentarista —o contaba qué sucedía en el extranjero—, pero a los veintiún años uno no puede ir a ningún sitio como comentarista *vedette*. Se refería, claro, a que mi papel, pese a que en antena mi opinión apareciera justo después de la suya, no podía ser el mismo que el que iban a desempeñar Kiko Narváez o Rafa Alkorta, exfutbolistas de éxito que nos acompañaron durante aquel mes —aunque Rafa estuvo entrenando con la selección española y solo vino a Lisboa los días previos al tercer partido—. Yo tenía que aprovechar aquella oportunidad para aprender, para hacer periodismo, para formarme desde una perspectiva multidisciplinar, algo absolutamente básico en una profesión como esta: ser capaz de manejar varios registros, de desempeñar varios perfiles y roles. Así que me mandaron por las mañanas a cubrir las concentraciones de Italia e Inglaterra, que tenían

sus bases en Lisboa. Me montaba en un taxi y me acercaba al Centro Cultural de Belém, donde estaba la *Casa Azzurra*, o a los alrededores del Estadio Nacional de Jamor, donde el equipo de Sven-Goran Eriksson había instalado su cuartel general. Acudía a las ruedas de prensa y grababa con un mini-disc todo lo que allí se decía. Luego, de regreso al IBC, escuchaba los brutos y seleccionaba los cortes de voz para poder emitirlos en el programa de la sobremesa. Era una carrera contra reloj que ayudaba a experimentar aquella presión por lo inmediato que existe en el periodismo. Incluso alguna vez entré por teléfono desde la sala de prensa de Italia, acercando mi móvil a los altavoces de la sala y escondiéndome debajo de las sillas para que no se me escuchara hablar mientras un jugador contestaba públicamente las preguntas de los medios.

Con Italia, la cercanía con los futbolistas era mayor, ya que después de las conferencias de prensa se paraban a atender de manera personalizada a aquellos que lo solicitaran. Así que pude hacerle preguntas a Totti —que en aquel momento sonaba muchísimo para el Real Madrid— o a Panucci. Aunque probablemente a mí me habría gustado hablarles de otras cosas, entendía perfectamente —creo que en una situación como esa hay que entenderlo así— qué le interesaba a mi medio: que les preguntara por España o por el Madrid. En una radio generalista como la nuestra, aquello era mucho más *emitible* que una cuestión táctica sobre el esquema de Trapattoni. El equipo entrenaba muy temprano en el Estadio do Restelo, el campo de Os Belenenses, el equipo del barrio de Santa María de Belém, y luego los jugadores asignados para atender a la prensa se desplazaban al Centro Cultural, al lado del Mosteiro dos Jerónimos y de la bellísima Torre de Belém, cuya base se encuentra en el interior del Tajo. Pasé varias mañanas en aquellas calles y me subí a un par de taxis conducidos por hinchas del Belenenses, que me contaron cómo su histórico club había caído en una

espiral catastrófica. Aquella temporada se habían salvado por los pelos. Los tiempos gloriosos quedaban muy lejos y parecían irrepetibles. Sus padres les habían contado en multitud de ocasiones cómo festejaron el famoso título de liga de 1946, cuando su amado club se convirtió en el primero no perteneciente al grupo de los tres grandes (Benfica, Oporto y Sporting) en ganar el campeonato. Lo consiguió, cuentan los pocos documentos que se conservan, con una gran solidez defensiva —su portero y sus zagueros eran apodados *As torres de Belém*— y con el liderazgo del capitán Mariano Amaro, un centrocampista al que llamaban «el Einstein del fútbol portugués» por su inteligencia a la hora de pasar la pelota. La magnitud de aquella hazaña es aún mayor si consideramos que solo otro equipo a lo largo de la historia logró el mismo éxito: el Boavista, en 2001. A día de hoy, siguen siendo las dos únicas temporadas en las que no ganó uno de los gigantes. Aquel Belenenses de la década de los cuarenta llegó a tener tanto prestigio que incluso el Real Madrid lo invitó al partido de inauguración del estadio Santiago Bernabéu, el 14 de diciembre de 1947. Los blancos ganaron 3-1. En la actualidad, el barrio de Belém ha dejado de ser fiel al club que paseó su nombre por el continente en varias ocasiones, y solo continúan acudiendo a Restelo con asiduidad unas 1.500 personas.

En la selección inglesa, el contacto estaba mucho más restringido y las ruedas de prensa eran más multitudinarias. Se llevaban a cabo en un escenario casi bucólico, en la zona de Oeiras, al que se llegaba por una carretera repleta de curvas rodeada de un bosque frondoso. La Federación trataba bien a la prensa: había bebidas frías y calientes para todos, además de unas deliciosas galletas de chocolate en constante reposición —las reponían inmediatamente después de que se acabaran—. Eriksson, sin llegar a los límites que alcanzaría dos años después en Alemania, ya era bastante discutido, y yo me llevaba los periódicos ingleses que podían adquirirse en el

quiosco del IBC para leérmelos en el taxi de camino a Jamor y así conocer mejor el contexto en el que había que enmarcar todo lo que se dijera luego. Las sesiones preparatorias se realizaban en el antiguo Estadio Nacional, inaugurado en 1944 y jamás remodelado desde entonces. La carretera pasa muy cerca del campo, precisamente por delante de la única zona en la que no hay graderío, y se puede ver el césped desde el asfalto, con la impresionante y decadente estructura del resto de la construcción levantándose al otro lado. Pese a lo degradado de su estado, la final de la Taça de Portugal sigue disputándose allí todos los años, manteniéndose la tradición pese a que probablemente ya no reúne las mínimas condiciones para ello. La selección nacional dejó de tenerlo como sede principal y atrás quedaron los tiempos en los que era una referencia a nivel continental, como cuando albergó la final de la Copa de Europa de 1967 entre el Celtic y el Inter, la primera de toda la historia ganada por un equipo del Reino Unido. De hecho, aquel plantel vencedor del gigante de Glasgow pasó a la historia como *The Lisbon Lions*.

Portugal también entrenaba cerca de Lisboa: en Alcochete, al otro lado del puente Vasco da Gama, en la famosa academia del Sporting, donde se habían formado sus extremos: Luis Figo, Simão Sabrosa y Cristiano Ronaldo. Y aunque no fui a ninguna de sus sesiones preparatorias —las cubrían otros compañeros—, la cantidad de *inputs* que uno recibía del equipo luso estando en el IBC o en la propia ciudad era casi infinita. Quizá el gran aliciente de cubrir una competición de este tipo es vivir en primera persona cómo el país anfitrión, sea cual sea su potencial futbolístico, se vuelca con el torneo y cree de verdad en el milagro. Abundan las banderas nacionales en los coches, en los escaparates de las tiendas, en los tranvías... Detalles que descubrí en Lisboa y que se reprodujeron casi de manera exacta dos años después en Múnich y cuatro más tarde en Viena. De hecho, mi experiencia en 2012 en Varsovia fue un tanto decepcionante, muy *light*, y todo ello porque llegué en



la segunda fase, cuando Polonia ya estaba eliminada. En aquella primera Eurocopa, leíamos *A Bola* todos los días, la RTP siempre estaba puesta en uno de los televisores del módulo del IBC e incluso los grandes edificios de la ciudad estaban decorados con grandes anuncios publicitarios con los rostros de las figuras del equipo de Luis Filipe Scolari. Sorprendentemente, Cristiano Ronaldo, que tenía diecinueve años y venía de jugar su primera temporada en el Manchester United —ojo, solo con quince partidos como titular en la liga, y otros catorce entrando desde el banquillo—, era ya prácticamente el protagonista principal en las calles, en los medios, en los corazones de la gente. Era un Cristiano muy diferente al actual. Desprendía, claro, un aire más inocente, más amable, más querible. Era el niño guapo y, al mismo tiempo, el niño bueno —aunque algo travieso— del fútbol luso. Su juego también se alejaba de la perfección física y casi mecanizada que luce hoy en los campos, convertido en el adalid de la contundencia y la finalización letal, sin piedad. Su primera versión futbolística era la de un malabarista, a veces algo frívolo, un enamorado de la filigrana. Sir Alex Ferguson apreció en seguida el potencial de aquel superdotado, pero supo que había que hacerle entender que el propósito del juego era otro. Le tuvo toda la primera vuelta en el banquillo para que aprendiera que pasarse el balón de un pie al otro para quedarse en el mismo lugar no le reportaba al equipo ningún beneficio futbolístico, o que ponerse a hacer toques ante su marcador podía enrabiatar al adversario y ser contraproducente. Su transformación fue notable incluso en aquella primera temporada. Aunque es cierto que la crítica internacional tardó todavía varios años en aceptarlo como uno de los más grandes —en 2006, dos años después, aún se escribía de él que era un futbolista de fuegos artificiales—, en el segundo tramo de esa temporada 2003-2004 ya fue ganando productividad y abandonando lujos innecesarios. De hecho, yo pasé en pocos meses de odiarlo a quererlo, de desesperarme

ante su intrascendencia a tener ganas de verlo jugar cada semana. Era, como había comentado Rubén Uría en la furgoneta que nos llevaba a Lisboa, el gran aliciente de la Eurocopa; y Portugal entera lo sabía bien y lo explotaba. Se quedó en el banquillo en el primer partido ante Grecia para que jugara Simão, pero perdiendo 0-1 al descanso Scolari se vio obligado a introducirlo. Fue el mejor del equipo en el segundo tiempo, marcó de cabeza en el descuento —aunque no sirviera de nada, ya que era el 1 a 2— y a partir de entonces ya fue titular el resto del torneo. De hecho, apostar por él y por Deco y cargarse a Simão y a Rui Costa —decisión políticamente incorrecta esta última, ya que el 10 era un símbolo nacional y el brasileño tenía a varios pesos pesados en contra por ser un nacionalizado— fue lo que hizo cambiar la fortuna del anfitrión, que pasó de empezar perdiendo el torneo a acabar siendo subcampeón. De todos modos, antes de llegar a la final, Portugal sufrió mucho para pasar la primera fase, y se la jugó en el último partido de la liguilla ante España a cara o cruz. El empate clasificaba al equipo entonces entrenado por Iñaki Sáez, y a los lusos solo les valía ganar para pasar. Recuerdo las horas previas al partido, incluso la noche antes. Rafa Alkorta había venido desde Braga y fuimos a tomar una copa en la zona del Puerto Viejo, muy cerca del histórico puente 25 de Abril, el que durante años, hasta la construcción del Vasco da Gama en 1998, funcionó como principal vía para cruzar el estuario del Tajo y, de este modo, entrar y salir de Lisboa. Allí, al lado de pequeñas embarcaciones ancladas en los muelles, se extendía una zona de discotecas y bares nocturnos muy concurrida durante toda la Eurocopa. Allí solían acudir los aficionados de las selecciones extranjeras cuando su equipo jugaba en la capital, y esa noche, el Hawaii, un decente garito de dos plantas, estaba repleto de seguidores españoles. También los periodistas que tenían su cuartel general en la zona norte, al lado de la concentración del equipo, habían acabado en ese local, que tuvo incluso que

detener la música que sonaba por los altavoces para que se impusiera, cantado a viva voz por la mayoría de los clientes, el «Que viva España» de Manolo Escobar. Edu García, que había estado en otras citas, comentaba que aquello era novedoso, ya que el aficionado de la selección no tenía hasta ese momento la costumbre de desplazarse en masa. Había que aprovechar la cercanía geográfica que había permitido aquella afluencia masiva, pero para ello había que superar a la anfitriona Portugal el día siguiente. Kiko y Alkorta contaban batallitas y yo no podía creerme que estuviera compartiendo coche y cervezas con aquellos futbolistas a los que admiraba. En especial, no podía creerme que Kiko fuera tan próximo, tan amigable. Que me hablara con tanta normalidad aquel media punta talentoso que me emocionó cuando logró, con aquel Atlético de Madrid legendario de Pantic y Caminero, derrotar a los grandes y ganar la Liga en 1996 —la primera Liga, de todas las que yo había vivido, que no se la llevaba ni el Barcelona ni el Real Madrid; algo que celebré por todo lo alto desde mi condición de hincha de equipo pequeño—. En algún momento de la noche me alejé de la algarabía del Hawaii y me fui a contemplar el río, el puente y el Cristo-Rei presidiendo la otra orilla en el pueblo de Almada. Fue quizá uno de los escasos momentos de paz interior de toda la Eurocopa, una calma que precedía a la gran batalla del día siguiente en el Alvalade. Una batalla que, además, amenazaba con acabar con la Eurocopa de los enviados especiales, porque sabido por todos era que en caso de eliminación de España más de la mitad de redactores volvían a casa. Yo me lo estaba pasando en grande y no quería regresar de ningún modo.

Por la mañana, ya el día del partido, fui al Centro Cultural de Belém al entrenamiento de Italia, que también se jugaba su supervivencia dos días después, en su caso sin depender de sí misma y sabiendo que un empate a dos entre Dinamarca y Suecia la eliminaría aunque ella goleara a Bulgaria. Tras las conferencias de prensa, tomé un café en un quiosco y leí *A Bola*, que

publicaba una portada repleta de razones por las que Portugal *debía* ganarle a España y contagiaba al país un mensaje de optimismo y fe. Hubo algo muy mental, muy relacionado con el convencimiento, en aquella resurrección lusa. Iñaki Sáez había recibido las primeras críticas tras el empate a uno ante Grecia en un partido que, de haberlo ganado, habría prácticamente sellado la clasificación en la segunda jornada, y modificó por primera vez su doble pivote Albelda-Baraja. *Pipo* se quedó en el banquillo y Xabi Alonso formó en su lugar, lo que confirmaba a Xavi Hernández como cuarta opción en aquel centro del campo. Es curioso, porque hoy, leyéndolo con la perspectiva del tiempo, se ve tremendamente extraño que el de Terrassa no jugara ningún minuto en aquella Eurocopa. Pero por lo que recuerdo, aquel no era entonces un motivo de gran debate. El Valencia venía de ganar la Liga —su segunda en tres años— y la UEFA con aquella pareja de medios centros, por lo que se entendía como algo lógico que la selección también la utilizara. El debate, más que por Xavi, venía por la presunta incompatibilidad de Raúl González y Juan Carlos Valerón, identificados en aquel momento como los dos mayores talentos del fútbol español. Un sector de la prensa le reclamaba a Sáez que apostara por ambos en un mismo once titular, pero el seleccionador los veía a ambos como medias puntas que necesitaban libertad y solo los juntó quince minutos en cada uno de los dos primeros partidos. En la batalla decisiva del Alvalade, Raúl volvió a ser el elegido y Valerón se quedó sin jugar ni un solo minuto. Incluso tras el 1-0 de Nuno Gomes, cuando necesitaba un gol desesperadamente, el seleccionador prefirió acabar con Morientes y el joven Fernando Torres (que tenía veinte años) como delanteros, y con Vicente, Luque y Raúl por detrás. La derrota fue justa y la sensación de que el equipo había rendido por debajo de sus posibilidades aumentó cuando se supo que Grecia, que se veía como un rival mediocre, era la que se clasificaba pese a haber perdido ante la ya eliminada Rusia en el duelo que se disputaba

simultáneamente. El mayor número de goles marcados por los helenos era el criterio de desempate que les daba el pasaporte hacia la segunda ronda por delante de España. En los últimos minutos de desesperante agonía, cuando parecía evidente que, pese a intentarlo, el equipo no tenía ningún tipo de clarividencia y no iba a anotar, se vivieron escenas emotivas en el módulo de la COPE en el IBC. Edu García, al que siempre había visto vivir el fútbol desde la distancia del desapasionamiento, era incapaz de contener las lágrimas y casi no pudo terminar la transmisión. La expedición de enviados especiales quedó hundida, y encima tuvo que soportar un interminable camino de regreso al hotel dificultado por la eufórica marea humana portuguesa que, por primera vez en el torneo, tomó las calles y cortó el tráfico. A Edu, que estaba alojado en el centro y tuvo muchos más problemas que nosotros para llegar, aquello le marcó para siempre, y lo sigue recordando a menudo: su tremenda tristeza se mezclaba con la desesperación de verse obligado a presenciar durante más de dos horas cómo los vencedores celebraban sin rubor la que parecía la noche más feliz de sus vidas.

Es costumbre en una Eurocopa que, tras la primera ronda, el IBC se vacíe. Nos ocurrió a nosotros, que redujimos a más de la mitad el contingente de enviados especiales, y sucedió lo mismo con el resto de medios. Algunos, si su selección ya estaba eliminada, optaron directamente por no dejar a nadie. Los pasillos estuvieron entonces menos concurridos, no había que hacer nunca cola para conseguir un *pingado* y en el restaurante de *frutas y frango* del centro comercial, famoso por su joven camarera deseosa de intimar con periodistas extranjeros, nos atendían sin demora. La escabechina fue épica y no respetó jerarquías. No solo España se marchó de entre las favoritas: Italia y Alemania también se fueron a casa a las primeras de cambio. Terminaron pues los trayectos en taxi al barrio de Belém después de que se confirmara el empate a dos que tanto temían en la *Casa Azzurra* y que incluso la prensa

escandinava se encargó de anunciar con anticipación —el Dinamarca-Suecia se jugaba el 22 de junio y un famoso periódico nórdico apareció esa mañana inventando el día *2-2 de junio*—. Recuerdo que tuve una encendida discusión con el entrañable Quique Guasch, que estaba en Lisboa enviado por Televisión Española y que por las noches venía a nuestro módulo como colaborador de *El tirachinas* —después de aparecer cada tarde con una bolsa de gominolas que nos traía de regalo y que yo siempre devoraba—. Quique estaba convencido de que, si dos equipos necesitan un 2-2, van a empatar a dos. Yo no creía en un pacto escandinavo, y cuando el resultado se acabó produciendo, se jactó de su experiencia y de la sabiduría que le otorgaba su bagaje. Yo insistí en que aquel 2-2 fue casual y no pactado. De hecho, Dinamarca tuvo, ganando 1-2, varias ocasiones clarísimas que no acabaron en gol por las maravillosas intervenciones del portero sueco Andreas Isaksson —e incluso recuerdo algún palo—. Aquello no podía fingirse: si hubiese habido pacto, Dinamarca se habría quedado en su área esperando a que Suecia empatara y no habría comprometido el arreglo con peligrosos contragolpes. Quique no atendía a razones: él sabía que quedarían 2-2 y quedaron 2-2. Medio mundo sigue pensando que aquello se hizo a propósito —volvió el asunto al primer plano mediático durante la Eurocopa 2012, cuando Italia se encontró en una situación idéntica antes del España-Croacia de la última jornada— y yo sigo convencido de que, solo al final, tras el 2-2 de Mattias Jonson en el minuto 89, ambos equipos decidieron que aquel resultado era suficientemente bueno para todos. La cuestión es que Italia quedó eliminada, y Antonio Cassano, un chavalín que aún no había cumplido los veintidós años, se quedó llorando en el césped de Guimarães en una de las imágenes del torneo que se me quedaron grabadas. Lo de Alemania, en cambio, no dejó ni ese consuelo de pobres que es el poder echarle la culpa a un tercero. Incapaz de ganar un solo partido, el conjunto de Rudi Völler se

fue con dos puntos y generando una tremenda preocupación porque el Mundial que debía organizar dos años después estaba a la vuelta de la esquina y su fútbol parecía caduco, desfasado, sin relevo generacional preparado y sin que nadie quisiera asumir la enorme responsabilidad de hacerse cargo del proyecto, como asumiendo que lo de 2006 tenía toda la pinta de convertirse en un ridículo histórico. Especialmente penoso fue el segundo partido ante Letonia, quizá el participante más exótico de la historia de una Eurocopa, un diminuto conjunto báltico que se había metido en la fase final eliminando en la repesca a Turquía contra todo pronóstico y escribiendo de ese modo la historia más fantástica de la ronda clasificatoria, al tiempo que convertía a Maris Verpakovskis en el nuevo ídolo del creciente escenario futbolístico *underground*. El Letonia-Alemania acabó 0-0. Lo peor de todo es que Letonia mereció ganar. El árbitro inglés Mike Riley —jamás se me olvidará— ignoró cuatro penaltis —tres eran clarísimos— a favor de los bálticos, que sin embargo acabaron esa noche festejando por todo lo alto —sin importarles el mañana, pese a que aún tenían opciones de clasificación— su histórico punto ante una de las potencias mundiales. Imagino que en Letonia el once formado por Kolinko; Stepanovs, Zemlinskis, Blagonadezdins, Isakovs; Lobanovs, Astafjevs, Bleidelis, Rubins; Prohorenkovs y Verpakovskis aún se recita de memoria. En la última jornada Holanda les metió un 3-0 y se fueron tan contentos de regreso a Riga.

Así que nos quedamos solo cinco personas de la delegación inicial de la COPE para vivir la fase final. En un principio, se había pensado que regresarían todos los comentaristas —y yo estaba, básicamente, como comentarista—, pero a última hora se decidió que, ya que había que hacer dos programas diarios, sin hablar ya de España, para cubrir el evento, mi permanencia en Lisboa podía ser útil de algún modo. Fueron casi dos semanas con más tiempo libre, lo que me permitió hacer un poco de turismo.

Me fui solo a caminar alguna mañana por la parte alta de la ciudad, subiendo escaleras que serpenteaban y perdiéndome entre tiendas de discos viejas en locales más pequeños que un garaje. Cambiamos de hotel, nos fuimos al que estaba en el centro, donde se había alojado Edu durante la primera fase, y aprendí entonces a orientarme por las calles más concurridas y a ubicar las plazas más famosas, como la del Comercio o el Rossio. Convertí una pequeña taberna de comidas caseras en mi café lisboeta favorito y me hice cliente habitual durante unos pocos días, llegando a intimar relativamente con el propietario, hincha del Sporting como la mayoría de los amigos lusos que he ido haciendo en mi vida. De hecho, uno de ellos me dijo una vez, medio bromeando, que «un sportinguista está más preparado para enfrentarse al mundo, porque se acostumbra a perder y a sufrir decepciones, y entonces no convierte los problemas en dramas». Es cierto que el cuadro verdiblanco ha vivido siempre a la sombra de su vecino, el Benfica. Tiene en sus vitrinas poco más de la mitad de sus títulos de liga (treinta y dos contra dieciocho) y se vio obligado a contemplar con envidia el ciclo glorioso del conjunto encarnado en Europa en la década de los sesenta, cuando liderado por el mítico Eusébio, el SLB alcanzó cinco finales de la Copa de Europa, ganando dos de ellas (en 1961 contra el Barcelona en Berna y en 1962 ante el Real Madrid en Ámsterdam), aunque Eusébio no jugó en la primera, ya que su debut oficial se produjo justo el día siguiente en un encuentro de Copa de Portugal ante el Vitória Setúbal. El Benfica, de hecho, logró en aquella época desplazar el foco del fútbol europeo desde Madrid hasta Lisboa, convirtiéndose en el equipo de moda. El Sporting solo pudo sonreír con su título de la Recopa de 1964 conquistado ante el MTK Budapest en Bélgica, el que sigue siendo a día de hoy su único gran logro a escala continental. Algunos observan esta distinta suerte deportiva como una venganza de las clases populares, ya que en su mayoría los seguidores benfiquistas son de



origen humilde, mientras que los del SCP —llamados *leoninos*— suelen pertenecer a los estratos sociales más adinerados. Al menos es lo que cuenta la leyenda, aunque, a día de hoy, se pueden encontrar muchas excepciones en los dos bandos. De hecho, ninguno de mis amigos sportinguistas es precisamente rico, ni tampoco parecía serlo aquel tabernero con el que, durante una de esas comidas en junio de 2004, hablamos sobre un joven extremo de origen venezolano que tenían cedido en el Marítimo y que se llamaba Danny.

Pero el tiempo libre también se convirtió en hastío, en desgaste en las relaciones personales entre algunos de los miembros que, sin ser en ningún caso amigos del alma, llevábamos conviviendo diariamente durante casi un mes. Fue en aquel tramo final de la Eurocopa 2004 cuando aprendí que el del periodismo es un mundo agresivo, de rostro amable solo en apariencia y con reservas disimuladas. Hasta entonces, yo era un chico que no trataba personalmente con mis compañeros de trabajo. Me llamaban para que entrara en los distintos programas y siempre estaba dispuesto a decir que sí: a sacrificar clases, a cambiar planes y a condicionar mi vida social para hacer unos pocos minutos de radio. Era, pues, alguien que no ponía pegas y al que todos estaban agradecidos. En Lisboa, sin embargo, fui uno más dentro de la jungla, y entré en el universo de celos, afinidades, envidias y competitividades. Los cinco que aguantamos hasta el final acabamos separados en dos bandos: comiendo en sitios diferentes, moviéndonos en dos coches, y hasta bajando a desayunar en horarios distintos para no tener que soportarnos. Mi mundo de dibujos animados de osos amorosos se evaporó en el calor de la tórrida Lisboa mientras las calles se llenaban de griegos disfrazados de gladiadores, como acentuando el carácter bélico de una sociedad repleta de egos y luchas.

El nuevo hotel tenía piscina. Y gimnasio. De hecho, recuerdo, divertido, cómo Rubén Uría se quejaba una mañana, recién levantado, con ese punto de mal humor ácido y genial que tiene, de que nos habíamos cambiado de hotel solo por el gimnasio. «Oye, los cruasanes están secos, el café es agua, las habitaciones son más pequeñas, tardamos el doble de tiempo en llegar del IBC, el recepcionista es antipático... ¡pero tenemos gimnasio!» El gimnasio, ni lo pisamos, pero en la piscina se vivió uno de los acontecimientos de aquella Eurocopa. Al menos para mí. Era la tarde del 26 de junio. Por la noche, Suecia y Holanda disputaban en Faro/Loulé el último cuarto de final. Portugal se había cargado a Inglaterra en un encuentro memorable en Da Luz tres días antes, provocando una aún mayor manifestación de euforia nacional por las calles de Lisboa y convirtiendo al portero Ricardo en el nuevo héroe del país. La República Checa había vapuleado 3-0 a Dinamarca el 24 en Dragão, confirmándose como la gran favorita al título al haber ganado sus cuatro partidos. Y la noche antes de aquel episodio, la del 25, el carrusel inacabable de sorpresas de la Euro 2004 había alcanzado su punto álgido con la eliminación de la vigente campeona Francia a manos de la pequeña Grecia, aquel equipo voluntarioso, más épico que talentoso, que ya había dejado fuera a España en la fase de grupos. Y lo más chocante fue que, dentro de su estilo, el equipo de Rehhagel había sido superior al conglomerado de figuras galas, entre las que se encontraban Zidane, Pirès, Trezeguet y Henry. Era el resultado de más impacto de lo que llevábamos de torneo, y yo, que estaba cruzando *mails* con un aficionado heleno que conocí en un foro de internet — así funcionaba la interacción virtual antes de Twitter—, empezaba a sentir simpatía ya por la gran hazaña de aquel verano. El caso es que, unas veinte horas después de aquel gol de Charisteas, estábamos en la piscina del hotel, tomando el sol —sufriendo el sol— y refrescándonos, cuando, al incorporarme, al levantar la cabeza de mi hamaca, vi a Seitaridis. Al lateral

derecho de la selección griega. Al mejor lateral derecho de aquella Eurocopa. Lo reconocí, estuve seguro desde el primer minuto de que era Seitaridis. Porque Seitaridis me había robado el corazón en un Manchester United-Panathinaikos de la Champions League 2003-2004 que acabó 5 a 0. De aquel partido aparentemente sin historia, me quedé con él, pese a que era defensor, pese a que su equipo había encajado cinco goles. Me gustó tanto que me guardé su nombre y esperé a la Eurocopa para observarlo con atención. Y sí, Seitaridis estaba allí, bañándose en la misma piscina que yo, el día siguiente de haber derrotado a Zidane. Pero ojo, no solo Seitaridis. El de su lado era Zagorakis, el espíritu de aquella Grecia. Y delante suyo estaba Katsouranis, el más joven de los centrocampistas titulares, el más prometedor de los que jugaban aún en su país. Y a pocos metros, Dimitrios Papadopoulos, el delantero suplente. O sea, los jugadores de Grecia estaban *en la piscina de nuestro hotel*. Los jugadores de Grecia *habían dormido en nuestro hotel la noche en la que eliminaron de la Eurocopa 2004 a la Francia legendaria de Henry*. Y se bañaban tan tranquilos, sin ser reconocidos, con un montón de gente a su alrededor ajena a un acontecimiento de tamaña magnitud. De pronto, salieron del agua y se pusieron a jugar a fútbol-tenis en una pista de cemento que había al lado. Una pista de cemento que debía de estar ardiendo. Descalzos, arriesgándose a sufrir cualquier lesión inoportuna a escasos días del partido más importante de sus vidas. Regresaron a la piscina y, entonces sí, un tipo los identificó y empezó a hablar con Zagorakis mientras Katsouranis empujaba a Papadopoulos y lo tiraba a la piscina por sorpresa. Zagorakis, para aumentar el carácter mitológico del momento, había jugado en el Leicester City de Martin O'Neill en los tiempos en los que yo era amigo de Jonty y fan acérrimo de los *foxes*. Es más: era suplente en el Leicester City de Martin O'Neill. No encontraba sitio en un centro del campo formado por Lennon, Savage e Izzet. Cuando, ya observados por miradas indisimuladas,

los griegos se cansaron de estar allí, se retiraron hacia el hotel, dejándome perplejo, ganándome para su causa, llevándome a plantear combinaciones astrales (la ensalada griega que estaba comiendo cuando supe que viajaría a Lisboa, los *mails* con el hincha griego durante la competición, los jugadores griegos en la piscina, ¿qué pasaba con Grecia en mi primera Eurocopa?). El día siguiente viajarían hacia Oporto, donde les esperaba el más difícil todavía, el equipo de moda del momento: la República Checa.

Hay equipos que enamoran por su juego. Que te convencen por la calidad de todas sus acciones. Ya no solo en lo individual: sobre todo en lo colectivo. Su armonía los haría merecedores de ser recordados muchos años. Y, sin embargo, como no acompañan su gesta con un título, su legado se minimiza y hasta caen en el olvido de las masas. Es una pena, pero nadie habla por las calles de *la República Checa de 2004*. Y ojo, aquella maravilla dirigida por Karel Brückner no solo hizo cuatro partidos buenos. No la subo a los altares por acabar la fase de grupos con nueve puntos sobre nueve posibles pese a compartir liguilla con Holanda y Alemania. Ni por destrozar después a la Dinamarca que había eliminado a Italia. Aquel era un equipo que ya llegaba a la cita lusa con la etiqueta de *delicatessen* infravalorada, y me parece que la di como favorita en las típicas encuestas previas. Recuerdo que compartí un programa con Víctor Orta en una emisora valenciana antes de partir y ambos nos mojamos por los checos. ¿Por qué? Aquel equipo venía de liderar su grupo de la fase de clasificación con veintidós puntos en ocho jornadas, cediendo solo un empate a uno en Rotterdam ante Holanda. Había ganado un amistoso en Saint-Denis en febrero de 2003 por 0-2 dando una auténtica exhibición contra Francia. Estaba comandado por Pavel Nedved, vigente Balón de Oro durante la Eurocopa, en parte merecedor del premio por haber convertido a su selección en una referencia a nivel continental. En el centro

del campo también jugaba Tomas Rosicky, veintitrés años, aún no castigado por las lesiones, capaz de dirigir a un Dortmund campeón de liga en 2002 siendo un posadolescente. Seguía siendo indiscutible Karel Poborsky, el autor de ese golazo a Vítor Baía en la Eurocopa del 96, ya de regreso a casa para retirarse en el Sparta de Praga, pero aún poseedor de uno de los mejores golpes de balón con la pierna derecha de todo el fútbol europeo —aquel mismo verano fui con unos amigos de vacaciones a Praga y los obligué a acompañarme al Letná Stadium para ver un Sparta-Slovacko de la liga checa solo porque jugaba Poborsky—. Arriba jugaban Jan Koller y Milan Baros, un chico de veintidós años al que el Liverpool había firmado en 2002 procedente del Baník Ostrava y que se estaba saliendo en el torneo: se plantó en semifinales tras haber anotado cinco goles en cuatro partidos. El equipo checo era indiscutiblemente favorito ante Grecia, y después de que Portugal hubiera derrotado a Holanda en la primera semifinal y la foto de Cristiano Ronaldo celebrando su gol de cabeza con el torso desnudo se convirtiera en portada en tamaño póster desplegable de los tres diarios deportivos lusos la mañana siguiente, todo el mundo en Lisboa hablaba de una final soñada. Portugal-República Checa, venganza de los cuartos del 96, el anfitrión empujado por un fervor inagotable y transversal —un fervor que no entendía de razas, edades, géneros ni clases sociales, y que incluso devoraba a ciudadanos sin un evidente interés por el fútbol— contra el mejor equipo de Europa. Estaba todo preparado, pero no pudo ser. Nedved se lesionó en el primer tiempo, Poborsky jugó su peor partido, la pólvora de Baros se apagó y Rosicky, el mejor checo ese día, se estrelló contra el larguero. Grecia, sin jugar con la solvencia que había mostrado ante Francia ni la que mostraría en la final contra Portugal, resistió y llevó el partido al cansancio y a la desesperación. Y entonces, cuando necesitó una acción de calidad pura —solo una—, hizo lo que ya había hecho en partidos precedentes: mandar al

campo a Tsartas y pedirle que se inventara un pase de gol. El zurdo, ex del Sevilla, sacó un córner medido en el minuto 105 y Traianos Dellas, aquel central de la Roma que no parecía válido para jugar en primera división italiana, lo cabeceó a la red. Grecia continuaba desafiando cualquier lógica, se agarraba a la épica de su espíritu, le mandaba al mundo del fútbol un mensaje de esperanza: todo es posible, incluso aquello que no lo parece. El resultado me produjo sensaciones encontradas y me sumergió en la esquizofrenia del éxtasis y la depresión combinadas. Por un lado, el equipo de aquella época, el equipo que merecía el título, el que más me había hecho disfrutar, perdía su gran oportunidad histórica. Por el otro, aquello que siempre había deseado, que un equipo pequeño que no contaba para nada rompiera todos los discursos inmovilistas que se vanaglorian de un *statu quo* consistente en una aristocracia intocable y una segunda clase sin posibilidad de progresión, se hacía realidad finalmente. Aquella noche, yo era el centro de Tsartas y la lágrima de Rosicky. Yo era al mismo tiempo el salto con rabia de Dellas y la amargura del Nedved sustituido. Yo era estética rota y fe elevada a la única posibilidad pragmática. Yo era de los que habían ganado pero también era de los que habían perdido.

De cara a la final, no tenía el corazón dividido. Iba, ya siendo absolutamente consciente de lo que representaría desde una perspectiva histórica, con Grecia. Es cierto que ninguno de los dos contendientes había sido nunca campeón, y que cualquier resultado coronaría a un nuevo rey. Pero los helenos eran aún mucho menos que los portugueses. Primero, desde una perspectiva histórica (antes de 2004, Grecia no había ganado nunca ni un solo partido en una fase final de un Mundial o de una Eurocopa; los lusos, en cambio, habían llegado a semifinales en la Copa del Mundo de 1966 y en los campeonatos de Europa de 1984 y de 2000). Y después, la categoría y el valor de mercado de los jugadores de sus respectivas selecciones en aquel

momento no se podían ni comparar. Además, Portugal jugaba en casa. Su victoria se daba por hecha. No tengo ni idea de cómo serían las horas previas al Maracanazo en el Mundial del 50 —por mucho que me lo hayan intentado contar mis amigos del restaurante uruguayo La Rueda—, pero dudo mucho que Brasil saliera a aquel partido siendo más favorito de lo que lo era Portugal el 4 de julio de 2004 en Da Luz. ¡Uruguay se plantó en Río de Janeiro en 1950 habiendo ganado ya un Mundial, ocho Copas América y dos Juegos Olímpicos! ¡Grecia no había hecho absolutamente nada! ¡Nada de nada! Así que yo quería vivir un momento memorable en la historia del fútbol. Un Maracanazo del siglo XXI, europeo, impensable a más no poder. Y siguiendo con la tradición de encuentros casuales o proféticos, dos días antes del partido nos cruzamos por la calle con el autocar de la selección de Rehhagel cuando regresaba de Oporto y se instalaba de nuevo en Lisboa. Recuerdo las horas previas, en la taberna, con un cliente heleno al que no querían —entre bromas— servirle la comida. Recuerdo las típicas suspicacias de siempre, basadas esta vez en el hecho de que Markus Merk, el colegiado designado para la final, había sido el dentista de Otto Rehhagel. Recuerdo cómo los argumentos para el optimismo en cualquier rincón de Lisboa se repetían y nadie los podía rebatir: jugaban ante su gente, eran mejores, tenían a la nueva *pop star* del fútbol mundial (Cristiano), al mejor jugador del año en la Champions que ganó el Oporto (Deco) y a la leyenda que quería poner el broche de oro a su carrera con el título a nivel internacional que le faltaba (Figo). Preocupaba, claro, que el nueve titular, Pauleta, no hubiera marcado en todo el torneo, pero sí lo habían hecho sus teóricos suplentes (Hélder Postiga y Nuno Gomes). Por si fuera poco, Portugal estaba ya vacunada contra el factor sorpresa o un exceso de confianza, habiendo perdido ante el mismo rival en el partido inaugural. Nunca un partido de fútbol había tenido un pronóstico tan claro.

Era la gran noche, el momento culminante de aquel mes en Lisboa, el desenlace de mi primera aventura periodística, y había que estar en Da Luz. Fuimos cuatro compañeros al estadio, pese a que en el *pool* de transmisión solo había tres plazas y tuvimos que llamar a Madrid para que Edu García tomara la decisión sobre quién se quedaba fuera cuando, en la puerta de acceso del estadio, la UEFA nos comunicó que, en efecto, uno sobraba. Fue un momento de tensión. Finalmente, se decidió que utilizáramos las acreditaciones para el pupitre el narrador del partido, Javi Pérez Sala, y los dos comentaristas, Rubén Uría y un servidor. Antonio Fafián entró con un pase de *observer* —el que yo tuve en el Inglaterra-Francia de la primera fase—, que da derecho a sentarse cerca de la zona de banquillos, pero sin posibilidad de participar en la transmisión por línea. Llegamos muy pronto al campo, con un autocar de prensa gratuito que hacía el trayecto entre el IBC y el estadio. Me compré *merchandising* oficial en la tienda instalada en el mismo recinto y me dirigí ya a la posición, elevada y centrada, desde donde sería testigo privilegiado del gran partido. Aquella localidad en la tribuna superior representaba una metáfora: esa era la cima de mi carrera, quizá la cima de mi existencia, el punto más alto que hasta ese momento había alcanzado. Llegar hasta allí, estar en Da Luz el mítico 4 de julio de 2004. Y, sin embargo, tocó sufrir una vez más antes del inicio del partido. El equipo AEQ que habíamos llevado no funcionaba. Por alguna razón, no se conectaba. El técnico se había quedado en el IBC, para no ocupar así una posición en el *pool* de comentaristas —tenía cierta lógica, ya que, en principio, montar una estación RDSI para tres personas no era demasiado complicado y lo podíamos hacer nosotros—. Por fortuna, unos argentinos que estaban a nuestro lado y que iban a transmitir también el partido nos ofrecieron un equipo que les sobraba. La realidad es esta: si no llegamos a encontrarnos con unos vecinos como aquellos, tan previsores, no habríamos



podido locutar desde el campo. Solventado este contratiempo, nos concentramos en el juego. Portugal nunca estuvo cómoda, y recuerdo que, ya en el descanso, Rafa Alkorta —que comentaba desde Bilbao— y yo destacamos el gran partido a nivel defensivo que estaba jugando Grecia. Esta vez no hizo falta ni que entrara Tsartas. El gol de Charisteas, convertido desde ese momento en el Ghiggia de nuestra generación y nuestro continente, llegó pronto, antes de la hora de partido, y luego se trató de resistir. Me acuerdo aún de las miradas de sorpresa y animadversión de toda la tribuna de prensa cuando, al cabecear el punta del Werder Bremen, me levanté por puro instinto y celebré el gol con asombro. Era la emoción de estar presenciando algo tan histórico, ese Maracanazo europeizado que anhelaba, lo que se apoderó de mí. Fui el único periodista no griego que festejó aquel tanto y lo exteriorizó sin rubor. Pero quedaba media hora, y Scolari lo intentó todo. Quitó a Costinha y metió a Rui Costa, jugando los últimos treinta minutos con una doble media punta. A un cuarto para el final, retiró a Pauleta y apostó por Nuno Gomes, esperando que su experiencia en momentos importantes — la Euro 2000, el gol contra España...— le diera el acierto que a su equipo, volcado en el tramo final, le estaba faltando. Pero Miguel se había lesionado en el primer tiempo, por lo que no le quedaban más cambios y no pudo hacer entrar a Postiga. Hubo ocasiones, alguna muy clara, pero esa pelota no quería entrar, y entonces ya me estaba convenciendo de que sí, en algún lugar estaba escrito que Grecia debía ganar aquella Eurocopa. Quedaban pocos minutos, Zagorakis se tiró un autopase y se marchó al córner, y, entusiasmado, grité en medio de la transmisión: «¡Es el MVP de esta Euro!». Qué alegría, unos años después, encontrar una réplica de su camiseta gloriosa de la selección campeona en un tenderete de la isla de Corfú. El árbitro pitó el final y Lisboa entera se fue a llorar a su casa, dejando las calles desiertas, convirtiendo la capital en una ciudad funeral. Los periodistas argentinos que nos habían

dejado el equipo RDSI nos contaron que aquello les hacía felices, porque tenían fama de *bilardistas* y con esa victoria de Grecia se sentían legitimados en sus postulados. Nos montamos en el *shuttle bus* de regreso y Rubén Uría empezó a hablar de la magnitud histórica de lo que habíamos vivido. Llegamos al hotel y, como no podía dormir, salí a la avenida más cercana a pasear. Compré un frankfurt en un puesto de comida ambulante rodeado de hinchas griegas borrachos, eufóricos, incapaces de creer que el fútbol les hubiera regalado tanto. Eran los únicos que bailaban en una fiesta que había quedado suspendida. No les hacía falta música y les importaba poco que hubiera desaparecido la orquesta. Mi última noche en Lisboa fue un perrito caliente en la mano, latas de cerveza abandonadas por las calles y gritos helenos rompiendo un silencio de muerte.

Regresamos la mañana siguiente. Cruzamos Vasco da Gama escuchando «Inevitable» de Shakira, y sus primeros versos se me quedaron grabados para siempre: *Si es cuestión de confesar, no sé preparar café, y no entiendo de fútbol...* Paramos en una gasolinera, ya en España, y leí una columna en un periódico que explicaba lo negativo que era para el fútbol que hubiera ganado Grecia. No lo pude comprender. No entendí, y sigo sin entenderlo, que no se valorara el aspecto *social* de aquella victoria. Qué representaba para el juego comprobar que sí era posible que el que va a un campeonato sin tener ni una sola opción puede acabar ganándolo. Lo que animaría aquello, a partir de entonces, a todos los equipos pequeños y sin recursos a creer en sí mismos, a saber que su fe tiene una base. Cómo seguiría alimentando los sueños de los hinchas que saben que jamás van a ganar nada, pero que siguen siendo fieles a los equipos diminutos que sienten como propios porque en el fondo de su alma están convencidos de que, si una vez se produce el milagro, entonces serán los más felices del mundo y disfrutarán sus victorias con mucha más pasión que aquellos que ganan siempre. Desde Grecia 2004 sé que no hay

desenlace imposible y amo más el fútbol, porque aquel verano me demostró que da oportunidades a todos. Hasta fue capaz de lograr que Cristiano Ronaldo, rostro angelical, inocencia aún casi infantil, joyita que iluminaría el mundo con virguerías inimaginables, llorara sobre el césped de Lisboa mientras Theo Zagorakis, veterano exsuplente del Leicester City, se coronaba como campeón y mejor jugador de toda una Eurocopa.



# CAPÍTULO 5

## MEDVODE

---

**O CÓMO UN HOTEL DE CARRETERA EN UN PUEBLO CERCAÑO AL MONTE EN EL QUE  
ZHOVIC ODIÓ A KATANEC PUEDE CONVERTIRSE EN TU LUGAR EN EL MUNDO**

*A Borut Klancar*

Cuando eres un niño no sabes que la jota en los idiomas eslavos se pronuncia como una i. Al menos, yo no lo sabía. Así que, desde que empezó a aparecer en las clases de Ciencias Sociales en los ejercicios de situar en mapas mudos las capitales de Europa, Ljubljana me hizo gracia. L-JU-BL-JA-NA. *El-ju-bel-ja-na*. Era una de aquellas nuevas ciudades que habían salido de la nada. Aquellas que debía memorizar de cero, porque no estaban en el viejo planisferio que decoraba una pared de la casa de campo en la que pasé tantos fines de semana de mi infancia. Aquel mapa político que todos los domingos, mientras mis padres aún dormían y yo ya había acabado el sueño, me entretenía durante largos ratos, despertando, sin entonces yo aún intuirlo, lo que acabaría convirtiéndose en una pasión desmedida por la Geografía. En ese mapa de colores antiguos, Belgrado era la capital de Yugoslavia, Praga la de Checoslovaquia, Moscú la de la Unión Soviética y Bonn —la hoy olvidada Bonn, ¿por qué nadie habla hoy de Bonn?, ¿acaso es porque no tiene equipo de fútbol en divisiones profesionales?— la de la República Federal Alemana. Recuerdo cada uno de los episodios que modificaron aquel entrañable fetiche de mi niñez y lo convirtieron en una reliquia caduca. Recuerdo el día en el que la profesora de primaria nos contó a primera hora de la mañana que habían derribado el Muro de Berlín, y que aquello era muy importante. Recuerdo largos reportajes de Yeltsin y de Gorbachov que interrumpían programaciones y me dejaban sin ver los dibujos animados de los sábados. Recuerdo un 1 de enero, mientras íbamos a casa de mi abuela a comer, cómo la radio contaba que la República Checa y Eslovaquia se habían separado. Y recuerdo, claro, que en el listado de capitales, varios años más tarde, aparecieron varias que jamás había escuchado. Eran como los cromos nuevos de la colección, como los fichajes de verano que rompían la monotonía de las caras conocidas de siempre. Sonaban extrañísimas, nadie se refería normalmente a ellas, nuestros padres

no las mencionaban en sus batallitas de juventud y tenían, algunas, una fonética curiosa, atractiva, absorbente. Una fonética que me llamó la atención muchos años antes de empezar a interesarme por las lenguas eslavas. De todas ellas, la reina era Ljubljana, por esas jotas tras las eles, por tanta consonante junta, por parecer imposible de pronunciar. Ese fue el primer flechazo. Un flechazo infantil, repleto de desconocimiento, motivado por algo tan arbitrario como un nombre, tan carente de profundidad espiritual como una combinación de letras al azar. Y ese afecto vago permaneció allí, durante muchos años, sin ser explorado ni potenciado. Ljubljana.

Eslovenia se clasificó contra todo pronóstico para la Eurocopa de 2000. Fue un *shock* total. Permanecen en mi memoria imágenes, en breves resúmenes de televisión emitidos en noticiarios por cadenas generalistas, de un gol de Milenko Acimovic en la ida de la eliminatoria de repesca contra Ucrania en Ljubljana, así como de la euforia del pequeño conjunto balcánico unos días después en una Kiev cubierta de nieve tras empatar a uno y asegurarse su primera presencia en una gran cita. Su participación supuso un desafío para los amantes del fútbol internacional. Me compré una revista, en formato de guía previa, y me parece que solo reconocí a Zlatko Zahovic, que había jugado la Champions League anterior con el Olympiacos y había cuajado alguna actuación notable. Aluciné cuando en programas especializados eran capaces de dibujar el esquema táctico y el once ideal que iba a utilizar Eslovenia, ya que en aquel momento conocer semejante conjunto me parecía de una dificultad extrema. Había caído en el grupo de España, junto a Noruega y Yugoslavia —la selección que, en realidad, representaba ya solo a Serbia y Montenegro, pero que mantenía aquella denominación—. Su debut se produjo en Charleroi, precisamente ante sus antiguos compatriotas. El partido se vendió como una especie de David contra Goliath y, en algunos sectores de la prensa, como la batalla entre la

pequeña e inocente región que había sido oprimida contra lo que quedaba del estado centralista que durante tanto tiempo la ninguneó. En aquel momento no me preocupé por consultar los libros de historia, así que no tenía demasiadas nociones que me permitieran distinguir Serbia de Yugoslavia o para saber con exactitud cuánto de federal tenía aquel país que, tras una guerra feroz de la que oímos hablar de refilón en nuestra niñez como si de cuentos de miedo se tratara, se había ya desintegrado prácticamente al completo. En cualquier caso, nos sentamos en el sofá mi padre y yo a apoyar a Eslovenia y celebramos que se plantara en el minuto 60 ganando 3-0 con dos goles de Zahovic y con superioridad numérica tras la expulsión de Sinisa Mihajlovic. Aquello era heroico: sin duda, la gran historia de aquella Eurocopa que estaba empezando. Parecía que la victoria no podía escaparse, pero como tantas otras veces nos fuimos a dormir de mal humor, privados de una nueva alegría en nuestra sempiterna campaña de apoyo al equipo más débil. Yugoslavia sacó en la media hora final el orgullo herido y demostró, por primera vez en el partido, esa superioridad que se le suponía. Consiguió empatar a tres y frustrar de este modo la primera victoria de Eslovenia en una Eurocopa —una primera victoria que aún no ha llegado—. En el partido siguiente, la España de José Antonio Camacho, con Raúl González en su plenitud, derrotó 2-1 al voluntarioso conjunto eslavo, que cerraría su participación con un digno empate a cero ante Noruega. Dos puntos y una única derrota por la mínima: no había estado tan mal. Eslovenia había aparecido por primera vez en el mundillo futbolístico *mainstream* y, de este modo, había vuelto a mi vida después de haber sido olvidada desde los tiempos de los exámenes de Geografía.

Pero aquel viaje a Holanda y Bélgica no fue fruto de la casualidad: estábamos ante la generación dorada del fútbol esloveno. De nuevo con Zlatko Zahovic —que había tenido un paso no demasiado fructífero por el



Valencia justo después de la Eurocopa— como figura principal y guiados una vez más desde el banquillo por Srečko Katanec —legendario entrenador que en su época de futbolista llegó a jugar la final de la Copa de Europa del 92 con la Sampdoria contra el Barcelona—, Eslovenia también se ganó el derecho a participar en el Mundial 2002. Eran tiempos gloriosos: el equipo acabó invicto la fase de clasificación, pese a competir ante potencias como Rusia y Yugoslavia, y volvió a terminar en segunda posición. En la repesca derrotó a Rumanía repitiendo exactamente los mismos resultados que dos años antes contra Ucrania (2-1 remontando en casa y 1-1 fuera). El héroe fue esta vez Mladen Rudonja, un delantero famoso en el país —y objeto de muchos comentarios jocosos— porque en sus 65 partidos como internacional solo anotó ese gol en el duelo clave de Bucarest. En su primer Mundial, Eslovenia quedó emparejada de nuevo con España y la derrota por 3-1 tuvo consecuencias catastróficas. Una disputa en el vestuario entre Katanec y Zahovic acabó con la estrella de la selección expulsada de la concentración en pleno torneo y con el entrenador dimitiendo tras regresar a casa con tres derrotas. Aquella discusión destrozó a la selección nacional eslovena: puso fin a su época más brillante y la hundió en las profundidades en las fases de clasificación. Aunque inmediatamente después de aquello, el equipo alcanzó una tercera repesca consecutiva, la derrota ante Croacia en Ljubljana — cuando ya se daba por hecho, tras empatar 1-1 en Zagreb, que Eslovenia estaría en Portugal 2004— supuso el mazazo definitivo. El declive era una realidad.

Era agosto de 2005 cuando Marc, Pinto y yo decidimos hacer un InterRail sin ninguna preparación previa. Los dos años anteriores ya habíamos pasado nuestras vacaciones recorriendo Europa en tren, pero habíamos viajado en un grupo más amplio y reservando con antelación todos los albergues — programando, en definitiva, la agenda de la aventura—. Los chicos más

responsables de nuestra pandilla no se animaron esta vez a acompañarnos y quedamos solo nosotros tres. Nos unía una característica común: la tendencia a la improvisación. Salimos una tarde, llegamos a Cerbère —la primera estación de Francia siguiendo la línea de la costa catalana— y decidimos coger el nocturno hacia Ventimiglia —el pueblo fronterizo entre Francia e Italia, un poco más al Este de Montecarlo—. Lo hicimos para variar, ya que el primer año habíamos cogido el de París y el segundo, el de Estrasburgo. El de Ventimiglia era el que nos faltaba. En Ventimiglia consultamos los horarios de salidas de trenes y la primera ciudad atractiva que apareció fue Génova. Viajamos hacia allí en un regional a media mañana, sin haber reservado un lugar donde dormir por la noche. Descubrimos que en el centro de la ciudad la gente era mayoritariamente del Genoa, y cuando les decíamos que veníamos de Barcelona lo celebraban con vítores y aleluyas: le *habíamos* ganado la final del 92 a la Sampdoria. *Gracias a nosotros* la Sampdoria no tenía una Copa de Europa. De hecho, media Génova se hizo del Barça en el 92, por lo que pudimos descubrir. Su realidad de aquel momento, sin embargo, no era tan feliz: estábamos en el verano en el que, justo cuando el Genoa iba a volver a Serie A, se descubrió un amaño en el último partido ante el Venezia, con lo que el club fue descendido a la tercera categoría. En las callejuelas estrechas, tremendamente mediterráneas, se leían pintadas contra la directiva de Enrico Preziosi, al mismo tiempo que los grafitis de los muros elevaban a los altares a Diego Milito, la gran figura del ascenso que se frustró en los despachos y en los engaños. Hablamos con mucha gente y casi todos parecían ser hinchas del Genoa. Los de la Samp, si debíamos guiarnos por las banderas colgadas en los balcones, eran mayoría en las cercanías de la estación de Sampierdarena, y no en la de Piazza Principe en la que habíamos bajado nosotros. Recorrimos durante algunas horas Génova a pie, desde el mar hasta la torre, tomando cafés en plazas hechizantes, saboreando el aroma

de ciudad portuaria que se respiraba a cada paso, incluso en la parte alta, desde donde adivinamos la mítica silueta de Marassi a lo lejos. Y en un internet-café, aprovechando una conexión de veinte minutos, nos metimos en la legendaria página [www.vlak.cz](http://www.vlak.cz), una web checa que habíamos descubierto el año del primer InterRail y que ofrecía todas las conexiones ferroviarias del mundo. Había unas cuantas opciones, pero teníamos claro que queríamos ir hacia el Este. Ljubljana estaba a tiro de piedra. Un transbordo en Venecia y nada más. Buscamos en Google Imágenes cuatro fotos de la capital de Eslovenia. Nos convenció. Apuntamos el horario del tren nocturno a Venecia y reservamos, de prisa y corriendo porque se agotaba el tiempo, una pensión en Ljubljana. En aquel preciso instante, sin saberlo yo, como si de un *alea jacta est* se tratara, se originó mi romance de madurez con Eslovenia.

Despertamos en Venecia Santa Lucía. Teníamos una hora. Solo una hora hasta que saliera el Venecia-Budapest, el tren que conectaba Italia con Hungría pasando por Eslovenia y Croacia. Tomamos un café y nos lavamos la cara en los aseos. Vimos algún puente sobre algún canal. La literaria Venecia fue para mí, durante mucho tiempo, antes de leer a Thomas Mann y sentir fascinación por el Leonardo de Terenci Moix, una simple estación de enlace para viajar a Ljubljana. Recuerdo bien aquel viaje en un bonito convoy italiano con confortables asientos de color azul, muy limpio todo, escuchando en los auriculares ese gran tema de Sopa de Cabra llamado «Només és amor»: creo que se sentaron con nosotros, en el mismo compartimento, un chico italiano y su novia búlgara. Cruzamos la frontera por Villa Opicina y a los pocos minutos ya estábamos llegando a Sezana, el primer pueblo de la antigua Yugoslavia que contemplaba en mi vida. Según nos adentrábamos en el país, la vegetación ganaba terreno a las construcciones humanas. El color verde estaba en todas partes, a lado y lado de la vía, acompañando de forma fiel el recorrido serpenteante que dibujaba el tren, venciendo obstáculos

montañosos hasta descender a la llanura de Ljubljana. Llegamos con cierto retraso —luego, con el paso del tiempo, descubrí que el Venecia-Budapest casi siempre acumulaba retraso, a menudo de hasta dos horas—. Nos recibió una estación de tren que parecía situada en medio de la nada. Hacia un lado solo se veían montañas. Hacia el otro empezaba la ciudad. En el paso subterráneo habilitado para cruzar las vías y acceder a los andenes había varios bares decadentes y una sala para conectarse a internet. Entramos a consultar la dirección exacta de la pensión que habíamos reservado, porque con las prisas no la habíamos anotado. Entonces descubrimos que estaba a las afueras de Ljubljana. A doce kilómetros de la ciudad. En un pueblo distinto llamado Medvode. Aquello resultaba ser un inconveniente terrible. ¿Cómo iríamos hasta allí, cargados con las mochilas? ¿Cómo se suponía que nos moveríamos de un lado a otro? ¿Qué haríamos para poder salir de noche a tomar una copa por Ljubljana? Montamos una pequeña reunión para decidir si lo anulábamos y llamábamos a otro hotel más céntrico. Lo consideramos, claro. Pero como éramos unos chicos muy divertidos, como este tipo de complicaciones logísticas nos provocaban más gracia que molestia, como pensábamos que todo aparente engorro en realidad convertía el viaje en algo más entrañable, acabamos quedándonos con la reserva de la pensión Pri Ancki. Así que nos dispusimos a seguir las instrucciones que venían marcadas en la hoja de confirmación. Primero, cambiamos euros por tólar, la moneda eslovena que aún seguía vigente en 2005. Después, cambiamos los tólar por una moneda específica del servicio de autobuses urbanos de la ciudad. Luego, levantando la mirada a menudo para fijarnos en los edificios viejos de la calle de la estación —los primeros edificios *exyugoslavos* de nuestras vidas— nos dirigimos a la parada de autobuses situada en Slovencka Cesta. Y allí esperamos el autobús número 14, el que iba a Medvode. Nos montamos en él y fuimos alejándonos poco a poco del centro y acercándonos

cada vez más a las montañas que se veían desde la estación. La vía del tren, de hecho, avanzaba a nuestra derecha en paralelo, hasta que se acabó cruzando por debajo cuando la carretera se elevó. Debíamos estar atentos a una gasolinera; era la señal que nos indicaría en qué momento bajar. Cada vez quedaba menos gente en el autobús número 14, pero nosotros no vimos ninguna gasolinera. El vehículo se adentró en el pueblo de Medvode y en ese momento supimos que nos habíamos pasado, porque teóricamente la pensión estaba un poco antes de la entrada al núcleo urbano. En efecto, el autobús se detuvo delante de un modesto campo de fútbol. Un campo de fútbol que me recordó al del Matadepera, si no fuera porque el terreno de juego era de césped natural, muy bien cuidado, en la línea del color verde omnipresente en todo el entorno paisajístico. El conductor nos indicó que aquella era la última parada y que debíamos bajar. Intentamos hacerle comprender que buscábamos la pensión Pri Ancki, pero el hombre —un tipo calvo que a Pinto le pareció muy gracioso— no hablaba una sola palabra de inglés. Creo que fue el primer momento de mi vida en el que sentí la frustración de la comunicación imposible. Jamás me había ocurrido que alguien no me pudiera entender de ningún modo, ni yo a él. Entonces llamamos por teléfono a la pensión y un hombre nos dijo que camináramos en la dirección contraria, rehaciendo el camino que había hecho el autobús. Y eso hicimos. Nos pusimos a caminar por el arcén de una carretera eslovena, saliendo de Medvode en dirección a Ljubljana. Estábamos rodeados de montes y prados, y hasta de un riachuelo que se escuchaba cercano. Pasaban coches a nuestro lado, las mochilas pesaban una barbaridad y no se observaba a ningún lado ninguna construcción que pudiera ser una pensión. Llevábamos quizá ya quince minutos cuando, de repente, apareció él.

Un coche cuatro por cuatro negro paró a nuestro lado. De él bajó un hombre de unos cuarenta años, gafas de sol, bermudas, chanclas, aureola de

superhéroe. «*We are looking for Pri Ancki...*», le espeté, creyendo que se trataba de un amable conductor que nos había visto sufrir con las maletas y que tenía la intención de acercarnos a algún lugar. «*I know. I am from Pri Ancki. My name is Borut.*» Nos montamos en el coche y al cabo de dos minutos tomó un pequeño desvío hacia la derecha. Allí estaba el Pri Ancki. Una casita que parecía la típica construcción de un pueblo de montaña en el Pirineo, pero cuya terraza, que hacía las veces de restaurante o cafetería, estaba decorada con motivos tropicales: una moqueta verde, abanicos de colores llamativos, dibujos de playas, un tucán de plástico y fotos de Borut y su mujer en bañador en Hawái, Tailandia y lugares por el estilo. Borut descargó nuestras maletas y nos pidió que esperáramos sentados en una de aquellas mesas. Se metió en el interior de la casa y nos sacó una bebida de bienvenida de un color rojo. Se sentó con nosotros en la terraza. Parecía no haber nadie más en el local. Desde allí se observaban montañas altísimas, iban pasando coches por la carretera, el tren hacía un ruido espantoso cada vez que circulaba justo por detrás de la casa y el cielo empezaba a oscurecerse con nubes grises situadas encima de los pequeños montes cercanos. Borut hablaba de Eslovenia. De *our country*. Constantemente. De la guerra que duró una semana. De la primera de las independencias de la zona de los Balcanes. De la prosperidad económica que siempre había tenido Eslovenia dentro de Yugoslavia. Se levantaba, señalaba hacia el noroeste, y nos decía que allí estaba el Triglav, el monte de los tres picos que podía observarse en el escudo del país. Nos contó qué debíamos ver en Ljubljana, qué locales nocturnos estaban de moda, a qué compañía de taxis era adecuado llamar y a qué hora pasaban los autobuses. Nos sirvió los mejores espaguetis que he comido jamás, y luego un celestial *banana split* de postre. Pero la magia no estaba en lo que decía o en lo que hacía. La magia estaba en la situación. Fue cruzar aquella puerta y entrar en un remanso de paz que no he

encontrado en ningún otro sitio. Y ya ni hablemos de cuando se puso a llover. Uno se tumbaba en las comodísimas camas del Pri Ancki, en una habitación decorada como un refugio de montaña, escuchaba llover, observaba el agua entrar en contacto con el verde de la hierba por la ventana, y se sentía en un paréntesis espacial y temporal. En una dimensión paralela que no tenía contacto con la realidad agresiva y frenética de la vida cotidiana. Desde el primer día supe que cuando me cansara de todo, cuando mandara a freír espárragos el fútbol, el periodismo, los conflictos emocionales, mis miedos y mi vida, me retiraría allí. Lo supe incluso antes de pasear de noche por el centro de Ljubljana, antes de quedar encantado con los bares a ambos lados del río y sus terracitas en la orilla. Antes de subir a Global, la discoteca de moda, situada en la última planta de un rascacielos, y ver el castillo iluminado bajo la lluvia con un reloj digital en el edificio de enfrente marcando que eran las cuatro de la madrugada y treinta y siete minutos en aquel lugar olvidado, ignorado, afortunadamente recóndito de Europa; una de las estampas más poéticas que recuerdo. Cuando salimos de allí ya amanecía. Éramos incapaces de recordar el nombre del pueblo para indicárselo al taxista. «Mevodve», dije varias veces, hasta que él acabó cayendo en la cuenta de que me refería a Medvode. Me costó más de un día aprendérmelo, pero se me quedó grabado para el resto de mi vida. Me desperté a las doce menos un minuto la mañana siguiente, la hora del *check-out*, y le dije a Borut que nos quedábamos un día más. Como mínimo. No queríamos marcharnos nunca de allí.

Medvode se convirtió, desde aquel verano, en un lugar de culto para nosotros. Marc se puso el logo del Pri Ancki en su avatar de Messenger, yo guardé el nombre de Pinto en el móvil como *Noi de Medvode* y entre nosotros tres nos empezamos a llamar el Medvode Team. Planeamos los siguientes veranos para pasar al menos dos días en el Pri Ancki. Invitamos a

nuevos amigos a conocer el lugar. Ideamos rutas que, indefectiblemente, debían parar en Ljubljana. Acabamos haciendo un máster de aquella zona de Europa: Piran, Koper, Rijeka, Split, Zagreb, Sarajevo, el lago Balaton, Siofok, Belgrado y Skopje fueron nuestros destinos turísticos de veraneo los años siguientes. Siempre parábamos en Medvode, saludábamos a Borut, le traíamos algún regalo, nos hacíamos fotos con él, salíamos de fiesta por Global y continuábamos el viaje hacia el Este. Medvode fue el símbolo de nuestra juventud, el lugar definitorio de una época. Trenes, mapas, ciudades, un continente por descubrir y mil aventuras por vivir. Discotecas del Este, atardeceres en Wroclaw —que se vendía como la cuarta ciudad de Europa con más puentes y canales tras Ámsterdam, San Petersburgo y Venecia—, la emoción del Sava y el Danubio juntándose en Kalemegdan. Un tour improvisado por los estadios de Belgrado por gentileza de un taxista que casualmente tenía contactos en el Partizan y nos permitió hasta pisar el césped del campo. Una mañana en el Maksimir, el templo del fútbol croata, y un entrenamiento del Dinamo de Zagreb en el campo anexo, con nosotros como únicos espectadores, y con Luka Modric y Eduardo Da Silva entre los miembros del equipo. Un chándal del FK Sarajevo comprado en la Plaza de la Ciudad Vieja, a escasos metros de un albergue en el que un estudiante bosnio de origen sirio escuchaba los partidos del Zeljeznicar en un viejo transistor mientras controlaba las entradas y salidas del local. Y tantas otras cosas.

Aquella época terminó en 2008, cuando estando yo en Viena por la Eurocopa de fútbol, recibí la noticia de la muerte de Vicens, uno de nuestros amigos que nos había acompañado al Pri Ancki los dos últimos veranos —y con el que había jugado al fútbol en el Sabadell, cuando nos entrenaba Rafa—. Vice era un atacante extraordinario, probablemente el mejor con el que jugué. Un talento que decidía partidos, que conseguía que compitiéramos



ante rivales muy superiores a nosotros. Pero el fútbol le gustaba como divertimento y nunca hizo los sacrificios necesarios para llegar a la élite. Un cáncer se lo llevó a los veinticuatro años, pocas semanas antes de las vacaciones de verano. Obviamente, nadie propuso ningún viaje aquel mes de agosto. Yo tenía una semana libre y me marché solo a Medvode. Me llevé el ordenador con el único objetivo de dedicarme a escribir. Hice excursiones al lago Bled —donde veraneaba Tito—, a Maribor, a Kranj —a la casa del escritor nacional, el poeta France Preseren—, pero, por encima de todo, pasé mucho tiempo en la terraza del Pri Ancki. Mucho tiempo con Borut. Fue en un atardecer característico, con cierta neblina que ayudaba al cielo a oscurecerse, cuando le conté a Borut que yo era periodista deportivo, algo que no le había comentado en ninguna de mis visitas anteriores. Entonces, solo entonces, en mi cuarto año en Medvode, Borut me explicó que en su juventud había jugado en el Triglav de Kranj, en la segunda división eslovena, y que había viajado con su mujer a animar a la selección nacional en la Eurocopa de 2000, e incluso en el Mundial de 2002 en Corea. Me contó cómo varias familias eslovenas, incluso aquellas que no tenían un especial interés por el fútbol, organizaron sus vacaciones para asistir al primer campeonato del mundo en el que participaba su país. Me contó también que él estuvo en el estadio de Bežigrad, en Ljubljana, en la famosa repesca de 2004 ante Croacia, cuando Dado Prso acabó con los sueños de una tercera gran cita consecutiva. Yo no podía creérmelo. Habíamos mitificado el Pri Ancki incluso sin saber que Borut había seguido tan de cerca los éxitos del fútbol esloveno, pensando que había sido ajeno a todo ello. De repente me entró una nostalgia de lo no vivido. Aprendí a amar Eslovenia, la patria tranquila y pacífica de la gente amable, la tierra de aquellos que se sienten orgullosos de ser de donde son sin creerse más que los demás, el país que se sabe tan pequeño que le sonrío siempre al visitante. Y sin embargo aprendí a

amarla tarde, años después de su gloria futbolística diminuta, sin posibilidad de repetir semejantes éxitos —pensábamos— cuando estaba preparado para celebrarlos. «Aquello no volverá a ocurrir», me dijo Borut, mientras me sacaba otra cerveza Lasko. «Nunca más.» Dos millones de habitantes, más pasión por los deportes de invierno que por el fútbol, un futuro sin esperanza.

Aquella visita en solitario a Ljubljana me permitió acercarme de verdad al fútbol esloveno. Antes de partir, algo asustado ante la perspectiva de viajar solo y tener demasiado tiempo libre, mandé unos cuantos correos a clubes de fútbol de la zona para visitar sus instalaciones y hablar con sus dirigentes. Me interesaba el Domzale, un equipo de un pequeño pueblo de 10.000 habitantes cerca de la capital que llevaba dos temporadas consecutivas ganando la liga. Y, por supuesto, quería conocer de cerca lo que estaba ocurriendo en Ljubljana. El histórico Olimpija, el gran club de la república en los tiempos de la liga yugoslava, se había refundado tras declararse en bancarrota, y algunos de los jugadores emblemáticos de la época dorada de la selección habían fichado por el equipo, que empezaba desde la cuarta o quinta categoría, para intentar devolverlo a la élite. Era una historia curiosa, pese a que Borut la despreció con un «*they are old pappas*»: los grandes mitos del balompié de la nación, que tenían entre treinta y cuarenta años, jugando en divisiones menores ante futbolistas *amateurs* del ya de por sí modestísimo fútbol esloveno. Sin embargo, con quien acabé contactando de verdad y concertando una cita fue con Jure, un chico que estaba trabajando en el departamento de comunicación del Interblock. Aprovechando que el Olimpija atravesaba horas bajas y que Ljubljana no tenía un equipo importante, el multimillonario Joze Pececnik, un empresario que fabricaba ruletas de casino y las vendía incluso en Las Vegas, compró un antiguo club de la ciudad, el Factor, y lo renombró utilizando la misma marca que la de su compañía. Fue ascendiendo categorías, llegó a primera —se convirtió en el único

representante de la capital en la máxima división— e incluso alcanzó competiciones europeas. Su idea era rivalizar con el Dinamo de Zagreb para convertirse en el principal club de la antigua Yugoslavia y llegar a jugar la Champions League. A Jure le había llamado la atención mi correo y me contestó en español: había estudiado en Barcelona y lo hablaba perfectamente. Quedamos en el punto de encuentro clásico de Ljubljana: la estatua de Prešeren en la plaza de los tres puentes, y fuimos a tomar un café en una de las preciosas terrazas que abundan a ambas orillas del Ljubljanica. Me contó en profundidad el proyecto del Interblock, aunque reconoció que él era hincha de siempre del Olimpija, y que al nuevo club le estaba costando mucho fidelizar a una afición inexistente que, pese a haber dejado de asistir a los partidos de su equipo de toda la vida, tampoco estaba dispuesta a cambiar de chaqueta tan fácilmente. La liga eslovena era minoritaria incluso en Eslovenia: la gente veía más por televisión los campeonatos extranjeros que el suyo propio. Hablamos de la selección nacional. Jure me contó cómo los éxitos de 2000 y de 2002 le pillaron en plena juventud. Recordaba la noche de la clasificación para la Eurocopa con exactitud: el ir a celebrarla a una discoteca y observar cómo, de repente, a altas horas de la madrugada, se unían los propios jugadores que acababan de regresar de Ucrania. En su relato sentí cierta envidia. Para aquella gente, la selección no era solo la representación nacional: era también algo muy cercano, próximo, casi familiar. Los hinchas y los jugadores prácticamente se conocían todos. En un país tan pequeño, las figuras que lograban los éxitos no parecían inalcanzables: coincidían con aquellos que los veneraban en el mismo local nocturno —porque todo el mundo iría a ese, claro— y celebraban los triunfos juntos. De nuevo me arrepentí de no haber amado Eslovenia diez años antes y le pregunté si creía que aquello se repetiría alguna vez. Me dijo que tenía

esperanzas de cara a la siguiente fase de clasificación, la del Mundial 2010. Y nos prometimos seguirla juntos desde la distancia.

Y contra todo pronóstico, Eslovenia lo volvió a hacer. Esta vez sin un mago del balón como Zahovic ni un estratega reputado como Katanec. Con un equipo normalito, que no llamaría jamás la atención del público neutral, que no despertaría interés en nadie que no estuviera sentimentalmente conectado con el país. Recuerdo mensajes de texto con Jure, siguiendo los partidos ante Eslovaquia, Polonia, República Checa... Los checos eran los grandes favoritos, pero su descalabro fue legendario y pronto se quedaron sin opciones reales de clasificación. Que lo de Eslovenia iba en serio se confirmó con la victoria en Bratislava por 0-2, que la dejó muy cerca de la primera posición a falta de solo una jornada para el final. Ganando a San Marino, y si se producía un tropiezo —un empate o una derrota— de los eslovacos en Polonia, el billete a Sudáfrica sería un hecho. El triunfo propio se produjo, como era de esperar, pero el líder de grupo no falló y venció a un rival ya sin opciones que, sospechosamente, programó el partido en Chorzow, cerca de la frontera con su oponente de aquella noche, favoreciendo la amplia presencia de seguidores enemigos. Aquel partido, que acabó 0-1, se resolvió con un ridículo autogol de Gancarczyk a los tres minutos. Mi indignación revisándolo por internet fue descomunal. Pensé que todo estaba injustamente perdido, y más aún cuando el sorteo del *play-off* deparó un enfrentamiento contra Rusia, el rival más fuerte de todos los posibles. Me volqué con aquel doble duelo, pese a afrontarlo con un pesimismo extremo. Llamé a Jure para hacer una previa en Radio Marca y fue él quien me animó a mí. Un once formado por Handanovic; Brecko, Cesar, Suler, Jokic; Kirm, Radosavljevic, Koren, Birsa; Dedic y Novakovic no parecía capaz ni de toserle a la Rusia de Arshavin, Pavlyuchenko, Zhirkov, Zyryanov y compañía, uno de los equipos que había maravillado el verano anterior en la Eurocopa de Austria y Suiza.

Comenté ambos partidos en Gol Televisión y, cuando Rusia se puso 2-0 a favor en Luzhnikhi, afirmé con consternación que la eliminatoria estaba decidida. Entonces apareció Nejc Pecnik, un jugador del que João Vaz me había hablado maravillas porque jugaba en el Nacional de Madeira, y anotó un 2-1 que lo dejaba todo abierto. Me vinieron ganas de viajar a Maribor para la vuelta —Eslovenia estaba jugando allí como local, ya que Bezigrad, en Ljubljana, hacía tiempo que estaba abandonado y no había en toda la capital un solo campo en condiciones—. Era imposible, así que me conformé de nuevo con verlo —y analizarlo— por televisión. Las opciones habían crecido, aunque Rusia seguía siendo favoritísima. Así que, cuando Zlatko Dedic —el no muy virtuoso Zlatko Dedic, el mismo Zlatko Dedic que tenía unos números terribles con el Bochum— anotó antes del descanso el 1-0, no lo celebré con excesiva euforia. Pensaba que Rusia remontaría, que no podía quedarse sin marcar. Pero lo hizo. Con el pitido final, estallé de júbilo. El milagro de 2002 se repetía. Ocho años después, el diminuto país de mi lugar espiritual en el mundo lograba repetir presencia en un Mundial. Desafiando cualquier lógica posible. Consiguiendo una hazaña sobre la que se escribió demasiado poco, injustamente infravalorada por el mundo y por un periodismo internacional que no era consciente de los escasísimos recursos —de población, de infraestructuras futbolísticas, de número de fichas de jugadores federados— con los que contaba Eslovenia. Con dos millones de habitantes se convertía, de lejos, en el país menos poblado con representación en el Mundial de Sudáfrica.

El equipo de 2010 era sensiblemente inferior y, sin embargo, consiguió mejores resultados que el de 2002. Lo dirigía Matjaz Kek, un técnico que había ganado dos ligas nacionales con el Maribor, el club de su ciudad, y que se sentía muy cómodo jugando como local en el Ljudski Vrt, donde la selección ganó cinco partidos y empató uno en la fase de clasificación. Con él

en el banquillo llegó la victoria —la primera de la historia en un Mundial— en el debut contra Argelia por 1-0 en Polokwane. En el segundo partido ante Estados Unidos, el equipo se fue al descanso ganando 2-0 tras los tantos de Birsa y Ljubjankic, un resultado que lo clasificaba matemáticamente para octavos de final. Pero los americanos empataron a dos, de modo que todo quedó en el aire hasta la última jornada, en la que Eslovenia se enfrentaba a Inglaterra. Pese a perder 1-0, el 0-0 entre Estados Unidos y Argelia le daba la segunda posición del grupo, pero un gol norteamericano en el minuto 92 cambió el desenlace. Aunque siempre pensé que acabaría sucediendo —me jugué incluso invitar a un viaje a Eslovenia a mis compañeros de la radio durante la transmisión del partido si el equipo de Kek se acababa metiendo—, la proximidad con el final del partido me había hecho albergar esperanzas. Pese a haber ganado un partido, empatado otro y perdido solo ante una potencia; pese a presentar un balance de tres goles a favor y tres en contra, Eslovenia se marchaba para casa. Qué cerca estuvo.

Aquel verano, mientras me regodeaba en el placer de conectarme a internet tomando un café de Starbucks contemplando el impresionante paisaje de la gran cristalera que es el modernísimo aeropuerto de Hong Kong —aviones aterrizando y despegando entre acantilados pronunciados; mar, montaña, aeronáutica y rascacielos futuristas en el mismo *landscape*—, recibí un *mail* de Borut. No tenía noticias suyas desde esa última visita en 2008, desde que me dejó, con su cuatro por cuatro, en el aeropuerto de Brnik desde el que regresaría a casa. Me felicitaba por el triunfo de España en el Mundial y me contaba que había estado con toda la familia en Sudáfrica viendo el campeonato, presenciando en directo dos de los tres partidos de Eslovenia, y que maldecía ese gol de unos americanos que, en su opinión, sin duda habían comprado el partido ante unos argelinos que se habían vendido. Fue un *mail* maravilloso.

Algún tiempo después, en una terraza del barrio de Gràcia de Barcelona, Jure me presentó a Klemens, el amigo con el que había creado Fieldoo, una red social global para que los futbolistas se promocionaran y lograran sacar el máximo partido de todo su potencial. Hablamos de tantas cosas. De los asuntos de siempre: la guerra, la independencia, las relaciones entre los distintos pueblos exyugoslavos, las diferencias entre sus lenguas, las pronunciaciones de las distintas grafías, el fútbol de Eslovenia... Ambos estaban convencidos de que si Estados Unidos no llega a marcar en el descuento, Eslovenia habría sido semifinalista de aquel Mundial. ¿¿Semifinalista!?!? Lo razonaban del siguiente modo: «Nos habría tocado Ghana en octavos y Uruguay en cuartos. No digo que nosotros fuéramos mejores... Pero opciones habríamos tenido. En ambos partidos». El gran *y si* de la historia del fútbol esloveno.

Le prometí a Jure que volvería a Ljubljana. Quise hacerlo coincidiendo con el Eslovenia-Serbia de la última jornada de la fase de clasificación para la Eurocopa 2012, pero el equipo de Kek se quedó sin opciones matemáticas y ya no valía la pena. Intenté también escaparme para el Europeo sub-17 que se celebró en el país durante el mes de mayo de 2012, pero no pude combinármelo por asuntos de trabajo. Así que pronto se cumplieron cuatro años de mi última visita a Eslovenia: cuatro años sin pisar Medvode. La oportunidad surgió: una bonita eliminatoria de la última ronda previa de la Champions League entre el Maribor y el Dinamo de Zagreb en agosto. Un partido que enfrentaba a los dos mejores equipos de la antigua Yugoslavia del momento. Así que me saqué un vuelo con la compañía eslovena Adria y, haciendo escala en Zúrich, me subí a un avión diminuto, de solo trece filas y escasas cincuenta plazas, en el que, de pie, mi cabeza chocaba contra el techo, rumbo a Brnik. Habían pasado los años pero Brnik seguía siendo un aeropuerto coqueto, de ciudad pequeña, entrañable, con sus dos o tres

terracitas de café instaladas al lado de las puertas de salidas y llegadas, una al lado de la otra. Quién habría adivinado que aquello era el aeropuerto más importante de un país de la Unión Europea. También Ljubljana me recibió sin grandes cambios. Caminé sin necesidad de consultar ningún mapa por sus calles principales. Me acerqué a la misma estación de tren a la que habíamos llegado en 2005, ya siete años atrás. Y parecía todo tan reciente. Ahí seguían, en el pasillo subterráneo, los mismos bares de entonces. Observé los ordenadores del local de conexiones a internet en el que habíamos llevado a votación conservar o no la reserva del Pri Ancki, cuando aún no sabíamos qué era Medvode. Volví al centro, me senté en la estatua de Preseren y busqué el busto de Julija, su amor platónico, en la calle de enfrente, justo trazando una línea imaginaria desde su mirada. Me reuní con Jure, me llevó a las oficinas de Fieldoo, y emprendimos en coche el viaje hacia Maribor. En la carretera, Europa se hacía presente. Los rótulos anunciaban, no muy lejos, ciudades de distintos países: Viena, Múnich, Zagreb, Belgrado. Klemens me confirmó que, viviendo en Ljubljana, uno tiene a tiro de piedra infinidad de opciones. «A veces me llama un amigo a la hora de comer y salgo pronto del trabajo para ir por la tarde a esquiar a Austria.» «Tengo otro amigo viviendo en Belgrado y una vez al mes voy a visitarlo. ¡Qué locura la noche de Belgrado! Luego tardo una semana entera para recuperarme...» Comimos en Celje. Éramos cuatro, ya que nos acompañaba también Andraz, el informático de Fieldoo. Hablamos de lo bien que se vive en Eslovenia. «Con veinte años, igual no. Con veinte años, igual prefieres el fervor y la agitación de Barcelona. Pero cuando te haces mayor, cuando ya no sales tres o cuatro veces por semana y piensas en formar una familia... Uaah, Eslovenia es un lugar perfecto para que crezcan tus hijos.» Nunca había pensado en ello, pero supe exactamente a qué se referían. «La gente no lo sabe», les dije, «Eslovenia es la joya oculta de Europa. La gente cuando oye Eslovenia



piensa en un lugar oscuro de Europa del Este». «Sí, sí, es alucinante. ¡Eslovenia suena a Europa del Este y la mayor parte de su territorio está al Oeste de Viena!»

Retomamos el trayecto en coche y nos pusimos a hablar de Zahovic y de Katanec. Zahovic es ahora el director deportivo del Maribor y está teniendo un éxito tremendo en la gestión del club. Pero su fama de bebedor, de juerguista, es conocida por el país entero. «Cuentan que, cuando Zahovic jugaba, la noche antes de un importante partido ante Yugoslavia, llamó a varios compañeros a su habitación. Les obligó a jugar al póquer con él. En la habitación había de todo: alcohol, tabaco... El equipo tenía charla técnica y desayuno a las nueve de la mañana, y a las cinco seguían jugando. Zahovic se presentó a la reunión con gafas de sol y un inequívoco olor a alcohol. Dijo que marcaría un gol. Y, sí, esa tarde marcó un golazo y empatamos a uno contra Yugoslavia.» ¿Y qué pasó entre Zahovic y Katanec? «Uff, dos tremendos caracteres. Dos personalidades muy fuertes. Para empezar, Zahovic era de Maribor y Katanec de Ljubljana. Hay bastante rivalidad entre la gente de Maribor y la de Ljubljana. Maribor siempre fue una ciudad industrial, trabajadora, y a su gente no le gusta el aire de capital europea, de atracción del turismo internacional que tiene Ljubljana.» «¿Sabes dónde está Smarna Gora? ¡Smarna Gora está cerca de Medvode! ¡Seguro que has visto Smarna Gora desde Medvode!» ¿Qué pasó en Smarna Gora? «Smarna Gora es un monte que hay en Ljubljana. A Katanec le encanta Smarna Gora. Siempre ha vivido allí. De hecho, si vas a Smarna Gora seguro que encuentras a Katanec. Cuando era seleccionador, hacía subir a todo el equipo a Smarna Gora, corriendo. Hay una iglesia en la cima de Smarna Gora, y los jugadores tenían que subir desde el pie hasta la cima. Zahovic odiaba subir a Smarna Gora. Él se sentía un jugador especial y Katanec lo trataba como uno más. Entonces, cuando se enfrentaron en el Mundial 2002 tras perder el

primer partido contra España y Katanec lo echó, Zahovic le dijo: «Con el dinero que tengo, puedo comprarte a ti, a tu familia y a toda Smarna Gora».

Zahovic perdió esa noche de finales de agosto de 2012 la oportunidad de probarse como director deportivo de un equipo de Champions League. El Maribor cayó 0-1 ante el Dinamo y quedó eliminado. Comprobé, en la reacción de un periodista local al enterarse de que Jure era de Ljubljana, que allí no cae del todo bien la gente de la capital. Volvimos en coche y el día siguiente fue aún mejor que el anterior. Me presentaron a Sanel, el director general del Olimpija, que me mostró por dentro el nuevo y moderno estadio de Stožice. Me contó las dificultades que tiene el club para atraer a su antigua hinchada pese a haber regresado a la máxima categoría después de su refundación. En Ljubljana, el fútbol tiene que competir con otros deportes: el baloncesto, el hockey sobre hielo... Maribor en cambio es una ciudad plenamente futbolera y toda la afición al deporte se concentra en el equipo. A pocos metros de Stožice sigue en pie, aunque devorado por las malas hierbas y la vegetación, el histórico campo de Bežigrad, donde Eslovenia se clasificó para la Eurocopa de 2000 y el Mundial de 2002. Hacía allí fuimos, para observarlo desde fuera por las rendijas de las vallas oxidadas y los muros medio derruidos. Pevecnik, el propietario del Interblock, invirtió veinticinco millones de euros en su reconstrucción, pero los permisos municipales le fueron denegados. Cansado, abandonó su proyecto mastodónico de convertir a su club en un gigante balcánico, se marchó a vivir al extranjero y el estadio, en su día diseñado por el magnífico arquitecto Jože Plečnik —el mismo que construyó la plaza de los tres puentes y casi todos los grandes edificios del centro de Ljubljana, además de remodelar el castillo de Praga y otras grandes obras de la capital checa—, permanece abandonado en el barrio que le dio el nombre, convertido en un vestigio, esta vez sí, de una Europa del Este decadente, oscura, caduca. De noche, quedamos con varios amigos de Jure

para ver el Real Madrid-Barcelona de la Supercopa de España. El resultado del partido les interesaba mucho más que a mí: algunos de ellos son seguidores acérrimos, apasionados, de uno de los dos equipos y viven la rivalidad con más intensidad que la que les provoca la que enfrenta al Olimpija y al Maribor. Cuando terminó el encuentro, me mostraron vídeos de YouTube de antiguos jugadores a los que idolatrarón en su adolescencia. De goles históricos de la selección yugoslava, que al fin y al cabo fue a la que amaron en su niñez. Es un sentimiento que me encuentro muy a menudo en Eslovenia: orgullosos de ser ellos mismos, pero también nostálgicos de un pasado común, íntimamente ligados a sus hermanos balcánicos, refiriéndose constantemente a aquella zona del mundo, la antigua Yugoslavia, ya inexistente o ambigua, como «la región». Lo que es mucho más difícil en Zagreb, en Belgrado o en Sarajevo se encuentra en Ljubljana: el que no ha sufrido la guerra no tiene heridas abiertas, ni siquiera cicatrices, y no conoce enemigos. La sesión se cerró con los dos goles de Dragan Stojkovic en el Yugoslavia-España de Italia 90. «No sabes cómo celebré esos goles.» «Piksi, Piksi», gritaban, un momento antes de hablar de Davor Suker, pronunciado *Shuker*, y de recordar aquel episodio en el que Luka Modric jugó con el Zrinjski de Mostar en la liga bosnia. Al despedirme, supe que volvería. Supe que en Ljubljana he echado raíces para siempre. Que estaré permanentemente conectado a ese lugar.

Al regresar, consulté la tabla clasificatoria de la primera liga eslovena, la de 1991-1992. Fue una liga de veintiún equipos. Y el NK Jezero Medvode participó en ella. Quedó el penúltimo, descendió y jamás volvió a subir. Hoy está en la cuarta división, perdido en el mismo anonimato en el que vive el pueblo, «un pueblo que no tiene nada especial», dicen de él los mismos eslovenos. Para mí, es el pueblo más especial de todos. Cuatro años después, lo había vuelto a pisar; justo en una horita libre que tuve entre la visita a los

estadios y el visionado del clásico. Borut ya me había advertido de que él no estaría, de que se había ido a subir el Triglav con su familia aprovechando los últimos días de las vacaciones escolares. «Pero pasa por allí sin dudarlo, por favor, si quieres recordar los viejos tiempos.» Y así lo hice. Cogí de nuevo el bus, que había cambiado de número —ahora era el 25—. En realidad, algunas otras cosas habían cambiado: Global ya no existía, los tólars tampoco y los taxis eran más caros desde que se había introducido el euro. Pero el Pri Ancki seguía en su sitio. Llegué, me senté en la misma mesa de la primera vez y le conté mi historia a una chica que sustituía a Borut en su ausencia. «He venido a recordar viejos tiempos.» Me tomé un café y una Lasko, como las otras veces, y observé los coches de la carretera circulando en los dos sentidos. Algunos iban hacia Kranj, otros hacia Ljubljana. Justo en el punto intermedio entre ambas ciudades, me reencontré de nuevo, en silencio y en solitario, con mi lugar de paz en el mundo.



# CAPÍTULO 6

## MÚNICH

---

**O CÓMO CUATRO JUGADORES DEL PALERMO GANARON UN MUNDIAL EN EL QUE  
ALEMANIA SALIÓ A LA CALLE PARA CELEBRAR UN TERCER PUESTO**

*A Robert Bach*

Si un Mundial es ya especial de por sí, para mí el de Italia 90 representó el descubrimiento del fútbol. El Camerún-Argentina que lo inauguró fue el primer partido que vi íntegro en mi vida. En nuestro antiguo piso en la calle Zurbano, reunidos los cuatro miembros de la familia en el sofá marrón de terciopelo. Se había jugado en San Siro a las seis de la tarde, pero mis padres tenían a esa hora la tienda abierta y decidieron grabarlo en VHS para que lo viéramos después de cenar la clásica pizza tropical de los viernes, acurrucados en un edredón que no daba para todos. Ganó el conjunto africano gracias a un gol de Oman-Biyik: mi madre, a la que el fútbol no le gustaba, lo celebró porque ocho años antes, en España 82, «la sandía mecánica» le había parecido un equipo simpático. Yo no acababa de comprender el por qué de tanta excitación: partía de cero, no tenía ningún *background* ni conocía la historia, así que no sabía que una victoria de Camerún ante Argentina suponía una sorpresa monumental. Nadie me había dicho que Argentina era mejor que Camerún. Me pareció todo tan natural que tampoco supe exactamente qué quería decir mi padre cuando, fastidiado, apagó el televisor cuando Gary Lineker convirtió su segundo penalti en la prórroga de los cuartos de final para que Inglaterra acabara con la aventura de Roger Milla y Tommy N’Kono. «Siempre ganan los mismos, no hay derecho», dijo, y se fue a su habitación. Un año después, aquel estrafalario guardameta camerunés que había descubierto en mi primer verano de fútbol fichó por el Sabadell: un acontecimiento tan llamativo que creo que incluso fuimos portada del *Sport*.

Recuerdo tantas cosas de ese Mundial porque fue la terapia de *shock* con la que me aficioné al fútbol: un de 0 a 100 radical, un flechazo casi obsesivo. De no haber visto un solo encuentro hasta los siete años a verme todos los de la Copa del Mundo de golpe, anotando en una libreta los resultados, las clasificaciones y los goleadores. A amar aquella Argentina que, pese a haber perdido el encuentro inaugural, luego se recuperaría y acabaría llegando a la

final gracias a las individualidades que tenía en las áreas: el portero Goicoechea, que entró en el equipo por la lesión de Pumpido, y las combinaciones entre Maradona y Caniggia en ataque. Cuentan los cronistas que lo observaron desde una perspectiva histórica que aquel fue un Mundial terriblemente gris, escaso en buen juego, aburrido a más no poder. A mí me encandiló. Me quedé prendado de toda la grandeza que desprendía: la pasión, la estética de las camisetas, las banderas ondeantes en la clásica realización televisiva italiana, los nombres en cuatro idiomas de los distintos países en el álbum de Panini, los estadios míticos, los jugadores de leyenda —«¿quién ha sido el mejor de todos?», le pregunté a mi padre al terminar el campeonato, y se fue hacia la página de Alemania y me señaló a Matthäus—, la mascota que definía una época —el entrañable Ciao, una silueta con un balón por cabeza y que parecía un mecano—... A veces he pensado que quizá soy tan generoso con el juego, quizá soy tan capaz de divertirme viendo partidos de nivel bajo, porque nací para el fútbol en Italia 90. Mi educación nunca consistió en exhibiciones colectivas para la posteridad, así que jamás me sentí en condiciones de exigir las en mi madurez. A mi paladar le bastaba con la competición y con la emoción. Crecí divirtiéndome con el mero hecho de descubrir quién ganaba: no buscaba regodearme en la forma. Alemania levantó la Copa tras vencer a Argentina en la final con un gol de Andreas Brehme, que transformó un controvertido penalti de Roberto Sensini a Rudi Völler. Pero yo por aquel entonces aún no sabía qué era la polémica. Fue un 1-0 pírrico, supongo que feo. Sin embargo, para mí, Alemania fue durante cuatro años la solemne campeona del mundo, y su nombre despertaba mi admiración solo por ello. Sin discusión alguna, sin dudas sobre su legitimidad, sin debates internos ideológicos. Había ganado el Mundial con el que me enamoré del fútbol.



Cubrir un Mundial era, pues, un sueño. El de 2006 se celebraba en Alemania, lo que permitía a los medios de comunicación españoles hacer un buen despliegue, por proximidad geográfica y coincidencia en la zona horaria. Desde que supe que iría, deseé que el IBC se instalara en Berlín y no en Múnich. Ya conocía las dos ciudades: en la capital del país había estado dos veces y en la de Baviera una, siempre con motivo de los InterRail de verano. El impacto de Berlín me golpeó a los veinte años y aún perdura. No fue, como en el caso de Eslovenia, un romance de vino y rosas. Fue algo más violento, más apasionado, más gamberro y más urbano. Algo, al fin y al cabo, similar a su idiosincrasia. Uno pasea por sus calles, ya sean Unter den Linden con la Puerta de Brandenburgo en el horizonte o una mucho más anónima que no salga ni en la *Lonely Planet*, y percibe desde el primer instante que en todos aquellos muros se respira historia. Que allí pasó algo. Que Europa, durante algún tiempo, estuvo pendiente de ese lugar. Y que el carácter de sus gentes tiene mucho que ver con lo acontecido. La respuesta de Berlín a sus tragedias, a sus barbaries, a sus divisiones, a sus aberraciones, me conmueve. Berlín levantó la cabeza y siguió hacia adelante, impidiendo que la culpa y la vergüenza destrozaran mentalmente a sus generaciones futuras, herederas de un ayer pero nada responsables de sus faltas. Y empezó a construirse a partir del optimismo, abrazando todo aquello que su nefasto pasado repudió: el cosmopolitismo, la contracultura, el arte y la música *underground*; el espíritu joven de los que se sienten conectados con el presente y que solo desean disfrutar y amar, aprender y sentir, respetar y convivir.

Sin embargo, el IBC se instaló en Múnich. En una ciudad más fría, más conservadora, más propia de paseos tranquilos por el parque —por el Englischer Garten— y de coches caros en los aparcamientos de las casitas adosadas. Mientras Berlín vibra, Múnich multiplica su influencia como ciudad de negocios, bien conectada con otras urbes de importancia financiera

como Zúrich o Milán. Era, pues, bastante lógico que el Centro Internacional de Prensa se instalara en el ambiente más relajado y más propicio para el trabajo de la capital de Baviera. Berlín mantendría su centralidad a ojos del mundo siendo la sede de la final, y Múnich concentraría al grueso de los periodistas desplazados e inauguraría el campeonato en su flamante Allianz Arena. Justo dos años antes había estado en la ciudad y el Bayern aún utilizaba el antiguo Olympiastadion, con su pista de atletismo y su tribuna futurista de media luna. Fuimos a ver, de hecho, un Bayern-Hertha, y cumplimos con la tradición alemana de comer un *bratwurst* y beber cerveza en una carpa repleta de mesas de madera instalada en el mismo recinto y llena de hinchas que calentaban motores de cara al partido. En verano de 2006, el Olympiapark había quedado relegado a una Fan Zone en la que se amontonaban aficionados de todo el mundo para ver en pantallas gigantes los partidos que se disputaban en otras sedes, o incluso el mismo que se jugaba a escasos kilómetros en el Allianz.

Fue el Mundial del entusiasmo. Y Jürgen Klinsmann tuvo mucho que ver con ello. En apenas dos años consiguió mutar el carácter del fútbol alemán. Logró que se pasara de la depresión tras la eliminación en la primera ronda en Portugal, de las dificultades para encontrar a un seleccionador que se atreviera a liderar el proyecto en casa y no se asustara ante las altas posibilidades de hacer el ridículo, a un clima de ilusión y orgullo, de camisetas de la selección por todas las ciudades del país, de ganas de ver a la nueva Alemania. Bastian Schweinsteiger representaba esa ruptura con el pasado. Era uno de los chicos nuevos, uno de los que no había formado parte del equipo caduco que se había estrellado en 2000 y en 2004. Es cierto que en medio de aquellas dos decepciones, la *Mannschaft* había sido finalista en el Mundial de 2002, pero lo había logrado con más fortuna que juego, con más intervención de la suerte en los cruces (cuartos ante Estados Unidos,

semifinales ante Corea) que de sus propias virtudes como equipo. *Schweini* era el ídolo en aquel verano múnichés: su camiseta era la que más se observaba en Kultfabrik, el impresionante recinto de discotecas y bares que, algo apartado del centro de la ciudad, se convirtió en un punto de encuentro de aficionados de todos los equipos en las noches de ocio posteriores a cada jornada futbolística. Klinsmann, celebrando cualquier gol en un partido amistoso como si se tratara de la final del Mundial, consiguió que Alemania se planteara el fútbol a partir de la sonrisa. Cuentan los que conocieron de cerca aquel proceso que era Joachim Löw, y no él, el que se encargaba de la preparación táctica. El que diseñaba las estrategias, el que se reunía con los jugadores pizarra en mano. Pero el rostro de la Alemania que en 2006 cambió de siglo y de milenio era Klinsi, el gran responsable de que Berlín se echara a la calle en masa para vitorear a sus héroes y celebrar el tercer puesto como si fuera un título el día después de que Italia se proclamara campeona del mundo. Su dimisión, a las pocas horas de aquello, provocó más de una lágrima. Pero él se marchó siendo consciente de que había hecho lo más difícil: modificar una mentalidad colectiva, introducir en la cultura del fútbol alemán todos aquellos conceptos que había aprendido en sus viajes por el mundo. La *klinsimania* situó la Alemania del balón a la misma altura que su sociedad: la ayudó a dar ese pasito de apertura que sus gentes habían interiorizado ya en su vida cotidiana, en unas ciudades cada vez más heterogéneas.

Hicimos vida en la zona de Neue Messe, en el distrito de Trudering-Riem, en el extremo Este de la ciudad, a más de veinte minutos en metro de la Marienplatz. El hotel estaba situado en la gran explanada que en su día fue el antiguo aeropuerto, tristemente célebre por el accidente aéreo que sufrió el Manchester United al hacer escala para cargar combustible tras regresar de un partido de Copa de Europa en Belgrado ante el Estrella Roja en 1958.

Aunque el recinto cerró en 1992, se conservó la torre de control, que se podía observar desde el mismo *hall*. El IBC se encontraba a un cuarto de hora caminando, pero además salían autobuses cada diez minutos para acercarnos hasta allí. Casi todos los periodistas convivían en esa zona debido a la cercanía con el lugar de trabajo. A diferencia de lo vivido en Lisboa dos años antes, en Múnich el Mundial se respiraba desde el desayuno hasta las cervezas de la noche en el coqueto bar-coctelería situado junto a la recepción. Y el ambiente, claro, era más universal. Me hice amigo, por coincidir cada noche al regresar del centro de prensa, de unos periodistas americanos de Univisión, con los que comentábamos el desarrollo del campeonato mientras consumíamos las alitas de pollo que quedaban como último recurso para llevarse algo al estómago a esas horas de la madrugada. Con ellos estaba José Luis Chilavert, el mítico portero de Paraguay, ya retirado por aquel entonces y comentarista del torneo. Una noche, nos tuvo a todos los enviados especiales de la COPE sentados a su alrededor durante casi una hora escuchándolo expresar sus controvertidas opiniones. Había engordado notablemente y casi ningún portero en activo le parecía que estuviera a su altura. Reconoció que cuando era jugador decía cosas disparatadas para atraer la atención de los medios hacia el fútbol paraguayo, tan marginado a veces. Muy a menudo, nuestra actividad nocturna nos impedía llegar a tiempo para desayunar la mañana siguiente, y la cafetería Illy del centro comercial cercano se convertía en el mejor recurso: *espressos* o *caffé lattes* estandarizados de factoría italiana, una garantía en tierras demasiado norteadas para según qué cosas. Pero una vez entrábamos en el IBC, la jornada se prolongaba sin interrupción posible. El Mundial, con una primera fase de tres partidos diarios, exigía más en cuestiones horarias que la Eurocopa, especialmente a aquellos bichos raros que deseábamos ver todos los encuentros. Que éramos pocos. Cubrir estas grandes citas me enfrentó a una

realidad difícil de asumir cuando uno empieza en la profesión: había mucha gente que se dedicaba al periodismo sobre fútbol, incluso gente a la que enviaban a un Mundial o a una Eurocopa, a la que el torneo en sí, en su globalidad, le importaba más bien poco. Gente que incluso encontraba raro, exótico, motivo de burla, que un periodista español tuviera interés por ver un Togo-República de Corea, el duelo prototípico del *freakismo* llevado al extremo en Alemania 2006. Estábamos en COPE, y obviamente no transmitíamos todos los partidos, como sí hacían los compañeros de Radio Marca que se encontraban a escasa distancia de nuestro módulo, y cuyos rostros conocí por primera vez aquel mes de julio sin sospechar que pocas semanas después trabajaría con ellos. Así que, muy a menudo, me quedaba solo, a la hora de comer, viendo en un monitor el partido de las 15:30 h. Los de la noche sí los comenté todos en directo en Rock and Gol, la emisora musical y deportiva del grupo COPE en la que se decidió transmitir los encuentros en horario *prime time* en los que no jugaba España.

El IBC era mayor que el de Lisboa. Claro, había el doble de selecciones, y algunas de ellas, como México, provocaban un despliegue asombroso. Era como una atracción: «¿Habéis visto el plató de Televisa? ¡Es treinta veces el nuestro!». El combinado azteca representaba, además, uno de los grandes alicientes del campeonato. Jugaba muy bien —hasta Guardiola le dedicó un artículo en *El País* a la salida de balón de sus centrales Osorio y Salcido—, pero su entrenador era un argentino nacionalizado, Ricardo La Volpe, enfrentado con la mitad —o más— del periodismo del país, que hubiera preferido a Hugo Sánchez como seleccionador. Las ruedas de prensa de La Volpe, el *pim pam pum* al que era sometido tras los resultados adversos —histórico fue el posterior al empate con Angola en la primera fase— y el tono desafiante, orgulloso y nada conciliador con el que él respondía, constituían un espectáculo mediático sensacional. Tuve la oportunidad de visionar al lado

de dos periodistas mexicanos un partido de su equipo en un auditorio que había en el IBC a través de una pantalla gigante. Su selección no estaba jugando nada mal, pero el más entendido de los dos se pasó todo el primer tiempo explicándole a su compañero que Pavel Pardo personificaba todos los vicios del *lavolpismo*: jugadores con nula creatividad en la mitad de la cancha. A mí me daba la sensación de que México era todo lo contrario: un equipo en el que cualquier futbolista era capaz de sacar la pelota de manera elegante, jugara en la posición en la que jugara. Me parecía tan injusto el trato que estaba recibiendo La Volpe —sin entrar en cuestiones políticas, simplemente por cómo se juzgaba su fútbol— que me convertí en casi militante de aquel equipo y lamenté su injusta eliminación ante Argentina —a Guardiola también se lo pareció— en octavos de final con un golazo de Maxi Rodríguez de otro planeta. Como era previsible, aquel fue el último partido de La Volpe en el cargo. Había tremendos argumentos de dignidad en el guion de su derrota, pero la sensación que percibí es que se enfrentaba a un ejército que no le habría reconocido el mérito ni en caso de haber ganado el campeonato.

El clima de debate constante alrededor de la selección de México superó incluso el que se vivía alrededor de España en las tertulias diarias que realizábamos en la Cadena COPE —y el resto de emisoras— cada noche. Era el primer campeonato al que el equipo acudía con Luis Aragonés como responsable técnico. El nuevo entrenador tenía, por supuesto, sus admiradores y sus detractores. El habitual triunfalismo u optimismo extremo con el que el periodismo se acercaba a cada campeonato se había rebajado esta vez por la reciente eliminación en primera ronda en Portugal 2004 y porque había sido necesaria una repesca ante Eslovaquia para sacar el billete a Alemania —Serbia y Montenegro había quedado por encima en la fase de clasificación—. Las dudas, sin embargo, se disiparon tras el 4-0 inaugural a

Ucrania y regresó la expectativa máxima, la anticipación muy prematura de un éxito monumental. La puntuación perfecta en la liguilla —nueve sobre nueve— alimentó aún más aquella euforia, que alcanzó su cota más alta en los prolegómenos del choque de octavos de final ante una Francia que solo había ganado un partido en su grupo —ante Togo— y que había quedado clasificada por detrás de Suiza. El favoritismo se veía tan claro que se empezó a hablar ya del duelo de cuartos de final contra la Brasil de Ronaldinho —el jugador de moda en aquel momento, que venía de proclamarse campeón de Europa con el Barcelona en París—. Incluso amigos de algunos compañeros de la radio compraron entradas para ese choque aún hipotético en Fráncfort y vinieron a visitarnos una semana antes, calentando motores para lo que se vendió como *el partido de todos los tiempos*. Era cierto que Francia llegaba castigada, dejando sensaciones muy espesas y con un debate nacional que empezaba a reclamar la suplencia de Zidane —aunque sonara a sacrilegio—. De hecho, tras empatar con Suiza y Corea con *Zizou* en el campo, el astro marsellés se perdió el tercer encuentro ante Togo por sanción —había visto dos cartulinas amarillas— y Francia pareció mejorar con Trezeguet jugando por delante de Henry. La teoría que sostenían los que abogaban por esa suplencia de Zidane señalaba que la presencia del francoargelino en la media punta obligaba a Henry a actuar como nueve, muy pegado a los centrales rivales, sin la libertad que le podría dar Trezeguet, su amigo y compañero de generación, haciéndole el trabajo sucio. Contextualicemos: era 2006, el momento de mayor plenitud de Henry, y Zidane había anunciado ya su retirada para después del Mundial, reconociéndose en el ocaso de su carrera. Así que había una especie de debate que enfrentaba a los dos jugadores más importantes de la selección gala, un debate que se hizo más intenso tras la publicación de unas estadísticas que indicaban que, en toda su carrera con el equipo nacional, Henry nunca había

marcado a pase de Zidane. Casi se insinuaba que ambos cracks no se gustaban, que había pelea de egos entre ambos y que no conectaban casi nunca en el campo. Yo leí este tipo de cosas en la prensa que seguía a los *bleus*, aunque es cierto que en la previa de ese España-Francia invitamos a la tertulia a un periodista de Radio Montecarlo —al parecer amigo de Henry— y, cuando le inquirí al respecto de esa profunda enemistad, negó con rotundidad y me miró con mala cara.

Todo ello, pues, nos llevaba al duelo de Hanóver con un favoritismo claro para el conjunto de Luis Aragonés. El sabio de Hortaleza modificó sensiblemente el once que había ganado con comodidad a Ucrania y a Túnez en los dos primeros partidos y situó en el dispositivo inicial a Cesc Fàbregas y a Raúl González, que habían tenido su oportunidad en el tercer choque del grupo, con el equipo ya clasificado, frente a Arabia Saudí. Se cayeron de la alineación Luis García y, más significativamente, Marcos Senna. O sea: España pasó de apostar por un eje formado por Xabi Alonso y Senna a utilizar a un único medio centro puro y acompañarlo con dos interiores como Cesc y Xavi. Arriba, Villa, Torres y Raúl. Un equipo muy asociativo, muy talentoso, muy de toque, muy de ataque. Un equipo que, pese a empezar ganando, fue superado en el segundo tiempo por una Francia impulsada por el ímpetu de Vieira y por la maestría de un Zidane que sí fue titular —junto a Henry— y que empezó a rebelarse aquella noche en Hanóver contra el destino que aparentemente lo condenaba a una despedida amarga, triste y oscura. Entre el periodismo español, la decepción fue mayúscula. Porque nadie la esperaba. Los más críticos con Luis Aragonés arremetieron contra su apuesta inicial, y en la tertulia de aquella noche se llegó a escuchar que aquel partido había demostrado que «no se puede ganar nada con los bajitos».

Así que no hubo España-Brasil en Fráncfort. Lo que hubo fue una reedición del duelo de figuras de la final de la Champions de aquel año entre



Ronaldinho y Thierry Henry. Un duelo en el que yo estaba bastante implicado emocionalmente: había defendido en una tertulia previa al campeonato en La Sexta, ante una mesa que opinaba lo contrario, que el crack del Arsenal era en aquel momento el mejor jugador del mundo. Lo creía de verdad: estaba en su tono físico más impresionante, lo que le permitía sacar provecho de su elegancia técnica y de su gran capacidad para decidir en cada momento lo que era más adecuado para el partido. En uno de esos programas que fui a grabar a Madrid coincidí con Just Fontaine, el único jugador en la historia que ha marcado trece goles en un solo Mundial. Lo habían traído de Toulouse, donde residía a sus entonces 73 años, para que hablara de aquel lejano ya campeonato de Suecia en 1958. Nos alojamos en el mismo hotel y, a la mañana siguiente, desayunamos juntos en la cafetería y compartimos taxi hacia el aeropuerto. Estuve una hora a solas con Fontaine, al que no había visto jugar nunca más allá del típico DVD que intenta resumir en 45 minutos todo un Mundial. Fue una charla muy agradable, aunque a uno le costaba creer que el señor que tenía delante tomando un cruasán y un café con la naturalidad de cualquier hombre de su edad fuera ese delantero letal que aterrorizaba a las defensas en la década de los cincuenta. Podría haberle preguntado muchas cosas, y quizá se las pregunté: por la final de la Copa de Europa que perdió con el Stade de Reims ante el Madrid en Stuttgart, por cómo era Di Stéfano jugando, por la impresión que le causó en aquel verano escandinavo del 58 la aparición de un Pelé adolescente. Pero, sinceramente, no guardo el recuerdo de ninguna respuesta de este tipo. Solo se me quedó grabado lo que me dijo cuando, estando ya en el taxi, le pedí su opinión sobre Thierry Henry. «Es un buen delantero, pero siempre define igual: con el interior de la pierna derecha, cruzándola al palo contrario.» Pocas semanas después, me encontraba en la tribuna de prensa de Saint-Denis, en la final de la Copa de Europa entre el Barcelona y el Arsenal. Henry, con 1-0 en el

marcador, mediada la segunda parte, se quedó solo ante Víctor Valdés en un uno contra uno en el que tuvo varios segundos —quizá demasiados— para pensar: en ese momento el tiempo se detuvo, y cuando alguien volvió a darle al *play*, Henry finalizó, efectivamente, del mismo modo de siempre. El portero azulgrana también lo sabía: lo había estudiado, según reconoció posteriormente, y se lanzó hacia el lado correcto. El 14 *gunner* más famoso de todos los tiempos acababa de fallar el 2-0 que habría supuesto la primera Champions del Arsenal y el premio consagradorio para Wenger. La frase de Just Fontaine me vino de inmediato a la cabeza, como un rayo, casi paralizándome. Me vi en el taxi de nuevo, mirándolo con cara de incredulidad, siendo incapaz de entender que Henry no le fascinara. En algún lugar del mundo, supongo que en el comedor de su casa en Toulouse, imaginé a Fontaine negando con la cabeza, lamentando un desenlace que temía y pensando que si esa ocasión le hubiese pillado a él en 1958 la habría resuelto sin dudar.

Y pese a ese error, mi fe era inquebrantable. Henry había jugado una final en París muy superior a la de un Ronaldinho apagado, fallón, visiblemente desesperado tras comprobar que aquella noche no estaba fino. Pero Henry había perdido —y en parte, por su culpa— y Ronaldinho había ganado. Parecían jugarse el Balón de Oro a ida y vuelta: la ida en París, la vuelta en Alemania —concretamente, en ese duelo de cuartos de final Francia-Brasil en Fráncfort—. Eto'o, la gran figura del Stade de France, no estaba en el Mundial —Camerún había caído en la fase de clasificación con el famoso penalti de Wome ante Egipto—, lo que le quitaba muchas opciones de pelear por el gran premio individual. Aquella era la época de mayor concurrencia en mi antiguo blog: escribí dos artículos por día durante todo el campeonato y en la sección de los comentarios se reunía una gran cantidad de gente para debatir. Yo había defendido la tesis de que Brasil, que partía antes de

empezar el certamen como clara favorita —atacaba con Ronaldo, Ronaldinho, Kaká y Adriano—, «se la iba a pegar». Así que en aquel partido me jugaba mucho: por mi *henryismo*, por mi pronóstico a contracorriente e incluso por una apuesta con Rubén Uría, que esta vez no viajó con nosotros a Alemania y se quedó comentando el campeonato desde Madrid. Él estaba convencido de que Ronaldo Luiz Nazario da Lima, el clásico, iba a volver a demostrar en un Mundial toda su categoría. Apostó contra mí a que superaría en goles a Henry y a Luca Toni juntos. Toni venía de firmar un año extraordinario con la Fiorentina y era en aquel momento mi nueve puro favorito del mundo. Sus primeros partidos en Alemania 2006 habían sido muy decepcionantes, pero justo el día antes del Brasil-Francia, en el 3-0 de Italia a Ucrania en cuartos de final, había logrado un doblete. Henry también llevaba dos goles, así que llegábamos al duelo decisivo con mis jugadores sumando cuatro y Ronaldo habiendo anotado tres. Por todo ello, viví el partido con una intensidad tremenda. Ahora no recuerdo exactamente por qué Edu García aún estaba allí —ya que al igual que en Portugal más de la mitad de la expedición regresó cuando España cayó eliminada—, pero estoy casi convencido de que aún puedo recordarlo alucinando ante mi reacción en el momento en el que Henry, a pase de Zidane —sí, a pase de Zidane, ¡por primera vez Henry a pase de Zidane!—, anotó el único gol del encuentro. Estallé también con el pitido final, que representaba una triple victoria: para empezar, la apuesta con Rubén ya estaba ganada (5-3, y Ronaldo eliminado); para continuar, Henry era el triunfador de la noche y Ronaldinho se despedía de un Mundial en el que había estado muy por debajo de las expectativas —perdiendo casi todas sus opciones al Balón de Oro—, y para concluir, mi arriesgadísimo pronóstico de que Brasil, la favorita de todos, no iba a llevarse el campeonato, se hacía realidad. Con la perspectiva del tiempo, aquellas batallas parecen anecdóticas y triviales, hasta motivadas incluso por una

peligrosa vanidad («yo tengo razón y los demás no»), pero en el instante en el que me metí en la cama al llegar al hotel no hice ninguna consideración de este tipo: simplemente sentí que el mundo era maravilloso.

De hecho, mi apuesta inicial fue que ganaría Italia. Estaba más basada en la intuición que en otra cosa: no había un equipo dominante, como podría ser la España de los últimos campeonatos, ni uno que estuviera muy por encima de los demás. Brasil tenía las mayores figuras, pero existían dudas razonables sobre su capacidad para comportarse como un equipo. Yo estaba enamorado de la pareja de nieves de Italia: de Toni y de Gilardino. Hasta imitaba sus celebraciones cuando íbamos a tomar una copa, siempre entre semana, con Toni Padilla, Quim Domènech y Carles Fité, cuando todos vivíamos aún en Sabadell. Me gustaba también Italia porque había convocado a cuatro jugadores del Palermo, el equipo que más me había cautivado a lo largo de la última temporada en la Serie A —un enamoramiento previo a mi visita a la capital de Sicilia, que se produjo pocos meses antes del Mundial, aprovechando que mi amigo Marc, el de los InterRail, estaba de Erasmus en Catania—. De hecho, pegué un grito en medio de la redacción de COPE Barcelona que sorprendió a los compañeros el día en el que se confirmó la lista definitiva de la *azzurra*, en la que estaba Cristian Zaccardo. «¡¡¡Zaccardo!!!», exclamé, como si de un gol del Sabadell se tratara. Me parecía que aquellos cuatro jugadores del Palermo tenían mucho nivel, y llevarlos a todos era un reconocimiento puro del seleccionador, que prescindía del nombre de la entidad a la que representaban. Una lista hecha valorando el rendimiento, sin tener en cuenta el glamour de las camisetas. Era una Italia un poco *underground*, algo que quedó claro, por ejemplo, en los últimos trece minutos del encuentro ante Ucrania, cuando, estando el choque ya sentenciado, coincidieron en el campo los cuatro palermitanos: Zaccardo, Grosso, Barzagli y Barone. Mi fe en Italia no era compartida por todos los

visitantes del blog: había un chico mexicano, bastante irrespetuoso, muy aficionado a la Serie A, que se pasó el campeonato mofándose de mi apuesta y criticando con dureza a una selección *azzurra* que, a su modo de ver, estaba a años luz de los combinados transalpinos de generaciones anteriores. Al chico le parecía especialmente ridícula la elección de Fabio Grosso como lateral izquierdo. Estuvo todo el torneo burlándose de él. Luego, Grosso sería el hombre que haría las cosas más importantes para que Italia levantara la Copa: provocaría el penalti en los últimos minutos ante la Australia de Hiddink en octavos cuando su equipo estaba atrincherado atrás y sufriendo una barbaridad; anotaría el primer gol, el que abriría la lata, en la gloriosa semifinal de Dortmund contra Alemania, en el que fue el mejor partido del torneo; y transformaría el último penalti en la tanda de la final contra Francia, el que daría el título.

Italia-Francia era una final que le quedaba muy bien a un Mundial tan europeo, disputado en el corazón del continente, con cuatro selecciones de la zona en las semifinales (Portugal había caído ante el equipo de Domenech y la anfitriona Alemania lo había hecho en el monumental choque de Dortmund contra la *azzurra*). Todo aquello lo estaba viviendo desde Múnich: sin poder ir a ningún partido, pero disfrutándolo en el IBC, comiendo en los pocos ratos libres que teníamos en la terraza que simulaba una especie de *Biergarten* en una explanada al aire libre que unía los dos pabellones principales. La última semana, con más días libres, pudimos disfrutar de la ciudad. Yo hice poca vida con mis compañeros, y aproveché que estaba trabajando en Múnich una amiga de Sabadell, Anna, y que también me visitó Robert, que se iba a estudiar alemán a Berlín aquel verano y adelantó su viaje para percibir el ambiente mundialista. De hecho, habíamos planeado que cuando finalizara el campeonato lo acompañaría a la capital y luego nos iríamos unos días a viajar por el Norte (Hamburgo, Bremen, Copenhague) antes de que yo regresara a

casa desde Tegel. La gran esperanza era partir hacia Berlín el día antes de la final y así poder ver mi único partido en vivo del torneo en la tribuna de prensa del Olympiastadion, un campo donde habíamos estado en el verano de 2003 en un Hertha-Friburgo, con medio estadio cerrado al público debido a la reconstrucción que se estaba llevando a cabo de cara a 2006. Mientras esperábamos que se acercara el día, paseamos por el Englischer Garten, bebimos cerveza en la Hofbräuhaus, comimos codillo en tabernas de otro siglo y nos familiarizamos con el metro muniqués, convirtiendo Sendlinger Tor en nuestra parada favorita, ya que era la que más nos acercaba a la Marienplatz desde Messe. Con el paso de los días, uno acababa acostumbrándose a la comodidad de la capital de Baviera, y hasta habría deseado que el campeonato durara más tiempo. Múnich nos convencía un poco más que cuando la habíamos visitado por primera vez en 2004. Acabé llegando a la conclusión de que si en un principio no resultaba fascinante no se debía exclusivamente a sus propias condiciones: su poco éxito como destino turístico o como lugar de residencia temporal deseado por aspirantes a escritores con utópicas ambiciones de convertirse en Hemingway, en el fondo, tenía mucho que ver con Berlín. Es la comparación que no resiste: quizá la que, inconscientemente, hicimos la primera vez que llegamos, conociendo ya la capital. E incluso la que, pese a disfrutar del momento en esos últimos días del Mundial, se nos venía a la cabeza al saber que teníamos ante nosotros la perspectiva de un tren rápido de la DB que nos llevaría, en un abrir y cerrar de ojos, a la ciudad que simbolizaba el ambiente que más ha hecho vibrar a la juventud europea en los primeros años del siglo XXI.

Pero Berlín tuvo que esperar. Me quedé sin acreditación para la final, así que la comenté, como el resto del campeonato, desde nuestro cuartito del IBC, en el que ya no quedaba casi nadie, y que los técnicos estaban desmontando ante el inminente regreso a casa. Berlín, como no podía ser de

otro modo, deparó imágenes imborrables que se instalaron desde el primer instante en la galería histórica de los grandes momentos de los Mundiales. Zinedine Zidane, aclamado popularmente como el mejor jugador desde Maradona, se despedía del fútbol, y dejó su sello con un penalti a lo Panenka con tremendo suspense —pero que entró— y con la famosa acción del cabezazo a Materazzi. Pese a su expulsión, fue elegido mejor jugador del torneo, porque los votos de los periodistas acreditados que estaban presentes en el estadio de la final se emitieron antes del inicio del partido. Toni Padilla estaba en Berlín, y me llamó para rellenar mi boleto y permitirme de este modo formar parte del jurado. Creo que voté por Cannavaro, Zidane y Pirlo. Observé el encuentro desde cierta neutralidad. O más que neutralidad, una confrontación de deseos positivos. Por un lado, era muy difícil no apoyar a Italia tras su partido de Dortmund. Su triunfo, además, reforzaría mi discutido pronóstico. Había en su plantilla bastantes jugadores por los que sentía un aprecio especial, pero en Francia jugaba Henry. De Henry siempre decían que no destacaba en los partidos grandes. Y yo lo habría dado casi todo porque ganara un Mundial siendo protagonista —en 1998 no jugó en las instancias decisivas—. Aquello también iba a ser clave para determinar si se llevaba o no su tan ansiado Balón de Oro. Sin embargo, no jugó un partido demasiado brillante, y cuando se marchó lesionado supe que de nuevo la historia y él habían tomado caminos diferentes. Francia fue probablemente superior en el global del encuentro, pero a Italia le anularon un gol que me pareció legal. A Luca Toni. Toni, de hecho, estuvo flirteando con la gloria durante toda la noche, pero un remate al poste y un fuera de juego dudoso evitaron que se convirtiera en el héroe de Italia. Sin Henry ni Zidane en el campo, Francia supo que sus opciones habían disminuido y aceptó los penaltis como una oportunidad. Pero ganó Italia, quizá el equipo que mejor supo interpretar en cada momento qué plan de juego le convenía —resistir atrás cuando estaba

con inferioridad ante Australia, arrollar de inicio a una inexperta y temblorosa Ucrania, arriesgar cuando comprobó que era mejor ante Alemania—. Esa Italia que había llegado al campeonato provocando más titulares por el *Moggigate* que por sus opciones reales de título —más de una vez me tocó ir al módulo de la RAI para entrevistar a varios compañeros para que nos aclararan el asunto que marcaba la agenda periodística aquel verano— acabó levantando la Copa y erigiéndose, una vez más, en la imagen prototípica de la competitividad extrema. Italia había albergado mi primer Mundial como espectador dieciséis años antes; ahora ganaba mi primer Mundial como enviado especial. Era una especie de guiño en el tiempo: Alemania había campeonado en Italia en 1990 e Italia levantó la Copa en Alemania en 2006. Círculos que se cerraban.

La última mañana de Múnich consistió en despedidas en el *hall* de aquel hotel que durante un mes se había convertido en un centro de reunión del periodismo futbolístico internacional. Llené mi cartera de tarjetas de visita pensando que no las consultaría jamás, aunque nunca se sabe, porque siempre puede ocurrir que el Madrid esté buscando un lateral brasileño y te llame un compañero de la redacción de *Marca* y te pregunte quién puede ser, y entonces te des cuenta de que tienes el contacto de un reportero de *Lance!* cuyo rostro no recuerdas. Nos aguardaba un día de trenes, de *espressos* medio decentes en los envidiables vagones-restaurante de Die Bahn. Pisamos Berlín menos de veinticuatro horas después de la final, sintiendo dolor por llegar tarde, pero felices por encontrarnos en la ciudad que más adorábamos. Paseamos por Kreuzberg para que Robert dejara la maleta en casa de un amigo y volvimos a la estación para dirigirnos a Hamburgo. En la Alexanderplatz, un chico mostraba orgulloso su camiseta de Italia. Era el primer día de reinado de la nueva campeona del mundo. El tren que se dirigía hacia el Oeste era más modesto que el de alta velocidad que había cruzado el



país por la mañana, y me quedé dormido en una butaca de color marrón en un vagón medio vacío. Me despertó el teléfono. Yo ya estaba de vacaciones, pero Carles Fité tenía una noticia para mí. En algún lugar entre Berlín y Hamburgo supe que Edu García, la persona más importante en mi recorrido profesional, había sido despedido de la Cadena COPE. En algún lugar entre Berlín y Hamburgo —que resulta ser una imprecisión espacial bastante poética— mi carrera periodística dio un vuelco importantísimo.

Mi conmoción, sin embargo, chocó con el impacto que me produjo, unos minutos más tarde y nada más salir de la estación, una ciudad tan distinta a todo lo que conocía, tan nordestina en su espíritu, tan preescandinava. Teníamos la pensión a escasos metros del lugar en el que el tren se había detenido. Una pensión que se llamaba Europa y que se encontraba a tres minutos caminando del lago Binnenalster. Hamburgo no posee el fervor contracultural de Berlín ni la suave apacibilidad de Múnich. Tiene una personalidad propia y reclama a gritos que se la tenga en cuenta cuando se cita a las grandes urbes del continente. Uno siente, paseando por sus canales, admirando sus iglesias, que se acerca al Norte. Hay un carácter puramente geográfico que se percibe en el aire de Hamburgo. Es la puerta de entrada a la región del frío, la de los fenómenos celestes inexplicables, la de la belleza más sutil y menos violenta. En Hamburgo, uno puede pasar de los cafés más *cool* en el barrio de Altona —con sus paredes empapeladas recordando la época en la que los Beatles empezaron a darse a conocer por aquellas calles— a los *sex shops* y clubes de alterne más gamberros, más provocadores, más lúgubres, en el Reeperbahn de Sankt Pauli. De los astilleros y los muelles del puerto, donde el tiempo parece haberse detenido y uno adivina por qué aquel lugar fue tan importante en los siglos de la Liga Hanseática, a los edificios de cristales reflectantes en la zona de negocios del centro. Son los mismos extremos que se manifiestan en su fútbol, en la rivalidad entre el HSV, un club con pretensiones

gigantescas, campeón de Europa en 1983 al derrotar a la Juventus en la final con gol de Felix Magath, y el St. Pauli, el equipo emblema del izquierdismo mundial. Hamburgo me ayudó a superar el golpe, a no desperdiciar mis días libres meditando si quedarme en la COPE o seguir a Edu García adonde se marchara. En Hamburgo uno puede hasta tener la sensación de que allí las depresiones son más bellas. Me pareció un lugar genial para establecerse a los treinta años y combatir con su encanto el dolor del paso del tiempo. Las películas de Fatih Akin, que pude ver algún tiempo después, alimentaron mi devoción por la joya oculta de Alemania.

A Hamburgo le siguió un trayecto en tren que nos llevó a la capital de Dinamarca, con el convoy metiéndose en un *ferry* para cruzar el estrecho de Fehmarn y regalarme mis primeras imágenes del Mar Báltico. Copenhague, con sus desayunos en cafeterías coquetas que servían galletitas de menta, era la siguiente estación de ese viaje cada vez más septentrional, que por momentos me recordó a las historias que contaban mis padres de aquella aventura de su juventud, cuando salieron en coche de Sabadell para llegar al Cabo Norte. El sol de medianoche se hacía visible a las tres de la madrugada, cuando regresábamos de algún local nocturno, quizá instalado en un barco en medio de los canales o en una calle peatonal en la que ofrecían mantas para que los clientes combatieran el frío en sus terrazas. Era julio, pero era Dinamarca. Cruzamos el estrecho de Oresund y nos plantamos en Malmö, donde estuvimos solo cuatro horas, tiempo suficiente para presenciar un partido de la liga sueca entre el equipo local y el AIK Solna. Cambiamos la moneda solo para comprar las entradas y vimos marcar un doblete el día de su debut a Jonatan Johansson, un delantero finlandés al que yo conocía de haberlo seguido en la Premier League con el Charlton Athletic y que no me parecía gran cosa. La hinchada del Malmö tampoco es que se volviera loca: al fin y al cabo, unos años antes habían tenido a Ibrahimovic. De regreso a

Copenhague, nos adentramos en Christiania, el barrio *hippie* prácticamente autogobernado e independiente en el que habitan cerca de un millar de personas ajenas a los ritmos y a varias de las leyes del mundo occidental. Salimos de allí y leímos un cartel que nos anunciaba que al cruzar aquella puerta estábamos volviendo a la Unión Europea. Caminamos sin rumbo fijo y dejamos que el embrujo de la ciudad se apoderara de nuestras almas. Robert aprendió a decir «gracias» en danés y yo me imaginé, de nuevo, inmerso en una cotidianidad nórdica, acompañando mis cafés matutinos de dulces delicados, quizá con sabor a coco, a anís o a algo aún más fino. Uno podía entender por qué Laudrup era Laudrup habiendo crecido en semejante urbe repleta de placeres sensitivos y estéticos, aunque luego viendo *Submarino* y *Festen* de Vinterberg descubriera que en Dinamarca también existen los submundos.

Volvimos a Alemania y exploramos entonces Bremen, la tierra del *schaafismo*. Yo me había hecho del Werder algunos años atrás por lo alegre de su juego y por la fidelidad mutua que se habían mostrado durante tanto tiempo el club y su entrenador —Thomas Schaaf ingresó en las categorías inferiores en 1972, cuando tenía once años, y tras retirarse como jugador dirigió al filial hasta que en 1999 le dieron el primer equipo—. Llegué a la plaza del Mercado y observé el espectacular ayuntamiento, uno de los edificios más representativos del gótico báltico, imaginando cómo debió haber sido la fiesta que allí se había vivido dos años antes, cuando el Werder se adjudicó el doblete —Liga y Copa— machacando al Bayern en el torneo de la regularidad con un fútbol memorable y con Micoud, Aílton y Klasnic como estrellas. Y aunque las calles estrechas contiguas ofrecían motivos para enamorarse de su peculiaridad, fue el ambiente alrededor del río Weser el que me ayudó a entender el carácter de aquella ciudad, también hanseática y libre como Hamburgo. Bicicletas arriba y abajo, estudiantes sentados en el césped,

y el estadio del equipo de fútbol visible a pocos metros. Los sábados por la tarde, en días de partido, aquello debía de ser un espectáculo: uno de los ambientes futboleros más joviales de Europa. Sabíamos que el Werder toma el nombre de una pequeña isla situada en el río, así que decidimos visitarla. En su interior destacaba una larga explanada con dos campos de fútbol donde niños de unos doce años jugaban una pachanga. Me quedé observando al mejor del partido y soñé con verlo, un lustro después, con la camiseta del Werder en la Bundesliga. A esas alturas había conseguido ya casi olvidar la tormenta de la radio, aplazando cualquier tipo de decisión hasta mi regreso, así que me preparé para disfrutar de la última estación de aquel viaje posmundialista. Berlín me estaba esperando y yo tenía veintitrés años.

La habitación que Robert había alquilado para aquel verano estaba en un piso de Prenzlauer Berg. En aquel momento, ese era el barrio de moda entre las siempre cambiantes tendencias de la ciudad. El barrio en el que se movía la juventud que molaba, el barrio en el que pasaban cosas. Teníamos justo delante la parada de metro de Prenzlauer Allee y la larga avenida llegaba hasta la Alexanderplatz. Era salir de casa y poder observar, en cualquier momento del día, la torre de comunicaciones que nos había maravillado en tantas películas que abordaban la temática de la caída del muro —*Berlin is in Germany, Good Bye Lenin!*—. Lo mejor de volver a Berlín es que, como no es la primera vez que la visitas, el recorrido turístico ya está hecho: no hay obligación de ir a la Puerta de Brandenburgo ni al Reichstag, y si por casualidad tienes que hacer transbordo en la antigua estación de Unter den Linden (ahora Brandenburger Tor) es porque lo necesitas para ir a una fiesta, y no para hacerte las fotos de rigor con el rótulo y su caligrafía característica entre adoquines de color verde pálido. Es entonces cuando empiezas a usar el U-Bahn y el S-Bahn fundamentalmente para desplazarte y no solo por la

excitación que te provoca estar en el *underground* más *underground* de Europa.

Y sin embargo, uno siempre vuelve a los lugares que le hechizaron la primera vez. Tacheles, el edificio deteriorado y repleto de grafitis, ocupado por artistas bohemios en plena Oranienburger Straße, seguía resistiendo, y su bar en la terraza del ático atraía aún a los personajes más pintorescos de la ciudad. Pero aquella vez ya no necesitaba descubrir locales nuevos: Robert tenía ya a varios amigos que conocían bien el escenario nocturno de la urbe, y la madrugada previa a mi regreso acabamos en un piso en el que había cerca de veinte personas, con la música a tope, y con un chico luciendo una máscara antinuclear. El día siguiente llegué a Tegel resacoso, temiendo marearme en el avión, y mientras el taxi se alejaba de Prenzlauer Berg, mientras recorría Berlín por la mañana, cuando la ciudad aún estaba dormida, sentí ese dolor que solo producen las partidas de los lugares más especiales. Uno percibe de manera muy clara cuando se marcha que Berlín seguirá girando al ritmo de sus discotecas, del techno más duro del continente, de sus *hippies* pidiendo una moneda con una sonrisa amable bajo los puentes verdes metálicos de cualquier parada del U-Bahn, de su trocito de muro aún en pie a orillas del Spree en la East Side Gallery como testigo de un mundo que se dividió justamente en aquel lugar, convirtiendo a aquella urbe en el centro de las tensiones y de la Historia. Uno siente que todo aquello no se va a detener, y que cada día que se pasa lejos de Berlín es un día que uno se pierde. La emotividad del avión elevándose, sobrevolando Centroeuropa y dejando atrás la torre de la Alexanderplatz puede provocar incluso alguna lágrima. Una lágrima de amor.

No estuve, pues, en Berlín el día que Zidane se retiró del fútbol, el día que Pirlo ganó su Mundial, el día que Henry se quedó sin su Balón de Oro. Pero el golpe estaba superado: Berlín, como siempre, me había dado más de lo que

me había quitado. A 9.000 metros de altitud, el trauma de volver a la realidad no tenía nada que ver con la difícil decisión que debía tomar sobre mi futuro profesional. Era la pena de dejar atrás Alemania, aquella nación que de pequeño tan antipática me caía por los turistas que nos cruzábamos en Mallorca y por lo feo que ganaban sus equipos repletos de jugadores con bigotes. *Klinsi* cambió la imagen del equipo, pero fueron sus ciudades las que definitivamente modificaron mi percepción sobre el país. Así que, cuando en 2012 mi hermano se fue a estudiar a Berlín, no solo le envidié por poder vivir lo que yo me perdí: también supe que tendría muchas oportunidades de volver. Y así lo hice. Había pasado el tiempo: Prenzlauer Berg se había convertido en un barrio residencial demasiado aburguesado. Los bohemios de veinticinco años de antes habían superado ya los treinta y paseaban por sus avenidas con sus hijos, ordenando su vida y dejando atrás el caos. El epicentro de la actividad frenética estaba ahora en Friedrichshain, concretamente en la Warschauer Straße, la calle que mediante el Oberbaumbrücke unía el barrio con Kreuzberg. Cerca de allí se instaló mi hermano para vivir su año en Berlín, y cené con él en locales de hamburguesas baratas al lado de cines populares donde ponían películas antiguas, o almorcé en cafeterías con sillones y sofás de distintos colores que servían desayunos hasta más allá de mediodía porque sabían que en esa zona mucha gente había salido la noche antes. Paseamos por calles repletas de tiendas de ropa de segunda mano, y en una de ellas encontré camisetas de fútbol de otros tiempos. La joya más preciada, una de Klinsmann con el Bayern, con un diseño de rayas horizontales rojas y azules que ya hace mucho tiempo que no se usa. Me hicieron un buen precio y me llevé cinco o seis: me hubiera gustado que una de ellas fuera del Union, el equipo de segunda división que goza de mayor popularidad en los barrios del Este pese al mayor éxito del Hertha en los últimos tiempos —y pese a que, como

cuenta Simon Kuper en *Fútbol contra el enemigo*, algunos habitantes de la Berlín Oriental hicieron de su amor por el cuadro blanquiazul un símbolo de su rebeldía contra el régimen—. Pero no había ninguna camiseta del Union: mi hermano dice que en Berlín hay tantas cosas que hacer que la gente no tiene tiempo de ir al fútbol y que por eso la Bundesliga la suelen ganar equipos de ciudades más aburridas. Colgué en Twitter la fotografía de mis adquisiciones y mucha gente me preguntó que dónde estaba semejante tienda gloriosa. Y no pude contestar, porque realmente me la encontré callejeando. Era una tienda como muchas otras, y sus camisetas de fútbol estaban en un rincón, al lado de abrigos de color verde militar y de camisas a cuadros. Es Berlín, en el fondo. El arte está en cualquier parte y no se anuncia. Aparece disimulado en lugares impensados. En diminutas porciones de una ciudad inmensa, inacabable. Una ciudad de la que uno no podría hartarse jamás. Tan absorbente que la amo por encima de Múnich, por mucho que en Baviera cumpliera mi sueño de vivir un Mundial como periodista, llegando hasta allí tras un largo recorrido que empezó con un gol de Oman Biyik a Pumpido en San Siro.





# CAPÍTULO 7

## SWANSEA

---

**O CÓMO UNA NOCHE DE FARRA EN SA COLÒNIA ME LLEVÓ A PISAR EL LIBERTY  
STADIUM MUCHO ANTES DE QUE LLEGARA MICHU**

*A Carlos Vicens*

Mi relación con Roberto Martínez comenzó en Mallorca; mucho antes de que nos conociéramos y a muchos kilómetros de distancia del lugar del primer encuentro. Yo veraneaba, como durante toda mi infancia y mi adolescencia, en el pueblo más meridional de la mayor de las Islas Baleares: Sa Colònia de Sant Jordi; el pueblo del que salen los barquitos de las excursiones a Cabrera; el pueblo que presume de una de las mejores playas casi vírgenes de Europa, Es Trenc; el pueblo al que un primo de mis padres fue a parar hace ya varias décadas por la amistad que entabló con un excompañero de la *mili*, convirtiéndose de este modo en el destino vacacional de mi familia desde antes de que yo naciera. Mi mejor amigo durante la niñez vivía allí: era el hijo de la familia que regentaba el Hostal Es Turó, con su terraza justo por encima de la playa del puerto, donde empieza el paseo que conduce hasta Es Dolç. La casualidad quiso que Carlos fuera también un enamorado del fútbol y que nos conociéramos en el verano de 1990, el de nuestro primer Mundial. Desde ese momento, reprodujimos, jugando el uno contra el otro, los partidos que veíamos por televisión: en la arena de la playa, en el cemento del patio del colegio municipal, en la calle asfaltada de los apartamentos en los que nos hospedábamos, en los videojuegos... Incluso él acabo viniendo a los campamentos deportivos que organizaba el Sabadell en Mas Badó —viajaba solo en avión y regresaba con nosotros en el barco cuando empezábamos las vacaciones—. Era un excelente jugador: le llamaban Pep porque decían que se parecía a Guardiola. En las pachangas iba sobradísimo y en el Sabadell lamentaron que aquel chico que marcaba diferencias en los torneos del Campus fuera mallorquín y no pudieran reclutarlo para su fútbol base. Nos hicimos mayores y, desde la distancia, fuimos siguiendo nuestros progresos: yo le contaba cómo me iba en mi sueño de ser periodista y él me mandaba detallados informes de sus partidos. Primero con el Colonia, luego con el Salines, después con La Salle y

finalmente con el Mallorca. Sí, Carlos consiguió lo que anhelaban todos los niños de la isla: que un ojeador del Mallorca lo viera, se desplazara a su casa y le pidiera que firmara algo parecido a un contrato. Así que me pasé varios veranos yendo a verle entrenar en el antiguo campo Miquel Nadal, e incluso acudí a un par de presentaciones del primer equipo en el Lluís Sitjar, ya que el fútbol base desfilaba el mismo día. Carlos Vicens estuvo seis años en las categorías inferiores del Mallorca. Llegó a ser capitán, por su antigüedad en el club, y jugó al lado de Miquel Àngel Moyà y Víctor Casadesús. Pero el pubis lo masacró justo en el momento en el que se decide si uno va a ser profesional o se va a quedar en el grupo balear de Tercera División. Empezó a jugar menos, a tener molestias muy a menudo, a sentirse menos cómodo cuando estaba en el campo y no superó el último corte.

Sin embargo, en el verano de 2001 aún pertenecía al Mallorca. El primer fin de semana de agosto se celebran las Fiestas de Sa Colònia, con lo que ese enjambre de posadolescentes de la isla que se desplazan semana a semana al pueblo en el que se celebra una verbena convierte la avenida Primavera en el lugar más concurrido del sur de Mallorca. Es una feria como tantas otras: autos de choque, tenderetes de crepes de plátano y chocolate, ranas mecanizadas que te suben y te bajan con fuertes sacudidas, y alcohol omnipresente. Y chicas y chicos, claro, deseosos de liberar su tensión sexual. Algo suficientemente atractivo como para que gente de Palma desee pasar el fin de semana allí, aunque tenga que dormir en la calle o en la playa del puerto. Así que, en aquellas Fiestas de 2001, Carlos invitó a algunos compañeros de equipo y los alojó en casa de sus padres. Entre ellos, Guillem Bauzà, Bussy, un chico que acababa de proclamarse campeón de Europa sub-16 en Inglaterra con la selección española formando equipo con Fernando Torres. Yo llevaba un año dedicándome al periodismo deportivo, así que Carlos me lo presentó y charlamos un rato. Todos querían saber cómo era

Torres, que empezaba a ser ya conocido, y él contó las clásicas anécdotas de la concentración en el hotel, pasando de habitación en habitación por las noches, escondiéndose de los entrenadores para jugar a cartas o a la consola. Bussy me cayó bien. Era uno de los canteranos más prometedores del Mallorca, decían, pero se comportaba con la normalidad de un palmesano cualquiera que había ido a la Colonia a pasarlo bien. Tenía un desparpajo a la hora de charlar con las chicas que envidié durante toda la noche y mucho tiempo después. El contacto fue breve, solo un fin de semana. Pero suficiente para que, aunque los años pasaran y no nos volviéramos a ver hasta mucho después, él se acordara de mí y yo de él.

Fue en enero de 2008. El verano anterior habíamos arrancado en Radio Marca el programa *Marcador Internacional*, una locura que solo podía tener cabida en una emisora como esa, dedicada íntegramente al deporte. De hecho, el poder convertir en realidad una idea tan utópica como aquella —un carrusel para seguir la jornada de sábado de la Premier y la Bundesliga en su horario tradicional— daba todo el sentido del mundo a mi decisión —traumática en su momento— de dejar COPE y seguir a Edu García a Radio Marca. El programa nació con un espíritu romántico: dar espacio a aquello que engrandece el juego en otros lugares y que no tiene demasiada difusión en los medios de nuestro país. Los partidos de la tercera ronda de la FA Cup, la del primer fin de semana de enero, constituían uno de nuestros momentos favoritos del año. Gigantes yendo a la cancha de equipos *amateurs*, o duelos directos entre dos conjuntos de cuarta división. Democracia futbolística en estado puro: la oportunidad de cualquier club, por ínfimo que sea, de llegar a Wembley. Así que había que hacer algo especial para transmitir a nuestra audiencia ese espíritu copero. Me contaron que en la tercera división inglesa (la League One, que equivaldría a nuestra Segunda B) había un equipo con tres jugadores españoles. El entrenador también lo era: Roberto Martínez.

Estaban en la parte alta de la tabla y se medían en la famosa tercera ronda de la FA Cup al equipo más modesto que había logrado llegar hasta allí: el Havant and Waterlooville, de la sexta categoría. El partido tenía, pues, su historia, así que pensamos en llamar a alguno de esos jugadores españoles para entrevistarlo y hacer una previa. Me metí en internet, busqué en la plantilla y... allí estaba Bussy. Él era uno de los *three amigos* que Roberto se había llevado a Swansea. Habían pasado seis años y medio desde nuestras noches de fiestas en la Colònia. Él había tenido tiempo de dejar el Mallorca, firmar por el Espanyol B, romperse la rodilla, volver a jugar, aceptar una oferta de fuera y establecerse en Gales —porque Swansea, aunque su equipo juegue en la liga inglesa, está en Gales—. Lo llamé. «¿Bussy? Hola, te llamo de Radio Marca. Soy Axel Torres... No sé si te acuerdas de mí.» «Hombre Axel, el amigo de Carlos Vicens... Claro que me acuerdo, de las Fiestas de la Colònia... ¿Cómo estás?» Pactamos la entrevista y allí empezó todo.

Me documenté por primera vez sobre aquel club y aprendí que seis equipos galeses de magnitudes muy diferentes (Swansea City, Cardiff City, Newport County, Wrexham, Colwyn Bay y Merthyr Town) compiten en Inglaterra desde su fundación, ya que en aquella época en Gales no había liga profesional. Cuando se inauguró la liga galesa en 1992, declinaron el ofrecimiento de incorporarse a ella. Bussy me contó luego que Swansea es una ciudad universitaria, de costa, aunque con mucho menos atractivo para el turista foráneo que su Palma natal. Me habló por primera vez de Roberto Martínez, de la historia de los *three amigos*, de cómo disfrutaba jugando al fútbol en Inglaterra. Estuve, por supuesto, pendiente de su partido ante el Havant y, aunque no teníamos imágenes televisivas, en *MI* fuimos actualizando constantemente el resultado. Contra pronóstico, el encuentro acabó 1-1. El Swansea era favorito, por las tres categorías de diferencia y porque jugaba en casa. El empate le obligaba a desplazarse a la costa sur

inglesa para jugar un *replay*. Dos días después del partido se sorteó la cuarta ronda y se supo que el ganador de aquel cruce se mediría en la ronda siguiente al vencedor del Liverpool-Luton. Es decir, con casi toda probabilidad, una visita a Anfield era el premio que estaba en juego. Se generó, pues, una gran expectación de cara al choque de desempate. En *MI* ya estábamos pensando en qué haríamos si se daba ese Liverpool-Swansea, el reencuentro de Bussy con Fernando Torres. Me acuerdo bien del miércoles en el que finalmente se disputó aquel Havant-Swansea y de cómo, estando yo en casa de mis padres entrando por línea RDSI para el *Marcador* de Edu, tenía una pestaña abierta con el minuto a minuto de la BBC y le daba al F5 constantemente... Cada vez que Edu me daba paso, yo situaba lo que estaba ocurriendo en Havant. A cualquier oyente que no supiera de qué iba la película, que no conociera el especial romanticismo de la copa inglesa y que no estuviese al corriente de la vinculación que una radio española podía tener con el Swansea, debió de parecerle surrealista escuchar tantas veces hablar de semejante partido. Lo dramático de la historia es que el Havant ganó 4-2 para delirio de los 4.400 aficionados que llenaron su campito, que tenía más barro que césped. Esperé a que *Sky Sports News* diera el resumen a las once y media de la noche y aprecié, pese a lo deprimente que era para nosotros el resultado, aquellas escenas tan coperas que nos llegaban desde el sur de Inglaterra. Había, en esos goles en rebotes, en esas acciones tumultuosas a balón parado, una extraña poética. Una poesía que no tiene que ver con lo bello, pero sí con lo espiritual. Era la noche más grande en la historia de una gente que quizá ya había renunciado a saborear la gloria en primera persona. Uno podía simpatizar con el ganador, pese a pertenecer al bando perdedor. Ocurre algunas pocas veces.

Y sí, nos quedamos sin Liverpool-Swansea, sin las entrevistas previas a Roberto, a Orlandi, a Rangel, a Bussy de nuevo... Pero se presentaba ante

nosotros otro plato fuerte: un Liverpool-Havant. El equipo sorpresa de la FA Cup 2007-2008, la cenicienta indiscutible, el cuento de hadas de la edición en curso, visitaba Anfield. Nada más y nada menos que Anfield. El templo por antonomasia, el estadio de un cinco veces campeón de Europa. Nos pasamos la semana previa pensando en qué podíamos hacer. El partido no iba a ser televisado, por lo que no podíamos narrarlo con el procedimiento habitual de asignárselo a un locutor que lo estuviera viendo íntegramente y lo relatara en antena. Pero seguro que se podía trabajar en algo previo: ¿viviría algún español en Havant? Era muy posible que así fuera. Descubrimos que el Havant and Waterlooville era una entidad de nuevo cuño que, como su propio nombre indica, surgió de la fusión de los clubes de fútbol de los núcleos urbanos de Havant, donde viven 116.000 personas, y Waterlooville, de 20.000 habitantes. Ambos están situados en el área metropolitana de Portsmouth. Le pedí a Paula Zapata, la productora del programa en aquella primera temporada, que buscara a un español —o en su defecto, a una persona que hablara español— que viviera en uno de los dos municipios. La idea era que nos contara el ambiente que se había vivido en la ciudad el día del partido del Swansea y conectar con él en las horas previas al choque de Anfield para hacerle las típicas preguntas: «¿Dónde verás el partido?», «hay alguien en el pueblo que no lo vaya a ver?», etc. Paula, no sé cómo, encontró a un señor llamado Fulgencio que trabajaba como técnico para el ayuntamiento de Havant y que, en efecto, era español. No le interesaba demasiado el fútbol, pero estaba al corriente de lo que sucedía aquella tarde. La conversación acabó derivando en qué hacía él allí y en cómo era vivir en Havant, ya que no era capaz de aportarnos ningún dato futbolístico. Creo que ni conocía al mito de aquel equipo, el delantero Richard Pacquette —un héroe de culto para Toni Padilla, cuyo nombre le hacía mucha gracia—. Colgamos al señor en cuestión y nos dispusimos a relatar, solo con las

actualizaciones de las webs inglesas, el partido de Anfield. Pues bien: aunque parezca imposible, el Havant and Waterlooville logró adelantarse dos veces en el marcador. Se puso 0-1 —gol de Pacquette— y 1-2 en la primera parte, provocando que, al percatarme de ello en mi ordenador portátil, cortara cualquier conversación que se estuviera produciendo en el programa para gritar, con uno de los mayores niveles de excitación jamás registrados en la historia de *MI*, «Gool del Havaaant», «Gooooool del Havaaaant», «Gooooooooool del Havaaaaant». Aquel momento definió, en cierto modo, nuestra idiosincrasia. Y aumentó la afinidad mutua con nuestros oyentes más fieles. Éramos los tipos que esperábamos que se parara la Premier cada mes de enero para que empezara la FA Cup y se produjeran *cupsets* —que es como los ingleses, uniendo los términos *cup* y *upset*, denominan las sorpresas coperas—. Éramos unos tipos que en una radio española nos excitábamos cantando los goles de un equipo de la sexta división inglesa. *MI* había nacido realmente para este tipo de cosas. La plenitud, pensamos aquella tarde al terminar el programa, debía de parecerse a eso.

Obviamente, el Liverpool acabó ganando. Por 5-2. Y el Havant desapareció de nuestras vidas dejando, eso sí, un recuerdo imborrable. En cambio, el Swansea permaneció en el día a día y cogimos la costumbre de actualizar cada semana en el programa los resultados del equipo en tercera división. La gran figura, a tenor de los goles marcados, era un atacante de Trinidad y Tobago llamado Jason Scotland. Toni Padilla contó una anécdota sobre él en el programa: en el Mundial 2006, Escocia no se clasificó y algunos medios del país pidieron el apoyo para la selección caribeña porque tenía un delantero que llevaba su nombre. Ojo, Trinidad y Tobago estaba en el grupo de Inglaterra, con lo que aquella campaña tenía un punto provocativo y logró alcanzar cierta repercusión internacional. Scotland no jugó ni un minuto en Alemania, pero en cambio era un finalizador letal en el



Swansea de Roberto. Empezamos a bromear cada vez que marcaba Scotland, porque además alguien nos dijo que era un jugador muy limitado técnicamente y que apenas se movía. Recibimos referencias extremadamente negativas sobre sus cualidades —nosotros no lo habíamos visto jugar nunca—, pero cada semana marcaba. Así que prácticamente lo convertimos en la mascota del programa. «Gooooool del Swansea», gritaba yo, tras ver en el *Livescore* que el marcador había cambiado... «¿De quién, de quién?», preguntaba Padilla con expectación... «¡De Jason Scotland!» Y entonces el estudio se venía abajo. Por alguna razón, Scotland nos hacía mucha gracia. El caso es que, en gran parte debido a sus goles, el Swansea acabó ascendiendo a segunda división. El éxito se confirmó con la victoria en el campo del Gillingham el 12 de abril de 2008 con un doblete de Bussy. Los medios de comunicación locales le bautizaron como el *promotion hero*. Lo llamé para felicitarle y no se me ocurrió otra cosa que preguntarle si le parecía bien que el jueves siguiente me subiera a un avión y me plantara en Swansea para visitarlo. Nos habíamos implicado tanto con el Swansea que se había convertido en el equipo del programa. Los oyentes más activos en Facebook se emocionaban con sus resultados y seguían los partidos al detalle. Se había generado una *swanseamanía* difícil de explicar, y sentí que debíamos ir hasta allí para hablar con ellos, para pisar el estadio, para conocer de verdad al club con el que habíamos conectado de manera tan sorprendente. Bussy me dijo que adelante y me compré un billete de avión a Bristol, ciudad inglesa cercana al límite geográfico con Gales, ya que no había vuelos directos ni a Swansea ni a Cardiff. Conseguí el teléfono de Roberto Martínez, con el que aún no me había puesto en contacto anteriormente —pero que estaba al corriente del seguimiento que hacíamos a su equipo— y le pedí que me dedicara diez minutos para una entrevista. Contestó afirmativamente. Así se

escribió la historia de un viaje improvisado, producto casi de un antojo, de una ráfaga de locura. Pero qué decisión tan acertada fue aquella.

Era la primera vez que volaba a Inglaterra y no aterrizaba en Londres. Seguí el plan establecido el día antes consultando el transporte urbano de Bristol y sus líneas de autobús de largo recorrido. Hice transbordo en la estación central y cambié a un vehículo que se adentraba en las profundidades de Gales. Cruzamos el puente de Second Severn para evitar bordear el estuario y pasamos por Cardiff, muy cerca del Millenium Stadium, que fotografié a través de los cristales. Casi todos los pasajeros bajaron en la capital galesa y me quedé prácticamente solo en el camino a Swansea. Uno tenía la sensación de que se dirigía a un lugar de difícil acceso, algo que confirmaría más tarde hablando con los jugadores, que a menudo viajan a Bristol o incluso a Londres en coche para recoger a los familiares y amigos que van a visitarlos. Quedamos con Bussy en un centro comercial que estaba justo enfrente de la estación. Llegó algo tarde, pero al fin apareció. Apenas había cambiado. Vestía ropa deportiva y los clientes de las tiendas lo observaban sin disimulo: era el *promotion hero*, el hombre cuyo doblete en Gillingham había devuelto al Swansea a segunda división. Me acompañó al hotel y me dijo que me vendría a recoger unas horas más tarde para ir a cenar. Traté de dormir algo y no recuerdo si lo conseguí. Cuando nos volvimos a encontrar, me llevó en coche a un campo de golf cerca del mar. Allí estaba Dorus De Vries, el portero holandés del equipo, con el que Bussy había quedado para jugar. Me invitaron a sumarme al juego, pese a que les advertí de que jamás había practicado ese deporte —solo minigolf en Mallorca—. Dorus me hizo jugar de todas formas y mi tentativa fue espeluznante. Debió de ser tan terrible que se le quedó grabada en la memoria, ya que cuando un año y medio después nos vimos en el *stage* que hicieron en El Montanyà —pese a que no

habíamos tenido contacto desde entonces— y le pregunté si se acordaba de mí, me contestó: «*Yes, the golf player!*».

Fuimos a cenar. Allí conocí a Àngel Rangel, que acababa de ser nombrado mejor lateral derecho de la League One, y que luego sería el único de aquel contingente de jugadores españoles que se consolidaría como titular incluso tras ascender a la Premier League. Estaba también Oscar Brau, un fisioterapeuta catalán hermano de Juanjo Brau, el recuperador personal de Lionel Messi. E Iñaki Vergara, antiguo entrenador de porteros del Athletic — y exjugador de Primera División con el Murcia, la Real Sociedad y el Logroñés—. No vino Orlandi, que creo que había viajado a Barcelona. La mesa de comensales la completó el lateral izquierdo irlandés Marcos Painter, que estaba cedido por el Aston Villa. Hablaba un poco de español y se juntaba mucho con los llamados *three amigos*. Fue entonces cuando me contaron que la prensa inglesa hacía muchos paralelismos entre la historia de Bussy, Rangel y Orlandi, y la del propio Roberto Martínez, que se fue muy joven a jugar al Wigan Athletic, cuando este estaba en la cuarta división, con dos compañeros de la cantera del Zaragoza, Isidro Díaz y Jesús Seba, en 1995. Fue una cena muy agradable, animada especialmente por el carácter amigable de Iñaki, que estaba encantado de que hubiera ido a visitarlos. Pregunté por Roberto y me informaron de que, obviamente, no se juntaba con el grupo de jugadores y que mantenía una actitud muy profesional: se pasaba el día en su despacho trabajando. Iñaki me prometió que me llevaría a verlo el día siguiente. Los futbolistas se fueron a dormir pronto porque tenían entrenamiento por la mañana, y yo conocí, guiado por Oscar Brau, Wind Street, una calle que posee la reputación de ser una de las más ociosas y conflictivas de todo el País de Gales. Pero era jueves por la noche y no había mucho ambiente, así que nos retiramos pronto.

A la mañana siguiente, Bussy me recogió cerca del hotel en su coche y condujo hasta el moderno Liberty Stadium, un recinto casi futurista que impresionaba desde la lejanía. Las comparaciones con los campos de la misma categoría en el fútbol español acentuaban aún más la majestuosidad de aquella construcción. Yo estaba acostumbrado a visitar instalaciones de Segunda B con el Sabadell, y el estadio del Swansea estaba varias divisiones por encima. Era, de hecho, más espectacular que muchos de Primera, con su restaurante con vistas al terreno de juego mediante grandes cristaleras, e incluso salas de convenciones. Es importante recordar que en aquel momento el Swansea militaba en la League One: acababa de ascender, sí, pero no hacía demasiados meses, cuando Roberto Martínez asumió el cargo, no figuraba ni entre los candidatos a la promoción. Bussy se metió en la sala del desayuno con el resto de compañeros y pronto apareció Iñaki Vergara, que me mostró el túnel de vestuarios, decorado con ilustraciones gigantes que reproducían el rostro de algunos de los jugadores míticos del club. Estaba el de Roberto, que había jugado en el Swansea en una etapa anterior, y también el del propio Bussy, que era muy querido por los hinchas. Cuando saltaron los jugadores al campo para entrenar, pisé el césped con ellos, y me pidieron que me sentara en el banquillo a esperar la llegada de Roberto. Y finalmente apareció. Vestido con su ropa de entrenamiento, me saludó afectuosamente y pidió al responsable de prensa que me ofreciera un café y me mostrara el Liberty Stadium por dentro. Así fue como acabé en una habitación parecida a una cocina, con una taza en la mano que me acompañó luego durante el recorrido. El jefe de prensa estaba contento por el ascenso y me habló del gran partido que sería el derbi contra el Cardiff la temporada siguiente. Descendimos luego de nuevo al campo y observé los últimos minutos del entrenamiento, que consistía en ejercicios competitivos con balón, con la plantilla dividida en dos grupos. Luego supe que en el vestuario llevaban las cuentas globales y

que los dos jugadores con más puntuación al final de la temporada obtendrían un premio por parte de Roberto: entradas para asistir a la final de la Champions League. Era una fórmula para combatir el tedio de las sesiones de una liga tremendamente larga —46 jornadas—, para conseguir que nadie se desenchufara y que el entrenamiento tuviera un aliciente extra para los futbolistas.

Terminó la sesión y llegó el momento de las entrevistas. Reuní en una sala a Orlandi, que ya había regresado, a Bussy y a Rangel, y les pregunté por su experiencia. Estaban encantados. Venían de mundos diferentes: Orlandi llegó a debutar con el primer equipo del Barcelona, Bussy fue un canterano de clubes importantes de Primera División e internacional con las categorías inferiores de la selección, y Rangel, en cambio, estaba jugando en Segunda B en España —en el Terrassa— cuando le llegó la oportunidad de fichar por el Swansea. Era él, de hecho, quien más había jugado aquel año. Tras los futbolistas, Roberto me concedió quince minutos en su despacho. Estaba muy ocupado y en un principio pensó que yo me quedaba al partido del día siguiente, en el que el equipo sería homenajeado por la afición por el ascenso y podía además proclamarse campeón de forma matemática. Le conté que había estado una vez en su pueblo, en Balaguer, cuando el Sabadell jugó en Tercera División en la temporada 2006-2007, y que nos habían ganado 1-0 con gol de Iban Parra. Él seguía desde la distancia al equipo y me vino a decir que era muy difícil para un club de sus dimensiones progresar más allá de esa categoría. Era, de hecho, la segunda entidad de la provincia de Lleida que estaba más arriba, y la única que había conseguido una regularidad en la última división nacional. Encendí luego la grabadora y pasamos a charlar sobre el Swansea. Su discurso me encandiló. Por cómo justificaba su apuesta por la asociación, extrañísima en una liga que conservaba las características más tradicionales del fútbol inglés, una liga que no había sido influenciada

por los entrenadores y los jugadores extranjeros, como sí sucedía en la Premier League. Diferenció entre buscar la ocasión de gol mediante un balón largo azaroso, a la espera de un rechazo, que era lo que hacían la mayoría de rivales, y encontrarla a través de madurar el juego, pasar el balón de un lado a otro, mover al oponente hasta fabricar un espacio. Me justificó por qué no llevaba portero suplente: el disponer de un jugador de campo más en el banquillo podía darle más opciones tácticas para cambiar el curso de un partido, puesto que las probabilidades de tener un contratiempo con el guardameta eran reducidas. En aquella época, en las divisiones menores inglesas solo se podían convocar dieciséis futbolistas, por lo que él veía ventajoso tener a cinco —y no a cuatro— perfiles diferentes preparados para incorporarse. Solo tenía que entrenar a uno de sus jugadores de campo por si tenía que ubicarse como guardameta en alguna ocasión, algo que todavía no le había ocurrido. Pero acabó pasando la temporada siguiente en un partido en casa ante el Queens Park Rangers, cuando Dorus De Vries —mi compañero de partidas de golf— sufrió un golpe en la cabeza en la primera parte. Entonces, el lateral izquierdo Alan Tate se colocó bajo palos... ¡Y el partido acabó 0-0! Según nos confesó en una entrevista en la radio unas semanas después Dani Parejo, que estaba en el QPR en aquel momento, el Swansea había tenido la pelota durante todo el encuentro, dispuso de multitud de ocasiones de gol y fue un milagro que no acabara ganando. De hecho, Tate no tuvo que hacer ninguna parada, ya que los londinenses no chutaron entre los tres palos en todo el choque. Aquel ridículo espantoso provocó la destitución fulminante de Iain Dowie, el técnico del cuadro de Loftus Road, y confirmó que el juego propuesto por Roberto Martínez estaba causando sensación en Inglaterra.

Dejé a Roberto, me despedí de Bussy y del resto de jugadores, y me dirigí con Iñaki al centro de la ciudad para sacar el billete de autobús y regresar

aquella misma tarde. Perdí por pocos minutos el que me habría permitido viajar con tranquilidad, y tuve que reservar uno que llegaba a Bristol con muy poco tiempo de margen para desplazarme al aeropuerto y embarcar. En cambio, me dejó con un par de horas más en Swansea, que pasé en una cafetería con Iñaki, creo que tomando un helado. Iñaki recordó entonces sus experiencias como portero en el Alavés y el Logroñés, y me habló del tiempo que pasó en el *staff* técnico de Javier Clemente en el Athletic. Todo aquello de Swansea le venía de nuevo: nunca se había planteado trabajar en el extranjero, pero cuando Javi se marchó de Bilbao, se quedó sin su puesto y se enteró de que Roberto necesitaba a alguien en ese equipo galés que tuvo que buscar en los mapas. Empezaba a manejarse con el inglés y se iba acostumbrando a la tranquila vida de esa ciudad mediana, que a casi todos los españoles les parecía que era como un pueblo, porque no se alejaban casi nunca del centro y solo conocían bien las tres o cuatro calles en las que hacían vida. La urbe se multiplicaba luego en el extrarradio, hacia las colinas, pero todo aquello les quedaba muy lejos. Iñaki esperó a que mi autobús se marchara y nos prometimos seguir en contacto. Así fue como dejé atrás Swansea, compartiendo el viaje de vuelta con una chica de Bristol, estudiante en Gales, que me contó, mientras transitábamos por campos verdes galeses bajo un cielo que amenazaba a llover, que un día su hermano se cansó de todo y se alistó en el ejército. Me dio buena conversación y permitió que no pensara demasiado en la posibilidad —muy real— de perder el avión. Al final llegué a tiempo y volé de regreso a casa. Terminaban así menos de cuarenta y ocho horas en las que mi vinculación con el Swansea y con Roberto Martínez se había intensificado de manera espectacular.

El sábado siguiente emitimos las entrevistas en el programa y transcribí la de Roberto en el blog. Su discurso, diáfano y convencido, causó cierto impacto, y la audiencia de *MI* se implicó un poco más con el Swansea.

Aunque lo que realmente pasó a la historia fue una pequeña grabación, realizada casi por casualidad, en el *hall* del Liberty Stadium con Jason Scotland. Yo estaba esperando a Roberto para subir con él a su despacho cuando, de pronto, vi a un jugador negro, fuerte, con una estética impropia de un futbolista profesional. Tenía que ser ÉL. Me acerqué, le pregunté si era Jason, y mientras se me reproducía en la cabeza la frase de un compañero suyo la noche anterior —«su mejor virtud es el control con el pecho»—, le expliqué que éramos un programa de radio español que nos habíamos hecho muy fans del Swansea y que él era, como no podía ser de otra forma, nuestro gran ídolo. Le pedí que saludara a nuestra audiencia, pero en ese momento no supe cómo traducir el mensaje que quería que mandara y le dije algo así como: «*Just say 'Hi, I'm Jason Scotland. Congratulations to Marcador Internacional'*». En realidad, *congratulations* significa «felicidades», así que la frase no tenía mucho sentido, porque en caso de que mereciéramos una felicitación por alguna razón desconocida, Scotland, por supuesto, no estaba al corriente de ello. Me miró alucinado, pero me siguió la corriente y se dispuso a grabar. Sin embargo, le costó horrores la palabra «Marcador». No así «Internacional», que la decía en inglés y se parecía mucho, pero «Marcador» hacía que se trabase cada vez y lo tuvo que repetir cuatro o cinco veces. Al final, di por bueno el último intento y dejé que Scotland se marchara. No fue hasta el sábado, en la radio, cuando emitimos el saludo — presentándolo como un regalo sublime a nuestros oyentes fans del Swansea —, que Toni Padilla se dio cuenta de que había dicho «Manacor». Pedí a Blai, el técnico, que lo repitiera varias veces, y al final acabamos coincidiendo en que, en efecto, Scotland había dicho «*Manacor Internacional*». Nos hizo mucha gracia y, a partir de aquel día, cada vez que marcaba Scotland, emitíamos su saludo. Era automático. Yo decía, «gol del Swansea, gol de Scotland», y Blai, el técnico, me lanzaba, ya casi sin



consultar, su saludo. Con el tiempo, al propio programa le fue quedando el sobrenombre de «Manacor», y ahora ya siempre que lo abrimos hacemos un guiño a la mitiquísima frase de Scotland. Al fin y al cabo, ese viaje a Swansea se había producido gracias a haber coincidido una vez en unas fiestas de la Colònia de Sant Jordi con Bussy, así que la referencia mallorquina, aunque imprecisa geográficamente, tenía su sentido. Más aún: la canción que cierra el programa, «Ses estrelles del cel» —un tema repleto de vitalidad que reivindica la imaginación y la originalidad para afrontar los momentos difíciles, muy en la línea del espíritu que intenta transmitir *MI*: disfrutar con el fútbol del mundo como receta para alcanzar momentos de felicidad, aunque sean efímeros ratitos de café y radio—, pertenece al segundo álbum del grupo mallorquín Antònia Font, mi grupo favorito. El *mallorquinismo* en *MI* es indiscutible.

La siguiente fue una temporada de sueños. El Swansea estuvo arriba, merodeando los puestos de *play-off* de ascenso a la Premier durante toda la campaña. Tenía un mérito tremendo por tratarse de un recién ascendido —un recién ascendido que, además, no había modificado prácticamente la plantilla—, pero lo que maravilló al periodismo británico fue sobre todo el estilo de juego del equipo. Tras eliminar de la FA Cup al Portsmouth, el campeón vigente, en el mismísimo Fratton Park, la televisión inglesa eligió el partido de la quinta ronda contra el Fulham en el Liberty Stadium para emitirlo en abierto y en directo para todo el país, a una hora distinta del resto de la jornada. Yo pedí que *MI* se adelantara aquel sábado una hora y empezara a las 14:00 h (en aquella temporada aún arrancábamos a las 15:00 h) y me concedieron el capricho. En clave nuestra, tenía su sentido: era el primer partido del Swansea televisado en España desde que lo habíamos adoptado como «el equipo de *MI*». Visto desde fuera, era una decisión marciana, y Edu

García así quiso transmitírmelo, picándome amistosamente cuando empezó *Marcador*: «¡Una emisora de radio española modificando su programación un sábado y cargándose un programa para dar entero un Swansea-Fulham!». Aquel día, la prensa inglesa amaneció con artículos presentando a Roberto Martínez como el nuevo entrenador de moda en conceptos de juego asociativo: «*The new Arsène Wenger*», escribió, creo, *The Guardian*. La transmisión fue fabulosa. Creo que, en seis años de programa, jamás me he concentrado tanto en un partido como aquel día. Fue el clásico choque que tantas veces han jugado mis equipos: dominio abrumador, posesión elevada, multitud de ocasiones desperdiciadas y el rival anotando en una jugada azarosa en una de sus escasas llegadas. Aquel 0-1 fue un jarro de agua fría, pero *Manacor* Scotland empató el partido para que *MI* gritara su gol más memorable. Y tras el 1-1, el Swansea siguió atacando. Con Britton, con Jordi Gómez —un zurdo finísimo al que Roberto había fichado del filial del Espanyol aquel verano y que en pocos meses se había convertido en la figura del equipo—, con un jovencísimo Joe Allen, con tanta gente que convertía el discurso de su entrenador en una realidad. El partido acabó en empate, pese a que Bussy, mi amigo Bussy, mi compañero de farra posadolescente Bussy, tuvo el 2-1 en una clara ocasión casi al final. Y a pesar de los pesares, a pesar de que aquel era el partido número 16 que el Swansea no perdía de manera consecutiva, a pesar de la exhibición futbolística que había ofrecido el equipo, nos quedó a todos una sensación de frustración, de oportunidad desaprovechada. Habría que ir a Craven Cottage y allí sería mucho más difícil. Para completar uno de los mejores programas que hemos hecho jamás, Roberto Martínez entró en directo desde el Liberty Stadium pocos minutos después del final para valorar el partido que su equipo acababa de empatar. Uno sentía en tardes como esa que hacía radio de verdad.

Y, en efecto, en el Cottage fue otra historia. De entrada, para nosotros, fue mucho más complicado seguir el partido. El *replay* era entre semana, no teníamos *MI*, y el encuentro esta vez no iba a ser televisado. El sorteo de los cuartos de final ya se había realizado y había determinado que el ganador de aquel choque se enfrentaría, jugando en casa, al Manchester United. El premio era gordo. Scotland —siempre Scotland— adelantó al Swansea a los 47 minutos, pero el equipo no pudo resistir hasta el final y acabó cayendo por 2-1 (goles de Dempsey en el 77' y Zamora en el 81'). La aventura había terminado de manera cruel. Le mandé un mensaje a Bussy para animarle y me contestó que había disfrutado muchísimo la experiencia de jugar en un campo tan entrañable como el Cottage, cargado de historia, de tradición, de aroma a fútbol antiguo, a fútbol inglés puro. Lo que Bussy no sabía en aquel momento era que el entrenador del rival se convertiría algunos años más tarde en el seleccionador inglés en la Eurocopa 2012. A aquel Fulham que se atrincheró atrás en el Liberty Stadium ante un conjunto de segunda lo dirigía Roy Hodgson.

Al brillante Swansea de la temporada 2008-2009 lo condenaron los empates. Se acabó quedando fuera del *play-off* por seis puntos debido a la gran cantidad de encuentros que acabaron con equilibrio en el marcador. Ganó dieciséis, empató veinte y perdió solo diez. Su temporada había superado las expectativas y su fútbol había situado en el mapa a Roberto Martínez. Aquel verano, Steve Bruce se marchó del Wigan y pronto se empezó a rumorear que él era el elegido para sustituirle. La gente que lo conocía afirmaba que Roberto, persona fiel donde las haya, solo abandonaría el Swansea, el club que le había dado la primera oportunidad como técnico, para marcharse al Wigan, el lugar al que había llegado tantos años antes, siendo un chaval que no había podido subir al primer equipo del Zaragoza y que había regresado al Balaguer para luego emprender una aventura a ciegas

en un fútbol inglés al que no acudían jugadores españoles por aquel entonces. Recuerdo llamar a Iñaki Vergara desde Irún el día en que el Sabadell se jugaba el ascenso a Segunda y preguntarle por el asunto, que estaba siendo muy comentado en Inglaterra. No me dijo ni que sí ni que no: lo llevaba todo Roberto y no había nada cerrado. Al poco tiempo se confirmó su fichaje, y aunque en *MI* nos dio pena que ese matrimonio con el Swansea se rompiera, el futuro que se nos presentaba era extraordinario: nuestro entrenador de cabecera dirigiría en la Premier League y podríamos narrar sus partidos todas las semanas.

Me volqué en el asunto con una dedicación sin precedentes en mi carrera. Acostumbrado a este periodismo cibernético y cómodo del siglo XXI, el fichaje de Roberto Martínez me ofreció la oportunidad de acercarme a las fuentes, a los lugares de los hechos, a construir historias a partir de conversaciones con la gente. Y eso es lo que más se disfruta, porque es lo real. Convencí a Gol Televisión para que me mandaran, junto a un operador de cámara y a un realizador, a Zaragoza y a Balaguer, para entrevistar a las personas que mejor conocían a aquel joven entrenador que, pese a ser un desconocido en España, se iba a convertir en uno de los veinte técnicos de la liga de fútbol con más repercusión internacional del planeta. Incluso pacté con Roberto un viaje a Wigan, pero tuvimos que cancelarlo por cuestiones presupuestarias —para la empresa no era una prioridad gastar tanto dinero en un reportaje como aquel—. Nos reunimos en la ciudad deportiva del Zaragoza con Isidro Díaz y Jesús Seba, los dos futbolistas que, tras haberse conocido en aquel mismo lugar casi quince años antes, se marcharon junto a Roberto a la aventura de la cuarta división inglesa. Nos trajeron fotos, recortes de prensa, y hasta un DVD de un reportaje que les hicieron en Wigan, cuando fueron bautizados como *the three amigos*. Un material impresionante. Isidro, además, viajó en coche desde Cantabria, donde vive

ahora, solo para hacer la entrevista, algo que me pareció un detallazo. A los pocos días, nos fuimos a Balaguer para hablar con el alcalde del pueblo y con la familia de Roberto. Nos recibieron en el campo de fútbol y luego nos llevaron a casa de los padres de Roberto, el lugar en el que había vivido antes de marcharse a jugar a las categorías inferiores del Zaragoza, de donde era oriundo su padre. Grabamos declaraciones emotivas de la madre, Amor Montoliu, que nos contó que había escrito un libro a partir de la añoranza que sufrió cuando su hijo se marchó de casa, y en el que relataba los sentimientos suscitados por su lejanía en cada etapa de su carrera futbolística. Escuchamos luego al padre, que había sido entrenador de fútbol en el Balaguer y que sin duda transmitió su amor por este deporte a Roberto. Nos contó la llamada que le hizo su hijo cuando decidió dejar su carrera como futbolista, asumiendo que había perdido la apuesta que mantenían sobre quién jugaría hasta más tarde. Vino también Pau, el hijo de su hermana Antonieta, con el que he ido manteniendo contacto por correo durante todo este tiempo y que es el fan número uno que tiene Roberto. La familia quedó encantada con el reportaje y hasta me invitaron a final de temporada a la presentación en sociedad del libro de Amor. Así que me fui de nuevo a Balaguer y, aunque no lo tenía previsto y mis acompañantes regresaron a Barcelona tras el acto, me quedé a cenar con ellos y luego a dormir, para acabar regresando en AVE la mañana siguiente después de que el padre de Roberto me acercara a la estación de Lleida.

A pesar de todo, la andadura de Roberto Martínez por la Premier League se ha caracterizado por el sufrimiento. Salvaciones agónicas, rachas negativísimas, descensos que parecían inevitables y remontadas milagrosas. Hazañas, al fin y al cabo, porque siempre tuvo equipos limitados, porque el salto de categoría lo notaron las figuras del Swansea que se fueron con él — el mítico Scotland y Jordi Gómez—, porque la competencia en la élite era

dura. Una noche, en Madrid, un oyente del programa, hincha del Liverpool y afín a Rafa Benítez, me preguntó por qué *MI* defendía tanto a Roberto Martínez, cuando en realidad su camino por la Premier no estaba resultando, a su modo de ver, nada exitoso. Le contesté que *MI* no defendía a Roberto Martínez: *MI* apoyaba a Roberto Martínez, que era distinto. No queríamos convencer a nadie de que tomaba las mejores decisiones o de que era el mejor entrenador del mundo. Era, simplemente, el entrenador al que el programa había visto crecer desde la tercera división, al que había ido a visitar cuando estaba aún en la League One, y el entrenador alrededor del cual se había generado un interesante movimiento entre la audiencia que se manifestaba en las redes sociales. Sentimos su Swansea como algo un poco nuestro, porque en aquel equipo jugaban nuestros amigos y porque pasaron del anonimato a la élite. Y trasladamos luego esa relación al Wigan, porque allí tenía continuidad aquella aventura que había empezado como una broma y que ahora aparecía en todos los periódicos. Obviamente, en un programa que tratara la liga española, que hablara para aficiones numerosas de los veinte equipos participantes, aquella postura no se podría haber mantenido, pero *MI* es un programa especial, que cuenta partidos de otros mundos, donde las afinidades son más suaves, menos dramáticas, absolutamente tolerantes.

Durante los últimos años, he hablado varias veces con Roberto Martínez, aunque sin abusar demasiado. Le hemos hecho, cada temporada después de la salvación, una entrevista larga de casi media hora, analizando todo lo ocurrido durante la competición. Entrando en detalles, refiriéndonos a nombres propios, a momentos concretos. Sin embargo, no volví a verlo, desde aquel viernes de Swansea, hasta el día de la final de la Eurocopa 2012 en Varsovia. Era todo un poco surrealista, porque la final se jugaba en Kiev, pero ambos debíamos comentarla para medios de comunicación que emitían desde la capital de Polonia. Tomamos un café en el Radisson en el que se

alojaba y charlamos del Wigan, del Sabadell, del Balaguer, de la Euro, de las ofertas que había tenido y que no había aceptado, de la Premier en general, de los medios de comunicación ingleses, de tantas cosas... Era un lugar extraño para encontrarnos, pero disfruté enormemente de aquellas dos horas de conversación con un entrenador en el que creo porque me cautivó desde el primer momento. Tanto, que últimamente he celebrado victorias del Wigan incluso contra el Arsenal.

Y en el periodo navideño de la Premier League 2012-2013, por fin fui a visitarlo a Wigan. Aprovechando que la competición española estaba detenida y que por lo tanto yo no tenía obligaciones en la tele, viajé con Carlos Vicens a presenciar unos cuantos partidos en Gran Bretaña. Carlos ya ha colgado las botas como jugador y está absolutamente dedicado a intentar progresar en su carrera como entrenador. Dirige al Salines, el equipo de su municipio, al que ha ascendido dos categorías en dos intentos. Es tan meticuloso como un técnico profesional y aplica métodos de seguimiento y preparación a partidos de categoría regional que superan en minuciosidad a los que utilizan muchas estrategias de élite. Llegamos en tren desde Liverpool a Wigan North Western en un trayecto de media hora y tomamos un *full English breakfast* al lado de la estación. Ojeamos el *Wigan Observer* y el *Wigan Evening Post*, que hablaban de la brillante victoria ante el Aston Villa en Birmingham de unos días antes. Le pedimos a un taxista que nos llevara al campo de entrenamiento, situado en Christopher Park, y le preguntamos si seguía al equipo: nos dijo que no demasiado, que él era más de los *warriors* (el club de rugby de la ciudad) que de los *latics* (el de fútbol). Este es un problema al que se enfrenta Roberto en su proyecto: Wigan no es una ciudad futbolera, a diferencia de Swansea, que tiene una tradición importante —entre 1978 y 1982, John Benjamin Toshack, convertido con veintiocho años en el *manager* más joven de las cuatro categorías profesionales inglesas, llevó al

equipo galés desde la cuarta división hasta el liderato de lo que hoy sería la Premier League—. Wigan, en cambio, es otra historia: su equipo de fútbol siempre ha estado a la sombra del de rugby —el primer ascenso de los *latics* a la Premier llegó en 2005, con Paul Jewell en el banquillo, mientras que los *warriors* son la mayor potencia del rugby inglés, con diecinueve títulos de liga y tres campeonatos del mundo—. Para añadirle más dificultades al asunto, Liverpool y Manchester, con sus clubes gigantescos, quedan a media hora cada una. Así que es habitual ver el DW Stadium medio vacío, ya que, además, está situado a las afueras de la ciudad, en una explanada en la que no hay nada más y en la que suele hacer mucho frío. Que el Wigan esté en la Premier League es un milagro cuyo máximo responsable es su propietario, Dave Whelan, un hombre que hizo su fortuna con tiendas de deportes y fábricas de pasteles de carne. Él fue quien le pidió a su empleado Paul Hodgetts, el encargado del establecimiento JJB de Zaragoza, que buscara a jugadores españoles para darle un toque diferente al Wigan Athletic, cuyas acciones acababa de adquirir en 1995, con el club en la cuarta división. Hodgetts, que iba a ver a menudo al filial del conjunto maño, pensó en Roberto Martínez, Jesús Seba e Isidro Díaz. Y allí empezó todo.

Toda esta cadena de acontecimientos nos llevó a Wigan, pues, esa mañana del 31 de diciembre de 2012. El taxista nos dejó en la puerta del campo de entrenamiento, al final de una zona residencial, algo alejado del centro. La tranquilidad que allí se respira es inmaculada. Para entrar en el recinto hay que marcar una contraseña que solo conocen los empleados del club y no es habitual que se reciban visitas. Nos dio la bienvenida Iñaki Vergara, que acompañó a Roberto en su viaje de Swansea a Wigan en 2009, y con el que me había reencontrado la noche anterior en un restaurante de Liverpool. Cuando los jugadores ya estaban en el campo, apareció *the gaffer*: se lo presenté a Carlos, en un instante que cerraba un círculo (Carlos me presenta a



Bussy, Bussy me lleva hasta Roberto, Carlos y Roberto se conocen). Al final de la sesión, Carlos estuvo hablando un buen rato con Iván Ramis, con el que coincidió en la selección balear sub-17 que fue campeona de España en 2001 —siendo Ramis aún jugador del Poblense— y luego también en el juvenil A del Mallorca. De hecho, Carlos, que era el capitán de aquel equipo, pasaba a buscarlo en coche todas las tardes para ir juntos al entrenamiento. Luego, Roberto nos invitó a tomar un café en su despacho. Tenía colgados en la pared los planos de la nueva ciudad deportiva, su gran proyecto pensado para darle al club una estructura aún más profesionalizada que garantizara su competitividad en el futuro, incluso cuando él ya no estuviera allí. «Cuando llegué en 1995 y jugábamos en Division Three ya entrenábamos aquí... Hay que dar un paso hacia delante.» Detrás suyo se apreciaba por la ventana el cielo gris y la llovizna fina tan característica de los condados de Merseyside, Lancashire y Greater Manchester. Un clima al que estaba perfectamente adaptado y en el que se sentía como en casa.

Sin embargo, con el fichaje de Roberto por el Wigan, no abandonamos a nuestros amigos de Swansea. El club se ha hecho tan popular que nos cuesta reconocerlo como aquel que descubrimos en sus tiempos de modestia. Allí es héroe ahora Michu, a quien me encontré una noche de 2007 en El Desván, un bar de aficionados del Real Oviedo. Habíamos ido a Asturias a ver ascender al Sabadell a Segunda B en la vecina Mieres y nos presentaron a aquel chico, entonces de veintiún años, del que todos decían que sería un fenómeno. Nos contó que seguramente ficharía por el Espanyol y prometimos ir a su presentación. Pero al final acabó yendo al Celta y el resto de la historia es de dominio público. Leemos a menudo que se habla del «Swansea de Michu» y nosotros reivindicamos el mérito de los que pusieron las primeras piedras del éxito. Seguimos llamando a Rangel cada año y felicitándolo por haber sido el gran superviviente de aquella primera camada. Y por seguir destacando en la

Premier como lo hacía en la League One. También le pegamos un toque a Orlandi cuando firmó por el Brighton con la intención de repetir en la costa sur de la mano de Gustavo Poyet —excompañero de Roberto en el Zaragoza — la historia de ascensos que vivió en Gales. Y claro, estas temporadas he ido consultando, muy a menudo, los resultados del Hereford, del Northampton y del Exeter, los distintos equipos en los que, muy castigado por las lesiones, ha continuado su carrera Bussy. En tantos años de radio uno acaba entrevistando a mucha gente, pero está claro que nadie ha dejado en mí una huella tan grande como la de aquellos chicos con los que cené en Wind Street, con los que jugué a golf al lado del mar y a los que vi entrenar en un estadio que pronto sería de élite mientras me tomaba un café que mandó que me sirvieran un joven técnico llegado a esa parte del mundo desde Balaguer y que, mezclando su gusto español por el toque con el carácter competitivo del fútbol inglés de siempre, impactaría de lleno en la Premier League.



# CAPÍTULO 8

## VIENA

---

**O CÓMO EL DANUBIO LE ENTREGÓ A GOZALO SU DESPEDIDA PERFECTA DESPUÉS DE  
QUE ARSHAVIN SE SINTIERA SINDELAR**

*A Juanma Gozalo*

Organizar una Eurocopa en el centro del continente tiene una gran ventaja: todo queda cerca. La de 2008, la de Austria y Suiza, fue el torneo de las múltiples anfitrionas. No solo por poseer dos países-sede, sino porque muchos otros equipos se sintieron casi locales: Turquía, gracias a la amplia comunidad otomana que habita en Viena y que colapsó las calles de la capital después de cada victoria; Croacia, que aunque parezca que pertenece a otro mundo, está separada de Austria solo por un estrecha franja de territorio esloveno —de Varazdin a Graz hay 120 kilómetros, para que nos hagamos una idea—; Alemania, por su cercanía geográfica y las facilidades lingüísticas para sus hinchas desplazados... Incluso se dieron circunstancias tan curiosas como la disputa de un Francia-Italia en Zúrich, ciudad muy cercana a los dos países que se enfrentaban, convirtiéndose *de facto* casi en un derbi en campo neutral accesible para las dos aficiones.

De hecho, de todas las grandes citas que cubrí, la Eurocopa de 2008 fue la más dulce. La más cómoda. La más apacible. Fue la primera tras mi fichaje por Radio Marca, y aunque tuve más trabajo que en las anteriores, disfruté de un mes de pura calidad de vida. Mandaba por las mañanas una columna diaria para *Público*, más cercana a la crónica de ambiente que al análisis futbolístico, ilustrándola con fotografías que hacía por las calles con mi modestísima cámara de aficionado. Mi visión reposada sobre la jornada, analizando más en detalle el juego, la dejaba para la noche en mi blog. A veces, tras regresar del IBC, me quedaba escribiendo hasta la madrugada, previa compra de horas extras del *wifi* que vendían en recepción, ya que siempre se me agotaba el tiempo: mi optimismo me hacía creer que escribiría en noventa minutos lo que en realidad me iba a llevar ciento cincuenta. Mi participación en la radio también era extensa: intervenía en el programa de Paco García Caridad por la tarde y me metía luego de lleno en los partidos. Los transmitíamos todos, y probamos una fórmula nueva: yo, más que

comentar, copresentaba con Edu, y me encargaba de hacer preguntas a los distintos opinadores. He llegado a un punto en el que disfruto más preguntando que respondiendo, quizá porque siempre he sido un tipo más de dudar que de tener las cosas claras. Prefiero que Cappa me diga —como ocurrió en aquella Euro— por qué no le gusta Mario Gómez antes que intentar analizar yo por qué Croacia le está ganando a Alemania. Y pese a tanto volumen de trabajo, tuve momentos de pausa y placer que aún recuerdo con nostalgia. Quizá porque estábamos ubicados en el centro de la ciudad, a un paseo de cinco minutos del Danubio, al lado de los puestos de pizza y kebab en la Schwedenplatz, donde acabábamos todas las noches, cenando de pie pasadas las doce, a orillas del río que cruza Centroeuropa y serpentea hacia el Este dibujando el paisaje del continente. Me levantaba tarde todas las mañanas y desayunaba solo en una diminuta cafetería que obsequiaba a los clientes con una galletita delicada para acompañar el cruasán de crema. Allí leía los periódicos matutinos sin entender demasiado sus artículos, pero repasaba las notas numéricas que otorgaban a los jugadores en los partidos del día anterior e intentaba intuir el estado de ánimo de Austria antes y después de sus batallas. Me hice adicto a la columna de Helge Payer, el que iba a ser el portero titular de la selección local y que se cayó de la lista a última hora por un problema intestinal, y escrutándola en diagonal rescataba las nociones de aquellas lejanas clases de alemán en el instituto, cuando nos dedicábamos a cantar «Terra Titanic». Tras despedirme de la chica que llevaba el bar, caminaba hasta la Taborstrasse, donde cogía la línea 2 de metro —la morada, de cuyos túneles colgaban carteles de Andreas Ivanschitz vendiendo Nutella y de Christan Fuchs anunciando botas de Nike—, que me llevaba directamente al IBC, situado en Krieau, la penúltima parada del trayecto, solo una antes de Stadion, la que conducía al Ernst Happel, escenario de la final. Allí me metía, saludaba a Juanma Gozalo, que estaba

siempre en la cafetería de la entrada llamando por teléfono a sus tertulianos del día siguiente una vez había terminado su programa, y empezaba una jornada que se prolongaría hasta más allá de medianoche.

De hecho, para mí, la gran figura de aquella Eurocopa fue Juanma Gozalo. Lo había conocido en Alemania, en 2006, aunque solo había compartido dos momentos con él. Uno, como puro oyente, en una mesa junto a Edu García en la que nos explicó que, tras tantos Mundiales cubiertos desde Inglaterra 66, ya no se ilusionaba ante un buen inicio de España, porque sabía que ganar era casi imposible. El otro, como ridículo protagonista: estaba yo en el módulo de la COPE, separado del de Radio Nacional de España por una ligerísima pared de madera fina, y me puse a cantar a viva voz «Mediterráneo», de Serrat. Al poco tiempo entró Gozalo, la leyenda de la radio española, preguntando quién había sido el que había osado destrozar semejante obra maestra con tan patética interpretación. Quise que la tierra me tragara. En realidad, hubo un tercer momento en Múnich en el que asistimos a la grandeza de Gozalo: desde nuestra ubicación podíamos escuchar perfectamente cómo Gozalo le estaba echando una monumental bronca a un compañero que se negaba a cubrir una noticia de alcance arguyendo que ese día libraba. De su discurso aprendí, por si aún no lo tenía claro, que el periodismo no debe ser juzgado como un trabajo al uso, y que tiene sus propios códigos y reglas. Dos años después de todo aquello, tanto él como yo habíamos ido a parar a Radio Marca y éramos compañeros. Fue un placer cenar con él durante la semana previa al inicio de los partidos, discutiendo apasionadamente sobre fútbol, sobre jugadores, sobre mitos y leyendas. Defendía sus argumentos con vehemencia. Era un espectáculo en privado tanto como en público: su voz desprendía pasión cuando sonaba cada mañana y daba los buenos días desde el Danubio Azul. Porque él también amaba el

Danubio. Lo amaba tanto que una mañana que tenía libre se montó en un barquito y se fue hasta Bratislava solo. Y regresó por la tarde.

Es difícil no amar el Danubio. Yo lo había conocido en 2004 en Budapest, la ciudad dividida por sus aguas. Una tarde, a esa hora en la que el sol ilumina sin hacer daño y embellece los paisajes, crucé el puente de la Libertad y subí al monte Gellért, en la parte de Buda, desde donde se divisa casi en su totalidad la capital de Hungría. Seguí con la mirada el curso del río, que se perdía hasta el infinito. Hacia un lado, Centroeuropa; hacia el otro, aún muchos kilómetros hasta llegar al Mar Negro. Millones de personas aman, sueñan y sufren en ciudades y pueblos bañados por sus aguas. Es uno de los nexos de unión de esta tierra tan diversa, tan rica en matices culturales y tan apasionante llamada Europa. Me reencontré con su magia en Belgrado, en 2007, ya más cerca de su desembocadura, y observé en él la misma solemnidad, el mismo aire de trascendencia. Las ciudades por las que transita el Danubio adquieren una dimensión imponente. Viena, en 2008, me permitió tenerlo cerca de manera regular, casi adivinar qué debe sentirse sabiendo que es tu ciudad la que posee semejante privilegio. Paseé por sus márgenes una mañana en la que me levanté con dolor de estómago, y se me pasaron todos los males. Visité sus discotecas flotantes instaladas en sótanos de barcos turísticos mientras personalidades que acudían a la Euro a dejarse ver saboreaban gin-tonics en la cubierta hablando de política. Me relajé en terrazas decoradas como playas artificiales, con tumbonas y daiquiris que contrastaban con el viento fresco, incluso en junio. Mi Viena fue el Danubio. Mucho más que el Prater, que solo visitamos la víspera de la final, para que no se dijera que lo habíamos evitado, haciéndonos la clásica foto en la noria de *El tercer hombre*. Una noria que, por aquel entonces, estaba adornada con el rostro de Petr Cech y su característico casco protector. No visité ni palacios imperiales ni edificios de ópera, pese a que una vez, leyendo *El último*



*encuentro* de Sándor Márai, me fascinó la idea de imaginar cómo habría sido vivir en la Viena del esplendor del Imperio Austrohúngaro. Sí, en todos mis recuerdos de Viena aparece, dominador, casi monopolizando mi idea de la ciudad, el Danubio.

Aunque fuera la Eurocopa de Austria y Suiza, yo la viví entera en Viena, así que, a efectos prácticos, el ambiente local que percibí con más fervor fue el que acompañó al equipo dirigido por Josef Hickersberger. La sensación previa que teníamos todos era que Austria haría un ridículo espantoso. Sus propios aficionados lo pensaban, e incluso una asociación recogió firmas en el país para solicitar que el equipo no participara, y evitar de este modo la humillación en casa. Ya no era por una cuestión histórica (era la primera vez que jugaban una Euro, aunque habían estado en siete Mundiales). Se trataba de una falta alarmante de materia prima, de jugadores con el nivel necesario para competir en lo que, en definitiva, era el torneo que reunía a los mejores del continente. La mayoría de sus convocados pertenecían a clubes de la liga local —muy venida a menos— y sus figuras eran gente como Roland Linz del Braga o Emanuel Pogatetz del Middlesbrough. Es cierto que estaban en la lista final tres de los miembros que el verano anterior habían alcanzado unas meritorias semifinales con el equipo sub-20 en el Mundial de Canadá (Sebastian Prödl, Erwin Hoffer y Martin Harnik), pero todavía no parecían estar preparados para marcar diferencias con la absoluta. Harnik, de hecho, llegó al torneo siendo más bien un jugador del Werder Bremen II (el filial) que de la plantilla profesional. Si Austria hubiera tenido que ganarse la clasificación en una liguilla previa, jamás habría llegado a la Eurocopa con aquel equipo. No sucedía lo mismo con Suiza, que si bien es cierto que se quedó también en la primera fase, sí contaba con un combinado digno que venía de hacer octavos de final en Alemania 2006 y que juntaba a los Frei y Hakan Yakin con nuevos valores como Behrami, Inler o Derdiyok. Para mí,

alojarme en una ciudad-sede cuyo equipo nacional no tenía ninguna posibilidad real de hacer algo bonito en la competición representaba una novedad absoluta. Nada que ver con lo vivido en Lisboa o en Múnich, por mucho que Alemania llegara mal al 2006. Esto era diferente. Austria organizaba una cita en la que era, de largo, el peor equipo.

Y sin embargo, durante la semana y media en la que Austria estuvo viva en la competición, pude experimentar una escalada brutal de esperanza. Un cambio en el estado de ánimo colectivo realmente sorprendente. Las banderitas nacionales, que al principio escaseaban, podían verse en cualquier escaparate, en tranvías, en cafés y panaderías. Creo que Hickersberger tuvo mucho que ver con ello. Era un entrenador del que yo no sabía absolutamente nada: no lo había seguido jamás. Había dirigido bastante en el mundo árabe antes de regresar al Rapid de Viena y aceptar luego el cargo de seleccionador. Estaba fuera de los grandes circuitos mediáticos, y sin embargo me cautivó por su valentía en el manejo de los partidos. Sus cambios tácticos, la apuesta por futbolistas atrevidos y que revolucionaban los encuentros cuando ingresaban en las segundas partes con su entusiasmo, eran conmovedores. Un chico llamado Ümit Körkmaz —de origen turco, como de orígenes foráneos eran tantos jugadores en aquel equipo— representaba exactamente ese tipo de excitación, subiendo por la banda izquierda con una voracidad inusitada. Austria acababa los partidos con todo, como si llevara tatuado en la frente el lema «de perdidos al río». No le valió para empatarle a Croacia, pero sí para lograr, en el último minuto, nivelar su segundo encuentro ante Polonia. Un gol de penalti en el minuto 93 de Ivica Vastic —que en aquel momento tenía 38 años y jugaba en el LASK Linz— hizo vibrar a Austria entera. Jamás había observado algo parecido: un mísero punto ante el enemigo más débil de un grupo en el que solo habían sumado uno de seis instaló al país en la euforia. Coincidí en el metro con los hinchas que volvían del estadio y en el

vagón abarrotado se cantaba al unísono: «Ivo Vastic *Fussballgott!*» (Ivo Vastic, Dios del fútbol). Pero lo mejor de todo era que Alemania había perdido esa misma tarde ante Croacia, con lo que Austria sabía que si le ganaba en la última jornada a su rival histórico, a su viejo enemigo, a su vecino más cercano, se clasificaba para la ronda siguiente dejando fuera a los germanos. Los cuatro días que pasaron entre ese gol de Vastic y el esperadísimo Austria-Alemania constituyeron la previa más caliente, más sentida, de cualquier encuentro en aquella Eurocopa. Los diarios locales anunciaban que el partido se convertiría en la emisión televisiva más vista del año, y en la deportiva más seguida de la historia, superando los saltos de esquí que habitualmente rompen récords en las cadenas del país. Empezaron a aparecer referencias al «milagro de Córdoba», el encuentro del Mundial 78 en el que Austria, que ya no tenía posibilidades de clasificarse, derrotó a Alemania Occidental e impidió que se metiera en la final. Leímos crónicas que evocaban la figura de Hans Krankl, bigoleador y héroe de la hazaña. El espíritu que tuvo aquel equipo tres décadas atrás era el que había que transmitir a la nueva generación. Obviamente la Austria del 2008 era peor equipo —de hecho, se considera que la que participó en los Mundiales del 78 y del 82, dirigida por Helmut Senekowitsch y con Herbert Prohaska como gran figura, fue la mejor selección del país después de la Segunda Guerra Mundial—. Pero lo que había que aprender de ellos era el ímpetu, el deseo de derrotar a Alemania, ese plus de estímulo que hiciera posible lo imposible. Y lo sorprendente (o no) es que la gente de la calle empezó a creérselo. Que pasó, en diez días, de pensar que su equipo era el más desastroso que jamás había pisado una Eurocopa a estar convencida de que le podían ganar a Alemania. A la hora de la verdad, sin embargo, Austria pareció superada por la expectativa y firmó su peor partido del torneo. Cayó por 0-1 y se despidió con un punto, un gol a favor de penalti y tres en contra. Fue, al menos, algo

más digno que el ridículo esperado meses atrás por su gente, pero no suficiente para Hickersberger, que se ganó aún más mi admiración dimitiendo al considerar que no había cumplido el objetivo. Para mí, lo había hecho con creces, pero su renuncia desprendía una dignidad un tanto rara en el fútbol.

Pero cuando cayó Austria, Viena no se quedó huérfana de pasión. Todo lo contrario. La eliminación de la anfitriona coincidió con el despertar de Turquía, que generó concentraciones de aficionados que poblaron las calles con camisetas rojas, gritando al aire el nombre de su país, ese país que habían dejado lejos para buscar una oportunidad en Centroeuropa, pero al que seguían amando. En Viena viven cerca de 40.000 turcos, y fueron suficientes para convertir al conjunto otomano en el «segundo» seleccionado local en la ciudad durante la disputa del torneo. Ayudó también lo épico de sus victorias. El conjunto de Fatih Terim se especializó en remontadas impensables y flirteó tres veces con la eliminación para acabar escapando siempre a última hora. Le volteó a Suiza un 1-0 y a la República Checa un 2-0, siempre con el joven Arda como uno de los indiscutibles protagonistas. Por aquel entonces, jugaba en el Galatasaray y tenía veintiún años. Era una de las grandes revelaciones del campeonato, y la elástica turca más molona en las reuniones descontroladas de aficionados eufóricos era la suya. Quien estaba a la última llevaba la camiseta de Arda. La noche de su histórico triunfo por penaltis ante Croacia, superando ya cualquier tipo de lógica de supervivencia, me mezclé entre ellos cerca de la parada de metro de la Schwedenplatz y empecé a fotografiarlos para ilustrar mi columna para *Público* del día siguiente. Un chico de unos dieciséis años se me puso justo delante y gritó con la boca abierta «*Tur-ki-ye*» haciendo la «V» de victoria. Por una noche, cubriendo eventos de ajeteo callejero, me sentí fotógrafo profesional.

En realidad, aquella clasificación de Turquía me hizo daño, porque acabó con lo que parecía que iba a ser una Eurocopa memorable de Modric. Croacia

llegaba a la cita con esa etiqueta de tapado y favorito secreto de los especialistas. Un poco similar a lo que le había ocurrido a la República Checa en 2004, pero haciendo menos ruido. Igor Stimac, histórico exjugador de la selección, había declarado antes de empezar el torneo que veía a su selección candidata a todo hasta que se lesionó Eduardo Da Silva, pero que la baja del atacante de origen brasileño le hacía albergar más dudas sobre las posibilidades del combinado balcánico. Unas dudas que se difuminaron cuando el balón empezó a rodar y los de Slaven Bilic ganaron sus tres partidos de la primera fase, incluido uno de manera brillante ante Alemania. El grado de confianza de sus hinchas era tremendo. Pude comprobarlo cuando visitaron Viena y llenaron la Stephanplatz perfectamente uniformados con sus trajes ajedrezados. Modric había nacido a ojos del mundo unos meses antes, con un partido legendario en Wembley que supuso la eliminación de Inglaterra en la liguilla clasificatoria. Había ganas de verlo en el primerísimo nivel de nuevo, ya que acababa de firmar por el Tottenham en medio de una gran expectación. Tenía aún veintidós años y solo había salido de la liga croata para marcharse cedido por el Dinamo de Zagreb al Zrjinski de Mostar bosnio. Su partidazo ante Alemania en Klagenfurt le descubrió para el gran público, y Bilic incluso declaró en la rueda de prensa posterior que era «el mejor jugador de Europa». Fue una etiqueta que causó impacto, pero que en aquel momento no se alejaba tanto de la realidad. Modric quizá era, tras la primera fase, el futbolista de toda la competición con más influencia en el juego colectivo de su equipo. El mazazo que supuso que Turquía igualara en el último minuto de la prórroga el gol que acababa de conseguir Klasnic, se dejó notar en los correspondientes lanzamientos de penalti. En aquella noche de Viena, se le escapó a Luka la oportunidad de trascender a una edad muy temprana. También a Bilic, que había mostrado un carisma innegable con su

comportamiento en la banda y con sus apasionadas celebraciones de los goles.

Así que Turquía se clasificó para semifinales, y lo hizo con una cantidad de bajas sin precedentes en un gran torneo. Fatih Terim tuvo que reorganizar al equipo ubicando incluso a algún jugador fuera de posición, como Mehmet Topal, que se situó como defensor central. Alemania, pese a haberse regenerado espiritualmente dos años antes con la *klinsimanía*, no era aún el equipo encantador que nos enamoraría a todos a partir de 2010, cuando se entregó a la magia de Özil, a la improvisación de Müller y a la jerarquía de un Schweinsteiger más centrado —imitando la maniobra de Van Gaal en el Bayern—. Era aún una Alemania más bien plana, con un Ballack en horas bajas —pese a que fue él quien acabó con el sueño austríaco anotando un golazo de falta directa en el partido decisivo de la primera fase— y sin una gran capacidad para dominar a los rivales. No era un conjunto 100% fiable, y yo estaba convencido de que los turcos, que llegaban con un espíritu colectivo muy fuerte, iban a tener sus opciones. Creía que las lesiones los habían unido aún más, exigiéndoles una concentración y un esfuerzo de superación suplementarios. Recuerdo polemizar al respecto con Gozalo, que hasta me llamó al hotel la mañana del partido para discutir en directo. Él estaba seguro de que a Alemania, la Alemania que había conocido en tantas grandes citas, iba a imponerse a Turquía ni que fuera por el escudo, por su historia, por su bagaje. Aquella noche, el partido se jugaba en Basilea, ya que todos los encuentros a partir de los cuartos se repartieron entre la ciudad de Roger Federer y Viena. A media tarde el cielo se nubló, y a la hora del inicio del duelo empezó a caer la enésima tormenta eléctrica de la Eurocopa sobre la capital de Austria: un diluvio universal que daba miedo. Los truenos se escuchaban desde el interior del IBC, e incluso los relámpagos se podían intuir por alguna rendija que filtraba la luz del exterior. La UEFA enviaba la

señal del partido a todo el mundo desde allí, y varias emisoras de radio retransmitíamos desde nuestro módulo en Viena. La imagen televisiva empezó a cortarse y, durante un largo espacio de tiempo, solo pudieron seguir el juego los espectadores que estaban en Basilea. Fue como regresar al siglo pasado. Turquía, que se había adelantado en el marcador —Gozalo me mandó un SMS reconociendo que no se lo esperaba—, empató a dos en el minuto 86 con un gol de Semih Senturk —rematador abonado a la épica y especialista en empates agónicos, o al menos eso pareció aquel verano— que no vio casi nadie. Cuando volvió la señal había cierta confusión sobre el resultado. Enfocaron el marcador y supimos que iban 2-2. Justo en la acción siguiente, Lahm agarró el balón, firmó la jugada del partido y metió a Alemania en la final. Me tocó entonces darle el pésame al vendedor de kebabs al que visitábamos todas las noches con Rafa Sahuquillo al regresar del IBC, y que veía los partidos a través de un mini televisor que se había instalado en el tenderete.

Pero, en realidad, el equipo sorpresa que cautivó por lo bello de su estilo fue Rusia. Llegaba a la Eurocopa en medio de la *Arshavinmanía*. El pequeño atacante había impresionado en los meses previos guiando al Zenit al título de la Copa de la UEFA y se convirtió en uno de los nombres de moda en los círculos de apasionados del fútbol internacional. Hiddink se lo llevó a la cita pese a que estaba sancionado en los dos primeros partidos. Le bastaron dos actuaciones —en la tercera, ante España, estuvo casi anónimo, sin posibilidades de intervenir— para reclamar un puesto en el equipo ideal del torneo; una primera muy buena ante Suecia para conseguir la clasificación para la segunda ronda y otra superlativa ante Holanda que —en un arrebató de euforia tras disfrutar como nunca con un encuentro en el que aparentemente era neutral— etiqueté como la mejor a nivel individual que había visto jamás en un campo de fútbol. Me recuerdo de pie, levantado de la

pura emoción del espectáculo, cuando se inventó el 1-3 que sentenciaba la prórroga y que constituía el punto culminante de ese *in crescendo* de placer que fue su partido. Rusia acababa de cargarse al equipo que había goleado a Italia y a Francia, las dos finalistas del Mundial anterior, en el llamado «grupo de la muerte». Había destrozado de un plumazo la creciente corriente de opinión que elevaba a Marco van Basten a la categoría de estrategia del torneo. Arshavin conquistaba de este modo la fama a nivel mundial en una sola noche, porque sus heroicidades en la Copa de la UEFA pasaron inadvertidas para un público general centrado en la Champions League y que encontraba dificultades para seguir en profundidad una competición cada vez más eclipsada. De repente, todos empezaron a hablar de él. Recibí llamadas de periodistas interesados en escribir perfiles suyos para diarios generalistas y el que en teoría era su representante fue entrevistado en todas las emisoras de radio españolas declarando que Andrei, desde pequeño, era del Barça. Y yo me acordé entonces del primer día que lo vi —o del primer día que me llamó la atención—: en un 7-1 de Portugal a Rusia en octubre de 2004 de la fase de clasificación para el Mundial de Alemania en el Alvalade. Marcó un golazo y me encantó, a pesar del humillante resultado.

Se generó un *boom* impresionante y pude apreciarlo con mis propios ojos cuando, en la única tarde en la que logré salir del IBC y acercarme a un lugar en el que de verdad pasaban cosas, presencié el entrenamiento de la selección rusa previo a la semifinal contra España. Fue en el Franz Horr Stadium, la sede del Austria de Viena, un coqueto campo con tribunas antiguas cubiertas pero muy pequeño para lo que se podía esperar de un club que, en realidad, es el segundo con más títulos de liga del país —después de su vecino Rapid, fundados ambos en el barrio de Hietzing—, y que además escribió páginas gloriosas en la historia del fútbol europeo antes de la Segunda Guerra Mundial, con su legendario futbolista Matthias Sindelar a la cabeza. En ese



campo, que en 2008 además estaba siendo reconstruido y por lo tanto le faltaba la grada del fondo principal, no podía adivinarse ni un átomo de la grandeza que aquella entidad había ostentado en el pasado, conquistando dos Mitropa Cup —una especie de antecesor de la Copa de Europa para conjuntos de la zona central del continente— en los años treinta, justo antes de la anexión de Austria por parte de Alemania. Sindelar se había rebelado contra el *Anschluss*, celebrando con vehemencia los goles de la victoria de su país ante el invasor en un partido celebrado en el Prater —el actual Ernst Happel—, en 1938, en lo que se suponía que era una fiesta para celebrar el nacimiento de la nueva identidad geopolítica. Pocos meses después, el genial jugador, considerado como uno de los primeros futbolistas creativos de la historia, fue hallado muerto junto a su novia en su apartamento vienes por intoxicación de monóxido de carbono. Durante décadas circularon toda clase de teorías con respecto a las causas de su muerte. Sin embargo, y aunque aquella tarde de julio nos encontrábamos muchos periodistas futbolísticos en un campo construido durante la época de Sindelar —y que además en sus primeros años fue la sede de un club de inmigrantes checos en Viena como él —, prácticamente nadie hablaba del pasado. Todas las miradas y los objetivos de las cámaras apuntaban a Andrei Arshavin.

Y Arshavin se sabía observado. Sin tener ninguna necesidad de ello, se acercó a realizar ejercicios de calentamiento cerca de la zona en la que se había ubicado la prensa, y luego jugueteó con la pelota dedicando sonrisas a los que lo seguían con atención. Era como un niño disfrutando de su momento de gloria, de su recién estrenada popularidad mundial. Sin embargo, la sesión a puertas abiertas duró solo quince minutos, y luego tuvimos que refugiarnos en el exterior del campo, a la espera de que el entrenamiento acabara y Hiddink decidiera —o no— hablar con los medios. Aquella era una tarde calurosa en el inestable tiempo de Viena, y la pequeña

cafetería del campo hizo su agosto vendiendo helados y refrescos. Durante el largo rato que estuvimos desafiando la canícula, hubo reencuentros entre periodistas que hacía mucho tiempo que no se veían. Y es que en aquella sesión coincidían algunos de los que estaban siguiendo a la selección española —y que, por lo tanto, no llegaron a Viena hasta las últimas rondas— y los que desde el inicio del campeonato se habían establecido en el centro de prensa de la capital. Al final acabó saliendo Hiddink, y todo el mundo se abalanzó hacia él, que casi acaba arrollado por la muchedumbre. Enfadado, dijo algo así como que ya estaba familiarizado con los métodos poco civilizados de los periodistas españoles, y pidió orden. Solo si su espacio era respetado estaba dispuesto a hablar. Entonces se fue formando un apretado círculo a su alrededor y se entabló una férrea lucha por colocar los micrófonos, las grabadoras y las cámaras lo más cerca posible del entrenador. Como yo había acudido al estadio con Pablo López, me tocó a mí librar esa batalla, ya que tengo el brazo más largo, y estuve los poco más de cinco minutos que duró su comparecencia haciendo equilibrista para obtener el mejor sonido posible. Fue una bonita experiencia, que me recordó mis aventuras de Lisboa en 2004 haciendo de reportero, algo que, con tanta programación en directo sobre la Euro en Radio Marca, no había podido experimentar durante todo el torneo. Hiddink acabó subiéndose al autocar, que lo estaba esperando, y abandonó el estadio Franz Horr con el resto de la expedición rusa. Dos días después, su equipo no estaría, ni por asomo, a la altura de tanta expectación en su semifinal ante España.

Aunque, en realidad, el partido que determinó el éxito de España en aquella Eurocopa fue el de Italia. Es cierto que en la primera fase el equipo de Aragón había ganado los tres partidos, pero aquello no representaba una novedad con respecto a anteriores campeonatos que se habían iniciado de manera esperanzadora para acabar transformándose en decepciones

mayúsculas. Incluso el 2-1 ante Suecia, con un gol de Villa muy al final, despertó críticas entre sectores de la prensa poco afines al entrenador. El clima de discusión con respecto al técnico era evidente: porque no se había marchado tras no cumplir el objetivo que él mismo se había marcado en Alemania, pero sobre todo también por el cambio generacional y de ruptura con el pasado que implantó dejando fuera a Raúl González, un símbolo del fútbol español y, hasta ese momento, su jugador más carismático. En algunas tertulias el ambiente era tenso y crispado, y el propio Luis desafiaba directamente a los periodistas que cuestionaban su apuesta. Incluso se publicó, durante la competición, que ya tenía acordado su fichaje por el Fenerbahçe cuando acabara la Eurocopa, toda vez que terminaba su contrato y no había interés por parte de la Federación por renovarlo. No parecía el mejor clima para afrontar un torneo de aquella magnitud, y lo cierto es que entre los enviados especiales de los distintos medios españoles no se respiraba la sensación de que aquella vez sí tocaba ganar. No. Hacíamos nuestro trabajo, cogíamos el metro para ir a comer al centro comercial situado al lado del estadio Ernst Happel y observábamos el estadio desde la terraza del restaurante italiano al que siempre acabábamos acudiendo ignorando por completo que allí se escribiría el inicio de la época más brillante y más histórica del fútbol español. Porque allí, en el antiguo Prater, iba a jugar el equipo todo lo que quedaba de torneo después de ser primero de grupo: tanto el cuarto de final ante Italia como su hipotética semifinal iban por la parte vienesa del cuadro. Y la final, claro. Así que, de repente, las callejuelas empinadas que quedaban cerca de la Schwedenplatz y en las que se concentraban los bares más animados se fueron poblando poco a poco de aficionados españoles. Ya la noche previa al duelo ante Italia se apreciaba un ambiente especial. Uno acababa saliendo a tomar una copa ni que fuera por medir, cual termómetro sociológico, qué equipo había llevado a más gente y

qué afición se encontraba más confiada la noche previa al partido. Sin embargo, españoles e italianos se concentraron en vivir la fiesta del momento y cambiaron por completo el color y el sonido habituales en las madrugadas vienesas. El Danubio, por un día, se sintió casi como si fuera a desembocar en el Mediterráneo.

En la previa del partido, hablamos mucho con Gozalo y con Gaby Ruiz, el compañero de Canal Plus al que detuve sin dudarlo en medio del pasillo para presentarme por la pura admiración que le tenía —y que hoy aún ha aumentado más— desde la distancia. Gaby resultó ser una bellísima persona, y escuchándolo fuera de antena uno podía entender por qué se había convertido en un comentarista de referencia: le apasionaba hablar sobre el juego. En cualquier momento, en cualquier situación. Imaginábamos partidos posibles y desconfiábamos de la campeona del mundo, que se había salvado por los pelos en la última jornada de la primera fase derrotando a Francia —y provocando que ese peculiar animador de grandes citas que es Raymond Domenech firmara el momento mediático estelar de la Eurocopa al pedirle matrimonio por televisión a su novia presentadora justo cuando lo observaba todo su país y esperaba de él una explicación con respecto a la prematura eliminación—. Imaginábamos un choque duro, disputado, parejo, incómodo, con favoritismo repartido, pese a que España había acabado la primera fase con nueve puntos e Italia solo con cuatro.

Recuerdo las horas previas. Quedé con el padre de Cesc cerca del ayuntamiento, la Rathaus, una zona de Viena que aún no había explorado —en realidad, siempre hacía el mismo recorrido—. Tomamos café en un moderno restaurante. Había viajado esa misma mañana con su hija pequeña, Carlota, una adolescente que llamaba *tete* —y con toda la razón— a uno de los mejores jugadores de la Premier. Me preguntó que de qué equipo era y le pareció raro que le dijera que del Sabadell y del Arsenal. No sabían si Cesc

iba a jugar por la noche. Pero había que estar. Por si acaso. Lo cierto es que solo había empezado como titular el partido ante Grecia, que era intrascendente, y el cuarteto Silva-Senna-Xavi-Iniesta por detrás de Torres y Villa parecía bastante intocable. Sin embargo, él venía de jugar la mejor temporada de su carrera, y estaba como loco por comerse el mundo en aquella Eurocopa. Regresé al IBC y me dispuse a comentar el partido. Estábamos solo el técnico de sonido y yo, porque el resto de compañeros que no participaban en la transmisión aprovecharon que el choque se jugaba en Viena para verlo desde el estadio —al no tener que intervenir, no les afectaba para nada no poder estar en posición de comentarista—. El duelo fue tenso, como se esperaba, con pocas ocasiones claras, y con un Chiellini que parecía imposible de desbordar —creo que mi imagen de este se modificó desde aquel día; me impresionó tantísimo su partido que, a partir de entonces, me fijé mucho más en él, y me di cuenta de que era un central tremendo—. Cesc entró por Xavi a los sesenta minutos y, aunque mi sensación fue que hizo mejorar a España, el 0-0 no se rompió. Llegó entonces la famosa tanda de penaltis, la actuación milagrosa de Casillas —rememorando su gloriosa aparición ante Irlanda en 2002, pero empezando a elevar, ahora sí, los primeros cimientos de un éxito monumental—. Ocurrió que el último penalti le cayó a Cesc y, si marcaba, España ganaba. No se trataba solo de ganar un partido. Creo que todos éramos conscientes de que ganar ese partido suponía desbloquear psicológicamente un hándicap histórico. No se podía afirmar que marcar ese penalti significaba ganar la Eurocopa, pero sí superar el escollo más molesto. Ni Alemania, ni Turquía, ni Rusia pese a Arshavin, parecían más duras que Italia. Era una oportunidad histórica de que se abriera una puerta, de que entrara luz, de que ser campeón dejara de ser utópico para convertirse en factible. Y todo el peso de aquello, toda esa trascendencia, recaía en Cesc Fàbregas Soler, un chico de Arenys, y qué os voy a contar que

no haya contado ya en el capítulo de Londres... Me acordé de su padre, de su hermana, de cómo lo estarían viviendo en ese momento en el estadio. Se trataba de meterla. No podía fallar. Era hacer gol, un penalti —*joer, parece fácil*—, pero qué complicado se vuelve todo cuando la posibilidad del error te paraliza y el pánico se apodera de ti porque sabes que fallar es la nada y es la oscuridad, es la caída a los abismos. Es quizá la lapidación mediática, los periódicos, los comentarios en las redes sociales, los internautas de marca.com... A mí, algo así me habría superado. Pero el que chutaba era Cesc, que es un tipo con más determinación, un chico cuyo deseo de ganar supera siempre el miedo a perder. Y mientras del susto y el nerviosismo yo me cargaba de una patada la mesa del equipo de transmisiones que me conectaba a la radio, Cesc convirtió el penalti con la maestría de los genios tranquilos. Era el héroe. Era el hombre que había cambiado la historia. Raúl Varela, que conocía la actividad de mi tarde previa, gritó, con esa originalidad y esa entonación que lo convierten en probablemente el mejor narrador de radio en España: «¡Qué bien supo el café con tu papá!». Y yo, emocionado, no conseguía recordar si Cesc había tirado un penalti alguna vez. No me salía ninguno. Y es que no había tirado ninguno, nunca, en el fútbol profesional. Y pese a todo ello pidió el quinto, contra Buffon (¡¡¡contra Buffon!!!), y lo tiró como si nada. Como quien se toma un café contemplando la Rathaus en Viena.

Aquel partido ante Italia inició un debate sobre quién debía ser el titular en la semifinal ante Rusia: Xavi Hernández o Cesc Fàbregas. Un debate que, en conversaciones fuera de antena en los pasillos del IBC, alcanzó una cota de decibelios considerable. Carles Fité, amigo de Sabadell que estaba cubriendo la Eurocopa para la COPE, defendía a Xavi, e incluso llegó a decir que, a diferencia de lo que yo había percibido, España perdió el control del duelo ante Italia cuando entró Cesc. Conviene recordar que, en aquel momento,

Xavi no era aún una figura reconocida unánimemente en el mundillo futbolístico español. Sus mejores años estaban por llegar, y llegaron, precisamente, a partir de esa Eurocopa. Venía de jugar una temporada tirando a discreta en el Barcelona, y en los foros de internet más activos del entorno azulgrana era duramente criticado por sus propios aficionados. Lo que no podíamos imaginar ninguno de los que nos habíamos peleado dialécticamente como si aquello fuera una dicotomía sin gamas de grises era que el mejor fútbol del torneo lo firmaría España cuando coincidieran los dos en el campo. Ocurrió ante Rusia, en un partido que no fue batalla. Un choque en el que el juego de pases cortos y veloces del equipo de Aragonés, junto a su dinamismo y constante intercambio de posiciones, mareó a los zagueros de Hiddink, férreos y pesados, poco ágiles y lentos a la hora de reaccionar. Villa se lesionó antes del descanso y entró Cesc, que había sido suplente, para acomodarse al lado de Xavi en un 4-1-4-1 en el que coincidían algunos de los jugadores más talentosos que España ha dado en décadas: Silva e Iniesta completaban el cuarteto en tres cuartos. La segunda parte fue una locura. Un festín de disfrute inagotable. Un rondo eterno, un «no va más». Cuando Xavi marcó el 1-0, Fité vino corriendo a nuestro módulo de Radio Marca y me dedicó un gesto obsceno para restregarme que *su* jugador había abierto la lata. Pero al final tuvo que reconocer que Cesc estuvo también de cine, ya que dio las asistencias de los goles de Gūiza y Silva para el 3-0 final. Luego llegaría el Barça de Guardiola y regalaría al fútbol algunos partidos memorables, pero creo que ese España-Rusia sigue siendo, si no el mejor, uno de los más brillantemente jugados que recuerdo.

La final ante Alemania iba a convertirse, pues, en el partido más importante para el fútbol español en décadas. Radio Marca redobló esfuerzos con una programación especial y también me pidieron de *Público* un análisis exhaustivo del rival, jugador por jugador. Sin embargo, no estaba claro que

Michael Ballack, el líder del conjunto de Löw, pudiera jugar, ya que arrastraba molestias físicas en el gemelo. Nos enteramos de la noticia en el entrenamiento oficial, al que acudí para poder decir que, aunque fuera solo en una sesión preparatoria, había estado en el interior del Ernst Happel. Me gustó el campo; hacía una tarde magnífica. Escuché la rueda de prensa del técnico alemán, que no confirmó quién jugaría si su capitán no se recuperaba, y me preparé para el espectáculo de la noche previa. Una final es un partido histórico y atrae a mucha más gente que un encuentro de cuartos. Consigue que se desplace hasta el que no se había planteado la opción de viajar pero que no quiere perderse algo legendario, algo que parecía que solo podía suceder una vez en la vida. Como Alemania estaba al lado, muchos hinchas llegaron el mismo día del partido, lo que propició cierta superioridad numérica española en las callejuelas contiguas al Danubio. Aquella noche salió casi todo el mundo: hasta periodistas veteranos con poca pinta de juerguistas. Y Viena respondió a la expectativa: se improvisó una especie de escenario y no sé si incluso un concierto, pero lo que sí recuerdo bien es que me vi bailando en medio de la calle una música que sonaba alegremente en el aire pese a que eran más de las doce. Restaurantes de etiqueta sacaron tenderetes de pizza a la calle para abastecer la demanda, y los aficionados españoles, eufóricos por lo que habían visto tres días antes, se sentían ya campeones. Alguno hasta acabó ligando en medio del jolgorio.

Era la final, y había que hacer lo posible para que todos la viéramos desde el estadio. Teníamos una posición de comentaristas para tres personas, y la intención era que la compartiéramos entre cinco: Raúl Varela, Miguel Ángel Díaz, Javi Amaro, el técnico de sonido y un servidor. ¿Cómo íbamos a hacerlo? Al parecer, alguien dijo que solo con la acreditación de la competición y que si íbamos muy temprano podríamos entrar en el recinto sin problemas. Y en efecto, así fue. Llegamos sobre las cuatro de la tarde cuando



la final era a las 20:45 h para conseguir acceder antes de que los controles se volvieran más estrictos. Amaro y yo llevábamos, por si en algún momento venía un miembro de la UEFA, un pase de observador de un partido antiguo. O sea, doblemente fraudulento: ni nos autorizaba a estar arriba en la zona de pupitres ni se correspondía con la final. Se trataba, pues, de esperar y confiar que nadie sospechara que cinco personas en esa zona estaban incumpliendo la normativa. A mí, que robar un caramelo en una tienda de chucherías con diez años ya me hacía sentir mal, aquello me provocó una ansiedad terrible. Empezamos el programa e hice mis primeros análisis con normalidad, pero el tiempo transcurría con una lentitud exasperante. Cuando eran cerca de las ocho, llegó una señora muy seria y se sentó a nuestro lado. No parecía demasiado interesada en el partido, pero pensó que había demasiada gente en esa zona y llamó a un señor uniformado que pertenecía a la UEFA. Nos pidió a todos nuestra acreditación y, obviamente, nos indicó a Amaro y a mí que nos marcháramos. Por fortuna no advirtió que nuestra posición de observador era de otro partido, y solo nos solicitó que bajáramos a los asientos de detrás de los banquillos. Entonces yo me acongojé. Pensé que la UEFA me prohibiría acudir a futuras Eurocopas, ya que eso era más serio que coger barritas de chocolate y refrescos en una tienda del Estadio de la Cartuja. Y me fui. Amaro, menos miedoso, un tipo con más jeta que yo, optó por alejarse un rato del lugar y volver justo cuando el partido iba a empezar, y así consiguió participar en la transmisión desde la posición de comentarista. Yo, en cambio, ya había regresado al IBC. Tras pasar cuatro horas en el estadio Ernst Happel el día de la final España-Alemania, tuve que abandonarlo a falta de 45 minutos para el inicio y acabé viendo el encuentro por televisión.

Hubo alguien que tampoco vio el partido desde el estadio, pese a que tuvo la oportunidad de hacerlo. Y pese a que había estado toda una vida esperando aquel momento. Juanma Gozalo decidió marcharse de Viena el viernes por la

tarde, sin hacer ruido, y se despidió de nosotros con un SMS cálido, repleto de afecto. Su compromiso con la noticia le impedía quedarse. Consideraba que, si España era campeona de Europa, él tenía que dar los buenos días el lunes a primera hora de la mañana desde Madrid. Que la noticia estaría en Madrid, no en Viena, y que era en Madrid donde debía estar. Así que, cuando Fernando Torres recogió el pase en profundidad de Xavi Hernández —el pase que lo convirtió en el mejor jugador de la Eurocopa—, cuando Lahm dudó y el Niño le ganó por esa chispita de velocidad que siempre caracterizó sus mejores tiempos, cuando el balón empezó a superar a Lehmann, cuando España resistió en la segunda parte con control y sin pasar demasiados apuros, cuando el árbitro pitó el final del partido y lo que parecía imposible se convirtió en realidad, cuando Iker Casillas levantó la Eurocopa... Juanma Gozalo lo vio, imagino que emocionado, probablemente derramando alguna lágrima, a través de un televisor en Madrid. Unos días antes nos había dicho que se retiraría tras el Mundial de Sudáfrica, pero su último torneo acabó siendo aquel que compartimos en Viena. Pocos meses antes de la gran cita del verano de 2010, murió en Santander y fue una pena que, por tan poco tiempo, se perdiera aquello que tantas veces había soñado. Al menos se despidió con una alegría inmensa y dejó en todos nosotros un recuerdo imborrable. La radio es él, saludando por la mañana desde el Danubio Azul.



# CAPÍTULO 9

## ASUNCIÓN

---

**O CÓMO TROGLIO ME CITÓ A LAS OCHO Y MEDIA DE LA MAÑANA ANTES DE QUE  
PABLO SILVA ME REGALARA UN AEROSOL**

*A Jorge Nazar*

Lo primero que recuerdo es la humedad. El abrirse la puerta del avión, descender por las escaleras, y sentir un cielo nuevo, un cielo casi físico, un aire concreto, tan rotundo como la materia sólida. El *shock* del cambio de continente no fue psicológico: se notaba en la piel. Algo así como pisar la Luna. Mientras intentaba acostumbrarme, alcé la vista y contemplé el rótulo que nos daba la bienvenida al Aeropuerto Silvio Pettirossi, rodeado de árboles que no estaba habituado a ver en mis latitudes. Estaba en Sudamérica.

Mi aproximación al fútbol, al igual que mi aproximación a la vida, había sido hasta ese momento completamente europeísta. Es cierto que me aficioné al juego en el Mundial de Italia 90, y que en aquel torneo apoyé a la Argentina de Maradona, Caniggia y Goicoechea. Pero según fui creciendo, según la Champions League fue entrando en mi vida, según iba aprendiendo que los martes eran de UEFA, los miércoles de Copa de Europa y los jueves de Recopa, el mapa que se iba dibujando en mi mente coincidía con los límites de la confederación que me correspondía geográficamente. Buscaba dónde estaban las ciudades de todos los equipos participantes y llegué a clase de Ciencias Sociales sin necesidad de estudiarme ninguna capital de Europa: aquello ya nos lo habían enseñado en primero de Fútbol. Luego me hice mayor, empecé a viajar, y me maravilló comprobar que, a unas cuantas horas de tren, tenía varios países, con sus distintas lenguas, al alcance de la mano. Nos aficionamos a coger el coche el fin de semana y visitar a amigos que estaban de Erasmus en Toulouse, y una vez allí nos acercábamos a Burdeos porque, al fin y al cabo, estaba a la vuelta de la esquina, y quizá en alguna tienda tendrían la camiseta de Zidane de cuando jugó en el Girondins con Lizarazu y Dugarry y quedaron subcampeones de la UEFA, en 1996. Europa era tan pequeña que podía memorizarse sin problemas: no era complicado tener en la cabeza prácticamente todas sus grandes rutas de trenes, sus itinerarios. Y al mismo tiempo era tan rica y diversa que ofrecía espectáculos

cambiantes. Nos lo dijo una vez un chico americano que viajaba en nuestro compartimento en un tren Ljubljana-Budapest y que se distraía viendo una película en un DVD portátil: había venido a Europa porque, a diferencia de lo que ocurría en su tierra, aquí conviven culturas diferentes en un espacio muy reducido. Yo amaba Europa casi tanto como amaba Sabadell. Parecía que me la habían puesto ahí, como un regalo, preparada para ser explorada.

Me faltaba, y aún me falta, mucha cultura de fútbol sudamericano. Para los niños nacidos en los ochenta no era tan sencillo saber qué sucedía al otro lado del charco. Veíamos al Flamengo, al Vasco da Gama o a San Lorenzo de Almagro cuando venían a jugar torneos de verano como el Teresa Herrera o el Carranza. Entonces, por un momento, descubríamos a sus jugadores, pero a los pocos días ya los habíamos olvidado. En 1992, el Barcelona de Cruyff, el no va más para una generación catalana, se fue a Japón a intentar conquistar la Copa Intercontinental. Era un partido tremendo, porque aquel equipo, que venía de ganar la Copa de Europa por primera vez, podía alcanzar la gloria planetaria. El partido se disputó en un horario terrible, más o menos a las cuatro de la madrugada. Tenía intención de verlo, pero no me puse el despertador, y sin embargo me levanté, instintivamente, tres minutos antes del *kick-off*. Durante varios meses, creí que tenía una especie de poder para despertarme a la hora que quisiera. El rival del Barça era el São Paulo, del que sabíamos muy poco. Las previas de TV3, el *Mundo Deportivo* y el *Sport* hablaban de Raí, del que destacaban sobre todo que era «el hermano de Sócrates», en referencia al legendario jugador de los ochenta. Sin embargo, aquel Barcelona con fama de invencible se adelantó pronto con un gol de Stoichkov, y el título de campeón del mundo parecía una obviedad. Pero entonces apareció *el tal* Raí y marcó dos goles extraordinarios: uno de ellos la falta directa mejor ejecutada que recuerdo en mi niñez. El São Paulo ganó 2-1 y se quedó instalada en nuestras mentes —las de los pequeños seguidores del

fútbol que estábamos a punto de cumplir diez años a principios de los noventa— la idea de que era el mejor club del mundo. No que era el campeón, no: que era la divinidad hecha equipo, la entidad superior, la *supercreación* que había venido de otro planeta para derrotar al Barcelona de Cruyff. Era un poquito como los malos de *Bola de Dragón* que llegaban para enfrentarse a Goku y eran mucho más fuertes que los villanos que los precedían. Aquella Copa Intercontinental acabó, y por supuesto no volvimos a ver un partido del São Paulo, pero lo citábamos en los partidillos en el patio del colegio: «nosotros somos el São Paulo, yo soy Raí». Aquello me impactó tanto que, de manera inconsciente, el estereotipo de que el São Paulo era lo más grande al otro lado del Atlántico permaneció durante años. Para mí representó una sorpresa impresionante saber mucho tiempo después que el São Paulo no era ni siquiera el club con más seguidores en su ciudad, que amaba mayoritariamente al Corinthians.

Nos acercábamos al nuevo siglo cuando llegaron las transmisiones regulares y en directo de los partidos de las ligas de Argentina y Brasil a España, así como las de la Copa Libertadores. No eran las que más me apasionaban, pero las seguía para aprender, para empaparme, porque era consciente de su peso en el fútbol internacional y debía incorporar esos conocimientos. Creo que Julio Maldonado, con su mítico programa *Fiebre de fútbol*, contribuyó a que muchos nos aficionáramos a la liga argentina. En aquel espacio ofrecía resúmenes largos y tertulia de todos los partidos de la jornada en Inglaterra, Italia y Argentina. En un principio, yo consumía con devoción los dos primeros bloques y desconectaba cuando iba a empezar el tercero, porque me faltaban referentes como para disfrutar un análisis tan pormenorizado. Sin embargo, poco a poco me fui metiendo en ello, y acabé muchas noches de viernes y sábado tragándome enteros los partidos de la liga argentina. Creo que me gustaba más su periodismo que su fútbol: los titulares

de *Olé*, las duplas relator-comentarista históricas como Marcelo Araújo-Macaya Márquez o Walter Nelson-Alejandro Fabbri... Aprendí mucho de ellos, y creo que el tono, la perspectiva y el registro adoptado por los analistas argentinos que interpretan el juego —especialmente Fabbri— fueron mi mayor influencia para desarrollar luego esta labor en el medio televisivo. No conseguí, sin embargo, identificarme con ningún equipo. Apoyaba, casi siempre, al que peleaba el título y podía romper la confrontación Boca-River, que era lo que nos llegaba a España del fútbol argentino; nuestra cultura redujo su fútbol a esa dicotomía y, como me ocurría en tantas otras ligas, me emocionaba que ganaran «los demás». Así, celebré los títulos del San Lorenzo de Manuel Pellegrini, lanzado por la dupla Romeo-Romagnoli (Clausura 2001); del Rácing que festejó un torneo nacional 35 años después dirigido por «Mostaza» Merlo y con Diego Milito de delantero —aunque a menudo suplente— (Apertura 2001); del brillantísimo Independiente del «Tolo» Gallego en el que daba clases maestras el «Pocho» Insúa y lo enchufaba todo el «Cuqui» Silvera (Apertura 2002); del Newell's, también dirigido por Gallego, en el que empezaba a brillar Fernando Belluschi y que contaba con la distinguida figura del «Burrito» Ortega (Apertura 2004); del Vélez Sársfield al que entrenaba Miguel Ángel Russo y que estaba formado por muchos jugadores salidos de las categorías inferiores del club, como Jonás Gutiérrez, Leandro Gracián o un Rolando Zárate que había regresado tras pasar por varios equipos en España (Clausura 2005); del Estudiantes de un Simeone que se iniciaba en los banquillos y que acabó ganándole el título al Boca de La Volpe en un partido de desempate en Liniers después de una campaña fantástica en la que incluso derrotó 7-0 a Gimnasia en el derbi de La Plata, guiado por Verón en su vuelta a Argentina y en el que se hicieron un nombre Mariano Pavone y José Ernesto Sosa (Apertura 2006); del Lanús que levantó su primer campeonato bajo el mando de un técnico nacido en España



pero que emigró a Buenos Aires a los cuatro años, Ramón Cabrero, y en el que José Sand anotó quince goles en quince partidos, ayudado por una generación de canteranos liderada por Diego Valeri y en la que también estaban Sebastián Blanco y Lautaro Acosta (Apertura 2007); del Banfield de Falcioni, que también se estrenó en la gloria contra todo pronóstico con un equipo basado en la pegada del «Tanque» Silva, la movilidad del «Papelito» Fernández, el dinamismo de Walter Erviti y el talento impresionante de un James Rodríguez que ya asomaba la cabeza (Apertura 2009). El fútbol argentino era una maravilla: casi nunca ganaban los mismos. El formato corto de sus torneos permitía numerosas sorpresas, y encima me tocó ser espectador de una época en la que el éxito aún se repartía con más generosidad, bautizando en el éxtasis a hinchadas que nunca habían saboreado lo que significa sentirse el mejor.

Entonces, en los últimos meses de 2009, ocurrió algo que me introdujo, de manera más profunda, en el fútbol sudamericano. Gol Televisión acababa de comprar los derechos de emisión de la Copa Libertadores por tres temporadas. Ello suponía que nosotros seríamos el único canal en España que transmitiría una competición con una enorme repercusión, la ventana del público europeo para conocer los talentos que más despuntan al otro lado del Atlántico. El primer encargo que recibí al respecto fue impactante: el sorteo de la edición de 2010 se celebraba a finales de noviembre en Asunción, Paraguay, y el Banco Santander, patrocinador del torneo, había decidido invitar a tres periodistas: uno del *Marca*, uno del *AS*, y uno del canal de televisión poseedor de los derechos: nosotros. José Joaquín Brotons, el director del canal, el hombre que me había fichado para dar el salto a la televisión, me pidió que fuera yo y que grabara varios reportajes para el programa de fútbol internacional *Planeta Axel*. El departamento de producción contactó con un operador de cámara argentino que viajaría desde

Buenos Aires y grabaría las entrevistas que hiciéramos en Paraguay. Nicolás Nardini, un periodista multifuncional nacido en La Plata y que estaba residiendo en Barcelona por motivos laborales de su pareja, narrador del fútbol argentino en Gol Televisión, me ayudó antes de partir: concertó una entrevista con Pedro Troglio, el entrenador de Cerro Porteño al que conocía de su paso por Gimnasia, e hizo también gestiones para que Juan Sebastián Verón pudiera atenderme tras la gala en la que sería coronado como mejor jugador de la última Copa Libertadores, la que había ganado con Estudiantes. Con esta misión volé a Madrid, donde debía reunirme con el resto de la expedición, y me encontré al poco rato en la sala de espera VIP de Iberia, donde me presentaron a Juan Ignacio Gallardo y a Pedro Pablo Sanmartín, los otros dos periodistas a los que Banco Santander había invitado. Estaban hablando con Ovidio Cordero, el responsable de comunicación de la entidad bancaria que se encargaría de acompañarnos en todo momento durante el viaje y de facilitarnos el trabajo. Tanto Gallardo como Sanmartín eran ya veteranos de aquellas expediciones: habían viajado al sorteo los años anteriores. Yo, en cambio, estaba asustado: era la primera vez que me iba a subir a un vuelo transoceánico —lo más lejos que había volado era a Moscú o a Atenas—, y me aterraba la posibilidad de que el avión cayera al agua. En mi estado de pánico sentía que ese viaje entrañaba muchísimo más peligro que, por ejemplo, volar a Pequín, porque, en caso de tener una avería, el avión podría realizar algún aterrizaje de emergencia en cualquier lugar, algo que se me antojaba imposible con tantos miles de kilómetros de agua separando ambos continentes. Así que me dediqué a beber todo lo que pude en la sala VIP: vino, cerveza, una copa de cava... Subimos al avión y nos instalaron en Business: otra experiencia nueva para mí. Acostumbrado a los espacios reducidos en los que sufrían mis larguísimas piernas en los vuelos de juventud en compañías de bajo coste, aquel comfortable sillón convertible

en cama, con pantallita individual para elegir películas y música, era la gloria. Las azafatas empezaron a ofrecernos todo tipo de bebidas, que obviamente no rechacé, y cuando el avión despegó ya estaba sumido en un estado espiritual lo suficientemente abstracto como para no percatarme de mi sufrimiento: es más, creo que hasta disfruté del vuelo. Me alivió comprobar en los monitores que mostraban la ruta que descendíamos hacia África, abandonando tierra firme justo por encima del Cabo Palmas, en Liberia, y que entraríamos a América por la costa de Recife, con lo que haríamos el trayecto más corto posible por encima del mar: solo unos 3.000 kilómetros. Con esa tranquilidad, creo que me dormí cuando estábamos más o menos en Senegal, y no volví a despertar hasta que nos llamaron para desayunar, ya en espacio aéreo sudamericano.

Tras las primeras impresiones en el aeropuerto, una furgoneta nos vino a recoger. La CONMEBOL había contratado a jóvenes funcionarios del gobierno paraguayo para que se encargaran de que los visitantes extranjeros tuviéramos todas las comodidades posibles durante nuestra estancia en el país. Fue entonces cuando empezamos a mezclarnos con periodistas llegados de sitios muy diferentes: de Brasil, de Argentina, de México, de Chile. Nos intercambiamos tarjetas de presentación y conversamos algo sobre fútbol. Llegábamos con poco tiempo: la gala de entrega a Verón del trofeo al mejor jugador era esa misma mañana, con lo que Ovidio decidió que lo mejor era que acudiéramos de inmediato a la sede de la Confederación y ya nos registraríamos en el hotel por la tarde. Íbamos a estar solo un día y medio en Asunción, y había que aprovechar el tiempo al máximo. Se da la circunstancia de que tanto el aeropuerto como la CONMEBOL están ubicados en Luque, una ciudad de 176.000 habitantes perteneciente al área metropolitana de la capital. Así que hicimos un trayecto corto, pero que nos permitió observar por las ventanillas del automóvil algunas escenas de la

realidad social de los suburbios de Asunción: muchas paraditas de vendedores ambulantes en los márgenes de la carretera ofreciendo frutas, comidas varias, gorritos de lana y otros productos artesanales. Recordaba un poco al inicio de la magnífica película de Michael Winterbottom *Código 46*, cuando Tim Robbins cruza los márgenes de la ciudad sentado en el confortable asiento trasero del vehículo que lo lleva a una Shanghái de ciencia ficción y deja atrás a centenares de seres que le suplican con la mirada que los ayude a formar parte de ese mundo secreto en el que se vive mejor. Los grandes contrastes de Paraguay se hicieron dramáticamente visibles cuando, al girar en una curva en la que abundaban fotogramas de pobreza — niños con las manos sucias ayudando a sus padres a transportar mercancías, ancianos con rostros de sufrimiento maltratados por el tiempo a imagen y semejanza del retrato de Dorian Gray—, apareció imponente, majestuosa, colosal e impresionante, la sede de la Confederación Sudamericana de Fútbol: con sus jardines con fuentes, con sus proporciones mastodónticas, con sus cristaleras que ocultaban oficinas en las que se tomaban decisiones que afectaban a todo el continente.

Bajamos del coche y la primera conclusión fue que debía cambiarme de ropa. Había subido al avión en el invierno de Madrid y me encontraba, de lleno, en el verano subtropical de Paraguay. Estaba sudado, me sentía sucio, casi empapado, y no podía realizar las grabaciones previstas con aquella indumentaria. Había imaginado que iríamos primero al hotel, pero cuando se hizo evidente que eso no iba a ser posible, tuve que medio desnudarme delante de la sede de la CONMEBOL, algo escondido detrás de la furgoneta. Al poco apareció un señor argentino que dijo ser mi cámara. Me causó una agradable impresión, y se puso a trabajar de inmediato registrando planos de las afueras del palacio de congresos en el que iba a celebrarse el acto, así como del trofeo de la Copa Libertadores, que estaba expuesto en el *hall*.

Grabé yo también algunas entradillas para posteriores reportajes y esperamos a que empezara la ceremonia. De repente, se presentó un hombre de un canal panamericano que, no sé cómo, sabía que yo iba a entrevistar a Verón. Me propuso un extraño trato según el cual él me conduciría hasta el crack argentino a cambio de poder hacerle él también algunas preguntas. Verón recibió el premio junto a su padre, que también había sido jugador legendario de Estudiantes, y que de hecho había ganado la Copa Intercontinental contra el Manchester United en 1968, anotando un histórico gol de cabeza en Old Trafford. Ahora el hijo podía emularle pocas semanas después, ya que el «Pincha» iba a jugar, presumiblemente ante el Barcelona, la final del Mundial de Clubes en Abu Dhabi. Así que todo el mundo quería hablar con «la Brujita», y de paso con su progenitor, «la Bruja», que iba paseándose por el lugar con una mujer bellísima bastante más joven que él. Resultaba, pues, que Verón no solo era actualidad por el galardón, sino que para la prensa española era un objetivo interesantísimo de cara a su inminente enfrentamiento ante el conjunto de Guardiola. Pronto sospeché que sería más difícil hablar con él de lo que había previsto, por lo que me entregué absolutamente a ese señor bajito y con pinta de reportero listo-cabroncete que estaba interesadísimo en ayudarme. Me condujo hacia un pasillo estrecho y llegamos a una puerta de madera cerrada y con dos guardaespaldas fornidos protegiéndola con mala cara. A su lado, un hombre trajeado, elegantemente vestido, que parecía ser el responsable de prensa de Verón. Mi nuevo amigo de la televisión panamericana le dijo que yo tenía concertada una entrevista con Verón para España —algo de lo que yo no estaba absolutamente seguro, pues solo sabía que Nardini había intentado ponerse en contacto con él—. Sorprendentemente, el periodista bajito logró convencer al asesor del jugador: no solo consiguió mi entrevista, sino también la suya. «Sin embargo hay un problema —dijo el sofisticado personaje que controlaba la situación—: este

otro periodista también ha pedido hablar con Verón, y ‘la Brujita’ solo tiene diez minutos para atender a la prensa. Había pensado en hacer cinco y cinco, pero ahora somos tres.» En efecto, había otro hombre en esa zona con una grabadora en la mano. Nos quedamos todos callados, como absortos ante un enigma de imposible resolución. Entonces se me encendió la bombilla, y pese a que había permanecido callado durante toda la negociación, propuse: «¿Y si hacemos cuatro, cuatro y cuatro?». Al asesor le pareció que la idea era brillante: resolvía el asunto, y al fin y al cabo «la Brujita» solo debía exponerse a dos minutos más de entrevistas. Así que nos abrieron la puerta y entramos a un pequeño cuartito en el que Verón y sus amigos estaban degustando algunos canapés y bebidas. Cuando me lo presentaron, me fijé en la cantidad de cadenas y demás joyas de oro que lucía ostentosamente. «Nicolás Nardini te manda recuerdos —le dije—. No sé si te acuerdas, un periodista que te conoció hace ya años en Radio La Plata, que está ahora en Barcelona...» «Ah, puede ser, puede ser, sí, sí, ¿cómo le va?», dijo, aunque con su respuesta dio a entender que quizá no lo recordaba en absoluto. Nunca supe, por lo tanto, si habían sido las gestiones de Nardini o las triquiñuelas del señor bajito las que me habían llevado ante Verón, pero lo más importante es que estaba allí. Se determinó que empezaría el periodista al que no conocíamos —luego el panamericano me dijo que se trataba de «Toti» Pasman, el famoso reportero al que Maradona le dedicó el celebradísimo «la tenés adentro» en la rueda de prensa posterior al partido ante Uruguay en Montevideo en el que Argentina se clasificó para el Mundial 2010—. Pasman superó con creces los cuatro minutos. Luego le tocó al bajito, que aún sobrepasó de manera más pronunciada el tiempo establecido. Así que, antes de que me dijeran nada, le aseguré al asesor: «Cuatro minutos, lo prometo, no necesito más». Y pude preguntarle a Verón, pues, por la Intercontinental, por la Libertadores ganada, por el valor de conseguir títulos con el equipo amado,

por sus experiencias en Europa, y hasta ahí. Quedé satisfecho: había ido a entrevistar a Verón y lo había conseguido

Nos montamos de nuevo en la furgoneta y nos trasladaron al hotel. Entonces sí, entramos en Asunción. Poco a poco fuimos acercándonos al centro de la ciudad, alejándonos de Luque y conociendo los lugares más emblemáticos. Pasamos por la Plaza Uruguaya y sentí que, para mucha gente, aquel debía de ser un lugar importante: quizá allí dos adolescentes se dieron esa misma tarde su primer beso; quizá un hombre le contó a su mejor amigo que estaba perdiendo la esperanza. También debía de ser un lugar de tardes rutinarias, de juegos y conversaciones sin trascendencia, de contemplar, en el entorno más bello posible, cómo pasa la vida en la ciudad. Nos dejaron en el hotel: un hotel moderno que podría estar en cualquier lugar de Europa. Subí a la habitación, me conecté a internet con el *wifi* y escribí a mis amigos de Facebook, supongo que adornándolo con cierta poesía, que estaba en Asunción y que había disfrutado sobrevolando el Atlántico. En realidad no teníamos mucho tiempo: pocas horas más tarde había que volver a Luque para la cena de gala de la CONMEBOL. Lo más incómodo de aquel viaje era precisamente lo fácil que te lo ponían todo: prácticamente no existía la posibilidad de que uno saliera solo del hotel, adentrarse por callejuelas desconocidas, entrar en la cantina que pareciera más auténtica y probar el tereré. No podía darse un paso sin que alguno de los voluntarios de la CONMEBOL te preguntara a dónde querías ir, que ellos te llevaban. Al final, Asunción pasó por delante de mis ojos desde el filtro de la ventanilla de una furgoneta, separada de mí por una distancia insalvable. Y uno acababa ni contemplándola, perdiéndose en los diálogos y las tertulias que surgían en aquel vehículo que transportaba a periodistas deportivos de países tan diferentes. Había un mexicano con un ordenador que no paraba de teclear; su compañero solo esperaba que llegara la noche para poder salir de fiesta; un

veterano radiofonista chileno nos explicaba la euforia que había generado en su país Marcelo Bielsa. «Pero Bielsa es muy vengativo con los periodistas — nos dijo, logrando atraer toda la atención—. En uno de sus primeros partidos, en la conferencia de prensa, le pregunté si no creía que el equipo tenía que mejorar mucho a la hora de defender las jugadas a balón parado. La pregunta no le gustó, pero durante meses no hizo ningún comentario al respecto. Cuando el equipo consiguió clasificarse para el Mundial, pedí el turno de palabra y le felicité, preguntándole sobre cuáles, según él, habían sido las claves del éxito. Entonces, Bielsa, sin modificar su tono de voz, contestó... ‘Tiene mérito que nos hayamos clasificado, considerando que usted observó en el inicio del proceso que defendíamos mal a balón parado’.»

Llegamos a Luque de noche. El pabellón en el que se iba a celebrar la cena —el mismo en el que se había entregado el trofeo a Verón y en el que la mañana siguiente se procedería al sorteo de la Copa Libertadores, que al fin y al cabo era a lo que habíamos ido— estaba iluminado y parecía, en medio de la carretera a las afueras de Asunción, cerca del aeropuerto, un platillo volante que acabara de aterrizar en un desierto. Grabamos algunos planos desde lejos —la imagen era espectacular— y al poco rato entramos en una sala extensísima habilitada para un festín multitudinario. La comida era deliciosa, especialmente los postres, tremendamente sofisticados: helados de frutas tropicales con aromas cítricos, todo ello recubierto de crema de chocolate... Me marcaron tantísimo que, durante mucho tiempo, cada vez que se sacaba una tarjeta amarilla un tanto controvertida en un partido de Copa Libertadores, en la transmisión decíamos «*cling, cling*, para los postres de la cena de Luque». Y es que las cartulinas amarillas no se acumulaban por aquel entonces en el torneo, sino que suponían una sanción económica: el club que las recibía debía pagar una multa a la CONMEBOL. Entonces bromeábamos especulando que se sacaban muchas más tarjetas amarillas de



las necesarias para poder pagar los deliciosos postres de las cenas de gala en Luque.

Mientras saboreábamos el postre, asistimos a los parlamentos. Hablaron el presidente del Banco Santander, Emilio Botín, y el de la CONMEBOL, el doctor Nicolás Leoz, que lleva en el cargo desde 1986. Leoz había sido anteriormente el presidente de Libertad de Asunción, un pequeño club cuyo estadio lleva ahora su nombre. Una de sus primeras decisiones fue la de fijar como sede permanente de la institución la ciudad de Luque en su Paraguay natal, convirtiéndola de este modo en el epicentro de la toma de decisiones del fútbol sudamericano. No hubo nada destacable en los discursos — especialmente largo y difícil de comprender el de Leoz, que deseó suerte a Estudiantes de la Plata de cara a su participación inminente en el Mundial de Clubes—. Cuando ya estábamos en los cafés, a Ovidio le pareció buena idea presentarme a Emilio Botín. Me pidió que le contara que en Gol Televisión íbamos a dar todas las semanas partidos en directo, que eso le pondría muy contento. Así que le estreché la mano y confirmé lo que Ovidio le estaba diciendo: «Sí, sí, todas las semanas, en directo». A Botín el asunto pareció importarle muy poco, y me miró como diciéndome: «¿Y a mí qué me estás contando?». Yo no tenía absolutamente nada más que decirle, así que Ovidio, habida cuenta del éxito de la conversación, la dio por terminada y me invitó a volver a mi mesa.

Entonces aumentó el volumen de la música, bajó la intensidad de las luces y unas bailarinas subieron al lugar donde se habían producido los parlamentos y empezaron a animar la velada. Subió también la temperatura corporal de todos los presentes —mayoritariamente hombres— y se empezaron a diseñar planes para quemar la noche de Asunción cuando la gala terminara. Algunos habituales iban contando a los nuevos las delicias de ciertos locales nocturnos, y la excitación del periodista mexicano que se había

sentado a mi lado en la furgoneta crecía de manera exponencial. Sin embargo, yo no podía sumarme a la fiesta, porque Pedro Troglio nos había citado la mañana siguiente en el campo de entrenamiento de Cerro Porteño a las 8:30 h. Era una verdadera lástima, pero no podíamos faltar a la cita. Yo tenía ya asumido que nos perderíamos la diversión de la única noche que íbamos a pasar en Asunción, pero mi operador de cámara argentino, que obviamente debía acompañarme a la entrevista, no veía con buenos ojos el sacrificio que suponía ir a acostarse temprano. Yo estaba bailando cerca de él, que estaba de espaldas y no me veía, y escuché que le comentaba a un colega: «¿Vos lo podés creer? ¡A las ocho y media! ¡Por Troglio! ¡Por Troglio! ¡¿Pero quién carajo es Troglio?!».

Pedro Troglio había sido subcampeón del mundo en Italia 90 con la Argentina de Maradona. Tuvo una carrera brillante como centrocampista en River Plate, la cual le valió para dar el salto a Europa. Jugó en el Verona, la Lazio y el Ascoli. Regresó a Argentina para vestir durante cinco temporadas la camiseta de Gimnasia, y allí, en La Plata, fue donde coincidió con Nicolás Nardini. De hecho, estuvo en dos etapas: una como jugador y otra como entrenador, en la que estuvo muy cerca de darle al «Lobo» su primer título de liga en la era profesional en el Apertura 2005, llevando a aquel buen equipo en el que destacaba Lucas Lobos al subcampeonato por detrás de Boca. Su buen desempeño en Gimnasia le llevó a asumir el banquillo de un grande: Independiente. Pero en el «Rojo» no tuvo éxito y aceptó marcharse al extranjero para dirigir a Cerro Porteño en la liga de Paraguay. Así que era un buen protagonista al que entrevistar, por mucho que frustrara la noche de juerga de un servidor y de su operador de cámara argentino. A eso de las 7:45 h bajé a desayunar a la cafetería del hotel, donde ya me esperaba mi compañero. No estaba del mal humor que me temía, lo cual agradecí. Mi caprichito de ir a visitar a Troglio supuso que uno de los voluntarios de la

CONMEBOL también tuviera que estar en la puerta del hotel con la furgoneta preparada a las 8:00 h, solo para llevarnos a nosotros dos a La Olla. El muchacho en cuestión nos explicó que el campo de Cerro estaba en el llamado Barrio Obrero, y que el club recibía el apoyo de las clases más populares. Le pregunté que de qué equipo era él, y me contestó que de Olimpia, el gran rival de Cerro Porteño. «Normalmente no me gusta nada tener que ir a La Olla, pero por ustedes haré el sacrificio», me dijo. En mis cuarenta horas en Asunción saqué algunas conclusiones sociofútbolísticas interesantes: curiosamente, todos los voluntarios de la CONMEBOL que nos acompañaban eran de Olimpia. Luego supimos, a base de preguntar, que muchos de ellos estaban en departamentos gubernamentales importantes a los que era difícil acceder. En su mayoría, eran chicos de clase acomodada, lo cual confirmaba la generalización que suponía que en Asunción los pobres son de Cerro Porteño y los ricos de Olimpia.

Al parecer, nadie en el club sabía que Troglio nos había citado. Nos pidieron que esperáramos a que terminara el entrenamiento y solicitamos permiso para grabarlo. Entonces subimos a la tribuna más alta de La Olla, desde donde podía observarse la panorámica de todo el estadio con su estructura circular y sus sectores pintados alternativamente de azul y rojo, y grabé una entradilla con Asunción de fondo y el campo a mi derecha. Cuando los jugadores se retiraron a los vestuarios, nos acercamos a la puerta y coincidimos con varios periodistas que cubrían la información diaria de Cerro Porteño. Casi todos llevaban su tereré y lo iban sorbiendo. Me contaron que se trataba de una variante autóctona del mate, oriundo de Paraguay y cuyo nombre procedía del guaraní. Se distinguía del mate clásico argentino o uruguayo porque, a diferencia de aquel, se preparaba con agua fría y no caliente. A todo esto, cuando estaba a punto de aceptar probarlo pese a que no me lo recomendaban si no estaba acostumbrado —podía colocarme—,

apareció Troglio. Fui a por él, y nos pidió que esperáramos a que atendiera a los medios locales; ya sabía de qué iba el tema. Estuvo muy simpático, y a diferencia de Verón, se mostró muy interesado por saber cómo le iba a Nardini por Barcelona. «Voy a viajar para intentar ver un entrenamiento de Guardiola el mes que viene. Lo llamaré cuando esté allí», dijo. Lo sentamos en una silla en un patio interior por donde los jugadores salían del vestuario y dio la sensación visual de que estaba en el jardín de su casa. Por allí pasó, con una presencia imponente, Julio Dos Santos, ese centrocampista al que en su día el Bayern firmó directamente de Cerro Porteño y que, tras pasar también por el Almería y el fútbol brasileño, acababa de regresar al club que lo había formado. A Troglio le preguntamos cómo había encontrado el fútbol paraguayo, que estaba progresando muchísimo en los últimos años, especialmente en los campeonatos de categorías inferiores. «Hay que ir con cuidado con estos chicos —nos dijo—, la mayoría de ellos son muy pobres, y cuando empiezan a ganar plata y se hacen famosos y ven que pueden tener todas las chicas que quieren, existe el riesgo de que pierdan el interés por el juego.» Adolescentes anónimos a ojos del mundo que llegan al primer equipo de Cerro Porteño: aunque no nos lo parezca, forman parte de un determinado *star system*. Hay que viajar a los sitios para darse cuenta de que la popularidad, a menudo, varía muchísimo cuando se cruzan ciertas fronteras.

El madrugón hizo que nos sobrara tiempo: el sorteo era hacia el mediodía y había que esperar a que se levantaran los que disfrutaron de la noche de Asunción. Así que pedí al amigo voluntario que nos llevara a la tienda oficial de Cerro Porteño porque quería comprarme una camiseta. Me gusta llevarme una de cada lugar que visito y, obviamente, de todos los clubes de la ciudad, Cerro Porteño era con el que había tenido más contacto. Me llevaron a una larga avenida en la que los adoquines estaban pintados con los colores del equipo y hasta había un tenderete en medio del paseo que ejercía de pequeño

bar para los hinchas de camino al estadio. Recorrí por primera vez algunos metros a pie: quería sentirme algo libre en ese lugar de culto. Entré en la tienda y compré la camiseta. Al chico de la CONMEBOL no le hizo mucha gracia, pero tuvo que disimularlo.

Y finalmente volvimos, de nuevo, a Luque. En día y medio en Paraguay hicimos tres o cuatro veces el trayecto Asunción-Luque. El joven periodista mexicano era el más perjudicado por la noche anterior: durmió durante los veinte minutos que duró el trayecto. El salón de convenciones de la CONMEBOL ofrecía un aspecto menos glamouroso a la luz del día, pero se había congregado muchísima gente. Un señor de mediana edad vino hacia mí. «¿Usted es español? ¿Es el de la tele española?», me preguntó. «Soy Pablo Silva, el inventor del Aerosol 9-15.» Yo no sabía de qué me estaba hablando, y pronto me informó de que había ideado un *spray* evanescente que servía para marcar la distancia de las barreras en el césped con una línea blanca que a los pocos segundos desaparecía. Casi me obligó a que lo entrevistara, lo cual no me pareció mal, porque así aumentaba mi cupo de reportajes sacados del viaje. Explicó que su equipo de fútbol *amateur* perdió un partido muy importante porque el rival colocó la barrera de manera incorrecta, y llegó a casa tan enojado que estuvo toda la noche dándole vueltas a cómo podía solucionarse tamaña injusticia y evitar que se volviera a repetir en el futuro. Entonces inventó el Aerosol 9-15 y se lo ofreció a la CONMEBOL, que se lo compró. Estaba interesadísimo en entrar en el mercado español y me regaló una cajita con su *spray*, como si yo lo necesitara para algo (en realidad sirvió para grabar la entradilla del reportaje mostrándolo a cámara). Pero Pablo Silva no tenía suficiente: quería hacernos una demostración de cómo funcionaba el Aerosol. Salimos al jardín exterior del palacio de convenciones y, asegurándose de que le estábamos grabando, se agachó y marcó una línea de color blanco en la hierba. Expectantes, nos acercamos unos cuantos —

Silva había conseguido atraer la atención de bastantes periodistas—, esperando como si de un truco de magia se tratara a que desapareciera la línea blanca. No sé si incluso alguno aplaudió cuando eso ocurrió. Luego Silva quiso demostrarme que era muy fácil de utilizar, y que podía hacerlo hasta yo. Así que me tocó repetir la misma operación, *spray* en mano, y comprobar que, en efecto, también era capaz de marcar la hierba de un blanco que acababa evaporándose. Silva hizo un buen negocio, porque la historia también le interesó a Juan Ignacio Gallardo, que la sacó unos días después en *Marca*. Para homenajear aquel momento estelar en Luque, en todas las transmisiones de la Copa Libertadores, una vez por partido, cuando aparece el Aerosol y se marca la distancia de la barrera, mandamos «un saludo para Pablo Silva».

El sorteo en sí —que era a lo que habíamos ido, insisto— fue bastante caótico. La CONMEBOL tenía la mala costumbre de organizar el acto cuando aún no se conocía la identidad de muchos de los equipos que iban a disputar el torneo. Se sorteaba a finales de noviembre, y la mayoría de ligas sudamericanas terminaban en diciembre. Así que, a ojos del mundo, el resultado de lo que determinaban las bolitas en Luque venía a ser algo muy poco concreto, como por ejemplo un cruce entre Chile 3 y Perú 2, sin que aún se supiera quién sería Chile 3 y quién Perú 2 (iba a depender de las posiciones finales en los campeonatos locales). Si a eso le añadimos que también se sorteaba una fase previa y que algunos grupos se completaban con los vencedores de esa ronda preliminar, era muy posible que salieras del centro de convenciones teniendo que informar que en el sector A estarían Estudiantes, Paraguay 2, Bolivia 3 y el ganador de Colombia 3 contra México 2. Sin embargo, todo tiene su contrapunto, y en los sorteos de la CONMEBOL este lo ponía el gran Eduardo Deluca, veterano secretario general de la confederación, lamentablemente ya retirado (es decir, tuve el

privilegio de asistir a uno de sus últimos sorteos). Nicolás Leoz salió al escenario, hizo un discurso parecido al de la noche anterior y luego el presentador del acto, un conocido periodista argentino llegado desde Buenos Aires, llamó a Deluca, que lo eclipsó durante el resto de la ceremonia. Deluca sacaba las bolas, leía los nombres de los equipos y explicaba cómo iba quedando todo el cuadro de manera diáfana —pese a la complejidad inherente del asunto—. Daba la sensación de que *solo él* entendía el funcionamiento del sorteo, y de que aquel rompecabezas de nombres de países y números lo tenía perfectamente ordenado en su cabeza. Cuando aparecía la bolita de un club debutante en la competición (como era el caso del Rácing de Montevideo), le daba la bienvenida. El sorteo no fue demasiado noticiable en términos periodísticos, pero me pareció sumamente entretenido. Cuando me llamaron de la tele para hacer una conexión en directo con la transmisión que estaban conduciendo desde Barcelona José Sanchis y Nicolás Nardini, conté, como titular de aquel acto, que la prensa paraguaya estaba emocionada porque Cerro Porteño había caído en el mismo grupo que Corinthians, que acababa de fichar a Roberto Carlos y a Ronaldo.

Dejamos Asunción a las pocas horas después de comer —muy bien— en un lujoso restaurante de las afueras, donde coincidimos con el exjugador del Atlético de Madrid Carlos Gamarra, aquel central que formaba una casi impenetrable pareja con Ayala en el Mundial de Francia 98 en la Paraguay de los cerrojazos que eliminó a España. Mi primera visita a Sudamérica me había impactado, así que quise comprar un par de *souvenirs* más en las tiendas del aeropuerto: una camiseta de la selección nacional y un par de monederos artesanales de lana, pensando que le quedarían bien a la chica que me gustaba por aquel entonces. El vuelo de regreso fue una delicia. Hicimos escala en Buenos Aires, aterrizando en Ezeiza cuando el sol ya se consumía y las lucecitas revelaban la asombrosa inmensidad de la ciudad y se adivinaba

la silueta del Río de la Plata. Dormí otra vez tapadito con la manta y bien acurrucado en el sillón-cama mientras sobrevolábamos el Atlántico y, después de desayunar, me puse *500 Days of Summer*, aunque tuve que quitarla antes de que terminara porque ya estábamos llegando a Madrid. ¿Pero qué importancia podía tener? Era tan bella la película, tan poética y tan delicada, tan *indie* y tan molona, que no importaba demasiado saber cómo acababa.

Entonces ya estaba preparado para amar el fútbol de Sudamérica, para meterme de lleno en las transmisiones de la Copa Libertadores sintiendo el torneo con pasión, no solo con interés. Regresé tan emocionado que convencí a Brotons para hacer un despliegue inimaginable, algo que no hacíamos prácticamente para ningún torneo: una previa en directo en el plató de media hora antes de cada partido, conectando también en el descanso para analizar la primera parte. No sé cómo a Broti le pareció bien la idea —aunque duró poco—, e incluso fue más allá. Estaríamos tres personas en las transmisiones: un narrador, un comentarista especialista en fútbol sudamericano, y yo para aportar una mirada europea. Quería que las transmisiones tuvieran un tono desenfadado, casi gamberro, y llegó a citar las de la NBA del Plus de Montes y Daimiel como referente. En su opinión, a esas horas de la noche no se podía hacer una narración convencional, y había que premiar al espectador que se quedara hasta tan tarde ofreciéndole un valor añadido que justificara su sacrificio aun cuando el juego fuera aburrido. Nos pareció bien, pero faltaba encontrar a las personas que formarían parte de aquel equipo. José Sanchis reconoció ser un gran seguidor del fútbol al otro lado del Atlántico, y se ofreció para ser el narrador. Creo que le dijeron que sí porque de este modo se ahorraban un problema: tener que convencer a alguien para que saliera de trabajar a las cinco de la mañana una vez por semana. Así que, casi por casualidad, gracias a la Copa Libertadores, nació la pareja televisiva Sanchis-



Axel que ha acabado consolidándose como la más característica de Gol Televisión. La buena sintonía que desprendíamos en aquellos partidos hizo que se potenciara mucho a partir de entonces el que coincidiéramos en el plató, y probablemente de la química de esas experiencias nació *Mundo Gol Mundial*, *Mundo Gol Club* y todo lo que vino después. Había que elegir también al especialista sudamericano. Por alguna razón que desconozco, en un principio descartaron a Nardini, y Brotons nos dijo algunos días después que ya había encontrado a la persona: un chileno llamado Jorge Nazar. *Googleé* su nombre y solo me apareció una referencia como responsable de prensa en el Festival de Música de Viña del Mar. Sin embargo, el primer día que nos vimos supe que nos íbamos a llevar bien. Quizá fue una tontería, pero para mí tuvo mucho significado. Nos presentamos, le pregunté que qué hacía en Barcelona, me dijo que acompañar a su mujer, que estaba estudiando un doctorado, y criar a sus hijos, y luego hablamos de su carrera, primero en el fútbol y después en la política, y de su equipo, que era Colo Colo. Le solté: «Yo soy del Sabadell, un equipo de Segunda B, imagino que no lo conocerás, aunque en el pasado estuvimos en Primera, e incluso en los noventa tuvimos un jugador chileno...». «Sí, Lucas Tudor», me contestó. ¡Conocía a Lucas Tudor! ¡Sabía que Lucas Tudor había estado en el Sabadell! Me asombró tantísimo que me rendí a sus pies. Tampoco hacía falta: era una personalidad que te ganaba. Su conocimiento sobre el fútbol de su continente era vastísimo y aportaba un *background* histórico que nosotros no poseíamos, pero, por encima de todo, conectó con nuestro estilo desenfadado desde el primer día: con los postres de Luque, con los saludos a Pablo Silva, con mis bromas sobre mi cita con Troglio a las ocho y media de la mañana... Lo pasamos extraordinariamente bien durante aquella Copa de 2010. A mí, en realidad, me cambió la vida. Cansado de regresar a casa a esas horas en el autobús nocturno, me alquilé un apartamento en el barrio de Gràcia y me fui a vivir a

Barcelona, independizándome, al fin, a punto de cumplir veintisiete años. Luego, según fueron avanzando las rondas, Nardini se incorporó al equipo, y acabamos turnándonos mucho. Cuando la carga de trabajo de Sanchis y mía fue mucho más abultada a partir de la temporada posterior, se consolidó la pareja Nardini-Nazar, quizá la mejor que ha transmitido la Copa Libertadores en la historia de la televisión en España.

Aquella Copa Libertadores de 2010 la ganó el Internacional de Porto Alegre, y yo estuve en el Estadio Beira-Rio para disfrutarlo. El Banco Santander también nos invitó a la final, que era ante Chivas de Guadalajara. Fue una experiencia extraordinaria. Yo le había cogido cierto cariño al Inter durante la Copa Libertadores de 2006, cuando tenía a Rafael Sobis como estrella, y luego me hice amigo de un periodista brasileño que estaba estudiando en Barcelona, Paulo Passos, y que era un acérrimo hinchista «colorado». Lo invitamos varias veces a la radio para hacer la previa del Mundial de Clubes ante el Barcelona de Rijkaard y fue la primera persona que me habló de Alexandre Pato. Me marcó bastante aquello, y se puede decir que el Inter se convirtió en el único equipo de Sudamérica por el que tenía una simpatía especial. Luego resultó que el gran João Vaz, un portugués al que conocimos en Gol Televisión y que se acabó convirtiendo en nuestro especialista de fútbol lusófono de referencia, también era hinchista del Inter, y alguna vez durante aquella Copa de 2010 quedamos en mi casa para escuchar por Radio Colorada algunos partidos que no se transmitían por televisión. Así que poder ver cómo el Inter ganaba su segunda Libertadores en vivo fue todo un privilegio. No pudimos disfrutar demasiado de Porto Alegre, porque el avión tuvo un problema en el motor y se vio forzado a realizar un aterrizaje de emergencia en Las Palmas de Gran Canaria, donde pasamos la noche esperando que lo repararan —ni qué decir tiene que los treinta minutos entre el anuncio del comandante y el contacto con tierra firme, que se demoró

porque había que vaciar el depósito de combustible, fueron los peores de mi vida—. Así que llegamos a Porto Alegre la noche previa a la final, y solo tuve tiempo de tomar unas copas con unos jóvenes periodistas chilenos que criticaban a Bielsa y a Pellegrini por igual en la terraza del hotel, así como de visitar dos veces el mismo restaurante de excelente carne brasileña. Jugamos a preguntarle al voluntario de la CONMEBOL que nos habían asignado si era del Gremio o del Inter, y el Banco Santander nos consiguió colar en una charla de veinte minutos que varios periodistas iban a tener con Pelé unas horas antes de la final. Estuvimos allí con él, al otro lado de la mesa, y se mostró muy agradable. Sin embargo, no conseguí emocionarme: me costaba identificar a ese señor con aquel chico veloz y descarado que en Suecia 58 deslumbró al mundo por primera vez cuando solo era un adolescente salido de la nada. Me costó emocionarme porque aquello no lo había vivido en directo. En cambio, sí sentí aquella noche en primera persona en Beira-Rio los cánticos de los hinchas, la *camisa vermelha*, la euforia tras el gol de Rafael Sobis, la gloria casi confirmada después del 2-1 de un jovencísimo Leandro Damião, el éxtasis total cuando Giuliano, nuestro futbolista favorito de aquella Copa, se inventó la jugada del torneo para certificar el título y la rendición de Chivas. Aquel eslalon hacia el gol, aquel baile con la pelota, aquel toque sutil para levantarla en el último momento, marcaban el punto culminante de un año impresionante. De un año que había empezado con la humedad de Asunción, aquella humedad que parecía un molesto inconveniente pero que, sin embargo, me estaba introduciendo, ya para siempre, en la pasión por el fútbol de Sudamérica.



# CAPÍTULO 10

## TOKIO

---

**O CÓMO LA INMENSIDAD DE LA CIUDAD APLASTÓ LOS SUEÑOS ROMÁNTICOS QUE  
HABÍAN DIBUJADO SCARLETT, MURAKAMI Y OKADA**

*A Marc Teixidor*

Japón, incluso sin saber que muchas de las cosas que me fascinaban venían de Japón, tuvo desde mi niñez una influencia decisiva en mi amor por el fútbol. De hecho, marcó un antes y un después: transformó a un muchacho sin ningún interés por la pelota en un estudioso casi obsesivo del juego. Mi infancia se divide en dos partes separadas por el año 1990: todo lo que había sucedido antes estuvo marcado por *La llamada de los gnomos*, la serie de dibujos animados en la que el juez Klaus y su ayudante Danny viajaban por todo el mundo para resolver los problemas de los gnomos y los animales. Mis padres me grababan los capítulos en VHS, yo me los ponía varias veces y dedicaba la media hora del recreo —caminando solo por el patio del colegio— a recitar los diálogos de la aventura más reciente, mientras mis compañeros de clase jugaban a fútbol sin que su actividad me atrajera en modo alguno. Los dibujos animados me apasionaban. Me parecía que era un privilegiado por tener unos padres que regentaban una tienda de juguetes y que, cuando regresaban de las ferias comerciales, me anticipaban qué novedades infantiles se llevarían la temporada siguiente. Así que tuvo que ser una serie de animación la que me acercara al fútbol. Fue *Oliver y Benji* la que logró lo que, hasta ese momento, no habían conseguido ni mi abuelo, exjugador del ya desaparecido Atlètic Sabadell, ni mi padre, que había presenciado en la Creu Alta los mejores años del conjunto arlequinado como socio. A diferencia de muchos otros niños, no me acerqué a *Campeones* porque me gustaba el fútbol: la vi porque adoraba los dibujos; fueron ellos los que me acercaron al fútbol. Aquel verano se disputó el Mundial de Italia y me lancé a él buscando un Oliver, un Mark Lenders, un Julian Ross, un Philip Callahan... Quizá Caniggia, con su melena rubia, era el que más se parecía a los personajes de la serie. Quizá él era el Tom Baker del Oliver Maradona, quién sabe. La cuestión es que ese verano supuso un punto de inflexión. El

responsable de todo ello, aunque yo no lo sabía, se llamaba Yoichi Takahashi y había nacido cerca de Tokio, en julio de 1960.

No se hablaba demasiado del fútbol asiático durante mis primeros años como aficionado. Corea del Sur acostumbraba a jugar contra España en los Mundiales, pero era un equipo tremendamente exótico cuyos nombres parecían ininteligibles y que siempre quedaba eliminado en primera ronda. La única vez que un conjunto del continente había conseguido superar la fase inicial seguía siendo el Mundial del 66, cuando, en una de las mayores sorpresas de la historia del fútbol, Corea del Norte ganó a Italia por 1-0 en el Ayresome Park de Middlesbrough con gol de Pak Doo-Ik. Aquello fue un acontecimiento mayúsculo. La *azzurra* llevaba a Inglaterra un equipo fantástico, con gente como Sandro Mazzola, Giacinto Facchetti o Gianni Rivera —jugadores tan buenos que, incluso los que no habíamos nacido cuando ellos brillaron, nos hemos aprendido sus nombres de tanto que nos los han repetido—. Había en aquella Italia cinco jugadores del Inter de Milán de Helenio Herrera que había sido campeón de Europa en el 64 y en el 65, y que ese mismo año había llegado a semifinales siendo eliminado por el Real Madrid, que acabaría ganando su sexto título. Corea del Norte, en cambio, era un equipo semiprofesional, absolutamente desconocido, y del que se decía que la mayoría de sus jugadores eran soldados del ejército. Estaba disputando su primer Mundial, y lo hacía tras haberle ganado solo a Australia en la fase de clasificación, ya que el resto de participantes se retiraron en protesta por los escasos cupos que tenían sus confederaciones en la fase final (había una única plaza en disputa entre todas las selecciones de Asia, África y Oceanía). Ese 1-0 en Middlesbrough, en un partido en el que los dos equipos se jugaban la clasificación y que supuso la eliminación de los transalpinos, fue probablemente el primer resultado de impacto planetario en la historia de los Mundiales. No solo era la primera vez que un equipo asiático se metía en

cuartos de final: era también la primera vez que una selección no europea o americana ganaba un partido. Esa derrota marcó tantísimo a los italianos que incluso aparece en la magnífica y mastodónica película de Marco Tulio Giordana, *La mejor juventud*, uno de los films más bellos que he visto jamás y que cuenta la historia de una familia a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, intercalando sus vivencias con algunos de los momentos más trascendentes que se produjeron en Italia durante aquella época. La escena de los hermanos Nicola y Matteo celebrando el gol de Corea para intentar que Giorgia sonría en medio de una terraza de bar cerca de una estación de tren mientras el resto de telespectadores les reprochan que festejen el triunfo del enemigo, se me quedó grabada en la memoria. Un dato para entender lo traumático que fue aquello: en toda la película solo hay dos referencias futbolísticas, y la otra es el triunfo de Italia en la Copa del Mundo de 1982.

En mi niñez me tocó ver la segunda hazaña de la historia del fútbol de Asia: Arabia Saudí emuló a la Corea del Norte del 66 y pasó la primera fase en Estados Unidos 1994. Es cierto que los equipos de la zona tampoco habían tenido demasiadas oportunidades de repetir la heroicidad, porque su confederación seguía disponiendo únicamente de dos plazas en las fases finales. Los saudíes, que debutaban en un Mundial aquel verano, se convirtieron en el primer conjunto asiático en ganar dos partidos. Y eso que empezaron perdiendo ante Holanda. Luego se recuperaron y vencieron a Marruecos por 2-1 y llegaron a la última jornada con opciones de clasificarse ante Bélgica, que tenía ya seis puntos. El partido, que se disputaba en el RFK Stadium de Washington, se decidió con un gol que la propia FIFA considera como uno de los mejores de la historia de los Mundiales. Said Al-Owairan recibió un balón en el centro del campo y empezó a correr con la pelota: regateó a todos los rivales que le salieron al paso, entró en el área y mandó el esférico a la escuadra de la portería defendida por Michel Preud'Homme, el



mejor guardameta del mundo en aquel momento. Fue una especie de segunda revolución: un futbolista saudí al que nadie conocía —jugaba en el Al-Shabab de Riad— era capaz de anotar en un Mundial un gol *maradoniano*. Aunque nunca abandonó su club hasta que se retiró en 2001, su nombre permaneció en nuestra memoria para siempre, y en una votación popular en fifa.com realizada en 2002, su gol fue elegido como el sexto mejor de todas las Copas del Mundo del siglo XX.

No sé si fue exactamente aquella gran campaña de los saudíes la que convenció a la FIFA, pero finalmente el máximo organismo futbolístico internacional decidió que Asia tuviera tres representantes y medio en Francia 1998. Ese medio salía de un desempate con el ganador de la zona de Oceanía: lo disputaron Irán y Australia. En Teherán, ante 128.000 espectadores en el estadio Azadi, la ida acabó con 1-1, con lo que los «canguros», dirigidos por Terry Venables y con figuras como Mark Viduka o Harry Kewell en sus filas, eran muy favoritos en la vuelta en Melbourne. Cumpliendo el pronóstico, Australia se situó 2-0 arriba, pero el encuentro dio un vuelco inesperado en el tramo final. La cultura popular atribuye a un incidente ocurrido durante la segunda parte el cambio de dinámica del partido. Un señor de 37 años llamado Peter Hore, famoso en el país por haber interrumpido acontecimientos deportivos de interés y funerales de personalidades, saltó al campo durante la celebración del 2-0 anotado por Kewell a los 47 minutos y rompió la red de la portería de Irán. El juego se detuvo para solventar el problema, cortando el ritmo de una Australia eufórica. Cuando se reanudó, Irán mejoró y acabó marcando dos veces —Bagheri y Azizi— en el último cuarto de hora, clasificándose por el valor doble de los goles en campo contrario. El estadio Melbourne Cricket Ground, que había registrado su récord de asistencia a un partido de fútbol con 88.000 espectadores, no podía creerlo. Todo estaba previsto para la primera clasificación para la fase final

de un Mundial desde 1974, pero la noche acabó con un ambiente de depresión colectiva. Irán se convertía en el cuarto representante asiático en Francia 1998, sumándose a Corea del Sur, Japón y Arabia Saudí. Era todo un hito para el continente, que doblaba su máximo cupo histórico de dos selecciones.

Lo que realmente levantó expectación en Francia 1998 fue la participación de Japón. Por varios motivos: porque era la primera vez que jugaba un Mundial, y había ganas de descubrir cómo eran los Oliver y Benji de carne y hueso; porque dos años antes, el país nipón había sido elegido junto a Corea del Sur para coorganizar la edición de 2002, en lo que sería su presentación ante el resto del planeta desde un punto de vista futbolístico, y 1998 representaba la única oportunidad para intentar anticipar qué podrían ofrecer entonces como anfitriones; y porque llegaban noticias del crecimiento que estaba experimentando su liga nacional desde su creación en 1993, con varios jugadores importantes del panorama internacional marchándose allí a disputarla (en las dos temporadas anteriores al Mundial de Francia, Michael Laudrup jugó en el Vissel Kobe; Basile Boli, Guido Buchwald y Txiki Begiristain en el Urawa Red Diamonds; Salvatore Squilacci en el Jubilo Iwata; Julio Salinas en el Yokohama Marinos; y mi amigo Pedro Troglio en el Avispa Fukuoka). Así que yo, a mis quince años, estaba, como el resto de aficionados occidentales, expectante ante el estreno mundialista de un país que había marcado nuestra infancia con sus videojuegos y sus dibujos animados. Sin embargo, nos perdimos a Oliver Aton. En una decisión que aún hoy genera controversia en Japón, el seleccionador Takeshi Okada decidió no convocar a la gran leyenda del fútbol nipón, el único ídolo nacional que había alcanzado su lugar en el *star system* gracias a la pelota. Kazuyoshi Miura —conocido como Kazu Miura—, un chico de Shizuoka,

dejó la escuela y se marchó a los quince años a Brasil para intentar cumplir su sueño de convertirse en futbolista profesional. Parecía el argumento de un manga, pero era la vida real. Cuenta la leyenda que durmió en habitaciones compartidas de humildes albergues, pero acabó logrando su objetivo y, en 1986, el mítico Santos, el club de Pelé, le ofreció un contrato. Jugó también en el Palmeiras y el Coritiba: no es que destacara en exceso, pero Japón seguía desde la distancia sus aventuras y alucinaba con su cuento de hadas. Cuando regresó al país a principios de los noventa, se le dio tratamiento de superestrella. Fue la gran figura de las primeras temporadas del profesionalismo nipón, y los estadios de la J-League se llenaban cuando jugaba su Verdy Kawasaki. Se convirtió, obviamente, en la estrella de la selección, y estuvo a punto de llevarla al Mundial de Estados Unidos 1994: anotó trece goles en la fase de clasificación, pero el equipo se quedó a un minuto del objetivo en el último partido ante Irak en la liguilla final de Doha, recibiendo en el minuto 90 el tanto que lo dejaba fuera. Sin embargo, Miura no se hundió, y volvió a marcharse al extranjero para seguir mejorando. Fichó por el Genoa, y también en eso fue pionero: el primer japonés de la historia de la Serie A. Solo marcó un gol, pero fue en el derbi ante la Sampdoria. Regresó a Kawasaki el año siguiente y se concentró en alcanzar la meta que tan cerca se había quedado en el anterior intento: anotó catorce tantos para ayudar a Japón, esta vez sí, a clasificarse para su primera Copa del Mundo, la de 1998. Pero entonces ocurrió lo impensado: su rendimiento descendió alarmantemente. Si en las ligas de 1995 y 1996 había logrado veintitrés goles en cada una de ellas, en la de 1997 solo convirtió cuatro. 1998 arrancó igual: el mito había perdido el olfato. El Mundial se acercaba y la preocupación crecía. Okada lo incluyó en las primeras preselecciones y la nación estaba convencida de que la ilusión de liderar a su país ante su gran desafío le haría recuperar la forma. Era el *happy end* que su película exigía: el

niño aventurero que se va a Brasil, se convierte en jugador de fútbol con mucho sacrificio, regresa como estrella para ayudar a promocionar su liga y capitanea a su país en su primer Mundial. Pero aquello no era un cuento romántico de domingo por la tarde y, a última hora, en el corte definitivo, Takeshi Okada dejó a Kazu Miura fuera de la lista de veintidós jugadores que iban a viajar a Francia. Su argumento fue puramente racional: debía seleccionar a los futbolistas basándose en el estado de forma y dejar a un lado el sentimentalismo. El *shock* fue absoluto, multitudinario, de proporciones tan extremas como la inacabable magnitud de Tokio. Las guías de la prensa internacional que contaban la historia de Miura para presentar a Japón quedaron obsoletas antes de que rodara la pelota. Íbamos a ver *Campeones* con Oliver Aton ausente.

Entonces el foco se centró en un joven de veintiún años llamado Hidetoshi Nakata, que jugaba en el Bellmare Hiratsuka. Se trataba de un centrocampista ofensivo que ya había destacado en las categorías inferiores de la selección nipona, como por ejemplo en los Juegos Olímpicos de 1996, en los que Japón derrotó al Brasil de Rivaldo, Roberto Carlos, Ronaldo y Bebeto en un partido de la primera fase en Miami. En la absoluta había asumido la responsabilidad en un momento decisivo, dando las tres asistencias en el partido de *play-off* ante Irán en Malasia (3-2) que clasificó a Japón para el Mundial y que obligó a los persas a tener que disputar la ya mencionada repesca ante Australia. Nakata fue titular en los tres partidos que el equipo de Okada disputó en Francia, pero no pudo evitar la decepción de marcharse a casa con cero puntos. Si bien es cierto que ante Argentina en Toulouse y frente a Croacia en Nantes el combinado oriental dejó una muy buena imagen, perdiendo solo por 1-0 ambos partidos (con Batistuta y Suker como verdugos), la inesperada derrota ante la también debutante Jamaica fue un duro golpe. De poco sirvió que Masashi Nakayama anotara el primer gol de la historia de Japón en un

Mundial (el que recortaba diferencias ante los caribeños, estableciendo en Lyon el 2-1 definitivo). El mensaje era claro: había que mejorar mucho en cuatro años para hacer un papel digno en casa. De hecho, el único jugador que me llamó la atención de manera positiva en aquella selección nipona de 1998 fue el portero Yoshikatsu Kawaguchi, que tenía entonces veintidós años y militaba en el Yokohama Marinos. Recuerdo que lo anoté en mi libretita como uno de los mejores guardametas de la primera fase. Pero, globalmente, el balance era muy pobre. El peor de los cuatro asiáticos participantes. Ninguno superó la primera ronda, pero Corea del Sur y Arabia Saudí hicieron un punto, mientras que Irán ganó ante Estados Unidos un encuentro de gran trascendencia simbólica por el contexto sociopolítico.

2002 era, pues, el año fijado para el punto de inflexión. 2002 se convirtió además en mi gran objetivo. Empezaron a aparecer dibujos y fotografías de estadios futuristas que iban a convertir el primer Mundial del nuevo siglo, el primer Mundial asiático, en el primer campeonato ambientado prácticamente en la ciencia ficción. Algunos parecían naves espaciales, y yo pasaba horas y horas observándolos desde el ordenador, a tantos kilómetros de distancia, aprendiendo dónde estaban las ciudades de Corea y Japón. Y soñando, claro, ingenuamente, en ir a cubrirlo. Llevaba colaborando con la COPE ya desde septiembre de 2000; en verano de 2002 tendría solo diecinueve años y habría terminado el primer curso de la carrera, pero aspiraba de verdad a estar ahí. Lo habría dado todo por estar ahí. Ya no solo por ser un Mundial, sino por ser el Mundial de la expansión, el que se abría al resto del planeta por primera vez, el que, en una decisión sin precedentes, salía de Europa y de América para dar un paso más hacia la globalidad. Había un par de campos que me tenían enamorado. Quizá los mejores eran precisamente los dos únicos nipones que no estaban en la isla de Honshu: el Sapporo Dome, en Hokkaido, que con su techo retráctil parecía un platillo volante, y el Oïta Stadium, en

Kyushu, al que llamaban «el Gran Ojo» por su diseño vanguardista. Obviamente, tuve que verlos por televisión. Aunque a mi inocencia posadolescente del momento le costara comprenderlo, aquel era un Mundial muy complicado para los medios de comunicación españoles (horarios de partidos entre las ocho y media de la mañana y la una y media de la tarde, malos para las audiencias, y desplazamientos y alojamientos muy caros), por lo que se redujeron notablemente los enviados especiales que acostumbraban a desplazarse a los grandes torneos, y no iban a mandar a un chico que estaba empezando y que además era un colaborador externo. Fue, sin embargo, un campeonato muy positivo para mí desde el punto de vista profesional: entré en antena todos los días, recibí tras el torneo mi primer sueldo, y a finales de verano me ofrecieron mi primer contrato.

Fue un Mundial tremendamente sorprendente. Desde el primer día hasta el penúltimo. En el partido inaugural en Seúl, Senegal, debutante en la competición, ganó a la Francia que defendía el título y que era, junto a Argentina, la gran favorita en todos los análisis previos. El conjunto galo, dirigido por Roger Lemerre, acusó la lesión de Pires, que se perdió el torneo entero; las molestias de Zidane, que solo pudo jugar —y no al 100%— el tercer encuentro; y la expulsión de Henry por una dura entrada a los veinticinco minutos del segundo choque ante Uruguay, que le obligó a ver desde la grada el decisivo. A la hora de la verdad, nunca coincidieron sobre el campo dos de las tres figuras de aquel equipo, que quedó eliminado en primera ronda sin marcar un solo gol. También la Argentina de Bielsa cayó en la liguilla inicial, aunque en su caso se encontraba en el llamado «grupo de la muerte». Ganó en el debut ante Nigeria, pero todo se complicó al caer 1-0 ante Inglaterra en un nuevo capítulo de la tremenda rivalidad entre las dos naciones que se decidió con un gol de David Beckham desde el punto de penalti (un periodista japonés le preguntó a *Becks* si, ya que había llamado

Brooklyn a su primer hijo, le pondría de nombre Sapporo al segundo, que iba a nacer a principios de septiembre de aquel año, en honor a la ciudad en la que había marcado contra Argentina; él dijo que no y acabó llamándole Romeo). Pese a ese tropiezo, la albiceleste aún dependía de sí misma en la última jornada ante Suecia en Miyagi. La tragedia se adivinó cuando Anders Svensson marcó un golazo de falta directa a mediados de la segunda parte, y aunque Gabriel Batistuta empató el partido en el minuto 88, un punto no fue suficiente. El primer Mundial asiático se quedaba sin sus dos favoritos en la primera ronda.

Pero, en realidad, y como era más o menos esperado, el Mundial 2002 supuso la explosión de los equipos asiáticos. En concreto, de los dos anfitriones. La posibilidad de contar con cinco representantes por primera vez en la historia se perdió al caer derrotada Irán en la repesca ante la República de Irlanda. Arabia Saudí pasó de la gloria de 1994 a la humillación de irse de Japón sin puntuar ni marcar y recibiendo catorce goles. La debutante China, que había despertado curiosidad e interés —más eso que expectación— mostró estar muy lejos aún de la élite, perdiendo sus tres partidos con claridad —incluso ante Costa Rica—. El mundo se preguntaba cómo sería el fútbol de aquel país gigantesco, del que no se tenía ninguna referencia. Al final, y pese a contar con Bora Milutinovic como seleccionador —el hombre que había eliminado a España al frente de Nigeria cuatro años antes—, se marchó sin haber anotado su primer gol en la historia de los Mundiales, una hazaña que a estas alturas aún nadie ha logrado. Pero las dos organizadoras sí respondieron: ganaron sus grupos ante rivales potentes —Corea venció y eliminó a la Portugal de Luis Figo y Rui Costa; Japón obtuvo su primer triunfo de todos los tiempos ante Rusia con un gol de Junichi Inamoto, al que había fichado un año antes Arsène Wenger para el Arsenal, rescindiéndole el contrato justo antes del inicio del Mundial—. Quizá Inamoto fue el mejor

jugador de Japón en aquel campeonato, pero al que seguían todas las cámaras por llegar con la etiqueta de gran estrella nipona era Nakata, que ya estaba en el fútbol italiano. Si en 1998 era la promesa que asumió los galones, en 2002 su liderazgo futbolístico y mediático ya era indiscutible. Kazu Miura tenía ya 35 años, seguía jugando en el Vissel Kobe, e incluso había vuelto a la selección después de haber sido omitido de la lista de Francia por Okada, pero llevaba ya desde el año 2000 sin ir convocado y esta vez su exclusión fue absolutamente comprendida. La Federación había apostado por un técnico extranjero para intentar mejorar los resultados de la experiencia anterior, pensando que podría aportar ese desarrollo táctico que quizá a los nipones aún les faltaba. El hombre en cuestión era Philippe Troussier, un parisino que había hecho prácticamente toda su carrera como entrenador en África. Era, por lo tanto, un especialista en enseñar conocimientos futbolísticos en lugares con menos tradición. Sin embargo, y pese al éxito que obtuvo, también tomó una decisión controvertida que provocó muchas críticas antes del arranque del torneo: dejó fuera de la lista definitiva a Shunsuke Nakamura, el jugador nacional del momento en la J-League, un zurdo delicioso al que había hecho debutar con el primer equipo del Yokohama Marinos Xabier Azkargorta en abril de 1997. Los aficionados nipones soñaban con un centro del campo formado por Inamoto, Shinji Ono, Nakata y Nakamura, pero no fue posible al ser descartado este último, que justo después del Mundial se iría a la Reggina italiana. Sin embargo, aun sin su participación, Japón se clasificó, al igual que Corea, para los octavos de final por primera vez en su historia. Se convertían de este modo en la tercera y la cuarta selecciones asiáticas en conseguirlo.

Por primera vez en la historia, el fútbol asiático despertó cierta admiración fuera de su continente. No fue esta una tendencia masiva, pero sí es verdad que ya no eran solo ellos los que quedaban fascinados por los extranjeros:



desde ese momento, en Occidente, empezaron a aparecer clubs de fans del balompié nipón y coreano. Era una corriente absolutamente minoritaria, algo *freak* y modernilla a la vez, pero real al fin y al cabo. Esa atracción estaba relacionada con la estética: aquellos orientales corrían mucho, eran delgados y livianos con la pelota, y cuidaban escrupulosamente su imagen, a veces tiñéndose el pelo y luciendo un *look* entre estrafalario y presumido. Llegaba el momento de dar un paso más: alcanzar la ronda de los cuartos de final. Es cierto que Corea del Norte lo había conseguido en 1966, pero en aquel Mundial había menos participantes, por lo que superar la liguilla inicial ya suponía meterse en la ronda de ocho supervivientes. Técnicamente, sobrepasar los octavos en 2002 supondría firmar la mejor participación histórica de un equipo asiático, ya que el que lo lograra sería el primero en tener éxito en dos rondas en una Copa del Mundo. Los norcoreanos se habían quedado a las puertas de ello en el 66, cuando desperdiciaron una ventaja de 0-3 en Goodison Park ante Portugal y acabaron cayendo por 5-3. Del mismo modo, Arabia Saudí había sucumbido en el 94 ante Suecia por 3-1 en Dallas. Corea y Japón tenían ambas la oportunidad de establecer un nuevo récord.

La cita con la historia era el 18 de junio. A las 15:30 h, hora local, Japón se enfrentaba a Turquía en Miyagi. Parecía una oportunidad propicia: los otomanos también habían superado la fase de grupos por primera vez y no contaban con estrellas de renombre internacional. Es cierto que Rüstü Recber y Hasan Sas habían maravillado en la primera ronda, pero posiblemente los nipones eran hasta favoritos antes de empezar el encuentro pese a su escasa experiencia. Sin embargo, un tempranero gol de Ümit Davala, cuyo corte de pelo mohicano causó sensación durante el torneo, acabó con el sueño del anfitrión, que a esas alturas ya creía que todo era posible. Así que la pelota cayó en el tejado coreano: una hora después de que hubiese sucumbido Japón, la otra organizadora se medía a Italia en Daejeon. Su tarea era,

evidentemente, mucho más complicada que la que se les había atragantado a los samuráis. Cuando Christian Vieri anotó a los dieciocho minutos el 0-1, todos pensamos que, al fin y al cabo, la revolución asiática anunciada se iba a quedar en dos octavos de final. Novedosos para los dos países en cuestión, pero no para el continente. Sin embargo, ocurrió lo impensado: Seol Ki-Hyeon forzó la prórroga en el minuto 88 y, en el contexto de una discutidísima actuación arbitral del ecuatoriano Byron Moreno, Ahn Jung-Hwan, el jugador más atractivo del campeonato según las mujeres surcoreanas encuestadas, logró el 2-1 en el minuto 117. Ahn pertenecía al Perugia, y su presidente, Luciano Gaucci, le rescindió el contrato de inmediato por haber eliminado a la *azzurra*. La prensa clamó contra las decisiones de Moreno, especialmente la de anular un gol a Damiano Tommasi y la de expulsar a Francesco Totti por presunta simulación. Surgió entonces la teoría del complot, según la cual la FIFA pidió a los colegiados que se aseguraran de que uno de los dos anfitriones llegaba a las últimas rondas. Con controversia, Corea del Sur hacía historia, y superaba la hazaña de sus vecinos y enemigos del Norte en el 66.

Su cuarto de final era contra España, y todos los medios quisieron hablar con el hombre milagro que estaba dirigiendo al equipo récord del fútbol asiático, el exentrenador del Valencia y del Real Madrid Guus Hiddink. A mí me tocaba, obviamente, empaparme de Corea del Sur, una selección a la que estaba conociendo en aquel Mundial, ya que prácticamente todos sus jugadores militaban en clubes de su continente. Siempre me había costado mucho, además, memorizar los nombres coreanos. Muchísimo más que los japoneses. Así que me senté en el salón de casa con una libretita y empecé a intentar analizar cómo jugaban. Me pasé su partido contra Italia dos veces, y cuando Abellán me llamó por la noche en el programa, preguntándome si eran buenos, le contesté que «de tanto que los he visto hoy, ya me parece que

son buenísimos». Identifiqué a Park Ji-Sung, que en aquel momento estaba jugando en el Kyoto Purple Sanga japonés, como el mejor del equipo, y apunté el nombre de Lee Chun-Soo como el de la promesa de futuro —en realidad no sé por qué definí a Lee como la promesa, porque era, como Park, del 81; o sea, que eran prácticamente igual de jóvenes—. El partido se jugó un sábado a las 8:30 h, hora española. El programa de radio empezaba una hora antes (por mucho que el horario fuera terrible, no dejaba de ser la gran oportunidad de España de llegar a semifinales por primera vez, ya que el rival se veía como muy ganable). Así que salí de casa a las 6:30 h para coger el tren hacia los estudios de COPE Barcelona. Lo más anecdótico que recuerdo de la transmisión es que uno de los que participaban dijo, a punto de llegar al descanso, que «parece que el árbitro va con nosotros... creo que lo de Italia fue tan descarado que ahora tienen que compensar e ir contra Corea». En serio. Más o menos en la mitad del partido, el famoso Gamal El-Ghandour fue etiquetado como cómplice en nuestra emisión. Obviamente, tras los goles anulados, el centro de Joaquín, las quejas repletas de ira de Helguera y Camacho y la tanda de penaltis en la que Lee Won-Jae paró más que Casillas, nadie se acordó de aquello, y la presión sobre la FIFA fue tan fuerte que todo el mundo llegó a la conclusión de que, en semifinales sí, Corea caería. Y en efecto, Corea cayó contra Alemania, con un Ballack que, en uno de mis momentos favoritos de liderazgo de un colectivo, se levantó tras ver la tarjeta amarilla que le impediría jugar la final y marcó el gol que acabó con el sueño de Hiddink y de la marea roja. Corea perdería luego también contra Turquía y finalizaría en cuarta posición: era el mejor resultado de la historia de un equipo asiático, pero estaba manchado por la sombra de la sospecha. En España, pues, los coreanos quedaron estigmatizados como unos tramposos, y por si a alguien se le pasaba por la cabeza olvidar lo acontecido en aquella tarde de Gwangju, ahí estaba Melendi para recordárnoslo.

No sé cuándo cambié el chip. No sé cuándo lo oscuro se transformó en brillante. No sé cuándo me empecé a sentir identificado con el juego de Corea. Pasaron unos cuantos años, y quizá fue viendo al Pohang Steelers ganando la Champions League asiática de 2009, o el año siguiente, cuando Seongnam Ilwa Chunma garantizó que el título se quedara en el mismo país. O viendo la selección sub-20, en la que Koo Ja-Cheol jugaba de medio centro, o la sub-17, en la que Son Heung-Min era la gran figura. De repente me encontré gritando los goles de Corea en las Copas de Asia y en los torneos de categorías inferiores, y luego los de Japón, porque me di cuenta de que jugaban a lo mismo. Me dio rabia haber encarado el Mundial 2002 sin haberme percatado de que mi espíritu de romántico perdedor amante de la belleza e incapaz de disparar un arma se expresaba en lo futbolístico de manera exacta en el juego de Japón y Corea. O igual es que en 2002 aún no era así. Aprendí a disfrutar de las derrotas prototípicas del purismo asociativo radical asiático: nosotros nos la pasamos de manera académica, llegamos treinta veces, no sabemos meterla y la única vez que te acerques a mi área me equivocaré y me ganarás. Me sentía tan identificado con ese proceso, con ese destino, con ese rol de perdedor poético, que los amé con locura. Y entonces empecé a ir a ver sus películas, para darme cuenta de que su cine también sugería sin rematar, también se cocinaba al fuego lento de los platos que te harán esperar tres horas pero que se presentarán bellísimos. Entonces volví a ver *Lost in Translation* y me enamoré de Scarlett porque escuchaba manuales de filosofía con unos auriculares mientras contemplaba Tokio desde la ventana del hotel. Y me pareció fascinante que Bill Murray prefiriera follarse a la cantante del bar del hotel y no a Scarlett, porque lo que quería era puro sexo brutal y ella era demasiado bella para ser ensuciada con el instinto primitivo. Y todo esto pasaba en Tokio, y no podía ser casualidad: Sofia Coppola había elegido contarnos esa historia en Tokio porque la ciudad y el

sentido de su obra acababan siendo lo mismo. Amé Tokio porque pensé que estaba llena de Scarletts que estudiaban filosofía, que tenían muchas dudas sobre el mundo, que estaban perdidas en la ciudad y necesitaban que las rescatara alguien como yo. Creo que odié *Match Point*, de Woody Allen, porque en ella Scarlett follaba como un animal, sobre todo en la escena de la lluvia, que estará tremenda para hacerte subir la temperatura, pero desmitifica su angelical interpretación en Tokio, donde sus ojos están para contemplar la metrópoli por la ventana y no para comerse a besos apasionados a su profesor de tenis. Scarlett, para mí, es solo Tokio, y no quiero verla en ninguna película más. Luego un amigo me dejó *Tokio Blues*, el curioso título en España de *Norwegian Wood*, la famosa novela de Murakami que devoré en tres días de vacaciones encerrado en una habitación de hotel en Rímini mientras mis amigos iban a la playa o a las discotecas a conocer chicas napolitanas. Y me sentí Toru Watanabe, y empecé a probar el *brandy* solo porque él lo bebía, y decidí definitivamente que tenía que ir a Tokio en algún momento, más pronto que tarde. Por el fútbol inocente, por las chicas soñadoras, por los posadolescentes inseguros que se enamoran de las mujeres equivocadas.

Pisé Asia por primera vez en 2010, pocos días después de llorar la eliminación en Sudáfrica de Japón —de nuevo entrenada por Okada— por penaltis ante Paraguay, y la de Corea ante Uruguay. Fue un viaje de aproximación. Aún no vería Tokio, pero me acercaría. Me encontré con Pinto, uno de los dos amigos con los que había descubierto Medvode, en el aeropuerto de Shanghái, la ciudad en la que estaba estudiando chino. Y me enseñó las discotecas glamourosas decoradas con peceras de tiburones, repletas de occidentales que consumían bebidas caras en terrazas desde las que se observaban con toda su majestuosidad los rascacielos futuristas del

Pudong, no muy lejos de tenderetes callejeros de comida barata. Hicimos escala en Hong Kong para que me enamorara de su aeropuerto, el sueño del *traveller* del XXI: *laptops* en Starbucks entre aviones aterrizando al lado del mar y esquivando las montañas. Viajamos a Hanói, que se convirtió en mi ciudad asiática favorita porque la vida parecía transcurrir en la calle, y porque allí se reunían mochileros de todas partes que se sentaban en taburetes de madera viendo llover mientras degustaban cerveza barata y se sentían lejos de su mundo poco amable. En Vietnam todos sonreían. En Vietnam me hice amigo del recepcionista del hotel, el entrañable Tang, que trabajaba veinticuatro horas y estaba obligado a despertarse y abrirte la puerta si llegabas de noche mientras él dormía en un colchón al lado de la puerta. Me dijo que era del Arsenal y de la selección alemana y, de hecho, atendía a los clientes ataviado con esas camisetas, una para cada día. Me cayó tan bien que le regalé la de Fàbregas de la selección española que había comprado en una tienda de réplicas de imitación en Shanghai. Él quiso compensarme de algún modo, y me regaló el CD de la estrella musical *mainstream* vietnamita, el célebre Dan Truong. Pero no era el único ser en Hanói que desprendía bonhomía. Los niños eran un encanto. Jugaban a fútbol en los parques, te saludaban, no sabían una palabra de inglés, pero gritaban «Iniesta», «David Vi-lá» [sic], y nos entendíamos, entrábamos en un juego cómplice, el fútbol nos convertía por un rato en amigos que habían superado todas las barreras que les separaban. Vi un partidillo frente a la estatua de Lenin cerca del mausoleo de Ho Chi Minh, con jóvenes vietnamitas luciendo camisetas desteñidas de grandes equipos europeos. Me marché entonces a Bangkok, y el impacto del cambio me asustó: en Tailandia el viajero se sentía turista, mientras que en Vietnam era un visitante. Sin embargo, gocé del ritmo frenético de la ciudad y me interesé por el budismo —me compré un par de libros que aún no he leído—. Visité templos, me monté en *tuk-tuks* de

maníacos del volante que disfrutaban haciéndolos volar por los aires a toda velocidad por la noche de una ciudad que no duerme, que se ha transformado en una especie de meca del placer. Salimos luego hacia el mar y conocimos en Kho Phangan la famosa *Full Moon Party*, una locura de fiesta que se celebra una vez al mes en una playa de una isla que ha convertido aquello en su única razón de ser. Todos sus habitantes, que viven en casitas esparcidas por los márgenes de la única carretera que comunica los distintos puntos de una isla sin pueblos, se ganan el pan directa o indirectamente gracias a aquel acontecimiento que reúne a jóvenes de todo el mundo. Hasta vi a un chico con la camiseta del Carl Zeiss Jena. Zarpamos luego hacia Kho Phi-Phi, que era un lugar completamente distinto a Kho Phangan: si aquel disponía de carretera pero no tenía pueblos, este solo tenía pueblos pero no estaban conectados por carreteras. La gente se desplazaba de un lugar a otro de la isla en *taxi boats*. Allí vivían unos cuantos ingleses que habían ido a parar al lugar estando de vacaciones y les había gustado tanto que se instalaron definitivamente. Abrieron su *pub*, compraron una parabólica y un decodificador de Sky y seguían viendo a su equipo de la Premier League cada semana en un clima paradisíaco. La isla había sufrido con muchísima violencia el tsunami de 2004 y en todas las calles había rótulos indicando la ruta de evacuación en caso de que se repitiera la catástrofe natural. Era, probablemente, la única preocupación de sus habitantes, que disfrutaban de unos atardeceres de otro planeta. Era un espectáculo irse a la playa a media tarde, esperar que bajara el sol y adentrarse en el agua siguiendo el ritmo de la marea, que iba descendiendo a toda velocidad. Acabamos la ruta en Kuala Lumpur, una ciudad que parecía resumir Asia en sí misma con sus comunidades musulmana, hindú y china conviviendo en aparente armonía, con la influencia de la cultura británica muy presente aún. Regresé a Europa

algo descolocado, aunque profundamente enriquecido. Pero aún me faltaba Tokio.

Y poco a poco me fui aproximando. El señor Kimura, el director de una revista sobre fútbol internacional que vive en Sevilla, viajó a Barcelona para entrevistarme, y me convertí en articulista habitual de su publicación, que se distribuye por todo Japón. Takeshi Okada, el mítico seleccionador japonés de 1998 y 2010, el hombre que dejó sin jugar un Mundial a Kazu Miura, vino a Gol Televisión de visita un fin de semana en el que iba a comentar para la televisión nipona el Barcelona-Madrid, y aproveché para hacerle una entrevista. Le pregunté si era verdad que había dicho, tras la eliminación ante Paraguay, que se iba a retirar a una granja a cuidar animales y a escribir poesía. Se rió muchísimo, y dijo que los ingleses le habían traducido mal. Descubrir que no era un bohemio me causó una profunda decepción. Y entonces llegó la oportunidad: Marc, uno de mis mejores amigos, se iba a casar con una chica japonesa que había conocido en Canadá. Iba a celebrar una boda en Catalunya para su familia y otra en Japón para la de ella. Acompañarle a ese acontecimiento se convirtió en seguida en el plan del verano. Yo y Robert, el amigo con el que había viajado por Alemania y Escandinavia tras el Mundial 2006, montamos un viaje que tenía como única condición indispensable estar en Kurashiki, la ciudad de la ceremonia, el día 14 de julio de 2012.

Y Japón fue *lost in translation*, pero no por su belleza ni por su romanticismo. El choque cultural fue brutal, casi violento. Y no fue un choque cultural con el que se pudiera disfrutar. Tampoco se sufría. Pero descolocaba. Había a veces mucha incomprensión. Creo que fue estando allí, por primera vez, cuando entendí plenamente el título de la película de Sofia Coppola. A veces no éramos capaces de comprender por qué estaban siendo tan simpáticos con nosotros; otras, nos costaba aceptar que la negativa de



algunos establecimientos por la admisión de extranjeros no se debía a una cuestión de mala educación o de un nacionalismo extremo: simplemente no sabían comunicarse con ellos, y para evitar malentendidos, se protegían de ese modo. Una noche, en Nagano, la ciudad que organizó los Juegos Olímpicos de Invierno en 1998, estábamos perdidos caminando por la calle, buscando un restaurante. Vimos a un chico joven y le preguntamos por él. No hablaba inglés, pero nos pidió que le siguiéramos. Le acompañamos andando unos diez minutos hasta que llegó a su casa. Se metió en el coche y nos hizo señas para que subiéramos. Condujo un buen rato, alejándose mucho del centro de la ciudad. Llegó al restaurante y vio que estaba cerrado. Nos preguntó a dónde queríamos ir —o eso entendimos— y le dimos el nombre de nuestro *ryokan*, la típica casa de huéspedes tradicional japonesa. Nos llevó hacia allí, aparcó el coche y pidió hablar con los propietarios, un matrimonio mayor que llevaba toda la vida albergando viajeros. Les contó nuestra aventura y les preguntó dónde podíamos cenar a aquellas horas. La señora se escandalizó. ¡Eran las diez de la noche! De pronto, el señor pronunció la palabra *Gondo*. Su mujer, de nuevo, reaccionó con un asombro casi de terror. «Solo en el Gondo, aunque no es un lugar muy recomendable», nos dijo el hombre. Dimos las gracias al muchacho, que se despidió con reverencias, y caminamos hacia el Gondo. Al fin y al cabo, teníamos hambre, era nuestra segunda noche en Japón y queríamos experimentar. El Gondo era una calle cubierta por un techo circular de plástico, muy habitual en todas las ciudades japonesas. De hecho, solo la de Nagano se llama Gondo, pero como fue la primera que conocimos, decidimos que, para entendernos, nos referiríamos siempre a este tipo de calles comerciales cubiertas como «Gondos». El Gondo de Nagano parecía ser el lugar al que acudían los habitantes de mala vida de la ciudad. Estaba repleto de prostíbulos —a los que los extranjeros no eran invitados, a diferencia de los locales que pasaban frente a sus puertas—,

de pequeños bares sospechosamente pequeños y con las puertas cerradas, de karaokes oscuros. Entramos en un local de *sushi* cutre. En Japón existe el *sushi* cutre, sí. O sea, aquí el *sushi* es sinónimo de glamour, pero en Japón hay bares de *sushi* equivalentes a tenderetes de bocadillos de salchicha a las seis de la madrugada a la salida de las discotecas. Había tres clientes. Un hombre de mediana edad con una camiseta sin mangas de color naranja, tremendamente musculado. A su lado, una chica de unos treinta y pocos, muy escotada, luciendo sus pechos espectaculares. Un poco hacia el final de la barra, un viejo con pinta de vagabundo muy borracho. Al de la camiseta naranja le hicimos gracia. Nos preguntó que de dónde éramos, gritó «*Champions*» cuando le dijimos que de España, y el viejo empezó a balbucear algo parecido a «Iniesta». Nos preguntaron si habíamos probado el licor de soja que estaban tomando, y nos invitaron a una ronda. El *sushi* era el peor que comimos en todo el viaje. La chica nos contó que era mitad japonesa y mitad tailandesa, y el señor de naranja nos empezó a preguntar si creíamos que era guapa. El viejo se reía y bebía. El de naranja le dijo algo a la chica, que obviamente no entendimos, y luego nos preguntó si queríamos ir al karaoke que ella, la medio tailandesa, regentaba en esa misma calle. A Robert le parecía todo bastante oscuro, y yo, a pesar de que coincidía en que había gato encerrado, tenía ganas de saber cómo acababa el asunto, aunque solo fuera para poder escribir sobre ello unos meses después. Así que al final fuimos. El viejo también se apuntó, e insistió en que nos iba a invitar a uvas y melocotones —o unas frutas raras que lo parecían—. El karaoke era un bar diminuto desde el que no se podía ver la calle —quedaba completamente cerrado— y en el que un televisor presidía la sala. Nos pusieron cervezas y mucha fruta. No paraban de traernos fruta. Si no comíamos fruta preguntaban que por qué no comíamos fruta. Si comíamos una pieza de fruta pero quedaban todavía siete en el plato, nos traían otro plato de fruta porque

pensaban que ya estábamos terminando. A todo esto, el de naranja eligió una canción y empezó a interpretarla con una pasión y una vehemencia que yo jamás había visto en un karaoke en Barcelona. Se le hinchaban las venas, se ponía de pie, acompañaba la canción con enérgicos movimientos de sus brazos musculosos. El viejo fumaba y bebía. La chica medio tailandesa traía más fruta. El de naranja acabó su actuación y nos dijo que era nuestro turno. Nos dio una pantallita para que eligiéramos la canción. Parecía no entender que no éramos capaces de leer los subtítulos en japonés. Realmente no comprendía que no entendiéramos el japonés. Así que puse «Madonna» en el buscador y salió una canción. La elegí. Resultó ser un tema en japonés cuyo estribillo decía, simplemente, «Aaaaahhh... Madonnaaaaaa...». Así que solo canté eso, y el de naranja me miraba como medio ofendido porque no interpretaba el resto de la letra. Sin embargo, me esforcé mucho en el «Aaaaaaaaah... Madonnaaaaaaaa...». El viejo empezó a gritar «¡Iniesta, Iniesta!». La tailandesa eligió una canción y cogió el micrófono. Me distraje unos minutos hablando con Robert, y al girarme me veo al de naranja llorando como un niño, a lágrima viva, haciendo mucho ruido. Sin embargo, nadie parecía sorprendido. El viejo, al cabo de bastante rato, se lo llevó fuera del bar, y a los dos minutos volvieron a entrar y el de naranja eligió otra canción y volvió a interpretarla con la misma pasión. En aquel momento ya habíamos comprendido que aquel lugar no escondía nada: ni era un prostíbulo oculto, ni el de naranja quería que nos folláramos a la tailandesa, ni las frutas llevaban sustancias alucinógenas. Simplemente, el Gondo de Nagano era *así*. Desconcertados, nos disculpamos, dijimos que el día siguiente teníamos que ir a visitar a los monos blancos que se bañaban en aguas termales —lo cual era cierto— y volvimos al *ryokan*. El cielo estaba tan oscuro que no se distinguían las montañas de Nagano 98.

Que nos invitaran a probar productos locales se convirtió en algo habitual. Nos sucedió en Matsumoto, donde un señor insistió muchísimo para que comiéramos un pan con forma de pez gigante con una especie de mermelada medio dulce, medio salada, en el interior. Pero sobre todo, en Takayama, una preciosa ciudad de montaña en medio de los Alpes Japoneses en la que encontramos un restaurante-bar español regentado por un fanático nipón del Barcelona que, fruto de su amor por La Liga, había decidido abrir un local en el que se sirviera jamón serrano, pulpo a la gallega y vino Rioja. La pareja que estaba sentada a nuestro lado invitó a *sake* y *sushi*: se lo tomaron como una especie de intercambio cultural. Ellos habían salido a degustar nuestros productos y a nosotros nos tocaba hacer lo propio con los suyos. En los gestos y en las formas con las que experimentaban todo aquello se desprendía glamour. Ir a tomar unas tapas españolas era para ellos el equivalente a ir al mejor restaurante de *sushi* de Barcelona un viernes por la noche para nosotros: lujo exótico que se paga caro y que queda muy bien. El propietario y yo empezamos a hablar de fútbol. Le pregunté que cuál era el mejor equipo de Japón, y me contestó que el Nagoya. Yo dije, «ah, Nagoya, Wenger», y él y su compañero de la barra se pusieron las manos a la cabeza y empezaron a gritar de alegría, en plan «¡oooooooooh, sabe que Wenger entrenó en Nagoya, oooooooooohhhh!». De hecho, a cualquier japonés le parecía increíble que conociéramos a sus jugadores más famosos. Y si además ponías el apellido delante del nombre rozaban el orgasmo. Era decir de carrerilla Endo Yasuhito, Kagawa Shinji, Honda Keisuke y Hasebe Makoto y podían estar medio minuto regodeándose de placer. No podían entender cómo era posible que nosotros, que veníamos de Barcelona, adoráramos a sus jugadores, que para ellos eran muy flojos comparados con los que estábamos acostumbrados a ver. Cerramos el bar, perdidos en la mezcla del vino y el sake, nos hicimos unas cuantas fotos, y nos invitaron a volver en invierno. «Está todo nevado.

Tenéis que verlo», fue su despedida. «Lo intentaremos», contestamos, conscientes de que las posibilidades de regresar a aquel lugar escondido entre montañas, lejos de Tokio y de todo, eran remotas. Estábamos en julio y el aire de la noche ya era frío, como las calles, vacías y poco iluminadas, solo alteradas en su paz por algún 7-Eleven abierto en el que un par de aves nocturnas compraban cigarrillos o mangas pornográficas.

Marc y Ayumi se casaron en Kurashiki, cerca de Okayama, en la zona del mar interior. Llegamos un día antes y nos reunimos con nuestro amigo, que esa noche dormiría con nosotros en un albergue en el que preparaban un excelente *tamago kake gohan* (un huevo batido vertido en el arroz y todo ello mezclado con salsa de soja). Decidimos, en sus últimas horas de soltería, ir a tomar unas copas. Kurashiki recibía a algunos turistas durante el día, ya que su centro histórico, el Bikan, con un canal y algunos puentes antiguos, tenía su encanto. Pero por la noche parecía una ciudad fantasma. Preguntamos por algún *pub*, discoteca, bar nocturno, lo que fuera, y solo nos contestaban «*Korne-ya*» —para nosotros, «Cornellà»—. Seguimos más o menos las indicaciones, pero no dimos con él. Rendidos, oímos música en lo que parecía ser un local escondido tras unas escaleras. Subimos y, en efecto, era un bar. Había solo dos personas: el camarero y una chica occidental. Nos sentamos, la miramos, pedimos algo, nos miró, se acercó a nosotros, nos habló, dijo que era de Madrid, nosotros catalanes, empezamos a charlar, un poco de whisky Jameson, música buena en discos de vinilo. Se llamaba Midori, tenía familia japonesa y estaba viviendo con ellos en Kurashiki. Le alegró muchísimo encontrarnos y comenzó a soltarnos todas sus frustraciones. «Aquí la gente es muy fría, solo piensan en progresar. Vas a clase con ellos pero no conciben quedar después para tomar algo. No pueden salirse de la ruta establecida. Tienen que sacar las mejores notas para poder ir a las mejores universidades y conseguir luego los mejores puestos de trabajo.

Está en juego el prestigio de las familias. El que se aleja de eso está muy mal considerado.» El barman escuchaba sin entender nada. Cambiaba de discos, sorbía también un whisky. «Hiroshi era un alumno brillante, tenía un buen trabajo... —dijo Mirodi, señalándolo—, pero se cansó, se cansó de este sistema sin improvisación. Juntó un poco de dinero y montó este bar para poder poner sus discos.» Hiroshi, que se llamaba igual que el máximo goleador del Sabadell en el ascenso a Segunda de un año antes, sonreía cómplice. «Aquí la gente no intima. No te cuenta cosas de su vida. Hablar de sexo parece un tabú. No existe la seducción. Cuando habéis entrado y me has mirado —dijo refiriéndose a mí—, he sabido que erais españoles. Me has mirado intentando seducirme, de una manera que no me habría mirado un japonés.» No paraba de hablar. «Hiroshi, en cambio, es distinto. Con él sí se puede hablar de estas cosas. Es mi único amigo.» Entonces imaginé largas noches, frías noches de invierno en Kurashiki, con el bar vacío, siempre vacío, solo con Midori y Hiroshi hablando de cosas íntimas, creyendo que con ese acto en un pequeño local escondido estaban haciendo una especie de revolución. Los dejamos, porque Marc tampoco podía beber más: debía estar bien para su boda. Caminamos por un Gondo menos siniestro que el de Nagano y pasamos por delante del templo en el que se iba a celebrar la ceremonia. «¿Subimos a verlo?» «Oye, ¿es un templo sintoísta o budista?» «La verdad es que no lo sé.» «Debe de ser sintoísta; el sintoísmo es para las cosas de la vida y el budismo para las cosas de la muerte.» Tantos viajes después, estábamos allí, en una ciudad que acabábamos de descubrir y que dormía plácidamente bajo el templo en el que Marc, que había vivido siempre en la misma calle en la que nació mi padre en Sabadell, se iba a casar el día siguiente con una japonesa.

Los días posteriores a la boda fueron los mejores: la familia de Ayumi vivía en un pueblo diminuto de la costa en el que no había ni bares, ni

restaurantes ni supermercados: solo una pequeña tienda en la que comprar las cosas más básicas y una escuela a la que acudían en barco cada mañana los niños que vivían en la isla de enfrente. Nos trataron muy bien, pese a que no hablaban una sola palabra de inglés. Ayumi nos invitó a cenar con sus amigas del pueblo, que no habían salido nunca de allí. Es difícil de creer, porque la comunicación verbal era casi imposible —Marc era capaz de traducir cosas—, pero creo que fue un encuentro muy agradable. La mañana siguiente, el noticiario de la televisión regional ofreció el resumen del partido del Okayama Fagiano del día anterior en la segunda división japonesa —yo había insistido bastante para que fuéramos a verlo, pero era el único que tenía ganas—. Habían quedado 0-0. Nuestro último día con ellos lo destinamos a viajar a Hiroshima, justo después de que el Sanfrece, el equipo local, se situara líder de la J-League por primera vez en la temporada (acabaría ganando el título). Primero visitamos el santuario de Itsukushima y luego el Museo de la Bomba Atómica, un lugar escalofriante. No teníamos ganas de hablar de nada cuando nos despedimos de ellos y nos dejaron en la estación del *shinkansen* que debía conducirnos a Tokyo.

Y entonces, en una tarde-noche de trenes de alta velocidad y rascacielos volando por la ventana, conocimos Taiheyo Belt, la megalópolis de Tokaido. Un corredor de 1.200 kilómetros en el que se concentran las ciudades más pobladas de Japón, confundiéndose las unas con las otras. Pisándose los talones, dando continuidad infinita al paisaje de cemento y luces. Creo que no vimos ni un minuto de campo entre Hiroshima y Tokio. La sensación de superpoblación y densidad exagerada es especialmente intensa en Keihanshin, la región metropolitana que comprende los municipios de Osaka, Kobe y Kioto. Cuando la dejas atrás crees que puedes tomarte un respiro, pero en seguida viene Nagoya —donde buscas algo que te recuerde a Wenger—, y luego, poco a poco, ya te vas adentrando en Tokio.

Es la inmensidad lo que te aplasta. Es el ser consciente de que la ciudad es inacabable. El saber que te irás con la sensación de que no la conoces en absoluto, de que no eres capaz de definirla, de que no has podido captar su esencia porque solo has probado pequeños bocados de una realidad gigantesca. No es tanto el cruce en el semáforo de Shibuya ni el caos de los enlaces en la estación de Shinjuku: todo ello es asumible, observable, hasta manejable. El problema es que nunca tienes en la cabeza una idea global de la ciudad: no te orientas, no la dominas. Y lo intentamos, e hicimos todo lo que *Lonely Planet* decía que debíamos hacer en Tokio: comprar ropa cara en Harajuku, donde los adolescentes pasean sus cortes de pelo estafalarios y las tribus urbanas convierten en caducas las tendencias de la semana pasada; encerrarnos en un edificio de seis plantas en Akihabara, el paraíso de los *otakus*, y ver a jóvenes pasarse horas concentrados en máquinas recreativas con videojuegos de principios de los noventa; pasear por Ginza, y descubrir que las calles más exclusivas de Tokio se parecen demasiado a las grandes avenidas de París o Londres; desayunar *sushi* recién pescado en el mercado de Tsukiji, donde los trabajadores, que llevan allí desde mucho antes que saliera el sol, disimulan como pueden que están hartos de tener que esquivar a tanto extranjero fotografiando su actividad. Pero, por fortuna, encontramos un par de rincones donde uno podía olvidar la asfixiante dimensión inabarcable de la metrópolis. Uno de ellos, en el Golden Gai, cerca de Shinjuku. Habíamos leído bastante sobre aquella pequeña zona de callejuelas y minúsculos bares. La leyenda contaba que en la mayoría de ellos solo aceptaban a clientes regulares, y que entre los visitantes habituales se contaban los artistas más bohemios de Japón. El libro-guía que llevábamos incluso recomendaba un par de locales en los que los extranjeros sí eran bienvenidos. Subimos las escaleras de uno con nombre francés: era un cuartito en el que cabían, como mucho, diez personas, y detrás de la barra



había una señora de unos setenta años. Las paredes estaban decoradas con carteles de películas de época. La propietaria parecía llevar toda una vida esperando a que entrara alguien. Y cuando nos vio, la conversación surgió como si estuviéramos en uno de los melodramas que ella tanto adoraba. Empezamos hablando inglés, pero cambiamos al francés cuando nos dijo que lo dominaba mejor. Había viajado varias veces a París para ver cine. A Barcelona, nunca, y tenía ganas de ir. Sabía de San Sebastián por el festival. «Sois de Barcelona, ¿entonces? Tengo una clienta que seguramente conocéis. Se llama Isabel Coixet.» ¿Isabel Coixet? «Cada vez que viene a Tokio se pasa por mi bar. La última vez estuvo aquí con Sergi López.» Entonces recordamos *Mapa de los sonidos de Tokio*, e imaginamos a Coixet bebiendo ese mismo licor que la señora nos acababa de servir, conversando las dos sobre el cine que les gustaba de tres décadas atrás. Le pregunté por *Lost in Translation* y me dijo que le parecía «superficial». ¡Superficial! ¡Scarlett escuchando el casete de filosofía le parecía superficial! «No refleja lo que es Tokio», argumentó. En cambio, le fascinaba *Vicky Cristina Barcelona* de Woody Allen. Nosotros le dijimos que nos parecía exactamente lo mismo que a ella el film de Coppola. Nos despedimos prometiendo volver algún día si regresábamos a Tokio. Quién sabe si entraríamos por la puerta y Coixet estaría allí, disfrutando del anonimato en una ciudad inmensa.

El otro lugar en el que nos sentimos cómodos en Tokio fue Koenji. Nos lo habían recomendado Marc y Ayumi, que se habían alojado allí la última vez que estuvieron en la ciudad. «Es una especie de barrio bohemio, bastante tranquilo, pero al mismo tiempo con músicos callejeros y muchos prostíbulos.» Lo cierto es que sus calles peatonales, sus habitantes moviéndose en bicicleta, sus pequeñas cafeterías inglesas, me recordaron muchísimo al barrio de Gràcia en Barcelona. Nos alojamos en una pensión cerca de la estación: una casa particular que su dueño había convertido en un

pequeño hotel para turistas occidentales. A pocos metros descubrimos el mejor bar de *sushi* de nuestras vidas, y fuimos dos o tres veces a disfrutar cada pieza como si fuera la última. Koenji permitía callejear sin rumbo fijo sin miedo a perderse: era agradable, y en muchas tiendas encontrabas pósters anunciando el siguiente partido del Tokyo Verdi. Una noche en la que Robert quería ir a Shibuya, me quedé en el barrio y fui a cenar a una pizzería. Acabé tomando una copa —varias horas después y en otro local— con el camarero que me había atendido, un jugador de fútbol *amateur* que soñaba con ganar un concurso organizado por Coca-Cola y cuya fase final consistía en viajar a Barcelona. Vimos juntos un Japón-Bielorrusia sub-23 que ponían en la tele, antes de que se marchara porque la mañana siguiente tenía que ir a la universidad. En la última noche en Tokio, decidí no dormir y pasarla toda en un bar que hacía esquina. La gente iba y venía, y casi todos me invitaban: muchos me preguntaban que qué hacía allí, que los turistas nunca van a Koenji. Un hombre muy perjudicado por la bebida me habló en italiano y me dijo que había trabajado como camarero en Florencia. Dos mujeres de cuarenta años me contaron que habían estado en la Costa Brava, y una de las dos se puso a llorar de repente; la otra no le hizo demasiado caso y siguió hablando conmigo. Era absolutamente sorprendente la facilidad que tenían los japoneses para ponerse a llorar por las noches en los bares, así como también la naturalidad con la que se lo tomaban el resto de los clientes.

No encontré, pues, a Scarlett en Tokio. Tampoco me sentí Toru Watanabe. Ni hallé en la ciudad respuestas al por qué los japoneses juegan al fútbol de manera tan romántica. Pocos meses después, el creador de *Oliver y Benji*, Yoichi Takahashi, vino a Sabadell invitado por los nuevos propietarios nipones del club. Le hice una entrevista de quince minutos y no pude resistir la tentación de decirle que me había cambiado la vida. Que soy periodista deportivo por él. No le pareció nada extraordinario. «Eso le ha pasado a

mucha gente en Japón», me contestó. Entonces me acordé de lo inabarcable de Tokio, de todas las ciudades pegadas la una a la otra formando una megalópolis extensísima, de la cantidad de gente que vivía en todos los rascacielos que cruzamos con el *shinkansen*. Y entendí la respuesta de Takahashi: me sentí, como en el cruce de Shibuya, uno entre tantos. En pocos lugares como en Japón uno puede ser tan consciente de lo ínfima que es su existencia individual en el contexto de un universo infinito.



KELME



KELME

Otv  
CANALCITALV

*Compte amb el meu nom  
per canviar el nom a futbolista  
d'una femella  
P. Ballarín*

# CAPÍTULO 11

## EIBAR

---

**O CÓMO LA FINAL DE LA CHAMPIONS DE 2011 EN REALIDAD SE JUGÓ EN IPURUA**

*A mis padres y a mi hermano*

Desde 1990, recuerdo exactamente dónde estaba cuando se disputaron todas las finales de Champions de mi vida. De hecho, serviría una simple enumeración de los escenarios en los que las vi para explicar la evolución de mi existencia; las primeras, las de la infancia, en el sofá del salón del primer piso en el que viví —el mismo sofá desde el que había observado, asombrado, cómo Oman Biyik superaba a Pumpido—, cerca del cruce entre la Rambla de Sabadell y la Gran Vía. Allí celebré el gol de Koeman a la Sampdoria, imagino que algo contagiado por el ambiente que había percibido aquella tarde en clase, olvidando solo por unas horas las rencillas de nuestra rivalidad con el Barça. La final del 93 me pilló en una casa de campo a la que habíamos ido con el colegio a pasar tres días de colonias: las profesoras no entendieron la importancia de aquel Marsella-Milan y solo pudimos verlo un ratito cenando en el comedor (el gol de Basile Boli lo recuerdo siempre desde la distancia, haciendo esfuerzos para alcanzar con la mirada el pequeño televisor que estaba al otro lado de aquella sala gigantesca). La que la Juventus le ganó al Ajax en el 96 empecé a disfrutarla en la tienda de mis padres y la acabé en casa, como ocurría tantos sábados en aquella época con el partido que TV3 transmitía de la Liga española —durante mi niñez, el único que se ofrecía—: mi padre cerraba en el descanso y aprovechábamos los quince minutos de intermedio para bajar la Rambla y no perdernos ni un segundo de la reanudación.

El Valencia-Bayern de 2001 fue la primera vez que vi una final de la Champions en el nuevo piso después de que nos mudáramos a una zona más céntrica, mucho más cerca de la tienda. Pese a estar trabajando ya en la radio, allí estaba también durante las cuatro siguientes, salvo la del 2003 entre la Juventus y el Milan, en la que participé en una tertulia pospartido con Xabier Azkargorta desde el sótano del Camp Nou, donde se hacía *Fútbol Total* de Vía Digital. Hasta que en 2006 viajé a París para asistir a la gran cita con la

historia del Arsenal de Wenger, Henry, Pires y un Fàbregas al que había conocido en Londres cinco meses antes. Esa noche supe qué es vivir la tensión en silencio, quieto, sin mover un músculo, siendo plenamente consciente de la trascendencia del momento. Más aún: aquella noche tuve que sufrirlo todo en territorio enemigo, en el *pool* de transmisión de Saint-Denis, rodeado de periodistas que querían que ganara el Barça. También aprendí qué es estar convencido de que vas a perder y que tu mal augurio se cumpla justo cuando empiezas a pensar que igual tienes una pequeña oportunidad de ganar. Fue la primera de las tres finales consecutivas que viviría desde el estadio. En mis dos primeros años en Radio Marca, volé con Raúl Varela a las ciudades sede, aprovechando que no se había clasificado ningún club español —y que, por lo tanto, no se acreditaba a ningún reportero que siguiera a un equipo concreto—.

En Atenas, en 2007, nos alejamos tan a las afueras de la ciudad que tardamos casi dos horas en llegar al OAKA Spyros Louis: al menos el taxista nos dio conversación y nos adelantó en exclusiva que Sifakis sería el portero del futuro de la selección griega. El hombre, hincha del Olympiacos, era un apasionado del fútbol y se expresaba con vehemencia. No entendía por qué Víctor Muñoz no había seguido en el Panathinaikos y se reía de los hinchas verdes que comparaban a Ninis con Messi. Tras el partido, los jugadores del Milan bailaron ante nosotros en una pequeña plataforma que había en la zona mixta, celebrando su triunfo frente al Liverpool. Kaká se quedó un momento solo, subí, y le puse la grabadora mientras el resto de periodistas lo entrevistaban desde abajo. Era una imagen surrealista: una multitud de cámaras apuntaba hacia donde estábamos nosotros, Kaká y yo. Al rato, y al observar que nadie me echaba, varios reporteros subieron también y el brasileño, que había sido el mejor jugador de aquella Champions, no perdió la sonrisa pese al asedio al que estaba siendo sometido.

En 2008 cumplí el viejo sueño de viajar a Moscú, de perderme por su famoso metro con carteles en cirílico, de pasear por la Plaza Roja, convertida aquel día de mayo en la Fan Zone en la que se disputaba un mini partido de veteranos con gente como Mostovoi o Suker. El mausoleo de Lenin estaba cerrado, pero el Kremlin, majestuoso, imponía tanto que uno no podía creer que aquella fotografía perteneciera a la vida real y no a los paisajes que había visto en las películas. Tarareé «A Rússia», de Antònia Font, y me hice fuerte en la cafetería del hotel, conservando la mesa que había junto al enchufe y acabando de redactar los textos para la *Guía Marca* de la inminente Eurocopa. Por primera vez fui a una final de la Champions en metro. Luzhniki era tan gigantesco como cabía esperar, casi como nuestro hotel de treinta plantas, el Izmailovo, el tercero más grande del mundo tras The Venetian y The Palazzo en Las Vegas. A mi lado, en la tanda de penaltis un hombre celebraba tanto los goles del Chelsea como los del Manchester United. Saludamos a Gerard Piqué, que estaba aún lejos de ser el personaje mediático que es hoy, y nos medio confirmó —sonriendo, pero sin decirlo— que lo tenía hecho con el Barça. Era un Piqué suplentísimo, que ni había entrado en la convocatoria —pese a haber tenido una participación destacada en las eliminatorias en las que Ferguson tuvo que recurrir a él por las ausencias—. Un Piqué del que recelaban algunos hinchas azulgranas al leer su nombre en los periódicos como un futurible fichaje, pensando que no tenía nivel para jugar en su equipo. Un Piqué al que le tenía afecto, porque le había narrado un gol en la final del Europeo Sub-17 de 2004 contra Francia en Châteauroux y porque hasta me había mandado una vez un mensaje de feliz año de aquellos de «enviar a todos», supongo que porque tenía mi número desde la vez que le entrevisté, estando él cedido en el Zaragoza, cuando me dijo que Cristiano Ronaldo era «un chico normal, como cualquiera de veinte años, que juega a la videoconsola, que se divierte... ¡no penséis que los



futbolistas somos distintos!»). Sin embargo, en realidad no nos habíamos visto nunca, y fue en esa zona mixta, pocos minutos después de que se acabara de proclamar campeón de Europa por primera vez, cuando le estreché la mano y me presenté en persona. El partido había terminado a eso de las dos de la madrugada, hora moscovita, y cuando regresamos al hotel ya estaba casi amaneciendo.

En 2009 se rompió mi racha de finales en vivo: el Barça y el Manchester United se medían en Roma, y Radio Marca aprovechó todas sus acreditaciones, lógicamente, para enviar a periodistas que cubrían la actualidad azulgrana. Así que la vi, cuatro años después de la última vez, en Sabadell, llegando apurado tras trabajar en Gol aquella tarde y después de que unos franceses me pidieran ayuda por la calle para encontrar a una amiga suya que trabajaba en Mediapro y a la que no podían localizar. En 2010 volví al campo, aunque fue mucho más fácil: Bayern e Inter disputaban la final en Madrid y, además, en la tele teníamos los derechos de la competición. Estuvimos haciendo programación especial durante los dos días previos, lo que me permitió conocer a Sergio Santomé, un estudiante de Periodismo con el que intercambiábamos impresiones en Twitter y que me había llamado muchísimo la atención por la calidad de su blog de fútbol internacional, tanto en el fondo como en la forma. En él había un talento prodigioso, cosa que pude confirmar ese viernes en Madrid antes de que Mourinho ganara su segunda Copa de Europa, comiendo cerca del Bernabéu. A los pocos meses lo invité a colaborar en *Marcador Internacional* y su consolidación se convertiría en una de las grandes noticias del periodismo español sobre fútbol de los últimos años. Comenté el partido por la radio, al lado de Sergio Scariolo, al que habían invitado a la transmisión de la radio en su condición de hinchas del Inter. Tras los dos goles de Milito y la euforia *nerazzurra* en el fondo que quedaba a nuestra derecha, bajé a la rueda de prensa de Mourinho,

la tercera de mi vida (tras Sevilla y Upton Park). Ahí estaba, siete años después de aquel primer día en la Cartuja, convertido en el técnico de moda, lejos del anonimato con el que había llegado a la final de la UEFA. Y, tras todas estas finales, llegó la de 2011.

La final de la Champions de 2011 la iban a jugar el Manchester United y el Barcelona —otra vez— en Wembley, el 28 de mayo. Esa fecha la conocíamos hacía muchos meses. Lo que no sabíamos, y de hecho no lo supimos hasta la semana anterior, era el horario del partido de vuelta de la eliminatoria de campeones del *play-off* de ascenso a Segunda División. Aquella estaba siendo la mejor temporada del Sabadell desde que yo tenía uso de razón. Porque había en la plantilla algunos jugadores verdaderamente estimulantes —Isaac Cuenca a la cabeza, al que le bastó medio partido en su debut en Badalona para convencernos de que quizá estábamos ante el mejor futbolista que había vestido nuestra camiseta desde Joan Barbarà— y porque el equipo movía la pelota colectivamente de forma espectacular. La directiva, quizá algo influenciada por ese *guardiolismo* que se estaba extendiendo en el mundo como tendencia dominante, apostó por Lluís Carreras, un técnico joven, formado en las categorías inferiores del Barça como jugador, pero sin ninguna experiencia en los banquillos, más allá de haber dirigido, con poco éxito, al filial del Alavés y de haber sido el ayudante de Tito Bonano en la selección catalana de fútbol playa —algo que la gente, cuando lo leyó, se tomó a cachondeo—. Había cierto escepticismo general con ese nombramiento: Carreras era un melón por abrir, y cuando llegaron las primeras derrotas no faltaron los que afirmaron con rotundidad que su estilo asociativo y de toque no podía aplicarse en Segunda B, y menos en campos como el del Orihuela. Sin embargo, ya antes de ganar el primer partido, algunos tuvimos la sensación de que aquella podía ser una temporada especial. Tras el empate a uno en Badalona, que nos dejaba tras dos jornadas

con solo dos puntos, llamé a Albert, mi amigo y viejo compañero de sufrimientos arlequinados. Estaba de Erasmus en Finlandia, pero no me importó pasarme un cuarto de hora al teléfono explicándole lo bien que jugaba aquel equipo. Por la noche, durante la *fiesta major*, tras ingerir unas cuantas cervezas y algo motivado por la euforia, le mandé a Robert, que a su vez estaba viviendo en Bruselas, un SMS conciso y, para él, absolutamente desconcertante: «No sabes lo que es Isaac Cuenca». Así que, pese a mis obligaciones profesionales, hice todo lo posible por ver el mayor número de partidos de aquella campaña. Era un año especial y había que hacer un sobreesfuerzo. Con mi hermano, llegamos al extremo de coger un vuelo un domingo por la mañana a Menorca para llegar a las 12:00 h al Sporting Mahonès-Sabadell y regresar justo después de comer porque yo trabajaba en la tele por la tarde. Perdimos, pero volvimos convencidos de que se podía. ¿De que se podía qué? Algo, se podía hacer algo grande. No nos atrevíamos a hablar de ascenso, no queríamos ni pronunciarlo, porque tras dieciocho años fuera del fútbol profesional habíamos llegado a creer que nunca veríamos al Sabadell de nuevo en la LFP. Pasaron las jornadas, el equipo se fue haciendo cada vez más fuerte, y terminó primero de grupo con tres partidos de antelación. Lo cual suponía que disputaría una eliminatoria de ascenso ante otro campeón de grupo y que, solo ganando ese cruce, subiría a Segunda. Nunca, nunca en esos dieciocho años, la perspectiva había sido tan clara, tan cercana. Lugo, Murcia y Eibar eran los tres rivales posibles. Ante todo, no queríamos al Murcia. El sorteo se celebró un lunes en la Ciudad del Fútbol de las Rozas. Yo estaba allí porque acabábamos de hacerle con Brotons una entrevista a Vicente del Bosque para la tele. Teníamos el tren de vuelta justo a la hora del sorteo, con lo que no me pude quedar. Me dio tiempo, eso sí, de tomar un café con los directivos del Sabadell que habían viajado para conocer el rival, y a los que les sorprendió mucho encontrarme allí. Estaban comiendo

con Oriol Alsina e Isabel Tarragó, el matrimonio que había llevado al Llagostera desde las catacumbas del fútbol regional hasta el primer puesto del grupo catalán de Tercera División, y que también iba a conocer esa tarde su adversario en la promoción de ascenso a Segunda B. Los dejé con pesar, y justo cuando estaba a punto de subirme en el AVE, recibí un *whatsapp*. Solo decía una palabra: «Eibar».

El Eibar se había convertido en un clásico de la Segunda División durante mi infancia. De tan habitual como era verle en esa categoría nunca llegamos a valorar el milagro que suponía para una población tan pequeña —no llega a los 30.000 habitantes— mantener con estabilidad a su equipo en la liga profesional. Su estadio de Ipurua poseía ese aroma a fútbol antiguo, tan conectado con lo británico, tan asociado a la fortaleza del factor campo y a lo difícil que les resultaba a los visitantes sacar algo positivo de allí. Cuenta la leyenda que su permanencia ininterrumpida durante dieciocho años en la división de plata se armó a partir de la construcción de un estilo propio que se adaptaba perfectamente a las condiciones del campo, muy a menudo embarrado y algo más estrecho que la mayoría. Sin embargo, en el Eibar llegaron a jugar, cedidos por sus respectivos clubes formadores, dos futbolistas tan elegantes como Xabi Alonso o David Silva. El padre de Xabi, Periko, exjugador del Sabadell, entrenó al Eibar durante tres temporadas en los noventa, y llegó a rozar incluso el ascenso a Primera División, despertando el interés de los medios de comunicación de la época, asombrados ante el milagro del conjunto armero. Los tiempos habían cambiado, pero los guipuzcoanos parecían poseer el oficio necesario para complicarte enormemente una eliminatoria a vida o muerte. No era el Murcia, que asustaba más por su magnitud institucional, pero iba a ser incómodo. Seguro.

Entonces se hizo patente el doble nerviosismo. Uno, evidentemente, por el desenlace de aquella promoción. Otro, por hacer todo lo posible por estar allí. Fueron dos semanas tensísimas. No podía imaginarme subir en Eibar y no poder verlo. O peor aún: estar en el plató, haciendo la previa de la final de la Champions, sabiendo que en aquel mismo momento se estaba jugando el partido más trascendente de mi vida y que no tenía nada que ver con aquel del que estaba hablando. Salieron los horarios: Sabadell-Eibar, en la Creu Alta, el domingo 22 a las 19:30 h. Eibar-Sabadell, en Ipurua, el sábado 28, el mismo día de la final de la Champions, a las 18:00 h. Lo vi todo perdido. Era implanteable viajar a Eibar un día como ese. Porque estaba convencido de que haríamos una previa y un pospartido en la tele, y porque tendría que comentar el encuentro en la radio. Exploré todas las posibilidades, todas las combinaciones. Fue mi única obsesión durante doce días. Fui a la ida aún sin saber si podría estar en la vuelta. También fue complicado, pero no tanto, claro: hacíamos el *Marcador Internacional* de la última jornada de la Premier a las 17:00 h. El Wigan de Roberto Martínez se jugaba la permanencia en un dramático choque en Stoke y, obviamente, yo debía presentar el programa de principio a fin. Montamos el siguiente dispositivo para perdernos el menor tiempo de juego posible: guardarnos la última publicidad para el final, despedir el programa a las 18:57 h y bajar cagando leches las escaleras; Albert Fernández, nuestro compañero de Radio Marca, nos estaría esperando con el coche delante de la radio a Raúl Fuentes, a mí y a Coco Nazar y a su hijo Vicente, que vinieron a bastantes partidos aquel año y que no quisieron perderse el día grande. Llegamos más o menos a los diez minutos de juego. El partido iba 0-0, pero el Eibar ya había tenido una doble ocasión clarísima. Sin embargo, el impacto visual me lo proporcionó, al asomar la cabeza por la puerta de la tribuna alta, el ver, por primera vez en mi vida, la Nova Creu Alta completamente llena. Un escalofrío me recorrió la piel. Creo que casi se

me saltaron las lágrimas. Era muy difícil no emocionarse ante la respuesta de la ciudad en un momento como ese. Ya había percibido un ambiente muy futbolero por la mañana, cuando había ido a dar una vuelta por el centro, y me había encontrado a Lino Gutiérrez, quizá la mayor leyenda de la etapa más reciente del club: un chico de la ciudad, formado en las categorías inferiores, que llegó a jugar con el Sabadell en Primera en la década de los ochenta. Lino, que me había entrenado en su escuela de fútbol cuando yo era un niño, me reconoció y estuvimos hablando del partido de la tarde. No sé por qué, aquello me dio muchísima confianza. Haberme cruzado con un símbolo como él esa misma mañana solo podía ser un buen presagio. Y pese a lo que había visto cerca del Passeig, no podía imaginar que el campo se llenaría de verdad. Cuenta mi hermano siempre con mucha gracia que él era el único que sabía que se llenaría. Y es cierto, porque el sábado por la mañana, el día del último entrenamiento antes del partido, habíamos saludado al místico y él le había dicho «ya verás, se agotarán todas las localidades». Carreras, al que le costaba entender la poca respuesta del público en la liga, lo miró con incredulidad. ¿Por qué estaba tan convencido de ello? Porque durante esos días, mucha gente, conocidos que no van nunca al campo, gente que incluso ni sigue de cerca los resultados del Sabadell, le había comentado que iría. Se convirtió en el acontecimiento del fin de semana. Y nunca la Creu Alta, desde el descenso de 1993, había estado tan bonita. Aquellas 16.000 personas eran la primera victoria.

El partido acabó 0-0. Tras los sustos iniciales, el Sabadell se hizo poco a poco con el control y, en términos de juego, la segunda parte fue muy buena. Teníamos la sensación de que éramos superiores, pero nos daba miedo que nos condenara la pegada y el fútbol directo que el Eibar iba a plantear en Ipurua. Por un lado, habíamos logrado mantener la portería a cero, pero, por el otro, no habíamos aprovechado el factor campo para llevar ventaja de cara

a la vuelta. Me marché del estadio afirmando en voz alta que íbamos a ganar allí, pero eso no quería decir nada: también lo había dicho, en parecidas circunstancias, dos años antes, cuando en la segunda de las tres eliminatorias que debíamos superar entonces para subir a Segunda, el Real Unión nos acababa de ganar 0-1 en la ida en la Creu Alta. Luego, pese a jugar un partido repleto de pundonor en un ambiente muy desfavorable, el 1-1 de la vuelta en Irún, con actuación arbitral muy controvertida de Ortiz Blanco, nos dejó sin ascenso y nos llevó a la peor de las depresiones, emborrachándonos en un local tétrico para llorar las penas, levantándome yo pronto el día siguiente porque estaba incómodo y no podía dormir, paseando la resaca por las calles de aquella ciudad fronteriza, leyendo con el primer café que la prensa local no hablaba para nada del arbitraje, obligando luego a mis compañeros de viaje a parar cuando aún no habíamos abandonado el País Vasco de regreso en coche porque me estaba mareando y me sentía mal. Aquel día en el que la vuelta se hizo eterna; aquel día en el que no me gustaban ni las canciones de Mishima; aquel día en el que el único consuelo eran las crónicas del *Sport* y el *Mundo Deportivo* que consultamos en las áreas de servicio y que hablaban de robo en el Stadium Gal. Aquel día no podíamos imaginar que la revancha llegaría tan pronto. Que mi fondo de escritorio del ordenador portátil, con la imagen en la que parece verse claro que el balón rematado por Joel Álvarez estaba dentro cuando lo sacó Otermin, dejaría de tener sentido. Eibar era la posibilidad de la redención. Y había que estar allí.

Cuando en la tele me confirmaron que no me necesitaban para el previo y el post de la final de la Champions porque el programa de análisis lo haríamos el día siguiente y así aprovecharíamos que los periodistas que cubrían la actualidad del Barcelona ya habrían regresado de Londres, elaboré un plan para poder estar en Ipurua. No estaba todo ganado, ni mucho menos. Quedaba la radio. En principio, debía hacer el *Marcador Internacional* en su

horario habitual a las 14:00 h —no olvidemos que era sábado— y comentar luego el Barcelona-Manchester United en el *Marcador* de Edu García. Llamé precisamente a Edu para consultarle la viabilidad del asunto, y cuando me dio el OK, lo organicé todo. La idea era hacer desde la redacción de *El Mundo* en Bilbao —donde Radio Marca tenía una línea RDSI— un *Marcador Internacional* especial de la final de la Champions de las 14:00 a las 16:00 h. Irme luego a Eibar a ver el partido. Volver a Bilbao para estar a las 20:45 h en la transmisión de la final. Y al finalizar esta, viajar a Vitoria, donde haríamos noche —porque era donde se alojaba el equipo y donde se festejaría el ascenso en caso de producirse—. Había, obviamente, unas cuantas dificultades. Edu me dijo que, en caso de haber prórroga, podía quedarme en Ipurua hasta el final e incorporarme a la retransmisión unos minutos más tarde. Pero, ¿cómo ir de un lado a otro, y además con tanta premura? Solo una persona podía ayudarme. El mítico Erramun Sebal.

Erramun Sebal es un chico bilbaíno, más o menos de mi edad, que alcanzó cierta notoriedad en el universo 2.0 con el *boom* de Twitter. Es un tipo gracioso, porque habla de fútbol desde una perspectiva desenfadada y al mismo tiempo es capaz de retransmitir su vida con mucho sentido del humor. Desprende básicamente buen rollo, y en los círculos de la gente joven interesada en el fútbol internacional en los primeros tiempos de la masificación de Twitter se hizo bastante popular. Yo lo conocí en persona —lo *desvirtualicé*, utilizando su lenguaje— cuando vino a Barcelona a ver a su Athletic en un partido de Copa. Nos invitó a Sanchis y a mí ir a tomar unas copas con él —era un asiduo de las transmisiones de la Copa Libertadores— y entablamos una buena relación. Luego coincidiríamos un par de veces más: una en Madrid, a donde solía ir para verse con otros *tuiteros*, y otra de nuevo en Barcelona con motivo de otro partido del Athletic —esa vez, incluso se quedó a dormir en mi casa—. Le llamé una tarde de lunes o martes de la



semana del partido de vuelta. Le planteé la situación. La vio bien. Tenía ese fin de semana libre y podía llevarme en coche para que mi estrategia se ejecutara con éxito. El asunto estaba, pues, cerrado: vía libre para asistir al partido de mi vida.

Pero tener garantizada la presencia no significaba, para nada, tener asegurado el festejo. Había que ganar. El plan estaba perfectamente ideado para disfrutarlo en caso de victoria, pero... ¿y si no? ¿Cómo sería comentar la final de Champions hundido tras el resultado futbolístico más doloroso de mi existencia? ¿Cómo sería ir luego a Vitoria, donde no habría nada que celebrar, y encontrar a mis amigos o bien durmiendo o bien reproduciendo la triste borrachera de Irún en algún antro —porque las penas de las derrotas no pueden ser ahogadas en glamourosas discotecas ni en clubes de moda—? ¿Cómo se sentiría uno después de tanto esfuerzo, después de poner todo lo demás en un segundo plano, si no había compensación en forma de ascenso? Pero eso ya no dependía de mí. Había que creer, simplemente. Creer en el mejor equipo que habíamos tenido en toda mi trayectoria de aficionado. Creer en Carreras, que había convertido las dudas iniciales en puro enamoramiento: su fascinante discurso, su elegancia en el porte y esa genialidad intangible que parecía desprender eran motivos para que uno se sintiera seguro.

Y claro, faltaba organizar el viaje. ¿Cómo, cuándo y quiénes viajaríamos al País Vasco? Cuando a mi padre le tocó una entrada en el sorteo que se hacía entre los socios —porque el Eibar le daba al Sabadell una cantidad muy limitada, cercana a las 250 unidades, y hubo una demanda próxima a las mil —, decidimos ir los cuatro: mi madre quería acompañarnos para vivir en familia el desplazamiento, aunque no pudiera entrar en el campo. Yo me iba a acreditar como prensa e iba a intentar hacer lo propio con mi hermano, alegando que me iba a ayudar. Era una pequeña trampita, pero que no perjudicaba a nadie, ya que compartiría la cabina conmigo —si él no hubiese

venido, habría estado yo solo en ese lugar, o sea que no dejábamos fuera a ningún otro periodista—. Que mis padres nos acompañaran en el desplazamiento era todo un acontecimiento. Mi padre acude cada quince días a la Creu Alta, pero no le gusta ir a los partidos fuera de casa, ni aunque caigan cerca. A mi madre no le gusta el fútbol, aunque poco a poco ha ido haciendo el esfuerzo de tolerarlo para seguirme en los medios. Más importante aún: ha comprendido que el Sabadell es un vínculo de unión familiar, de amor entre todos nosotros. Sabe que lo primero que hago cuando ganamos un partido es llamar a mi padre, y que algo tan superficial como puede parecer una conversación sobre fútbol se transforma en una demostración de afecto y fortalece la relación padre-hijo. Porque en el fondo yo soy del Sabadell por él, y quiero tanto al Sabadell porque lo quiero tanto a él. Y que a mi hermano le suceda lo mismo, que se levante resacoso en Berlín a las doce de la mañana y ponga Ràdio Sabadell *online* para escuchar un partido, me llena de felicidad. En cierto momento, ir a ver los partidos representó una amenaza para nuestra convivencia, porque cortaba los fines de semana y nos obligaba a marcharnos con prisas de la casa de campo que tenemos alquilada a las faldas de la Mola —justo el único día de la semana en el que mis padres tenían la tienda cerrada y podían descansar—. Pero se ha dado la vuelta por completo a la tortilla. Ahora es lo contrario. Queremos al Sabadell porque nos queremos; si ganamos, somos todos más felices; llamar y comunicar que hemos ganado, darle la alegría al que no ha podido ver el partido, es tremendamente reconfortante. Así que viajar los cuatro a Eibar fue maravilloso.

Salimos a eso de las siete de la mañana. El viaje era largo, y yo debía estar a las 14:00 h en Bilbao. Por si acaso, para darme cierto margen, había dejado grabado el inicio del programa, con una entrevista a Roberto Martínez de casi media hora. Había dormido poquísimo. Antes de partir debía escribir la

previa de la final de la Champions para mi blog y un texto sobre los primeros años del Arsenal de Wenger para el número 0 de la revista *Panenka*. Me acosté cerca de las cuatro. No sé si llegué a dormir tres horas. Sin embargo, el día siguiente me demostraría que, ante el estímulo de la trascendencia, el cuerpo humano puede olvidarse del hambre y del sueño. Porque aguanté, sin ningún atisbo de cansancio, hasta las cinco de la madrugada del sábado al domingo. Porque desde el desayuno a la cena no comí ni bebí nada, y mi estómago no se quejó: estaba demasiado ocupado con las emociones. El desayuno, de hecho, lo tomamos en un restaurante en la provincia de Lleida, tras dos horas de camino. Recuerdo que pedí un bocadillo de fuet y que leí en el diario *Ara* un artículo de Albert Om sobre Josep Anglada. Nos acercábamos a la hora del desenlace, y aunque uno quisiera distraerse, no era posible sacarse la idea de la cabeza de que entre ganar y perder había una diferencia sideral, la mayor que habíamos conocido desde que seguíamos el fútbol. Perder era la nada, continuar en el olvido y la oscuridad, reafirmarnos en la idea de que nunca volveríamos a la élite —de que los jóvenes seguiríamos escuchando las historias de la eliminatoria europea del 69 contra el Brujas o de los ascensos en Binéfar y ante el Atlético Madrileño en los ochenta como si fueran cuentos de ciencia ficción—. Ganar era la gloria, el sueño, la utopía hecha realidad —estar en la televisión para toda España cada semana, salir en la quiniela, en los videojuegos, lograr que los adolescentes fanáticos de fútbol nacidos después de 1990 supieran quiénes éramos—. Mi madre, que no sabía ni si el Eibar era bueno o quiénes eran nuestros mejores jugadores, nos repetía que íbamos a ganar, porque se había encontrado a Carreras sacando dinero de un cajero automático la semana anterior y llegó a la conclusión de que era un tipo que le transmitía confianza. Y porque siempre cree que todo va a salir bien. Yo no tenía ni idea de qué pasaría. Imaginaba que sería parejo, que sufriríamos hasta el último minuto, que

estaría tan igualado que el azar jugaría un papel decisivo. Y nunca se sabe de qué lado va a estar la suerte.

Pasamos por un desvío que llevaba a Miranda de Ebro y pensamos que igual habría sido mejor que nos hubiera tocado el Mirandés, que en la última jornada perdió el primer puesto del grupo que ganó el Eibar. Lo dijimos, claro, sin conocer la magia de Anduva, que algunos meses después alcanzaría notoriedad con los milagros de la Copa del Rey. Y lo dijimos, también, porque en el momento justo antes de la batalla tu enemigo te parece siempre el más fuerte. Llegamos a Bilbao a eso de las dos menos diez, pero nos costó una barbaridad encontrar el edificio en el que estaba la redacción de *El Mundo*. La grabación de la entrevista me salvó, porque me conecté a la emisión más o menos a las 14:20 h. Me ayudó mucho hacer el programa aquel ratito, hablando del Manchester United-Barcelona, de la final del *play-off* entre el Reading y el Swansea, de los mejores jugadores de la segunda división alemana... Me sucedió como en la ida, que de tan metido como estaba en la salvación del Wigan, no tuve tiempo de ponerme nervioso en las horas previas a nuestro partido. Hacer radio para no pensar en nada más. Hacer radio como terapia. Vivir haciendo radio en un mundo sin dolor ni angustia.

Acabé el programa a las cuatro y Erramun ya me estaba esperando junto a su novia. Sin embargo, tenía un mensaje de Gálder Reguera, un escritor que trabaja para la Fundación del Athletic Club organizando actos culturales. Quería enseñarme San Mamés. Teníamos el tiempo justo, pero el campo estaba al lado, y siempre me había hecho ilusión verlo. Bajamos al césped, algo excepcional, porque normalmente no estaba permitido pisarlo, pero sí aquel día, ya que acto seguido se iba a jugar un partido entre socios y aficionados que se habían ganado ese derecho en un sorteo. Gálder me regaló una camiseta del Athletic, y casi sin tiempo de darle las gracias, nos

montamos en el coche de Erramun, dejamos a su novia en casa y salimos hacia Eibar. Conversamos sobre mil historias de Twitter, y de este modo mi mente seguía ocupada sin preocuparse demasiado por lo que estaba a punto de suceder. El paisaje era bucólico: campos verdes, vegetación sin fin a lado y lado de la carretera, colores tan vivos que la naturaleza parecía ser más real que la de nuestra tierra. Y allí habíamos ido a cambiar la historia. Mis recuerdos de Eibar configuran casi una *road movie* poética: Erramun y yo, compartiendo espacio en aquel coche viejo, hablando de nuestras vidas, que tampoco conocíamos tanto, del amor, de la amistad, del futuro y el pasado, de los errores cometidos, de los trenes que aún quedan por pasar. Y en medio de todo ello, de repente, apareció el cartel que nos indicaba que ya estábamos en Eibar.

Aparcamos cerca de El Corte Inglés. Me llamó la atención que Eibar tuviera Corte Inglés. Ya en esa zona, los balcones estaban repletos de banderas del equipo. Subimos hacia el campo por una calle que hacía pendiente y que estaba llena de bares: todos ellos decorados con bufandas del Eibar y la mayoría de clientes con la camiseta puesta. Había un ambiente de fútbol que asustaba. Nosotros, en una ciudad casi diez veces más grande, no éramos capaces de darle ese calor a los preparativos. Llegamos a Ipurua y me encontré con algunas caras conocidas. Un joven aficionado del Sabadell, visiblemente borracho, discutía con un guardia de seguridad. Le dije que no bebiera más, que no disfrutaría del partido, y que luego se arrepentiría. Me crucé con un directivo amigo, que en voz baja me susurró: «Estoy cagado». No era para menos. Todo lo que estábamos viviendo allí acojonaba. Ese campo iba a apretar muchísimo. Por megafonía sonaba la sintonía de la Champions League, un guiño muy bien pensado que jugaba con la trascendencia del partido y la coincidencia de la fecha. Aunque en ese momento el Manchester United-Barcelona me importaba muy poco. Subí a la

zona de prensa y me reencontré con mi hermano, que había podido acceder a ella con la ayuda de Carles Fité, que también andaba dando vueltas por allí. Saludé a todos los compañeros que habían viajado: a los de Ràdio Sabadell, a los del programa *L'Arlequinat...* Nos deseamos suerte. Juvenal Edjogo, uno de nuestros jugadores más carismáticos, se había lesionado a última hora y, al verme, me hizo un guiño desde el césped. Julián Robles entraba en su puesto y Mikel Azparren desplazaba a Toni Lao al lateral derecho para que se cayera del once Chapi Arnau. Fueron las dos únicas variaciones de Carreras con respecto al partido de ida. Así que la alineación que debía hacer historia la formaban De Navas; Lao, Agustín, Azparren, Bermudo; Juanjo, Robles, Puigdollers; Marc Fernández, Isaac Cuenca e Hiroshi.

Es imposible resumir lo que fue aquel partido. Soy incapaz de analizarlo como lo haría con cualquier otro choque. Lo viví con tamaña tensión que creo que mi capacidad de percepción se alteró por completo. Creo que durante muchos minutos el ritmo alto del Eibar nos incomodó muchísimo. Recuerdo que De Navas salvó un gol en un mano a mano con Altuna. No acabábamos de ser nosotros mismos, pero la eliminatoria seguía empatada. Generamos muy poco en ataque en todo el primer tiempo. Así que nos fuimos al descanso con 0-0, e igual que había hecho en Mallorca en la semifinal del ascenso a Segunda B de 2007 la tarde en la que De Navas se convirtió en leyenda, me fui al baño y justo mientras orinaba, en ese preciso instante, solo pensé una cosa: «Dentro de *una puta hora* tendrás la respuesta a esta ruleta rusa que ahora sigue girando mientras tu corazón se acelera y sigue su ritmo cada vez más frenético». Dentro de una hora estarás en la gloria o en el infierno. La próxima vez que mees ya sabrás si eres de Segunda o sigues llorando derrotas dignas. En la cola había un chico periodista que me explicó que era amigo de Paco Sutil, que había jugado en el Eibar y que en aquel momento estaba en la Real Sociedad. Dijo también que le estaba

gustando mucho Isaac Cuenca, pese a que había participado muy poco en la primera parte. Tuve una sensación: aquella gente quería ganar, claro, pero me parecía que lo vivía con mucha menos tensión. De hecho, el campo no estaba lleno, pese a lo bonito del ambiente previo en las calles cercanas. Creo que para nosotros era más importante. Ellos habían estado muchos años en Segunda y su último descenso era reciente. Era distinto a lo que nos ocurría en Sabadell: algunos no éramos suficientemente maduros cuando bajamos en el 93; otros no habían ni nacido; muchos lo recordaban con tremenda nostalgia, porque entonces eran bastante más jóvenes. Mis padres me llamaron al móvil. Me asomé a un pequeño balconcito que había en el margen de la tribuna de prensa y miré hacia el rincón de la grada en el que estaban nuestros aficionados —cantando, animando, dando colorido, emocionando por su ilusión y su entrega—. Mi madre también estaba allí: un directivo que pudo acceder al recinto acreditándose como tal le entregó una entrada que le sobraba. Los reconocí en la lejanía, me saludaron, me emocioné, comentamos la primera parte con mi padre, viéndonos desde la distancia y oyéndonos por el móvil. Decía que íbamos a ganar.

Regresé a la cabina y allí estaba Juvenal. Había subido a ver la segunda parte desde arriba y se quedó conmigo y con mi hermano. Nos abrazamos los tres con locura, gritando, saltando, perdiendo los papeles cuando Marc Fernández remató el pase al espacio de Isaac Cuenca con gran determinación, cruzando un disparo con poco ángulo, superando a Irureta. Si es cierto que la vida te pasa entera por delante cuando estás a punto de morir, el gol de Marc se pareció a la muerte. Pensé mil cosas entre el momento en el que vi claro que iba a rematar y aquel en el que fui consciente de que la jugada había acabado en gol. «Ojo que marcamos», «no me jodas que marcamos», «mira que si marcamos aquí...», «me cago en la puta que marcamos», «ay Marc si la metes...», «¿será este el gol de mi vida?», «si la mete estaremos muy





Manix Mandiola, el entrenador local, que había declarado en los prolegómenos varias veces que su equipo era superior, retiró a *Lanza* del campo. No estaba ganado aún, pero la amenaza de su precisión a balón parado y su facilidad en el desborde desaparecía. Sin embargo, el tramo final fue una agonía. En alguna interrupción del juego me daba tiempo a reflexionar y no daba crédito a que estuviéramos a diez minutos del desenlace. Ya no existía la posibilidad de la prórroga, así que, en menos de lo que se tarda en tomar un café, estallaríamos de euforia o nos hundiríamos en el llanto. Llegó a pasármese por la cabeza, claro, que nos iban a marcar al final, que nos iban a golpear cuando ya estuviéramos saboreando el triunfo, que nos cortarían las piernas cuando ya viéramos la meta. Y que ese era nuestro destino, que estaba escrito, y que por muy cruel que sonara, nos tenía que ocurrir eso. Porque era la historia de mi vida: enamorarme de chicas que no me hacían caso, amar a clubes que siempre pierden, simpatizar en las películas con el que acaba muriendo. Pero por fortuna, no era yo quien dirigía la nave. Era un mero espectador. Un sufrido espectador, pero lo observaba sin ninguna capacidad de influir en el resultado. En los mandos estaba Lluís Carreras.

No sé en qué minuto ocurrió, porque ya he contado que no miraba el reloj. Pero estábamos alcanzando cotas insufribles de ansiedad. Ipurua rugía con intensidad. Era un ambiente propicio para la remontada, para que el público metiera el segundo gol. Miré hacia abajo. Todo nuestro banquillo estaba moviéndose, dando instrucciones con nerviosismo, pidiendo el final del partido, dando vueltas en un espacio reducido porque era imposible estar sentado. Y, sin embargo, Carreras permanecía en su sitio, de pie, sí, porque siempre lo está, pero con los brazos cruzados, observando el juego desde una fascinante lejanía emocional. Parecía desprender un aura, un aura tranquilizante, un mensaje de paz, la sensación de tenerlo todo bajo control.

Como si ya supiera que íbamos a ganar. Como si no percibiera ni un ápice del alboroto que había a su alrededor. Como si tuviera la capacidad de llevar el partido a la habitación del tiempo y quedaran eliminados los conceptos «entorno», «contexto» y «trascendencia». Esa pose de Carreras me reconfortó. Si ese hombre, que había construido el mejor Sabadell de nuestras vidas, estaba tan tranquilo, quizá no fuera necesario sufrir.

Y en el fragor de la batalla apareció la resistencia, los intangibles espirituales, el deseo de victoria. Agustín dio un curso de lo que significa capitanear un equipo en un momento de máxima tensión y despejó todos los balones frontales que caían en el área. De Navas salió a descolgar varios, Azparren justificó su titularidad en un partido como ese, Bermudo demostró que sabía jugar finales desde niño pese a las críticas que recibía de la grada. Isaac Cuenca estuvo a punto de marcar un gol *maradoniano* que habría ahorrado el sufrimiento y, cuando se fue, perdiendo tiempo, saludó a nuestra hinchada. Era un cedido que estaba de paso, pero había aprendido a amar a un club que le iba a cambiar la vida. Entró Joaquín para retardar el saque de una falta, y cada vez teníamos que estar más cerca, pero el susto que puso a prueba nuestro sistema nervioso aún no había llegado. En el minuto 93, el balón le cayó, a tres metros de la portería de De Navas, a Lago Junior, un punta marfileño que el Numancia había cedido al Eibar. En ese momento, por segunda vez en el partido, el tiempo se detuvo. «Aquí está la crueldad máxima», «este es el golpe que estábamos esperando», «otra vez soy un perdedor», «no voy a poder levantarme de esta», «no entro en Twitter en dos años», «y encima luego ganará el Barça y en Sabadell esta noche se oirán petardos, bocinas y festejos», «para acabar así ya podían habernos matado a los diez minutos». Pero Lago Junior falló. Lago Junior chutó al aire. Lago Junior nos perdonó la vida. No sé si fue el aura de Carreras, la flor en el culo que siempre dice que tiene el presidente Soteras, la leyenda de De Navas con

la ayuda desde el más allá de su amigo Miguel Quereda. No sé si la suerte pensó que esta vez nos tocaba a nosotros. La moneda cayó del lado de la felicidad.

Tuvimos que aguantar dos minutos más y un par de córners. Cuando el partido estaba a punto de terminar, sonó el teléfono. Era la radio. Sabía que Edu querría tenerme pinchado cuando acabara para escuchar mi reacción, pero yo, sintiéndolo mucho, no estaba para eso. Era imposible. Le solté a Valentín, el productor, «dile a Edu que no puedo, que me llame cuando haya terminado», y le colgué. Y cuando el balón volvía a irse al saque de esquina, el árbitro pitó el final. Perdí medio segundo en asegurarme, y lo di por definitivo cuando vi que Mikel Azparren se arrodillaba y levantaba los brazos, para después taparse la cara. Ese instante preciso se convirtió en el segundo momento más importante de mi vida, solo por detrás del de mi nacimiento. ¿Qué hice? Volverme loco. Perder el mundo de vista. Adentrarme en una realidad paralela. Gritar, gritar tan fuera de mí que un observador externo no sabría decir si gritaba por euforia, por desesperación o por pánico. Tirarme al suelo porque no podía mantenerme en pie. Intentar que las lágrimas que empezaban a insinuarse se convirtieran en llanto, porque había que sacar afuera todo aquello. Tardé medio minuto en abrazarme a mi hermano. Luego fui al balconcito y busqué con la mirada a mis padres. Solo vi locura, centenares de personas vistiendo nuestros colores tan extasiados como yo. Dirigí la vista al campo. Los jugadores saltaban. De Navas, apartado del grupo, recordaba con una camiseta que llevaba debajo de la oficial a Quereda, el creador del programa televisivo *L'Arlequinat*, fallecido en 2009. Entonces sonó el teléfono y pude hablar con mi padre. «Suerte que hemos ganado... Porque con los cambios que ha hecho hoy Carreras...» Jajajaja. Me pareció absolutamente entrañable que un minuto después del ascenso me soltara esa frase. Me pareció divertidísimo. Era una frase genial.

Yo tenía que irme. No quería irme pero tenía que irme. Me tomé la licencia de demorarme unos minutos. «Si podía llegar tarde en caso de prórroga, puedo estar aquí un cuartito de hora más.» Bajé hacia los vestuarios y me encontré al presidente en la escalera. Estaba llorando. Nos abrazamos. Fue muy, muy emotivo. Fue muy emotivo porque él había cogido el club en 2006, justo cuando acabábamos de bajar a Tercera, y en cinco años lo había llevado al fútbol profesional. Era un hombre del centro de Sabadell, conocido de mis padres desde hacía muchos años, primo del marido de una señora que llevaba una tienda de ropa con la que teníamos cierta relación. Joder, lo habíamos hecho. Me acordé entonces del día que bajamos ante el Betis en el Benito Villamarín en 1993. Mi padre estaba quitando malas hierbas en el patio de la casa del monte, cerca del columpio. Me acerqué a él. La radio acababa de decir que habíamos descendido a Segunda B. Se lo comuniqué. Quería llorar pero no podía. Llevábamos demasiadas semanas sabiendo que aquello iba a pasar. Desde esa escena en la que yo era un mequetrefe hasta esa tarde de Eibar habían pasado dieciocho años. Una mayoría de edad.

Finalmente me marché. Me perdía los abrazos con los jugadores, la rueda de prensa de Carreras, el ver de cerca la alegría de nuestra gente. Pero ya habría tiempo para festejos. Ya había estado presente en lo más importante. Llamé a Erramun. Nos encontramos en seguida. Había vivido el partido desde la grada de los seguidores del Sabadell. Había comprado una entrada en el sector del Eibar, pero al ver que llevaba una bufanda arlequinada, los vigilantes de seguridad le aconsejaron colocarse en nuestro fondo. Me felicitó y vivió de cerca mi regreso a la realidad, mi momento de asimilar todo lo que estaba pasando. Tenía más *whatsapps* y mensajes en el móvil que el día de mi cumpleaños. Recibí un par de llamadas muy emotivas. La de Juanma Lillo me hizo especial ilusión. Estaba en la redacción de Gol, a punto para comentar la final de la Champions para la emisión posterior en diferido, y vio

con mis compañeros los últimos minutos de Ipurua. Intenté contestar a lo que pude, a lo más urgente, y me prometí acabar la tarea en el largo viaje de vuelta del día siguiente. Erramun me dejó de nuevo en el edificio de *El Mundo* y se fue a cenar con su novia. «Llámame cuando termines y te llevo a Vitoria.» La *road movie* no había terminado.

Sinceramente, jamás una final de la Champions me había importado tan poco. Llegué con el partido empezado, pero en ningún momento conseguí meterme en él. Hice el esfuerzo de intentar comentarlo con la mayor dignidad posible, pero mi cabeza estaba en otro lado. Me mandaron una foto de mi hermano, mi amigo Albert y Carles Fité con Hiroshi en la puerta del vestuario. Otra de mi madre con Carreras. Al parecer, él se acordaba de ese día en el que se habían visto en La Caixa, y le dijo que la había escuchado hablando por teléfono y diciendo mi nombre, con lo que supuso que era mi madre. Ella, que sabía que nos preocupaba muchísimo que él siguiera —su renovación aún no estaba cerrada—, le soltó: «Lluís, Sabadell te quiere». Y según siempre ha contado, en ese momento, por su reacción, supo a ciencia cierta que Carreras se iba a quedar. Mientras tanto, el Barça le estaba pegando, al parecer, un baño tremendo al Manchester United. Una vez habíamos ganado nosotros, no me preocupaba el resultado de Wembley. Para nada. Me era absolutamente indiferente. Lo que quería evitar a toda costa era perder nosotros y que ganaran ellos. Que nuestros aficionados que se habían quedado en la ciudad tuvieran que soportar en sus calles una noche de celebración justo el día de nuestra peor derrota. Salvado eso, hasta me parecía bien que ganaran. Todos contentos, celebraríamos juntos, concordia absoluta.

Pasé la transmisión como pude y llamé a Erramun. Tocaba el viaje a Vitoria. Mi hermano, Fité y Albert estaban en la cena de celebración del ascenso en el hotel de los jugadores. Nunca podré agradecerle a Erramun sus sacrificios de aquel día. Una cosa era acompañarme a Ipurua, ya que él

también vería el partido, pero otra muy distinta, llevarme desde Bilbao a Vitoria por la noche y regresar él en seguida. Fue un bonito momento de calma en la soledad de una carretera poco transitada. Creo que fue entonces cuando me acordé de que llevaba trece horas sin comer ni beber nada. Y no tenía hambre. Me despedí de él y, cuando entré en el hotel, vi a Mikel Azparren en el *hall*: «Te están esperando», me dijo. Entré en el comedor y, obviamente, todo el mundo estaba sentado. ¡Tenía que saludar a tanta gente! Abracé a Albert, con el que no nos habíamos visto en todo el día, porque él estaba en una zona del campo reservada para los directivos. También a De Navas, héroe de dos ascensos, la mayor leyenda del club en veinte años. Saludé a Juvenal, que había desaparecido de la cabina cuando quedaban cinco minutos. Y a varios jugadores más. A algunos los conocía y a otros no. Pero les iba felicitando según los veía. En una pantalla gigante estaba puesta en diferido la transmisión de la final de la Champions que el Barcelona acababa de ganar. Azparren, de repente, gritó: «Iniesta, ¡carril!», imitando con cachondeo la que probablemente sea la instrucción que más a menudo da Lluís Carreras a sus jugadores. Llegaron luego los parlamentos y los jugadores acabaron haciendo una conga. Cuando todos nos levantamos, fui a felicitar al místico, que me respondió: «Felicidades a ti por la parte que te toca, que es mucha». La plantilla se marchó pronto, ya que todos tenían ganas de quemar la ciudad. El místico conocía bien el lugar, ya que había jugado en el Alavés —y de hecho eligió él que el cuartel general se instalara allí—. Me presentaron al padre de Isaac Cuenca y estuvimos hablando de las posibilidades que tendría su hijo el año siguiente en el Barcelona. Acabamos emborrachándonos con otros periodistas y algunos directivos en la discoteca del hotel, y según la noche avanzaba, las creaciones que iban saliendo eran más originales: «Todaaaa Guinea Ecuatorial... está con Juvenaaaaaaaaal», «Oh Leo, oh Leo, devuelve la pelota de oro, que el año que viene... es para

Cuenquitaaaaa»... Nunca lo había pasado tan bien como esa noche. Nunca disfruté tanto tomar unas copas. Subí a la habitación cerca de las cinco. Perdí un montón de cosas. Tuiteé la hora exacta en la que me metía en la cama y el nombre de la ciudad de Vitoria. Y agregué: «Aquí acaba el día más feliz de mi vida».

# APÉNDICE

---

## O LA HISTORIA QUE HAY DETRÁS DE LAS CAMISETAS QUE ILUSTRAN, A MODO DE SOUVENIR, LOS CAPÍTULO DE 11 CIUDADES

### **CAPÍTULO 1 · SABADELL**

No sé cuántas camisetas tengo del Sabadell, ni cuántas he tenido. Porque las acabas dejando, o te las dejan, y al final se forma un universo caótico de préstamos entre amigos que compartimos la misma pasión, y ya nadie sabe quién es el legítimo propietario. Hemos aprendido a relacionarlas con sus épocas en función de si el azul es más claro o más oscuro; si el patrocinador es Logic Control o Expofinques. Esta es una de las muchas que usamos durante nuestra travesía por el desierto de la Segunda B.



## **CAPÍTULO 2 · ARSENAL**

Esta es la camiseta que hizo que me enamorara del Arsenal. En aquel momento desprendía modernidad: anunciaba la videoconsola de moda y definía a un equipo sofisticado. Hoy despierta nostalgia: de los tiempos de Highbury, en los que los *gunners* eran un equipo de barrio que peleaba con los mejores del mundo.

## **CAPÍTULO 3 - CELTIC**

Mi primera camiseta del Celtic me la compré en un centro comercial de Belfast, dos años después de convivir con sus hinchas en la calle Alemanes de Sevilla. La del Rangers estaba expuesta justo al lado. La imagen de las dos camisetas simbolizaba que nos encontrábamos en la zona neutral de una ciudad dividida.

## **CAPÍTULO 4 · GRECIA**

Una de mis joyas más preciadas. La encontré en un tenderete paseando por las callejuelas de la capital de la isla de Corfú en agosto de 2007. Era la camiseta con la que Grecia iba a jugar el partido amistoso de despedida de Theo Zagorakis pocos días después. Además, llevaba su nombre en la espalda. El del MVP de mi primera Eurocopa como periodista.

## **CAPÍTULO 5 · ESLOVENIA**

La camiseta de Eslovenia no es fácil de encontrar. Ni siquiera en la propia Eslovenia. Así que siempre le agradeceré a Toni Padilla que me la trajera de Sudáfrica cuando fue a cubrir el Mundial 2010. Desde entonces, la guardo con amor, e intento situar en su dibujo del Triglav dónde quedaría Medvode.

## **CAPÍTULO 6 · BAYERN**

Aunque nunca he sido muy fan del Bayern, me pareció un hallazgo encontrar en una tienda de ropa usada de Friedrichshain, en Berlín, una camiseta «retro» de cuando Klinsmann jugaba en el cuadro muniqués. Fue una de las cinco que me compré aquel viernes primaveral de 2012, cuando fui a visitar a mi hermano.

## **CAPÍTULO 7 · SWANSEA**

A Roberto Martínez lo conocí a través de Guillem Bauzà, «Bussy», el autor del gol que hizo ascender al Swansea a segunda división, poniendo la primera piedra de la gran construcción en la que se ha convertido el club galés. Esta es una de las camisetas que el delantero mallorquín vistió en aquella época.

## **CAPÍTULO 8 · ESPAÑA**

No es la camiseta con la que España ganó en Viena, sino la que el proveedor oficial me mandó tras la consecución del Mundial en Sudáfrica. Qué mas da: forma parte del ciclo triunfal que se inició a orillas del Danubio y de cuya primera alegría aún pudo disfrutar Juanma Gozalo.

## **CAPÍTULO 9 - CERRO PORTEÑO**

El primer aire americano que respiré fue el de Asunción. Allí, tras madrugar para ir a entrevistar a Troglio en la sede de Cerro Porteño, me compré la camiseta oficial del club más popular de la capital de Paraguay, pese a que nuestro chófer era hincha del Olimpia y no le hizo mucha gracia.



## **CAPÍTULO 10 · JAPÓN**

Ocurrió en Kioto. Entre tantos templos antiguos también encontramos una tienda de camisetas de fútbol. Había muchas de la J-League, pero elegí la de la selección. Quería la de Endo, pero no la tenían. Tuve que conformarme con la de Kagawa.

## **CAPÍTULO 11 · SABADELL**

Esta es la camiseta más importante de mi vida. Con ella, Marc Fernández marcó el gol que hizo ascender al Sabadell en Ipurua. Vestíamos con el uniforme reserva por coincidencia de colores, y le tocó a la arlequinada rojiblanca, una vez más, escribir un capítulo de nuestra historia.

## 11 CIUDADES

A pesar de su juventud, Axel Torres es actualmente una de las voces más brillantes y respetadas del periodismo deportivo en lengua castellana. Sus comentarios e ideas sobre el deporte rey han forjado una extensa comunidad de oyentes y telespectadores que viven el fútbol como un fenómeno que trasciende lo deportivo y que forma parte de la cultura personal de un modo vivo e intenso.

*11 ciudades*, su primer libro, es el originalísimo relato del nacimiento de dos grandes pasiones, los viajes y el periodismo deportivo, con el fútbol como omnipresente telón de fondo.

En la mejor tradición de la literatura del género, viajamos a Londres, donde un Axel Torres adolescente descubre su amor por el Arsenal de la mano de Arsène Wenger y Cesc Fabregas; a la final de la UEFA de 2003 en Sevilla, que enfrentó al Celtic y al Oporto de Mourinho; a Viena, donde el autor vive en persona el éxito de la selección española en la Eurocopa de 2008; a Swansea y a Wigan, para seguir el rastro de su admirado Roberto Martínez y de los primeros futbolistas españoles que emigraron a la liga inglesa... Once ciudades, once momentos fundamentales y reveladores narrados por un periodista que ha consagrado toda su vida a conocer y dar a conocer el fútbol como fenómeno internacional desde el prisma de la pasión personal y colectiva.



CONTRA